



# **DEVORADORES DE HOMBRES**

**JULIO GARCÍA ROBLES**



**DEMONIOS DE LA NOCHE,  
FANTASMAS DEL ALBA**

Corazón acelerado, siempre esquivo,  
escucha nocturna, vigila tu suerte,  
ver sin ser visto, comer sin ser comido.

Con la luz del alba llegaré,  
notas de agonía, atroz muerte,  
melodía de vida caída en el olvido.

**JULIO GARCÍA ROBLES**

**Autor:**

Julio García Robles

**Asesor científico:**

Albert Masó

**Con la colaboración de:**

Vicente Urios

Jesús A. Rivas

Carlos Sanz

Sergio Girona

**Diseño, fotografía y edición:**

Julio García Robles

**Edita:**

EDC Natura-Fundación Omacha

Apartado 497

Vila-real 12540 Castellón

[www.edcnatura.com](http://www.edcnatura.com)

**ISBN:** 978-84-612-1568-3

**Depósito legal:** CS-007-2008

## ÍNDICE

- 9 PRÓLOGO
  
- 11 **HOMO SAPIENS: DE PRESA A DEPREDAADOR**
  - 12 Más allá de la evolución
  - 13 Relación presa-depredador: causa-efecto
  - 14 El fin del mito
  
- 17 **EL LOBO, EL ETERNO PERSEGUIDO**
  - 18 Mito y realidad
  - 20 ***Fear of the Wolf***, el informe Linnell
  - 22 España, país de lobos
  - 24 La loba de Rante
  - 26 Lobos antropófagos de Finlandia
  - 28 La Bestia de Géuvadán
  - 32 De Armenia a las estepas siberianas
  - 35 El lobo antropófago de Uttar-Pradesh
  - 37 El lobo en Norteamérica
  - 41 Coyotes, dingos y otros sabuesos
  
- 45 **EL LEÓN, EL GUARDIÁN ANTROPÓFAGO**
  - 46 El león, la nobleza del rey antropófago
  - 47 Tanzania: tierra de hombres y leones
  - 49 Los leones antropófagos de Sudi-Mingoyo
  - 51 El botón del pánico
  - 52 La trágica muerte de David Pleydell-Bouverie
  - 53 Fronteras mortales
  - 55 Los guardianes de Marloht
  - 56 El devorador de hombres de Rufiji
  - 57 Los devoradores de hombres de Tsavo
  - 60 El asesino de Kimaa
  - 62 El conflicto del santuario de Gir
  - 63 A la sombra del rinoceronte
  - 65 El devorador de hombres de Mfuwe
  - 67 Los leones de George Atube
  - 68 Terror en Etiopía y Mozambique
  - 68 Fatal conclusión

**71 EL TIGRE, UN BELLO DESTELLO DE MUERTE**

- 72 Jim Corbett y el tigre de Champawat
- 74 El devorador de Muktesar
- 75 La tigresa de Talla Des
- 76 Kenneth y el devorador de hombres de Pegepalyam
- 78 El tigre y la guerra de Vietnam
- 81 El tigre de Malasia
- 82 Sundarbans, tierra de tigres
- 84 Los devoradores de hombres de Chitwan
- 85 Los últimos tigres: con el ser humano como parte de su dieta

**87 PANTERAS, LA MUERTE SILENCIOSA**

- 88 Los leopardos de Mumbai - Bombay
- 90 El leopardo en Cachemira
- 91 Los leopardos de las colinas de Garhwal
- 92 La pantera de Magadi
- 94 Las pantera asesina de los montes Yellagiris
- 96 Los grandes asesinos: la bestia de Panar y el leopardo de Rudaprayg
- 98 Leopardos en África

**99 EL OSO, EL ANTROPÓFAGO MIMOSO**

- 100 El oso en Norteamérica, un carnívoro muy peligroso
- 103 El monstruo de Alaska
- 105 Osos negros, pasada la era de la timidez
- 108 La trágica muerte de un guerrero de la naturaleza
- 112 Osos en el Viejo continente
- 113 Michio Hoshino, Vitaly Nikolayenko y el oso de Kamchatka
- 115 Los osos y las mujeres

**117 SERPIENTES, ABRAZO MORTAL**

- 118 La agonía del mortal abrazo
- 121 Pitón, la gran serpiente de Asia y Oceanía
- 124 Anaconda, la serpiente gigante de Sudamérica
- 126 La anaconda y el Dr. Jesús A. Rivas
- 128 Serpientes gigantes, mascotas mortales

**129 CROCODILIOS, LOS “GRANDES SAURIOS”**

- 130 Cocodrilo del Nilo, el antropófago africano
- 134 Osama, el asesino del lago Victoria
- 137 Gustave, la última bestia libre
- 140 Indopacífico, peligro: cocodrilo marino
- 141 Cocodrilos marinos en Australia
- 144 Ramree, la matanza
- 146 Florida, la tierra prometida del aligátor

**149 TIBURÓN, MÁS ALLÁ DEL TERROR**

- 153 La muerte blanca, el toro y el tigre
- 156 Florida, la capital del tiburón
- 157 1916, el devorador de hombres de Matawan
- 161 California, nadando entre leones marinos
- 162 Oceanía, Australia y Rodney Fox
- 163 Delfines, el mejor salvavidas
- 165 Sidney, el brazo de Coogee y el cráneo del tigre
- 167 USS Indianapolis, el gran festín
- 170 África, de la tragedia del Nova Scotia a la habituación
- 172 Habituación, una mala costumbre
- 175 ¡Un ataque en Europa!
- 176 Bethany Hamilton, el espíritu de la superación
- 177 Tiburón, un mal menor pero real

**179 ANTROPÓFAGOS. CONCLUSIONES FINALES**

- 181 El aumento y descenso de ataques según las especies
- 182 Los episodios de depredación humana más severos
- 183 Devoradores de hombres: los más sangrientos
- 184 Hienas, focas y monos, antropófagos de ayer y hoy
- 186 Simios antropófagos, humanos cazadores de hombres

**190 BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA****191 WEBS DE INTERÉS**



## PRÓLOGO

Este trabajo resume varios años de investigación del comportamiento depredatorio sobre el ser humano, así como los ataques y casos de antropofagia que han sido más reconocidos a lo largo del tiempo por parte de algunas de las criaturas más extraordinarias que habitan nuestro mundo: el oso, el lobo, el león, el tigre, el leopardo, el cocodrilo y el tiburón. De igual forma abunda en sorprendentes casos de serpientes gigantes, hienas y simios que pueden hacernos estremecer. Son muchas las especies animales que pueden ser mortales para el hombre. En primer lugar el mosquito, el asesino número uno de humanos; las serpientes venenosas matan unas 10.000 personas cada año tan sólo en la India y el mamífero que más gente mata en África sigue siendo el hipopótamo. Pero dejando de lado esta trágica realidad, en este trabajo nos centraremos solo en los verdaderos depredadores, en aquellos que cazan seres humanos para alimentarse.

Para recopilar la suficiente información sobre los diferentes ataques, identificar y comprobar los diferentes casos que en este libro se recogen, así como sus conclusiones finales, se ha examinado abundante material de literatura ecológica, médica, veterinaria e histórica a través de una extensa red de contactos, prensa, documentales, Internet y consultas con expertos que han trabajado directamente con estos animales. En la relación de ataques se hace mención de aquellos que existe documentación escrita, visual o han sido ampliamente corroborados por diferentes medios de comunicación y/o expertos; excluyendo los episodios que presenta la tradición oral o que no han podido ser contrastados, al igual que los basados en leyendas urbanas o escritos dudosos. Todo ello para dotar al contenido de esta obra de la máxima credibilidad, con relatos y datos contrastados. Los cuales, sin duda, certifican aquello de que la realidad puede resultar más sorprendente y terrorífica que la ficción.

Los datos referentes a encuentros fatales entre grandes carnívoros y seres humanos son numerosos, complejos y de una diversidad increíble. Consecuentemente resulta imposible proporcionar datos de todos ellos, ni de las personas que los han sufrido. Tampoco es éste el objetivo de este trabajo; sino plasmar, en un amplio resumen, descubrir qué se esconde detrás de los llamados devoradores de hombres, quizás tan sólo criaturas de la naturaleza.

---

El león (*Panthera leo*) fue protagonista del episodio más severo conocido de depredación humana, cuando una manada llegó a matar, entre 1932 y 1947, más de 1.500 personas alrededor de Njombe, en Tanzania.



## CAPITULO I

### **HOMO SAPIENS: DE PRESA A DEPREDADOR**

En tiempos remotos, nuestros antepasados comenzaron a erguirse en la tórrida sabana africana. Siempre vigilantes, temerosos de sus vidas; siempre valientes, defendiendo sus familias. Carnívoros que no solo competían por el alimento, sino que podían convertirles en presas potenciales, acechaban sus primeros pasos. Depredadores que siempre han sido respetados y temidos, cuando no maldecidos como demonios de la noche, asesinos del alba. La evolución, desde más allá del *Australopithecus* al *Homo sapiens*, aparte de su trasfondo cultural, también ha estado marcada por los grandes depredadores que incidían sobre estos homínidos. La imagen de huesos astillados, sangre y entrañas devoradas por bestias hambrientas, nos ha acompañado a lo largo de todos los tiempos; provocando la histeria, el constante estrés por sobrevivir al nuevo día en un ser que dejaba paso a la todopoderosa inteligencia; a la vez que su cuerpo se moldeaba como uno de los más indefensos del reino animal frente a sus depredadores. Hasta nosotros han llegado arraigados temores, que nos recuerdan que un día fuimos presas además de cazadores; plasmándose en horror cuando hoy día, tras tantos años de evolución hacia el dominio del planeta, de perfeccionamiento y raciocinio, nos encontramos con que en cualquier momento podemos convertirnos en alimento con tan solo encontrarnos en el lugar equivocado y en el momento preciso, pues no debemos olvidar que seguimos siendo presas vulnerables ante los ojos de un gran carnívoro.

A lo largo de la evolución, el hombre perfeccionó un lenguaje muy inteligible, aprendió a hacer fuego, formó familias, se asoció en grandes clanes, construyó pueblos y ciudades, creó armas y desarrolló una inteligencia sin igual entre todas las especies animales. Algo que le ha valido, entre otras muchas cosas, para dejar de ser presa y poder hacer frente a sus depredadores, convirtiéndose en el máximo superdepredador del planeta. Por su parte, los grandes carnívoros han sido perseguidos, esquilados hasta el punto de que su instinto ha adquirido de forma innata el respeto por el hombre. Han aprendido el poder de las armas... Manteniéndose ocultos, alejándose de su presencia, guardando las distancias, esperan su momento.

## Más allá de la evolución

La Humanidad ha sido y es parte ineludible de la naturaleza, lo que implica que el ser humano está ligado a las cadenas tróficas que rigen sus leyes, y cuya máxima quizás sea: comer sin ser comido. Podríamos hablar del lobo como el depredador que más odio y pasión ha despertado en el hombre, tal y como atestiguan la literatura y la leyenda. El leopardo nos acompañó, matándonos, durante toda la evolución. El tigre es el gran asesino, y de hecho es considerado como un verdadero cazador de hombres; incluso el Dr. Félix Rodríguez de la Fuente, en sus trabajos, situó a la especie humana entre las presas comunes de su pirámide alimenticia. El horror en el mar tiene un nombre: tiburón. Ferozes leones, osos y hienas, serpientes gigantes e impasibles cocodrilos, despiadados simios, han limitado nuestros sueños y mantienen despierta nuestra mente.

En realidad, el ser humano, como presa, probablemente no sea un bien preciado por la mayoría de los carnívoros. Quizás tan solo un bocado eventual, pues su carne puede ser costosa y el riesgo para el botín obtenido es demasiado alto. Los grandes depredadores del planeta pronto descubrieron que la evolución había transformado al hombre en la especie más peligrosa, vengativa y poderosa del planeta.

A la caída del sol, tras una dura jornada de caza, recolección... de supervivencia; a luz del crepúsculo. Si retrocedemos en el tiempo y nos situamos en lugar de nuestros antecesores, puede encogérsenos el alma hasta las entrañas. La suave brisa nos mantiene a un paso del sueño, la vigilia es vida. Cualquier sonido merece ser escuchado, cualquier olor identificado. La noche es muerte, la oscuridad trae el miedo. El oído vigila, la vista descansa. Un leve roce en la alta hierba capta la atención del tímpano, siempre alerta. Ese ruido que rompe la armonía. Un escalofrío recorre el cuerpo, se acelera el pulso y la respiración se corta. Unos ojos se cruzan al alba y, desorbitados, se cierran al comprobar demasiado tarde que hoy pueden ser presa. Todo acaba. El sol brilla, alguien falta. Un grito roto anunció su triste final. Así se grabó en nuestra mente el miedo atávico a los grandes carnívoros, fieras que nos destrozaban y engullían en el pasado, miedo innato que ha perdurado hasta nuestros días y que perdurará más allá de nuestras avanzadas civilizaciones. Un aullido, rugido, gemido o ligero ruido basta para que rápidamente prestemos atención. La posibilidad de sufrir un ataque depredador nos sigue horrorizando, a pesar de haber dominado, ciertamente, a la mayoría de nuestros posibles carniceros.

Algunos animales han provocado auténticas matanzas que han perdurado a lo largo de los años, algunas muy recientes, que remarcan esa impronta de terror en el hombre. De tal manera que solo el nombre de uno de estos depredadores despierta el instinto oculto de supervivencia que perdura en nuestro subconsciente.

## Relación presa-depredador: causa-efecto

Entre otros nutrientes, la carne humana aporta hierro, vitamina B12, fósforo y zinc, además de ser una fuente de proteínas. Esto, sumado a que somos, como especie, unas criaturas torpes y lentas, pueden convertirnos en una opción alimenticia realmente interesante para un depredador. Más si estamos desarmados o el hambre empuja. De hecho, los paleontólogos creen que ciertos depredadores prehistóricos, como panteras y dientes de sable, se especializaron en atacar a nuestros antepasados de forma habitual, formando parte importante de su alimentación. Hoy, los casos conocidos de animales depredadores acostumbrados a cazar seres humanos son relativamente raros. Pero hasta hace bien poco pudieron resultar más abundantes de lo que pensamos, especialmente del siglo XVIII al XX. Estos trágicos episodios reflejan cuatro posibles perfiles, todos ellos considerados ataques depredadores:

1. En primer lugar, el ataque es producido por una especie depredadora que se encuentran en un territorio esquilado por el hombre, donde apenas hay presas salvajes disponibles y el ganado está protegido. En estas zonas, generalmente de humildes poblaciones, el aprovechamiento del ganado es total, no existen apenas carroñas y las familias tienen una notable descendencia que campea libremente gran parte del día, durmiendo al raso a menudo. Son territorios donde los grandes carnívoros no tienen apenas qué comer, por lo que simplemente derivan su actuación depredadora sobre el ser humano, especialmente sobre las presas más vulnerables: los niños.

2. El segundo caso viene dado por un depredador enfermo o herido, el cual no se encuentra en condiciones de cazar. Impedido, ve al hombre como presa fácil ante su acuciante hambre, produciéndose ataques ocasionales que pueden causar numerosas víctimas ante la necesidad de alimentarse. Pues a pesar de estar lisiados o heridos, estos animales mantienen una gran fuerza ante la extrema debilidad individual del hombre. Cuando comprueban la facilidad con que se puede abatir un ser humano, y si no existe ninguna acción que altere su anormal conducta, pueden incluir al hombre de forma habitual en su dieta, llegando a buscarlo cerca de aldeas y campamentos.

3- Los casos eventuales, también denominados encuentros, son fruto de cruzarnos deliberada, casual o accidentalmente con una criatura hambrienta en el momento más inoportuno. Para estos animales el hombre raramente es una presa, ni la esperan. Simplemente, buscando alimento, atacan a todo aquello que pueden considerar comida. Posiblemente, estos ataques sean los más numerosos que sufre el ser humano, debido especialmente a la creciente invasión de hábitats naturales donde estos depredadores actúan, resultando más frecuente el avistamiento de estas especies y sus posibles consecuencias.

4- Finalmente está el fenómeno denominado habituación, surgido a finales del siglo XX, y que amenaza en convertirse en un serio peligro para muchas personas. Algunos depredadores parecen tener un gran respeto por el hombre, probablemente como resultado de siglos de persecución y abatimiento de los ejemplares más feroces y sus camadas. Por ello, generalmente suelen mantener la distancia, ignorar o avisar. Pero esta barrera psicológica desaparece cuando un depredador salvaje frecuenta o convive estrechamente con el ser humano sin que éste marque la diferencia, ya sea asustando, presionando o definiéndole un límite en el que se le acose directamente. Y resultará fatal que estos animales se acostumbren a encontrar alimento cerca del hombre, especialmente si se les alimenta directamente, lo que les convertirá en peligrosos merodeadores. En cuestión de tiempo perderán su temor y el hombre entrará a formar parte del paisaje cotidiano para, finalmente, entrar en la cadena alimenticia en un escalón intermedio: como depredador y, a la vez, presa de un superdepredador.

Podríamos concluir con que es raro que un depredador salvaje, en buen estado de salud y dentro de su contexto natural, ataque a un ser humano antes de buscar sus presas en la naturaleza. La presión que se ha ejercido a lo largo de los siglos sobre gran parte de nuestros posibles depredadores, les han convertido en seres casi míticos en su mayoría, que rehuyen el contacto con el ser humano.

Si bien es verdad que, hoy en día, los ataques depredadores se producen en contadas ocasiones, no se debe olvidar nunca que un oso, lobo, tigre o león hambriento, herido o habituado puede llegar a ser muy peligroso; que un ser humano desarmado no representa el más mínimo peligro para la integridad de uno de estos animales, y que fácilmente podrían abatirle con apenas un zarpazo.

## **El fin del mito**

A lo largo de la historia moderna, en relación con el número de personas y las poblaciones en contacto con la fauna salvaje, son relativamente pocos los ataques depredadores que se pueden documentar como de auténticos devoradores de hombres. Aunque los hay, sí, como veremos en los siguientes capítulos de este libro. Pero la gran mayoría de ataques realizados por la fauna salvaje son registrados como consecuencia de enfermedades ajenas al hambre (como la rabia) o devenidos de acosos directos (manipulación, caza, expolio...). También tenemos que tener en cuenta la faceta necrófaga, pues en citas en las que se daba por muerta una persona como resultado de un ataque depredador, la autopsia ponía de manifiesto la causa natural (o violenta ajena al carnívoro) de la muerte y la acción puramente carroñera de sus supuestos asesinos. Y es que la imaginación humana da para mucho, pues se han destapado casos de personas desaparecidas a causa de la depredación y que, años después, han aparecido o se ha demostrado que siguen vivas, lejos de su entorno habitual por decisión propia.

Aunque los relatos de ataques han sido y son muy frecuentes, la gran mayoría de ellos resultan improbables, cuando no forman parte de leyendas urbanas o rurales, o constituyen relatos intencionados. Pero atención, resulta absurdo pensar que los seres humanos tenemos un estatus privilegiado en la naturaleza, pues no debemos olvidar que un superdepredador está bien armado para atacar, matar y devorar. Es parte de la naturaleza, de la que el hombre forma parte, y ésta puede que sea sabia, pero también inmisericorde.

Tras siglos de leyendas oscuras y relatos inconciliables con el sueño, los naturalistas luchan actualmente contra la imagen de devoradores de hombres de muchas especies. En la mayoría de las ocasiones, justamente. En otras son guiados por un noble razonamiento conservacionista que quizás les lleve más allá de la razón y entren peligrosamente en la línea de la antropización, la habituación o la criptozoología, que puede resultar fatal para la especie y la propia persona. De hecho, en algunos de los casos relatados en este trabajo es puesta en duda la autoría del ataque por algunas personas, a pesar de que se ajustan perfectamente a la acción depredadora de un animal exclusivo o ha habido testigos de la tragedia. Otros, amantes de estos animales, han sido los tristes protagonistas de su propia muerte.

Hoy día podemos decir que los ataques depredadores son escasos, más teniendo en cuenta nuestra débil constitución y la cantidad de seres vivos que podrían devorarnos. Pero no podemos caer en el error de pensar que estamos por encima de la naturaleza, pues si hay menos ataques que en otras épocas es por nuestra compacta, antinatural, excluyente y efectiva civilización, que nos convierte, ante los ojos de todos los animales salvajes, en depredadores insaciables. El advenimiento de armas de fuego ha permitido que el ser humano acabe rápidamente con cualquier animal peligroso que se acerque a sus posesiones, los grandes depredadores son mucho menos abundantes que en otros tiempos, y siglos de persecución les han llevado incluso a la extinción en muchas zonas.

Dicen que son muchos más los muertos por asta de ciervo que por el colmillo depredador del lobo, y sin embargo nadie se plantea que este ungulado sea un asesino de hombres. Obviamente no se puede defender a un devorador de hombres como individuo, pero sí a la especie; pues ningún depredador puede ser considerado como una bestia infernal. No hemos de olvidar nunca su estatus como cazador y debemos respetarlo por lo que es. Lo que de ninguna forma debe justificar su persecución o poner en duda su derecho a existir como especie. Es más, tratarlo como superdepredador, reconocerlo como tal, garantizará su supervivencia y, posiblemente, mantendrá fuera de peligro a muchas personas. La mayoría de lobos, osos, leones, leopardos, tigres... evitan al ser humano, e incluso la gente que vive en zonas pobladas por estos animales raramente llega a verlos. Y así debe de ser.



## CAPITULO 2

### EL LOBO, EL ETERNO PERSEGUIDO

El lobo (*Canis lupus*), una maravilla de la naturaleza diseñada para cazar: cráneo poderoso, dentadura perfecta, musculación vigorosa, resistencia y una inteligencia sorprendente, capaz de evaluar, improvisar y actuar en equipo. Presente en Eurasia, Norte de África y Norteamérica. Su amplia distribución y la competencia directa con el ser humano le convirtieron en un rival. La religión le otorgó el papel de malvado y el hombre creó un monstruo que jamás existió. Rodeado de un aura maligna, este animal es más temido por su fatal imagen que por la depredación real que pueda ejercer. Cuentos y leyendas han plasmado al lobo en nuestra mente como un sanguinario asesino de niños, jovencitas y, por supuesto, de ganado. Desde que el hombre conoció al lobo, desde que el lobo desgarró la primera oveja, se desató la guerra del hombre contra el lobo. Tal llegó a ser su imagen, que incluso estrategias de la Corte del rey Luis XIV de Francia propusieron desembarcar 10.000 lobos en Inglaterra para acabar con los ingleses. Otra acción que refleja desconocimiento y temor hacia esta especie fue la quema de algunos bosques escoceses, en el siglo XVII, para acabar con los lobos que allí se refugiaban.

El hombre y el lobo debieron encontrarse durante el avance del *Homo erectus* por el continente eurasiático, hace un millón y medio de años. Una nueva especie, inteligente y peligrosa, avanzaba por territorio lobuno compitiendo por la caza, por sus guaridas..., por vivir. El choque entre hombre y animal marcó toda una cultura que pervive en muchos lugares. La figura del lobo es universal y su nombre incluso infunde pavor allí donde no habita. A lo largo del tiempo, muchas personas morirían en sus fauces y muchos lobos serían exterminados. El gran matador aprendió a temer al ser humano, se ocultó en el bosque, en la montaña. El hombre temió y mató al lobo, pero también le respetó y domesticó algunos de ellos; convirtiendo a la feroz criatura, hace unos 60.000 y 30.000 años, al menos en dos domesticaciones independientes, en el más noble de sus compañeros: el perro (*Canis familiaris*). Pero otros lobos, quisieron seguir siendo lobos. Y hoy día tan solo es el eterno perseguido.

## Mito y realidad

Organizados en clanes sociales, armados y dotados con una inteligencia superior, los humanos modernos pronto empezaron a vivir en sociedades que impedían la depredación del lobo en gran medida. Es fácil suponer que este cánido siempre encontraría presas más asequibles en la propia naturaleza, o incluso carroñas, antes de atacar al hombre. Otro tema sería su ganado. Si bien el lobo puede abatir un rebaño de ovejas, son puntuales los casos en que el pastor haya sido muerto en el ataque. En 1858, alejado de la leyenda, el escritor Frederic de Tschudi describía a este animal en su obra *Les Alpes* como un depredador, mientras la tradición y la incultura popular lo tachaban de ser demoníaco: “No conocemos ejemplos de un lobo que, al ser herido, se abalanzara sobre el cazador, como suele hacer el oso; parece que es solo el hambre extrema lo que le da valor para atacar al hombre”. Obviamente ataques depredadores sobre el ser humano, haberlos los han habido. Ataques que han ido disminuyendo, quedando como anécdotas del pasado o casos excepcionales del presente. El lobo aprendió a temer al ser humano. Acorralado y exterminado a lo largo de miles de años, sabe que nuestra presencia casi nunca le reporta nada positivo, sabe que el hombre mata. Por mucho que se acostumbre a la presencia humana, es difícil que supere ese temor que les hace vernos como un serio peligro, antes que como presa. Tan solo el hambre, la antropización y la habituación pueden romper esa impronta en su memoria que le impide convertirnos en alimento. Pero cuando esto ocurre, llega el horror.

Los conflictos entre humanos han generado millones de muertos a lo largo de la historia en toda la zona holártica, reino del lobo: gran cazador, mejor carroñero. La observación de este cánido devorando personas fallecidas en combate, cuando los cuerpos eran abandonados o se hallaban mal enterrados, quedando a merced de una amplia gama de animales necrófagos, realzó la leyenda negra del lobo. El conde Gastón III Phoebus, en el siglo XIV, escribiría en *El libro de la caza*: “Suelen seguir a la gente de armas por las carroñas de ganado o por los caballos muertos, o por otros restos”. Arthur Wellesley, duque de Wellington, sería testigo de las manadas de lobos que seguían a las tropas francesas del mariscal Massena desde la sierra de la Estrella (Portugal). En el anónimo *Tratado de la caza de lobos y zorras*, de 1799, se lee: “Prefiere la carne viva a la muerta, aunque devora los cadáveres más corrompidos: apetece la carne humana, y si pudiera tal vez no comería de otra; y así es que se han visto manadas de lobos que siguen a los ejércitos, descubrir los cadáveres que se dejan mal enterrados en el campo de batalla y devorarlos con insaciable apetito; y estos lobos acostumbrados a la carne humana se tiran después a los hombres, y acometen al pastor antes que al ganado, comen a las mujeres y se llevan a los niños”. También ayudaron a crear su demoníaca imagen los lobos rabiosos, el encubrimiento de asesinatos realizados por el hombre y las epidemias que se abatieron sobre poblaciones enteras, como la peste negra, que dejó miles de muertos a merced de los elementos y los carroñeros.

A lo largo de la historia, hemos encontrado relatos que nos hablan de lobos que bajan de las montañas para meterse en las casas, de horribles bestias que atacan en la oscuridad de la noche; de jaurías hambrientas que recorren las nevadas estepas y un sin fin de leyendas que han convertido al lobo en un monstruo sanguinario que nunca fue, más allá del carnívoro que realmente es. Personas que habían desaparecido y cuyos restos habían sido encontrados devorados, dejaban poco lugar a la duda en la sociedad que hemos ido formando a lo largo de los siglos: habían sido muertas y comidas por el lobo. Cuando posiblemente fallecieran por otras causas y sus restos fueran devorados por los carroñeros. Pero el lobo también es un carnívoro, un superdepredador y, de hecho, existen ataques donde la causa no es la rabia, la confusión o la defensa, sino exclusivamente el hambre. Son los ataques depredadores que han sellado su infernal destino en la retina del ser humano.

Uno de los primeros episodios de lobos antropófagos conocidos, dejando atrás la prehistoria, se citan en París (Francia), en 1439, cuando entre Montmartre y St Antoine de Porte fueron devoradas 14 personas. No obstante, el mayor índice de ataques registrados en todo el mundo acontecería en el transcurso de los siglos XVIII y XIX, cuando la explosión demográfica humana fue abrumadora y las poblaciones de lobos comenzaban a ser exterminadas. Estos ataques se acentuaron en Italia, donde entre 1710 y 1711 se registraron veinte ataques sobre niños en Pragelato, en la región de Piemonte; registrándose otros acontecimientos parecidos en las regiones de Lombardía y Ticino. En Francia, la Bestia de Gévaudan causó un centenar de muertos entre 1764 y 1767. Otros episodios notorios franceses fueron los de Cravant y Chainy, en 1814, y el de Tendre-Mosnay, en 1898. En Suecia existen varios expedientes de ataques depredadores de lobos salvajes, pero quizás el episodio más sorprendente fue el caso del antropófago de Gysinge, que devoró a once niños y una mujer entre 1820 y 1821, en Dalarna y Gastrikland; se trataba de un lobo que vivía en cautividad, hasta que escapó y sembró de terror la zona. En España, los expertos también describen numerosos casos de depredación, mientras en Portugal solo se conocen dos ataques, acontecidos en 1933. En Noruega no se recuerda un caso desde 1880, en que una niña fue devorada. En 1878 se registraron cerca de 900 muertos en la India colonial, de ellos 624 en Uttar-Pradesh. Ese mismo año serían 60 los muertos en Siberia. Uno de los casos más aterradoros sucedió en 1941, en la región rusa de Kirov, donde 36 niños fueron devorados; durante la II Guerra Mundial los lobos comenzaron a buscar alimento cerca de la población, y atacaron al ser humano por primera vez en septiembre de 1944; después, los ataques depredadores serían habituales hasta 1953. Este episodio es descrito por Michail Pavlov, en su trabajo *Vargens Näringsök och Människan*.

Resulta evidente que, a lo largo del tiempo, lobos sanos han devorado a cientos de personas; pero hoy día, el lobo solo resulta peligroso cuando ha perdido el temor que le genera el ser humano, cuando padece una enfermedad que le impide

conseguir su alimento habitual o han sido desequilibradas sus pautas de conducta habituales. Estos momentos pueden alcanzar su cenit en el destete de una loba, cuando agotada por la lactancia de sus cachorros, tiene que cazar para alimentar a su prole; más cuando en su zona de campeo escasean las presas naturales, y especialmente si no cuenta, por cualquier causa, con la ayuda del macho o de otros miembros del clan lobuno. Y finalmente, cuando la escasez de presas y carroñas con que alimentarse, especialmente en los duros inviernos, les acerca al hombre en busca de alimento.

En España existe un antiguo refrán que afirma que “*En diciembre y enero, el lobo toma al hombre por cordero*”, sin duda en referencia a los diferentes clanes que, en otros tiempos, se unían formando una sola manada en los fríos meses de invierno, cuando se veían obligados a bajar de la montaña en busca de alimento y merodeaban por las calles de las aldeas en busca de presas, carroñas y basuras; cuando la noche era para dormir, con las puertas atrancadas y el ganado guardado. Sí, es difícil que el lobo ataque al hombre para saciar su hambre, pero revisando la sangre vertida en el pasado, entenderemos que nunca debemos dejar de pensar que un lobo, es un lobo.

### ***Fear of the Wolf*, el informe Linnell**

Para realizar el estudio *Fear of the Wolf*, 18 expertos de varios países, entre ellos Jhon Linnell, investigaron la documentación disponible sobre ataques de lobos desde 1600 hasta 2002 para el Norwegian Institute for Nature Research (NINA). Este trabajo sería conocido como el informe Linnell. Para determinar correctamente los expedientes, científicos y naturalistas tuvieron que investigar numerosa información; encontrándose a menudo con la dificultad de la identificación del animal, pues en ocasiones los lobos parecían ser confundidos con otras especies, especialmente con perros, posibles híbridos de lobo-perro, coyotes (*Canis latrans*) y con el chacal dorado (*Canis aureus*). Otro problema lo presentaba la condición carroñera del animal, pues resulta común encontrar en estos casos cuerpos consumidos en parte por los lobos, que en principio fueron culpados de un ataque, pero que realmente solo se alimentaron de ellos en una acción necrófaga. En 1933, en Alaska fue encontrado el cuerpo devorado de Juan Millovich, rodeado por huellas de lobo en la nieve; si bien en un principio se pensó que podría tratarse de un ataque depredador, más tarde se reveló que había fallecido a causa de un infarto al corazón. Otro tema que dificultó la investigación fueron los casos de engaño, especialmente cuando la víctima desaparece en tierra de lobos. En Polonia, una joven desapareció, solo se encontraron restos de ropa mordida y ensangrentada en el campo. La policía concluyó que había sido devorada por los lobos. Cuarenta años más tarde, tras la caída del régimen comunista, ella volvió a Polonia. Había huido del país simulando su muerte, de modo que las autoridades no castigaran a su familia.

El informe Linell concretó tres clases de ataques de lobos para poder lograr una interpretación objetiva de cada uno, definiendo como ataque cualquier caso en que los animales persiguieran o saltaran sobre sus víctimas, resultando éstas magulladas, mordidas o muertas. Los cuales serían:

a) Ataque rabioso: a causa del virus de la rabia. La rabia es una infección viral del sistema nervioso central, que resulta fatal cuando afecta al cerebro de una víctima. El lobo desarrolla una fase furiosa de la enfermedad que le incita a atacar, pudiendo lastimar a un buen número de personas. Un ejemplo documentado fue registrado en el bosque de Lorges, Francia, en 1851, cuando un lobo rabioso recorrió 45 kilómetros, y en siete horas atravesó nueve aldeas, mordiendo a 41 personas, de las cuales 14 fallecieron de la rabia; también mordió a casi cien animales domésticos, la mayoría de los cuales murieron. En estos casos, el animal, enfermo y solitario, muerde y huye, pero pronto cae muerto por la propia enfermedad, si antes no es abatido. La rabia estuvo muy extendida en Eurasia, donde los perros eran los portadores más importantes de la enfermedad; hasta mediados del siglo XX, cuando su control y la vacunación frenaron en gran medida su propagación, desapareciendo de muchos países.

b) Ataque depredador: no provocado por el hombre, y en el que éste es contemplado como presa. En estos episodios las víctimas desaparecen, encontrándose solo partes de su cuerpo y jirones de ropa. La depredación puede ser realizada por un lobo solitario o por un clan lobuno. Un ejemplar rabioso nunca se alimenta de la víctima, pero en un ataque depredador los lobos intentarán cazar, adueñarse del cuerpo y devorarlo. Los ataques depredadores suelen repetirse a lo largo de un período de tiempo en un área determinada, incluso durante años, hasta que el animal responsable muere o es abatido. Un ejemplo podría ser el episodio de Vimianzo (España), donde dos lobos atacaron a seis niños a lo largo de un periodo comprendido entre 1957 y 1959, y los ataques cesaron tras ser abatidos.

c) Ataque defensivo: cuando los lobos son provocados. Estos casos se producen generalmente sobre pastores, cazadores y otras gentes, cuando arrinconan a un lobo en un intento de matarle. Estos ataques también pueden registrarse cuando son manipulados por naturalistas y científicos, o cuando existe un encuentro fortuito y la persona realiza un movimiento inesperado. Una característica en estos ataques defensivos es que no son continuados, ni graves en la mayoría de ocasiones.

El informe Linnell encontró que la mayoría de ataques fueron provocados por lobos rabiosos. Había, relativamente, pocos ataques depredadores contra seres humanos en Europa, y menos en Norteamérica. Pero también demostraba que los ataques depredadores más frecuentes se realizaban sobre niños, dándose algunos episodios muy severos, especialmente en la India, donde más de 80 niños fueron matados por los lobos desde 1993 a 1996. Los investigadores del informe concluyeron que

el lobo, hoy día, no es una amenaza para el ser humano, a pesar de las frecuentes provocaciones que sufre por parte de éste. E incluso llega a desconcertar el hecho de que un gran carnívoro como el lobo parezca incapaz, en la mayoría de casos, de defender su propia guarida de la amenaza del hombre, aunque en ella se localicen sus lobeznos. El informe afirma que estos animales pueden vivir cerca de las personas sin causar problemas, siempre que no se den casos de extrema pobreza y abandono de responsabilidades. A favor del lobo juega su extraordinaria adaptación al medio antropizado y el temor que muestra hacia el hombre, que le mantiene normalmente a una distancia prudente. Lo que no quiere decir que un lobo no pueda causar un conflicto, pues es algo que puede suceder más pronto o más tarde. Y nunca se puede descartar un encuentro ocasional entre estos grandes superpredadores y los humanos, que en determinadas circunstancias podría resultar fatal.

## España, país de lobos

En España, el mito ha marcado al lobo como una alimaña sedienta de sangre más allá de la razón, especialmente en Galicia, Extremadura y Andalucía. La leyenda negra que se abate sobre esta especie contribuyó a la exageración de su acción depredadora sobre el hombre. Pero ello no indica que ésta no existiera. Como leemos en *El legado del lobo* de Francisco Gragera, en Orense se informaba a mediados del siglo XIX: “*Se ha visto desgraciadamente desaparecer personas mayores y menores de algunos de los pueblos de esta provincia, no solo de los desgraciados que en la soledad de los montes pastoreaban sus ganados, sino también viajeros*”. A la depredación sobre la cabaña ganadera se unían relatos de carteros, jóvenes amantes o pastores que habían sido devorados en un cruce de caminos, destacando la historia de un ejemplar que supuestamente mató a catorce personas en 1881, en Chantada (Lugo). En aquellos tiempos, era costumbre alzar una cruz de piedra en el lugar donde se producía una muerte violenta (fuera causante el lobo o no), esculturas conocidas popularmente como cruces de lobos. El odio en España hacia el lobo fue tal que se pasó de una de las mayores poblaciones europeas a tan solo unos 400-500 ejemplares en 1970.

La depredación del lobo sobre el hombre pudo darse de forma esporádica durante siglos en España, donde se encontraban vastos territorios del interior del país despoblados, especialmente tras la expulsión de los musulmanes. Pero sería a partir de 1800, con la ocupación de los territorios salvajes, las pequeñas poblaciones dispersas y el aumento de la cabaña ganadera en zonas rurales, cuando empezarían a darse encuentros mortales con mayor frecuencia. De hecho, en Jaén, en una circular de 1824, se aconsejaba aumentar los premios establecidos para la caza de lobos, no solo para proteger el ganado, sino por considerarlos una amenaza para sus habitantes y los viajeros. En el invierno de 1856, los lobos atacaron y devoraron

a dos miembros de la Guardia Civil en la provincia de Zamora, mientras prestaban servicio. Junto a sus restos se hallaron cinco lobos muertos, como resultado de que los guardias hicieron frente a los animales, disparando sus fusiles y calando sus bayonetas. Otro de los episodios trágicos que acontecieron en ese siglo en España se produjo en septiembre de 1870, cuando Pedro Ordóñez fue devorado en la dehesa de las Conejeras, en Jerez de los Caballeros (Badajoz); oyendo sus gritos y apoderándose el miedo de ellos, sus vecinos no tuvieron valor de salir en su ayuda.

Ya en el siglo XX, los encuentros con lobos se van diluyendo paulatinamente hasta llegar a la actualidad, no conociéndose ningún caso en las cuatro últimas décadas. No obstante, todavía se producirían algunos ataques que aún perduran en la memoria del tiempo. En 1914, en su trabajo *Fauna Ibérica: Mamíferos*, el naturalista Ángel Cabrera comentaría con respecto al lobo “Durante el verano abunda la caza y los ganados están en los montes, por lo que estas fieras son poco temibles para el hombre; pero en el invierno, la nieve y el hambre los hacen bajar a los valles y los caminos, y entonces son realmente peligrosos”.

En el verano de 1953, un lobo penetró en la vivienda de Antonio Carmona y Antonia Díaz, en la Dehesa del Ventrisquillo, en Andújar (Jaén), en donde se hallaban sus tres hijos. Alertados por los llantos de los niños corrieron hasta la casa, encontrándose con un lobo que hacía presa sobre el menor de sus hijos. Antonia se tiró al rabo del animal, estirando fuerte para alejarlo de sus hijos; mientras, su marido tomó un hacha con la cual le asestó un golpe mortal en la cabeza. Otro de los casos más renombrados ocurriría en los campos de Vimianzo, en A Coruña. Tras el destete de los cachorros, una loba realizó cuatro ataques en busca de presas fáciles; dos de ellos mortales. En junio de 1957 fallecía su primera víctima, el niño Jesús Vázquez Pérez. Ese mismo día se acercó a una muchacha, que reaccionó al darse cuenta del peligro y huyó a tiempo. En julio de 1958 hiere a otro niño, que lograría salvar su vida. En junio de 1959 mató a un joven y a otro niño. La loba esquivó la acción del hombre hasta el 18 de agosto, día en que se consiguió acabar con la amenaza tras una batida en la que resultaron muertos dos ejemplares, finalizando los ataques. Otro episodio importante se daba en 1974: la loba de Rante. Un año más tarde, en junio, un lobo trataba de llevarse consigo a un niño tras hacer presa en su rodilla, en Allariz (Orense); la rápida actuación de su abuelo evitó la tragedia. Hasta la fecha es el último ataque depredador conocido de un lobo en España. La encuesta realizada por Francisco Gragera en su obra *El legado del lobo*, resalta la frecuencia de los posibles encuentros con lobos cuando éstos abundaban por toda la península; y asimismo nos da una idea del temor y odio que sentía la población hacia este animal.

Hoy día en España viven poco más de 2.000 ejemplares y no representan una amenaza para el hombre, ni causan más problemas de los normales entre el ganado. Sin duda, resulta un privilegio vivir en zonas en donde el aullido de este animal aún resuena,

y actualmente es difícil que se den las complejas causas que pueden convertir a un lobo en un devorador de hombres. De hecho podemos pasear tranquilamente por el bosque, sabiendo que el lobo feroz es algo que solamente habita en nuestra mente, un recuerdo del pasado del que siempre nos quedará ese escalofrío que nos recorre el cuerpo cuando oímos su aullido al viento. Pero no hemos de olvidar que éste siempre ha sido un país de pícaros y lobos.

## La loba de Rante

En España, cuando parecía superado el miedo al lobo, cuando la especie se encontraba al borde de su extinción, en una época en la que se empezaba a luchar por su conservación, sería el caso de la loba de Rante el que removería el odio y la presión del hombre hacia el lobo. A pesar de que algunas voces señalaron que los ataques bien pudieron ser realizados por un perro asilvestrado o un híbrido, todo parece indicar, tras los estudios realizados en su día por el biólogo José Antonio Valverde, que la causante de este trágico episodio fue una hembra de lobo ibérico (*Canis lupus signatus*) de cinco años, a la que se le atribuyeron tres ataques depredadores. Este animal no presentaba ningún indicio de enfermedad o herida que la empujara a buscar presas fáciles, como podrían ser los niños; por lo que es posible que una escasa población de presas salvajes, tras el destete, en un momento en que acuciaba el hambre e intentaba sacar adelante su camada, la decidiera a cazar seres humanos.

En julio de 1974, en el concello de San Cibrán das Viñas, en Orense (Galicia), la loba atacaba a una niña que iba a por maíz acompañada por una mujer mayor, y ambas resultaron heridas con diversas mordeduras. Al día siguiente, un nuevo ataque causaba la muerte de José Tomás Martínez Pérez, un bebé de apenas diez meses, ante la mirada atónita de sus familiares, que sorprendidos en sus labores agrícolas no pudieron evitar la tragedia. Los gritos de su madre, que vio como el animal se llevaba a su hijo mordiéndole la espalda, alertaron a las personas que se encontraban trabajando cerca; que rápidamente se dirigieron al lugar cercando al cánido y, ostigándole con estacas, lograron que soltara al niño. El cual murió debido a las graves heridas sufridas. Alarmada la población, los vecinos empezaron a actuar contra los lobos, realizando batidas y sembrando el campo de estricnina. Sin embargo, no pudieron evitar un último ataque: Javier Iglesias Balbín moriría en las fauces del animal. Esta vez, el cánido sí logró llevarse su presa. La Guardia Civil encontraría sus restos mortales en el monte de Outerio Calvo. Dos días después moría la loba de Rante, fácilmente identificable según los testigos, al conservar parte de su melena invernal en el cuello; también se daba muerte a sus tres lobeznos. No tardaría en verse en diversos medios de comunicación una fotografía donde se podía apreciar un cazador sobre el cuerpo eventrado de la loba y otra en la que

una persona le abre la boca, mostrando sus poderosas fauces. Imágenes que fueron muy debatidas. Si bien algunos científicos opinaron que se trataba de un lobo, otros opinaban precisamente lo contrario. Se extendió en el país, especialmente entre los sectores conservacionistas, la posibilidad de que fueran perros cimarrones los causantes; quizás más por la preocupación del hecho y el revés que podía significar en su campaña que por los datos obtenidos, además de verse avalados por los relatos de algunos de los propios vecinos del concello que aseguraban que nunca habían visto un lobo igual, que parecía más un perro que un lobo. Por el contrario, otros testigos afirmaban, sin duda alguna, que se trataba de la loba y destacaban su rala melena que la caracterizaba. En verano, sin su pelaje invernal, los lobos pueden parecer perros para aquellos que no los conocen bien.

El caso fue documentado, como hemos comentado anteriormente, por José Antonio Valverde, quién certificó que se trataba de una loba que solía alimentarse con pollos muertos de una granja cercana. Tras el cierre de ésta y en plena lactancia de sus cachorros, la loba se vio privada de su principal fuente de alimento y derivó su acción en otras posibles presas, a priori fáciles de abatir: los niños. Muerta la loba, desaparecieron los ataques y se dio por concluido este episodio mortal. Para entonces habían sido abatidos numerosos lobos y perros en el monte. Por desgracia se siguió actuando contra los lobos, ante el temor de nuevos ataques y el odio tradicional de la población rural hacia estos cánidos. En poco más de un mes se abatieron 29 lobos más y se llegó al extremo de incendiar algunas zonas del monte para alejarlos.

A raíz de este episodio, distintos sectores sociales se unieron para exigir la extinción del lobo en sus tierras, amparados en sus miedos ancestrales, consecuentes con sus pérdidas económicas y reclamando seguridad para sus hijos en el campo. En octubre de 1974 se organizó una rueda de prensa bajo el título *El problema de los lobos en España*, donde fueron invitados eminentes científicos, naturalistas, cazadores y los sectores implicados en el tema del lobo; y de igual forma se invitó a la prensa nacional e internacional. Sin embargo, los que con más ímpetu exigían la cabeza del lobo como especie no se presentaron, pues la indiscutible personalidad de la mayoría de los invitados ahuyentó a todos aquellos que en verdad solo podían aportar su odio al lobo como base científica para solicitar su exterminio.

Ante esta situación y los ataques mortales de la loba de Rante, la Asociación para la Defensa de la Naturaleza en España (ADENA) expondría: *“La asociación no dispone de datos científicos suficientes para emitir un juicio definitivo sobre si los accidentes acaecidos a principios de verano en la provincia de Orense han sido causados por perros salvajes, lobos o híbridos de ambos. En nuestro criterio, los lobos, en algunos puntos de la región gallega, han sufrido una profunda alteración en su conducta depredadora como consecuencia de las modificaciones ecológicas del medio, lo que aconseja la erradicación*

de esta población de lobos en situación anormal”. Postura compartida por el Dr. Félix Rodríguez de la Fuente, ferviente defensor del lobo ibérico: “Cuando una población zoológica de depredadores, sean lobos, sean leones, empieza a depender del hombre y a aproximarse a él, implica un cambio de conducta que nos ha movido a aconsejar que la población de lobos galaicos sea erradicada”.

Décadas después, a pesar del avance en el conocimiento del lobo y superado éste trágico suceso (que no olvidado), en el monte son muchos los que aún odian al gran matador, como se refleja en el libro *El lobo ibérico en Andalucía*, de Víctor Gutiérrez: “El lobo está protegido en todos los terrenos, cuando nosotros solo vemos una solución: al lobo hay que matarlo sea como sea, y eso es lo que vamos a hacer, se oponga quien se oponga”. Y aún se mantiene vivo, para quien se niega a aceptar, el debate sobre si realmente la loba de Rante fue la causante de tanta desgracia o si solo fue etiquetada como tal.

## **Lobos antropófagos de Finlandia**

Tal y como describe el Dr. Jouko Teperi en su obra *Lobos, una amenaza para los agricultores (en contraposición con la vida silvestre) de Finlandia en el siglo XIX*, en este país se vivió bajo la amenaza constante de la depredación del lobo durante décadas. En Finlandia y la región rusa de Karelia, entre otros casos, ocurrieron cinco episodios de lobos antropófagos que marcaron a la población finlandesa durante generaciones: Kaukola (1831, ocho niños y una mujer murieron), Kemio (1836, tres niños), Kivennapa (1839-1859, veinte niños y un adulto), Tampere (1877, nueve niños) y Turku (1878-1882, 35 niños).

Tras las implacables cacerías en represalia por las muertes ocurridas en la década de los 30, las poblaciones lobunas se mantuvieron, aunque estables, con un número menor de ejemplares y alejadas de los humanos. Después de 20 años de relativa armonía, a partir de 1868, con la disminución de la presión cinegética y la nueva ley que suprimía la obligación hacia los municipios de mantener trampas loberas para controlar sus poblaciones, los lobos comenzaron de nuevo a ser abundantes, reforzándose con la llegada de nuevos ejemplares procedentes del este. Pronto instalaron sus guaridas cerca del hombre, alimentándose de basuras y depredando sobre el ganado. Apenas una década después, con la disminución de las presas salvajes y la habituación de la especie, los lobos llegaron a ser más agresivos hacia el hombre. En 1877 comenzaron a depredar sobre los niños de Tampere y el periódico *Huvudstadsbladet* escribía sobre los primeros casos de niños devorados en Finlandia occidental (Tuomas Räikkönen, en abril; Oskari Aaakku, en mayo; y Kaarle Turunen, en junio): “¿Qué clase de condado es éste, dónde los lobos devoran a los niños? ¿Qué clase de gente es la que deja que tales aborrecimientos sucedan tres veces seguidas? La primera vez que sucede tal cosa se llama

*accidente, la segunda es un crimen y la tercera una deshonra, porque tan impresionante noticia hará titulares en todos los periódicos del mundo. Ningún arma debe reclinarsse en cualquier hogar en las áreas afectadas hasta que la sangre de los niños sea vengada, y una madre pueda enviar otra vez a su hijo al prado sin tener que escuchar después: ¡el lobo se lo llevó!*". Estas palabras sacaron a muchas personas armadas al monte, disparando contra decenas de lobos. Pero a pesar de los lobos sacrificados, seis niños más serían devorados antes de abatir, ese mismo año, al lobo antropófago.

Al año siguiente un joven fue atacado en Turku (Åbo), y meses después varios lobos que habitaban los campos del norte de la población empezaron a cebarse también en los niños. En 1880 un lobo atacó a Eeva Elina (1872-1960), cuando tenía siete años: *"Vi cómo un animal gris, grande, salió del bosque. Saltó una cerca alta, llegando hasta nosotros con un par de saltos. Nos helamos del miedo. El lobo se paró delante de mí, se levantó sobre sus patas traseras, puso las delanteras en mis hombros y me tiró hacia abajo. Sentía su respiración en mi cara mientras me hundía en la nieve. Los otros niños se quedaron tiesos de miedo al principio, pero luego empezaron a gritar. El lobo mordió mi pecho con sus dientes y comenzó a arrastrarme hacia el bosque para devorarme. Tenía una bufanda de lana gruesa alrededor de mi cabeza para protegerme contra el frío, que me salvó de sus colmillos y evitó que me diera un mordisco fatal. Me mordió y sacudiéndome en el aire, me lanzó otra vez a tierra. Y como si quisiera descubrir si estaba muerta, puso su oído contra mi pecho. Yo era consciente de lo que estaba pasando, pero estaba totalmente paralizada por el miedo a la muerte, de modo que apenas sentí cuando mordió mi pecho una vez más para arrastrarme, intentando alcanzar el bosque".* Este lobo fue protagonista de diversos ataques, algunos mortales, falleciendo su última víctima en noviembre de 1881. El cazador alemán Wilhelm Ambos logró abatirlo y le llevó su piel a Eeva. Pero con la muerte de este animal no se acabó con la amenaza, pues fue necesario abatir otros dos miembros más de su clan para que cesarán definitivamente los ataques, que habían acabado con la vida de 35 niños. Los ataques de los lobos antropófagos de Turku finalizaron con la muerte de estos tres ejemplares de lobo europeo, adultos y sanos. Uno de ellos se conserva en la escuela St. Olofs en Turku, otro en el Museo de Riihimäki y el tercer lobo se convirtió en una alfombra, desapareciendo con el tiempo.

Anteriormente, el problema de ataques se repetía especialmente en la región de Karelia (Finlandia-Rusia), donde se habían registrado 40 muertes, entre 1721 y 1809, a causa de ataques depredadores y otras tantas por lobos rabiosos. El historiador Antti Lappalainen recogió información sobre 193 muertes, de las cuales 110 eran niños devorados en el sur de Finlandia y Karelia. Sin embargo, no halló ninguna víctima en el norte del país, donde también habitaba un gran número de lobos. La diferencia era que éstos últimos eran controlados cinégeticamente. En este país, tras estos episodios, el temor de que los niños fueran atacados por los lobos siguió latente hasta bien entrado el siglo XX. El miedo a los lobos impidió

que la escuela fuera de carácter obligatorio por temor a los desplazamientos; y no fue hasta 1921 que los finlandeses estimaron que el país ya era seguro para que los niños de más de siete años fueran al colegio. Hoy los lobos vuelven a ser una preocupación en Finlandia, pues su rápido aumento y la escasez de presas salvajes empieza a preocupar a las autoridades del país. Como en tiempos pasados, el lobo se acerca de nuevo a las poblaciones, y se estima que solo entre 2004 y 2006, desde los esquilados bosques de la Karelia rusa habrán llegado hasta Finlandia unos 300 lobos en busca de alimento.

## La Bestia de Géuvadán

Si ha existido un depredador en Europa que haya atemorizado a toda una potencia, sin duda fue la Bestia de Géuvadán: un lobo legendario, probablemente dos; un devorador de hombres que azotó la boscosa y escarpada región de Géuvadán, en Auvernia y Lozère, en el centro de Francia. Durante cuatro años aterrorizó la zona. Se describieron más de 150 ataques, de los que al menos 99 fueron mortales, si bien en algunas fuentes se menciona un mayor número de víctimas.

El primer ataque ocurrió a principios de junio de 1764: una muchacha de Saint Étienne de Lugdane trabajaba en el campo con las vacas, cerca de su granja, cuando vio un animal correr hacia ella. Sin embargo, la bravura de las reses le salvarían la vida, pues hicieron frente al depredador, cerrándose en círculo, dejando sus terneros dentro y colocando sus astas como barrera; una táctica de defensa habitual en las reses durante el día. Escondiéndose entre las vacas, pudo sobrevivir. Esta humilde campesina lo describió como *“un enorme animal, con forma de lobo, tan grande como una vaca y con las garras del tamaño de la mano de un hombre”*. Si bien la noticia causó revuelo, se culpó a algún lobo rabioso y no se le dio más importancia. Nadie en esta tranquila región hubiera imaginado la pesadilla a la que se tendrían que enfrentar. Días más tarde, la joven Jeane Boullet, de la aldea de Uba, era destrozada por un animal salvaje. A este ataque sobrevivieron otros. Solo se encontraban restos de las víctimas: la cabeza, el pie o una mano. Habían sido devoradas.

Ante el estupor de la población, la matanza continuó. En julio, en Vivarais, fue devorada una joven; y en agosto, una muchacha de Puy-Laurent. Pronto se suman a la desafortunada lista de víctimas tres jóvenes más de Chayla-l'Évêque, una mujer de Arzenc, una muchacha de Thorts y un pastor de Chaudeyrac. Todos aparecen muertos en el campo, y sus cuerpos, desmembrados, apenas pueden reconocerse. En septiembre se registran tres nuevos casos mortales. En octubre, un joven de Pouget regresa herido al pueblo; había encontrado en su huerta un lobo que le desgarró la piel del cráneo. Días después, un niño es herido y una muchacha aparece devorada en una pradera de Saint-Alban.

Las autoridades ofrecieron una recompensa por el animal, lo que congregó a cazadores de todo el país. Fueron abatidos algunos lobos, y sin embargo los ataques no cesaban. Pronto pensarían en un ser demoníaco, y le llamarían “la Bestia”. Se rumoreaba que su piel era inmune a las balas, y los más supersticiosos empezaron a pensar que se trataba del mismísimo diablo. Eran numerosas las personas que aseguraban haber sido sus víctimas, haberla visto merodear, pero en sus relatos había muchas contradicciones. Igual afirmaban que tenía una gran cabeza, de largos mechones, con una cola larga adornada con un gran penacho, como hablaban de un ser con cabeza de galgo, de pequeñas orejas rectas y grueso rabo. La coincidencia general en los relatos de los diferentes testigos daba a la criatura forma de un lobo enorme, de piel rojiza, con una raya blanca peculiar a lo largo de su ancho pecho y grandes colmillos que resaltaban entre sus fauces. La época y el entorno en que vivió este animal ayudaría a su mitificación, con aberraciones descriptivas y adornos que magnificaban su presencia, convirtiéndolo en una criatura salida del infierno, con múltiples descripciones imposibles para la ciencia. Según citan las fuentes, *“la Bestia aparecía de la nada, al amanecer o en el crepúsculo, haciéndose con su presa con un certero mordisco que le desgarraba la garganta, siendo tan brutal su ataque que en la mayoría de ocasiones desprendía la cabeza de su desafortunada presa”*.

Aunque este animal también actuaba sobre el ganado, tenía clara su preferencia predatoria: la gran mayoría de sus víctimas mortales serían niños (68, más según citan algunas fuentes) y mujeres, resultando al menos 15 las que sufrirían este horroroso fin. Los hombres trabajaban a menudo el campo en grupos, y disponían de aperos que podían utilizar como armas, tales como hoces y guadañas; pero a pesar de ello, seis serían presa de la Bestia. La preferencia intencionada hacia niños y mujeres era debida, sin duda, a la fragilidad de estos ante su ataque, que les convertía en blancos más fáciles que las presas salvajes, las vigiladas reses o los armados campesinos.

Las noticias que llegaban sobre este cazador de hombres se haría eco en toda Europa. La Casa Real francesa ordenaría al gobernador militar de Languedoc realizar las batidas oportunas para acabar con el animal. Se haría cargo de la misión el capitán Duhamel al mando de 56 mosqueteros. Sin embargo, más allá de matar algún lobo, no obtuvo ningún resultado. La Bestia seguía matando. El asunto empezó a convertirse en un tema de seguridad nacional, pues el gobierno francés parecía incapaz, a los ojos del mundo, de acabar con un simple lobo.

En enero de 1765, un joven pastor, llamado Jacques Portefaix, acompañado de cuatro amigos y dos amigas, fueron atacados en los campos de Villeret de Chanaleilles. Hicieron frente a la Bestia permaneciendo agrupados y usando sus bastones, que a modo de lanzas, llevaban hojas afiladas en su extremo. Así lograron repeler al lobo y salvar sus vidas, si bien no pudieron evitar recibir graves heridas. Luis XV recompensó a Jacques Portefaix, por su valor mostrado, y ordenó a varios cazadores

profesionales, incluido su teniente de montería Antoine d'Enneval, famoso por haber abatido 1.200 lobos, dar muerte al animal. Llegaron a Clermont-Ferrand acompañados de ocho bloodhounds de gran tamaño; perros entrenados para la caza del lobo, especialistas en seguir durante días los rastros más difíciles. Con la llegada de los sabuesos, algunos lobos fueron acorralados y muertos. Pero la Bestia continuaba matando. Los aldeanos dejaron de salir al campo, se perdieron cosechas y los rebaños menguaron. Pronto solicitarían la ayuda del ejército, pero la llegada de los dragones militares resultó ingrata para los habitantes de la zona, que se vieron forzados a alimentarlos. Y ante su fracaso, pronto serían acusados de violentar a las muchachas y de hacerse con bienes de los aldeanos en vez de acometer su misión.

En la primavera, el número de víctimas seguía creciendo. En intervalos de uno, dos o tres días una persona era muerta y devorada. No había aldea de Gévaudan cuyos registros parroquiales no inscriban varios siniestros de este tipo: *“Acta de sepultura del cuerpo de... devorado por la bestia feroz”*. Las noticias sobre la Bestia habían recorrido toda Europa. En Londres se anunció que una tropa francesa de 120.000 hombres había sido derrotada por el feroz animal; lo que molestó a Luis XV, que pidió a Antoine de Bouterne, el gran Louvetier (cazador de lobos) del reino, que se trasladase de inmediato a Gévaudan, con los mejores tiradores de la capitanería real, y llevara a Versalles los restos del animal como fuera. Con la llegada de Antoine de Bouterne, los soldados y cazadores profesionales de Antoine d'Enneval dejarían la cacería. La leyenda de la Bestia no había hecho más que aumentar. No solo había esquivado las batidas de los cazadores, sino también a los dragones del rey. Durante tres meses, Antoine de Bouterne salió con una formación de más de cien tiradores, unos 600 aldeanos y un centenar de perros siguiendo los rastros de la Bestia. Pero sin resultados.

Se acusó a los gitanos de haber criado una bestia infernal en sus circos; se acusó a un noble de haber creado mediante cruces de leones, hienas y tigres un animal asesino; se acusó públicamente a personas de ser hombres lobo e, incluso, la Iglesia acusó al propio rey, atribuyéndole a la Bestia como castigo divino. A lo largo de ese año habían muerto devoradas 44 personas conocidas. Los fantasmas de leyendas infernales comenzaban a ser cada vez más palpables cuando una joven llamada Marie-Jeanne Valet fue atacada en la aldea de Paulhac, pero llevaba consigo un arma afilada con la que consiguió herir al animal y salvar su vida. Lo que confirmaba que no se trataba de ningún fantasma, pues podía sangrar, y por lo tanto morir.

En septiembre de 1765, Antoine de Bouterne cerca y abate a una gran loba que llegó a pesar 60 kilos. El animal sería reconocido como la Bestia y llamado *“Le Loup de Chazes”*. Antoine de Bouterne indicaba oficialmente: *“Declaramos por el actual informe firmado de nuestra mano, que nosotros nunca vimos un lobo tan grande que pudiera ser comparado a éste. Por lo que estimamos que éste podría ser la bestia temible*

*que estropeó tanto*". El lobo fue embalsamado y enviado a Fontainebleau, donde se encontraba la Corte. Y más tarde a Versalles, donde recibieron a Antoine como a un héroe, merecedor de una gran recompensa y de la Cruz de San Luis.

Pero en diciembre, apenas pasados tres meses de tranquilidad, otro lobo atacaba a dos niños en la Besseyre de Santa María. Poco después, y en un corto espacio de tiempo, desaparecían una niña y una mujer, hallándose de ésta tan solo las manos y algunos restos ensangrentados. La Bestia estaba viva. Aunque el número de casos había descendido notablemente, registrándose a lo largo de 1766 una docena de ataques y siete víctimas mortales. Lo cual podría confirmar la posibilidad de que, en realidad, el causante de las matanzas no fuera un lobo, sino dos: una pareja lobuna. Muerta la loba, el macho abandonaría su territorio momentáneamente, regresando a éste de nuevo con la llegada del duro invierno y el fin del acoso al que se vio sometido. Habitado a la caza del hombre, pronto se vería tentado de nuevo. Al ser ahora un único ejemplar, no necesitaba cazar tan a menudo, por lo que los ataques eran más espaciados. Jean José de Chateauneuf-Randon, marqués d'Apcher, retomaría la cacería: nuevas batidas acabarían con algunos lobos y, momentáneamente, con los ataques. La presión forzó de nuevo al animal a regresar a las montañas lejanas. Sin embargo, tras un periodo de ausencia, en abril de 1767 dos niñas son devoradas en los bosques de Ségeas, iniciándose una nueva escalada de terror: en cuatro meses morirían, al menos, 16 personas más.

El 19 de junio, el marqués d'Apcher reúne a varios cazadores experimentados y una docena de tiradores para iniciar una nueva batida. Entre ellos se encontraba Jean Chastel, un viejo cazador local que se había unido a la batida tras acabar el lobo con la vida de la joven Marie Denty. Sería la última víctima conocida de la Bestia, pues el propio Chastel, de un disparo y con la ayuda de la jauría, acabaría con la vida del animal desde su puesto en d'Auvers de Sogne. La Bestia había muerto. No había duda, pues en su estómago hallaron restos humanos. Se trataba de un macho adulto de gran tamaño y aspecto rojizo que pesaba cerca de 50 kilos. El ejemplar sería preparado, con la idea de llevarlo a Palacio y cobrar los honores merecidos. Pero durante el viaje el cuerpo se deterioró, comenzando a descomponerse. El rey ordenó enterrarlo en los mismos jardines del palacio de Versalles, sin hacerle mucho caso, pues había dado anteriormente por cerrado el caso de la Bestia. El viejo cazador solo recibiría una pequeña recompensa de la diócesis de Mende, aunque en Gévaudan sería aclamado como un héroe.

Si bien este caso no ha sido a lo largo de la historia el del mayor devorador de hombres, sí que ha sido uno de los que ha generado mayor tipo de especulaciones a su alrededor. La leyenda aumentó cuando se rumoreó que Chastel, hombre muy religioso, había utilizado una bala de plata, fundida de un medallón de la Virgen, para acabar con la Bestia. Lo más plausible es que este episodio fuera un caso similar

al acontecido en Uttar-Pradesh (India), y protagonizado por una pareja de lobos europeos (*Canis lupus lupus*) en una zona rural con escasez de presas naturales y donde los niños no estaban vigilados. Estos lobos son de mayor tamaño que sus homólogos indios (*Canis lupus pallipes*), y a pesar de que su peso medio es de 45-50 kilos, se han hallado ejemplares cercanos a los 70 kilos (Polonia). Lamentablemente, la ausencia de los cuerpos de ambos cánidos, el primero quemado en los disturbios revolucionarios y el segundo descompuesto en algún lugar de los jardines de Versalles, hacen inviable determinar hoy científicamente el origen de estos animales.

En esta historia existe otra teoría, que nos habla de un mastín o un perro lobo entrenado para matar por un sádico, relacionando directamente a la familia Chastel con las muertes. Aunque muy improbable, esta teoría sería sorprendentemente reforzada por el naturalista Michel Louis, director del Zoológico de Amneville, en su obra *La Bestia de Gévaudan: la inocencia de los lobos*, en la que plantea que la mayor parte de las muertes achacadas a la Bestia fueron provocadas por personas, en el marco de una compleja conspiración. Teoría que convertiría al hombre en el auténtico “devorador de hombres”, y que asimismo fue recogida de forma fantasiosa en la película *Le pacte des loups*, dirigida en 2001 por Christophe Gans.

## De Armenia a las estepas siberianas

En las extensas regiones del este de Europa y Asia, en tierras de la antigua Unión Soviética, resultan comunes los relatos de lobos antropófagos; consecuencia en su mayor parte de la imaginación narrativa de diversos autores, que han relatado una y otra vez feroces ataques de estas bestias a las troikas y campamentos que se aventuraban por sus tierras boscosas y heladas. Otros, sin embargo, nos aterran ante su certeza: un clan lobuno mató a 110 personas en Rusia entre 1890 y 1891. Obviamente, los ataques de lobos en toda Asia se han dado en muchas ocasiones, pero, salvo algunos capítulos y como en otras zonas del planeta, la gran mayoría no eran ataques predadores, sino producidos a consecuencia de la rabia.

En enero de 2007, en Brnakot, una aldea en la provincia de Syunik (Armenia), un lobo atacó a Artur Sargsyan fuera de su hogar, cuando salió a ver qué le ocurría a su perro, que se encontraba muy nervioso. El lobo le mordió repetidas veces, y después se lanzó contra una vecina de la aldea, contra su hijo y un grupo de jóvenes que habían respondido a los gritos de socorro. Al final lograron espantar al enfurecido lobo. Arakelyan, jefe de la Administración de Brnakot aseguraría: “Tengo 50 años pero no puedo recordar un incidente como este, los lobos han atacado el ganado, pero nunca los pueblos, nunca hemos visto una bestia como ésta, los lobos son cautelosos, raramente se acercan a la gente o a las casas, este lobo tiene que ser muy salvaje o tener mucha hambre”.

Después de atacar a los aldeanos en Brnakot, el lobo se movió por otras aldeas próximas. Los expedientes oficiales muestran que realizó un ataque en la aldea de Uyts, donde dos personas tuvieron que ser trasladadas al hospital militar de Aghitu. La policía preparó una partida de caza, en la que se apuntaron residentes de Uyts y Brnakot, consiguiendo abatir al lobo. Pero para entonces, el animal había alcanzado la ciudad de Sisian y de Mher, atacando a una joven llamada Poghosyan después de entrar en su casa. Algo inaudito en estos tiempos, pero quizás frecuente en otras épocas donde las puertas se cerraban a cal y canto en el duro invierno, cuando escaseaban las presas salvajes y el lobo se adentraba en ciertas ocasiones en las aldeas en busca de alimento. En Armenia no se había producido un ataque de lobo en cuatro años, y menos tan directo. Analizando el hecho, podríamos asegurar que el animal, hambriento y sin hallar recursos alimenticios, se aproximó en un primer momento a la casa de Artur Sargsyan atraído por el perro; pero la aparición de su propietario pudo desencadenar el ataque, que iría a más cuando acudieron los aldeanos en defensa de sus vecinos. El lobo recorrería tres aldeas más, buscando algo que comer, atacando al sentirse acosado e ignorando a sus habitantes cuando pasaba desapercibido; finalmente, quizás algún animal doméstico le llamó la atención, o un fuerte olor le empujó en busca de alimento más allá, atreviéndose a entrar en la casa de Poghosyan, donde fue abatido por el padre de la joven.

El lobo habita en gran parte de Asia central, Mongolia y Manchuria; al igual que en Turkmenistán, Uzbekistán, Tadjikistán, Kirgizistán, Kazajistán y China occidental. Sus ataques en estas zonas, aunque esporádicos, han sido constantes a lo largo de los siglos, afectando a una población rural y/o nómada que ocupaba extensas áreas deshabitadas, conviviendo con una gran densidad de lobos. En 2001, en la región de Xinjiang (China), 31 personas fueron halladas muertas, la mayoría devoradas, y 33 desaparecieron. Las bajas temperaturas (se llegaron a los  $-40^{\circ}$ ) habían acabado con la vida de numerosas personas en la zona, por lo que sería difícil concretar en muchos casos si realmente se trataba de depredación o si era la acción necrófaga del lobo. En enero y febrero de 2005, las temperaturas extremas del invierno en Asia central habían forzado el contacto de las poblaciones de Uzbekistán y Tadjikistán con los lobos; presentándose problemáticas parecidas en Rusia, donde los ataques son más frecuentes, especialmente al ganado. A pesar de que el lobo rehuye por lo general la presencia del hombre, la presión a que estaba sometido acabó con 20 ataques en Uzbekistán occidental, falleciendo dos personas en el distrito de Muinak.

Por otro lado, en las aldeas del este de Badakhshan (Tadjikistán), donde es esencial el ganado para la supervivencia, nadie ha muerto a consecuencia de un ataque del lobo; pero los aldeanos que vivían en el distrito de Jonibek se veían acosados a menudo con ataques repentinos que les hacían huir, dejando el ganado abandonado. Los lobos se hicieron cada vez más osados y empezaron a vagar por la noche en la aldea, en busca de alimento. *“En la noche, los lobos poseen la aldea. Primero, se comieron todos*

*los perros, ahora han comenzado a comerse las ovejas, vacas...*” Aseguraba el aldeano Qozibekov entre lamentaciones. Los residentes de ambas regiones pidieron en los primeros meses de 2005 ayuda a sus gobiernos, solicitando una batida similar a la realizada en Orenburg (Rusia), en las estepas meridionales, cuando la población del lobo aumentó considerablemente con la llegada de individuos de Kazajstán. Doseientos cazadores recibieron 1.000 rublos (\$36) por cada animal que mataron. Pero la campaña fue dirigida realmente por motivos cinegéticos, amparándose en las difusas noticias de ataques de lobos a personas; los cazadores realizaron una masacre en la que mataron cientos de lobos, alegando finalmente que así también ayudaban a contener el daño que los lobos infligían al ganado y la industria cinegética. Finalmente, Temur Idrisov, director del programa del grupo ambiental de Tajik Por la Tierra, promovió un sistema para indemnizar el daño causado por los lobos.

Más conflictiva será la convivencia con el lobo de la India (*Canis lupus pallipes*), donde su fundada fama como devorador de hombres resulta aterradora. En los últimos 35 años, entre las regiones de Uttar-Pradesh, Bihar, y Andhra Pradesh se cree que cerca de 275 niños han sido matados por los lobos. En Afganistán, las nevadas más duras del invierno del 2004 trajeron consigo manadas hambrientas de lobos, desconocidas en décadas, que se dirigieron hacia las áreas pobladas, donde devoraron al menos cuatro personas. Los aldeanos de Naka, en Paktia, atestiguaron que encontraron poco más que restos ensangrentados y ropas destrozadas durante una búsqueda organizada para encontrar a dos de sus vecinos, que desaparecieron durante un viaje de una aldea a otra. Mientras, en la provincia vecina de Khost murieron otras dos personas, tras encontrarse con la manada. Al final del invierno, ya en 2005, incluso los perros habían desaparecido de las aldeas de estas pequeñas provincias de Afganistán.

Por el contrario, el lobo apenas inquietaba al ser humano en Europa occidental, ya desde principios del Siglo XX, pues en la mayoría de los países de esta zona geográfica jamás se había registrado un ataque lobuno o no se conocía, y menos mortal, habiendo sido exterminado en muchos de ellos. Algo similar ocurría en el norte de Rusia, Noruega, Suecia y el norte de Siberia, donde el lobo apenas ha tenido confrontaciones con el hombre, registrándose solo un caso de lobos antropófagos, en Polonia, donde en 1937 fueron devorados al parecer cinco niños.

En Noruega existe un amplio debate sobre la conservación del lobo, pues aunque en general están a favor de mantener los últimos lobos del país con vida, se están matando. Además, y por otro lado, solo el 23% de los noruegos aceptaría que los lobos vivieran a menos de 10 Km de sus casas. Aunque hace más de 200 años que no han sufrido un ataque, todavía persiste el temor de otros tiempos hacia este cánido y sus posibles consecuencias. De hecho, consideran que se trata solo de una cuestión de seguridad hacia sus familias, pues habitar entre lobos, creen ciertamente, podría

significar una tragedia a corto o largo plazo. Resultan sorprendentes los datos que nos revela el estudio *Fear of the Wolf*, más conocido como el informe Linnell y del que ya hemos hablado. Entre otros datos, se ponen de manifiesto los factores que inciden en los temores de las personas, y que varían según dónde vivan y cuáles sean sus características socioculturales. Las mujeres, los ancianos y las personas que carecen de una educación social media presentan niveles más altos del miedo hacia este cánido que los hombres, los jóvenes y las personas dotadas de una educación más alta. Los habitantes de áreas donde viven lobos tiene menos miedo que las personas que viven en áreas donde está ausente la especie; no obstante, la preocupación por la seguridad de la familia es más alta entre los que conviven con estos depredadores. No hay duda de que gran parte del temor hacia los lobos viene determinado por una preocupación directa por la seguridad familiar, ya que los ataques registrados indican que el temor está justificado hasta cierto punto. Sin embargo, es evidente que el miedo también depende de la situación social y cultural de la persona. La actitud que el pueblo tiene hacia los lobos también está influenciada por la confianza en sus diversas fuentes de conocimiento (conocimiento científico contra conocimiento adquirido). El mundo científico tiene una posición mucho más positiva hacia los lobos, mientras que en algunos segmentos de las comunidades rurales el rechazo al lobo es patente, cuando no visceral.

### **El lobo antropófago de Uttar-Pradesh**

El devorador de hombres de Uttar-Pradesh es el caso documentado más reciente que existe sobre lobos cazadores de humanos en todo el mundo, acaecido en Uttar-Pradesh (Región del Norte), en la India. Pero los lobos antropófagos en estas regiones no son nada nuevo. El problema de los ataques sobre niños realizados en las regiones boscosas de Bihar se ha puesto de manifiesto en diferentes expedientes, entrevistas y estudios. De los que parece confirmarse que al menos cinco clanes lobunos han creado problemas en 63 aldeas, donde se registraron cerca de 80 ataques sobre niños, tan solo entre 1993 y 1995. Los niños, con edades comprendidas entre tres y once años, fueron capturados, generalmente, cerca de las aldeas, entre las 17.00 y las 19.00 h como pauta normal. En la región de Madhya Pradesh, 17 niños morirían en 1986 a causa de los ataques de los lobos.

Sin embargo, el caso que más atraería la atención e impactaría en nuestra moderna sociedad, sería el del lobo antropófago de Uttar-Pradesh. El primer ataque sucedió a mediados de agosto de 1996, en un claro herbáceo, al lado de su aldea, donde Urmila Devi y tres de sus ocho hijos pasaban el día. El lobo apareció de pronto, haciendo presa en el cuello del más joven de sus hijos y desapareciendo en el bosque, tras arrastrarlo por el maizal. Cuando una partida de la policía encontró a Anand Kumar, tres días más tarde, todo lo que quedaba de él era su cabeza y algunos restos. Los

patólogos confirmaron que había sido matado por un lobo, tras observar las marcas de uñas y colmillos. E inmediatamente las sospechas se centraron en un pequeño clan lobuno que había estado vagando en la zona, alimentándose cerca de las aldeas. El conservacionista Lakhan Singh señalaría la delicada situación en la que podrían encontrarse, pues una vez perdido el miedo y habiendo atacado con éxito a un ser humano, era muy posible que se registraran más ataques. Y de hecho así fue, pues a los cinco meses de la primera matanza, la cifra de niños devorados se elevaba a 33, y otros 20 habían logrado sobrevivir al ataque. En una batida, cerca del río Ganges, fueron abatidos varios lobos; sin embargo, los ataques no cesaron. Con nuevas víctimas cada semana, las cifras de muertes fueron aumentando. Lakhan Singh, encargado de estudiar el caso y abatir al lobo antropófago diría: *“Es la peor amenaza del lobo dondequiera en el mundo en por lo menos 100 años...”* La historia recuerda el caso de 1878, cuando los funcionarios británicos, en esta área, registraron 624 matanzas humanas efectuadas por los lobos; la mayor conocida por parte de estos cánidos. Por aquella época, los aldeanos permanecían despiertos toda la noche, guardando la aldea con rifles y bastones. Las madres guardaban a los niños en sus casas durante todo el día, alejándolos del campo. El miedo hizo aflorar leyendas y viejas supersticiones de hombres lobo, que pronto calaron en una región donde millones de personas viven en el umbral de la pobreza, y que las autoridades se esforzaban en combatir para poder centrarse en la caza del lobo.

El lobo antropófago de Uttar-Pradesh realizó 74 ataques a niños, en diferentes aldeas durante siete meses, apareciendo cuando menos se le esperaba en cualquiera de ellas; y al menos 50 niños fueron muertos y devorados. Las víctimas pertenecían a familias pobres, que tenían muchos hijos; sus madres eran muy jóvenes e incapaces de cuidar de ellos, más cuando el ganado, un bien necesario para la familia, requería estar constantemente vigilado. La causa, según las investigaciones realizadas, fue la anormal baja densidad de animales salvajes que habitualmente eran presa del lobo. La sobreexplotación humana de los recursos y el gran furtivismo existente alejó las presas naturales del lobo, que sobrevivía alimentándose generalmente de basuras y carroñas. Habitado al contacto humano, el lobo encontró en los niños una presa fácil y derivó en ellos su acción predatoria. Los hindúes no suelen matar a los lobos, por lo que es necesaria la acción de las autoridades, que en ocasiones encuentran signos evidentes de testimonios y reclamaciones falsas, con tal de cobrar las compensaciones que el Gobierno otorga a las familias de las víctimas. Esto hace que las citas de ataques puedan ser muchas más de las reales.

Por sus huellas y rastros se confirmó que se trataba de un lobo indio que posiblemente actuara solo, ya que de sus víctimas devoraba una media de 3-4 kilos de carne. Teoría avalada por los análisis de los pelos hallados sobre los cadáveres de sus víctimas. Finalmente se abatió al lobo causante de tanta desgracia; aunque se necesitaron abatir ocho para que cesaran los ataques. La caza implicó a cientos de

aldeanos, acompañados por policías armados con bastones y escopetas. A pesar de la muerte de estos ejemplares, entre 1997 y 1999 se registraron otros once ataques predadores, por lo que pudiera ser que este animal no siempre campeara solo.

En la India, la depredación del lobo sobre el hombre es aceptada hoy día como una realidad. Por lo que Yadvendradev V. Jhala y Dinesh Kumar Sharma, ambos del Wildlife Institute of India, escribieron una serie de pautas para evitar ataques del lobo, pues a su juicio: *“La mayoría de las matanzas de niños que investigamos resultó de la negligencia por parte de sus padres. Si se ponen en ejecución estas medidas preventivas, la magnitud del conflicto sería reducida seriamente:*

- Los niños y ancianos vulnerables deben dormir dentro de las cabañas. Donde no exista una cubierta apropiada, los niños deben dormir atados a la cama, entre los adultos.
- Los niños deben ser acompañados por un adulto que vigile siempre que salgan a realizar sus necesidades durante la noche. Una linterna o una llama, realizar ruidos y lanzar piedras sobre la vegetación podrían disuadir al depredador si espera oculto.
- No se debe permitir a los niños vagar solos entre los campos sembrados, con hierba alta o vegetación abundante, estas áreas pueden proporcionar cubierta suficiente para que un lobo permanezca oculto.
- Las aldeas deben designar a un vigilante o realizar rondas nocturnas. El vigilante debe comprobar los alrededores de la aldea acompañado con perros guardianes en intervalos de una hora. Debe utilizar petardos en intervalos irregulares para asustar del lobo.”

## El lobo en Norteamérica

El célebre naturalista Ernest Thompson Seton, que dedicó su vida al estudio de la naturaleza y al estilo de vida de las tribus norteamericanas, siempre afirmó que los lobos atacaban y devoraban durante los meses de invierno a indios y esquimales con relativa frecuencia; aunque estos hechos se produjeron en su mayor parte antes de que llegaran los occidentales, con sus armas de fuego y venenos. *“Amaguk (lobo) mata Nunamiut (esquimal) a veces. Ahora Nunamiut puede salir fuera y matar a Amaguk desde la distancia con un rifle. Ahora Amaguk deja a Nunamiut solo”*, relata el célebre escritor Barry Lopez en su libro *Of Wolves and Men*, donde transcribe una conversación que mantuvo con un viejo esquimal de Alaska. Estas palabras son un breve resumen de la actividad depredadora del lobo sobre el hombre en Norteamérica. Si bien los ataques contra los pobladores indios podían ser más o menos frecuentes, según épocas y regiones, no se sabe de episodios antropófagos continuados hasta 1770, con el inicio de las Guerras Indias y la expansión de la viruela en el continente. La década se iniciaba con un año fatal para la población india, pues cientos de ellos morirían a causa de la terrible enfermedad y los enfrentamientos con el hombre blanco. Años de lobos, según la tradición india. Estos carnívoros frecuentarían probablemente los campamentos, devorando los

cadáveres y atacando a las personas enfermas, indefensas, que a menudo se hallaban solas en sus cabañas o vagando por caminos. Durante los 40 años de guerra se sembraron campos y bosques de sangre y muerte. Se estima que murieron 45.000 indios y 19.000 estadounidenses, y la mayoría de los cadáveres serían devorados por la fauna salvaje, incluidos los lobos. Y con la identificación del ser humano como alimento, se desencadenarían ataques directos contra algunas personas.

Con el fin de la guerra, el hombre empezó a cultivar y guardar ganado, y una gran explosión demográfica sacudió el continente. Como consecuencia, durante décadas los lobos fueron perseguidos y diezmados. Las armas de fuego les mantenían alejados de cualquier población y en algunas áreas fueron exterminados. Tras la decadencia amerindia, el lobo aprendió el peligro que suponía la nueva civilización del hombre y se alejó de él, contabilizándose desde entonces escasos ataques, casi anecdóticos, que solían ser provocados por lobos afectados por la rabia.

En 200 años la prensa tan solo se haría eco de cuatro casos relevantes de ataques depredadores, uno en Canadá y tres en EEUU. En diciembre de 1922, un trampero y dos indios, que salieron en su búsqueda, fueron devorados en Ontario. En marzo de 1888, Olson y su hijo fueron devorados por una manada de lobos a unos metros de su casa, en Dakota del Norte, siendo testigo del terrible acontecimiento su mujer. En 1881, al noroeste de Colorado, una muchacha fue atacada por un lobo mientras iba a por leche de sus vacas; aunque trató de asustarlo tirándole piedras, solo la rápida intervención de su hermano con un arma la salvó, resultando a pesar de ello gravemente herida. Y en el invierno de 1830, dos personas que viajaban cerca de la frontera con Ohio fueron atacadas en Kentucky por tres lobos, y aunque se defendieron con hachas solo uno de ellos salvó la vida subiéndose a un árbol, desde el cual vio como devoraban a su compañero.

Cuando los lobos fueron reintroducidos en 1995 en el parque nacional de Yellowstone (EEUU), existía el temor de que se convirtieran en una amenaza para el hombre. Las tradiciones y miedos de la vieja Europa, junto a la problemática que plantea su depredación sobre el ganado, situaban a un sector de la población estadounidense en contra de los lobos. No es de extrañar esta actitud, siempre que nos situemos en su contexto, y aunque hoy muchas personas no la compartan. A lo largo del siglo XX, en Norteamérica, los ataques son mínimos comparados con los registrados en Eurasia. Y desde 1922 no se conocían casos que acusaran a este cánido de ser un devorador de hombres, y ni siquiera de que un lobo sano realizara un ataque mortal contra un ser humano. Pero hoy, algo está cambiando ante la preocupación de las autoridades. En algunas zonas está surgiendo una peligrosa tendencia: el habituamiento de animales salvajes. La alimentación proporcionada por humanos, ya sea intencionada o casual, proporcionada por turistas desinformados o por una gestión de residuos deficiente, puede llegar a convertir a animales esquivos, en

potenciales asesinos. Desde 1995 se han empezado a registrar ataques depredadores de lobos en Norteamérica. De hecho, en el Provincial Park de Algonquin, en Ontario (Canadá), los lobos han llegado a herir a cinco personas. Algunos de los episodios más dramáticos sucedieron en 1996, cuando un lobo intentó arrastrar consigo a un niño mientras dormía en su saco de montaña, resultando gravemente herido con lesiones en la cabeza; y en 1998, cuando otros ejemplares intentaron llevarse al bosque a un bebé y a una niña, en dos ataques diferentes. En todos estos casos los niños fueron rescatados por sus familiares antes de que se consumara la tragedia.

En abril de 2000, un lobo que llevaba un collar radiotransmisor atacó a dos niños y un perro labrador que jugaban en el campo, cerca de Yakuta (Alaska), convirtiéndose este suceso en el primer ataque conocido a un ser humano en esta región. El menor de ellos fue atrapado por el lobo, aunque gracias a la intervención del perro y de un carpintero, que se hallaba cerca del lugar, se pudo evitar la tragedia; pues aunque el niño resultó gravemente herido, se salvó. Tras apartarse en un primer momento, el lobo volvió a reaparecer diez minutos más tarde en busca de su presa, pero inmediatamente fue abatido por el padre del muchacho. Se trataba de un ejemplar macho de cinco años, que había sido visto con frecuencia por el campo el año anterior al ataque. Aunque siempre se retiraba cuando cualquier persona se le acercaba, y nunca se había mostrado agresivo. No obstante, fue observado algunos días antes del ataque con una actitud diferente, mostrándose menos asustadizo, y más habituado a la presencia humana. Tras este caso, seis años después se produjo un nuevo episodio depredador en Alaska, en julio de 2006. Sería en la región de Fairbanks, cerca del Círculo Polar Ártico, donde una joven que caminaba cerca de un camping en la carretera de Dalton Highway, fue acechada y perseguida por un lobo, que le produjo severas heridas. La chica pudo salvar su vida refugiándose en una caseta como pudo.

Sería en Canadá donde se registraría el primer caso mortal conocido en Norteamérica, en 86 años, de un ataque depredador realizado por un lobo sano. Se produjo en noviembre de 2005, cuando Kent Joel Carnegie, estudiante de ingeniería geológica de la Universidad de Waterloo, que trabajaba en un estudio sobre el uranio, el oro y la plata en Saskatchewan, cerca del lago Wollaston, desapareció durante uno de sus recorridos a pie. Amante de la naturaleza, había salido a ver la puesta de sol en el lago. Y horas más tarde se hallaría su cuerpo, descarnado y mutilado. Las marcas de mordeduras y las numerosas huellas que se marcaban alrededor de sus restos identificaron a los presuntos autores de la matanza: los lobos. Probablemente un clan de cuatro ejemplares que durante meses se había habituado a la presencia del hombre. Las huellas en la nieve indicaban que Carnegie había intentado huir, hasta que fue cercado y abatido como cualquier otra presa: iniciando el ataque un lobo de forma frontal, mientras los otros cerraban el cerco por los costados. Cuando fueron encontrados sus restos, el clan lobuno aún permanecía en el lugar, por

lo que se alertó a las autoridades para que intervinieran. Cuando los restos del cuerpo fueron retirados, un oso había estado alimentándose de él y los lobos aún merodeaban por la zona, observando. Quizás intuían que habían traspasado una frontera prohibida, o tal vez tan solo veían como les arrebataban su presa. Dos días después eran abatidos dos grandes ejemplares de esta manada por oficiales del Departamento de Fauna y Ambiente. Y más tarde un tercero. La necropsia revelaría que estos ejemplares de lobo gris americano (*Canis lupus occidentalis*) de gran complejión, uno de los cuales llegó a pesar 46 kilos, estaban sanos. En sus estómagos se hallaron restos de carne semidigeridos que podían ser humanos y de tela plastificada, posiblemente de la ropa de Carnegie. La habituación a causa de la alimentación proporcionada por el hombre, la gran nevada y la escasez de presas en ese crudo invierno, convirtieron al joven estudiante en una apetecible presa para el clan lobuno. Precisamente, el día anterior al de su muerte, Carnegie hablaba con su madre y le comentaba que había lobos en la zona, y aunque le habían advertido del peligro, tenía la certeza de que eran inofensivos.

Según el Dr. Valerius Geist, *“cerca de la zona donde fue atacado el joven estudiante hubo un ataque reciente, protagonizado por un lobo que atacó e hirió a Fred Desjarlais (05-01-2005), así como otros incidentes que no han sido denunciados”*. Lo que confirmaría, ya no solo la peligrosa habituación de los lobos, sino el equivocado mensaje que se traslada a gran parte de la población sobre esta especie. Según sus investigaciones, los lobos de carácter sumiso, aquellos que más se acercan al hombre, son también los más propensos a realizar ataques predadores. Cuando los lobos están bien alimentados, siempre evitan al ser humano. Su aproximación al hombre no es resultado de una curiosidad inofensiva, ni de un armonioso e idílico encuentro entre el ser humano y el lobo, sino producto del hambre. El lobo solo observa, con cierto recelo, al que podría convertirse en una potencial presa: *“En mis días en el yermo norteño he visto pánico en los lobos en varias ocasiones, cuando cruzaban sobre mi pista u olfatearon mi olor. Tenemos otras observaciones que indican que los lobos son muy cautelosos. Cuando escasea el alimento, comienzan a explorar presas alternativas cautelosamente y durante un extenso período. Esta exploración en busca de una fuente alternativa de alimento es manifiesta en lobos salvajes que muestran conductas aparentemente cada vez más domésticas. Los lobos me han investigado tres veces en campo abierto; los mismos lobos amenazaron a mi esposa dos veces, una vez en el paso de la puerta. Otros lobos de la isla de Vancouver fueron un paso más lejos: lamieron y mordieron a algunas personas en un camping semanas antes de atacar. Sin embargo, el fondo de la cuestión es que cuando los lobos parecen domésticos, inofensivos, te siguen y te investigan es que estás en peligro, pues en su mente te ven como posible almuerzo. La idea de que los lobos no son peligrosos que tenían algunas personas que han sufrido ataques es tan extrañamente engañosa”*.

Esta conducta humana, muchas veces intencionada, basada en la errónea insistencia

de antropizar a los animales salvajes, incluso alimentándolos y rozando todo límite natural, a menudo con tal de poder observar de cerca estos cánidos o poder ofrecer su visión como reclamo turístico, puede resultar contraproducente. Pues con la pérdida de la distancia y del respeto, el lobo pierde su temor hacia el ser humano y con ello aumenta potencialmente su peligrosidad. Estos animales, en su estado salvaje temen a la gente, pero cuando han aprendido que pueden conseguir comida cerca del ser humano y no somos peligrosos, acaban incomodando a las personas en paseos y acampadas para obtener alimentos. Consecuentemente, pierden totalmente su miedo y pueden comenzar a comportarse de manera agresiva; pues como animal jerárquico, no tardará en imponerse; y como depredador, a vernos como presa fácil. Paul Paquet, ecólogo de la universidad de Calgary que investigó el caso de Kent Joel Carnegie, comentaría: *“Cuatro lobos se alimentaban regularmente en un basurero próximo y habían perdido su miedo natural a la gente. Esos lobos son los culpables más probables y, por lo menos tres, se han matado”*. Para evitar que los lobos se acostumbren a los seres humanos, Paquet aconseja *“esconder bien los alimentos en basureros y sitios de acampada. Las personas deben permanecer por lo menos a 100 metros del lobo siempre”*. El lobo generalmente no es peligroso para el ser humano, pero para ello es importante que las personas sean prudentes y lo vean como lo que es: un animal salvaje que vive en su ecosistema, y que puede resultar tan peligroso o inofensivo como cualquier otro superdepredador. Pues no conviene olvidar que éste es su estatus natural.

## **Coyotes, dingos y otros sabuesos**

Si bien el lobo es el más grande y fuerte de los cánidos, no podemos olvidarnos de sus parientes cercanos: coyotes, chacales y zorros; todos ellos protagonistas de increíbles ataques depredadores en los que raramente obtienen el botín deseado: un bebé o un niño que ande descuidado.

En octubre de 2005, Arturo Cole y su nieto paseaban a lo largo del río de Assabet, al oeste de Boston, cuando una hembra de coyote les atacó por detrás. El anciano sujetó como pudo al animal, permitiendo que su nieto pudiera huir. No es habitual que los coyotes realicen ataques depredadores sobre los humanos, pero este caso, en el que el coyote intentó sorprender al anciano y robarle a su nieto, no es el único conocido. En septiembre de 2000, la policía de Vancouver (Canadá) persiguió a un coyote después de que atacara a un bebé en el área de la Oak Ridge. El pequeño fue rápidamente trasladado a un hospital, donde fue atendido de sus lesiones, presentando un profundo corte sobre el ojo. Los coyotes entran con cierta frecuencia en la ciudad buscando alimento, generalmente gatos, pequeños perros o basuras, pero quizás el hambre le hizo dar un paso más a este osado ejemplar.

En junio de 2002, en Dartford (Reino Unido), un zorro sacó de su casa a un bebé mientras sus padres descansaban. Louis fue sacado de su cuna por el animal, que había hecho presa y tiraba fuerte de él. Sus padres, alertados por su fuerte llanto, se encontraron con la impactante visión: ¡un zorro arrastraba a su hijo mordándole la cabeza! El animal, sorprendido, finalmente huyó, mientras Peter le persiguió hasta que estuvo lejos. El bebé sufrió graves heridas en la cabeza a causa de sus dentelladas. Sue Eastwood, la madre, estaba con él en la habitación cuando sucedió el ataque: *“Yo había caído dormida, y Louis estaba ya dormido. Lo siguiente que recuerdo es que él gritaba, y desperté y grité. La sangre le caía por debajo de su cara y el zorro estaba ahí, mirándonos fijamente”*. Peter, el padre, estaba en la cocina cuando los gritos de su esposa le alertaron. *“Cuando entré en el cuarto, el zorro estaba allí, mirándome. No lo vi coger a Louis, pero estaba cubierto de sangre. El zorro no parecía asustado y apenas se meneaba, mientras me miraba”*. Los residentes en el área se han quejado en los últimos años del gran número de zorros que frecuentan la zona. Dicen que los animales llegan a protagonizar acciones muy osadas, y que son difíciles de asustar. Mientras tanto, la familia de Louis ha invitado al consejo local a abordar el problema de los zorros. Trevor Williams, director del Fox Project, afirmaba que éste era el primer caso de estas características del que él había oído hablar jamás: *“Estoy absolutamente convencido de que el animal estaba desorientado o tenía dañado el cerebro para actuar de esa manera. Pudiera ser que una vez que logró acercarse, se sintiera atraído por el movimiento del bebé, y quizás hizo una mordedura tentativa, y fue un poco más lejos... ¿Quién sabe? Yo no consideraría que un ataque de este tipo pudieran realizarlo todos los zorros. Este caso atípico indica algo salvaje y feroz”*.

En septiembre de 2003, en Islington (Reino Unido), un zorro rojo dejaba agonizando a una niña, después de sufrir un ataque depredador mientras dormía. Jessica Magnier logró arrastrarse a través de una puerta abierta en su hogar, en el parque de Tufnell. Sus padres, Richard y Corinne Magnier, estaban viendo un vídeo cuando oyeron los gritos. *“Eran sobre 21.30 h del domingo, y habíamos dejado la puerta trasera abierta, como hacemos a menudo en el verano. De repente oímos ruidos, y un grito procedente de la habitación de Jessica. Corinne subió rápidamente para ver qué pasaba y me gritó para que subiera. Gritaba que había un gato en el cuarto, hasta que se dio cuenta: ¡es un zorro! Vi el zorro y lo perseguí hasta que huyó. Volví arriba y vi el brazo de Jessica, que tenía marcas grandes, en forma de U provocadas por los dientes del zorro. Había mucha sangre... Tomemos el coche y la llevamos rápidamente al hospital”*. Richard supuso que el olor de carnes asadas y pollo, que la familia preparó para la cena, había atraído al zorro hasta el interior de la vivienda; el cual, tenía la guarida al lado de su jardín. El consejo de la ciudad decidió despejar la vegetación del área donde el animal tenía su madriguera, para acosarle y expulsarle de la zona, así como estudiar medidas para tratar el problema de los zorros urbanos.

Como ya hemos visto, coyotes y zorros raramente pasan de provocar un gran susto. Pero otra cosa son los dingos, esos perros salvajes que se han llegado a definir como “lobos australianos”. En mayo de 2001, en la isla de Fraser (Australia), un niño fue devorado por los dingos (*Canis familiaris dingo*), y su hermano herido; y dos turistas sufrieron asimismo graves ataques. Los aborígenes denunciaron los hechos ante el gobierno de Queensland, para que se tomaran medidas contra estos cánidos. Y poco tiempo después, los guardabosques del parque confirmaron que habían matado a doce dingos, incluyendo dos que creyeron responsables de la muerte del joven. Hasta la fecha, y durante los últimos diez años, en la isla se habían registrado 20 ataques a personas, y se habían matado unos 40 de los 160 dingos que la habitaban, al ser considerados una seria amenaza para el ser humano. Los aborígenes afirman que estos cánidos nunca les habían traído problemas, y que los ataques constituyen una novedad, debida al auge del turismo y a los abundantes desechos, de los que se alimentan los dingos, merodeando cerca de la gente. Cuando no son los propios turistas quienes les alimentan directamente; algo prohibido en la isla.

El primer ministro, Peter Beattie, de Queensland, afirmaría que aunque respetaba las apasionadas opiniones mostradas por ecologistas e indígenas, los guardabosques continuarían actuando sobre los dingos que merodeaban en las zonas habitadas y de acampada. La policía sospechaba que el mismo dingo, un joven macho, era también responsable de otros siete incidentes ocurridos durante las últimas semanas, en las cuales mordió o acosó a otras personas. Este animal había sido alimentado, junto a otros, por un operador de turismo en la playa de la Orquídea, para que fueran más fáciles de ver por parte de los turistas. Probablemente ésta fuera la causa de que el dingo perdiera el temor a la gente y se volviera particularmente agresivo.

Pero hay otros casos relevantes ocurridos en la misma isla. En marzo de 1997, dos dingos atacaron a un niño de cinco años que se encontraba apenas a ocho metros de sus padres. En marzo de 1998, un dingo atacó a Sarah Chillands mientras estaba descansando en la orilla del mar con un amigo. En abril de 1998, un dingo hizo presa sobre un bebé en el área de acampada de Waddy, aunque la actuación de su padre evitó que fuera arrastrado al bosque. En agosto de 1998, atacaron a un niño que tuvo que ser ingresado en el hospital de la bahía de Hervey. En febrero de 1999, dos dingos subadultos atacaron a una turista en la playa del lago McKenzie Island's de Fraser. Parece indudable que la influencia del hombre y la habituación están resultando fatales en los últimos diez años. Oliver, de la sociedad de la conservación de fauna, afirmaría *“La influencia humana en los dingos de la isla de Fraser ha creado un ambiente muy diverso y un variado patrón de crianza para los dingos, de modo que ahora se consiguen clanes más grandes; más varones jóvenes están sobreviviendo y la hembra alfa, el perro dominante, tiene menos control; muchos de los machos y hembras más jóvenes viven debido al suministro de alimento adicional por parte de los humanos”*.

Finalmente, no podemos acabar este capítulo sin hacer referencia al gran amigo del hombre: el perro. Pues aunque pensemos que es improbable que se convierta en antropófago un animal domesticado hasta el punto en que éste lo ha sido, pues no es exactamente así, es más, este animal mata a miles de personas todos los años, ya sean perros cimarrones, asilvestrados o domésticos. El perro desciende directamente del lobo y ha sido manipulado por el hombre hasta lo increíble. Pero no deja de ser un lobo dentro del cuerpo de un perro. Noble y leal con su familia, con su clan humano, pero sin dejar de ser un cánido que en condiciones adversas o en estado salvaje reaccionará al igual que todos los demás carnívoros: atacando, matando y devorando. No obstante la mayoría de los casos de ataques de perros a personas vienen dados por episodios de rabia, acoso, territorialidad o competencia. Los ataques depredadores documentados son confusos, llegados principalmente de países donde la pobreza y la guerra marcan la tragedia diaria. En Somalia, por ejemplo, hasta que la policía pudo organizarse tras las constantes alteraciones políticas sufridas y actuar contra los cánidos salvajes, manadas de perros causaban estragos en la población. Uno de los casos más nombrados ocurrió en la vecindad empobrecida de Mogadishu, en 1991, donde un clan perruno mató a dos niños y dañó a 24 personas. La India es otro país que sufre con frecuencia brotes peligrosos de perros asilvestrados, incluso antropófagos; que se suman a los frecuentes ataques de lobos, leopardos y tigres. El perro es el animal doméstico que más ataques y muertes causa en el todo el mundo al ser humano. Solo en España se registra una media de 2 a 4 muertes al año y cientos de ataques; en el Reino Unido la cifra se dispara hasta los 200.000 heridos cada año. En casi todos estos casos, el perro no es más que el portador de una mala educación, de malos tratos o de un abandono producido directamente por el hombre, lo que incrimina directamente a sus dueños. Pues lo que resulta ciertamente improbable es que un perro bien atendido y educado ataque a ningún ser humano o acabe convirtiéndose en un monstruo antropófago.

## CAPITULO 3

### EL LEÓN, EL GUARDIÁN ANTROPÓFAGO

En la oscuridad de la noche, manadas de leones recorren la llanura africana en busca de presas que sacien su apetito. Hambrientos, excitados y totalmente concentrados en su objetivo, son auténticas máquinas de matar. Un profundo grito de agonía rasga la noche, la sangre llena las fauces de estos grandes carnívoros, profundos rugidos que estremecen el alma resuenan como ecos. La muerte ha llegado, los demonios de la noche devoran rápidamente su presa entre rugidos y zarpazos. La cacería a terminado, los rayos de sol comienzan a vislumbrarse en el horizonte, pronto será un nuevo día. Los buitres y los chacales, los últimos invitados al festín, caen rápidamente sobre los restos despedazados de la desgraciada víctima: un ñu o tal vez una cebra..., mientras las hienas tragan algún trozo despedazado que mancha el suelo con su sangre. Finalmente todo ha acabado, los buitres emprenden el vuelo y ya no hay rastro de hienas, ni chacales. Entonces el horror inunda la sabana: son restos humanos. El león, el señor de esta tierra, se ha cobrado una víctima inesperada en un territorio donde aún es el rey. ¿O quizás no tan inesperada?

África, cuna de la Humanidad; un extenso territorio que abarca algunos de los mayores parques naturales del planeta, con una amplia biodiversidad, especialmente en grandes mamíferos. Enormes manadas de cientos de miles de ungulados pastan en estas tierras, toneladas kilos de proteínas al alcance de los grandes depredadores. El león es el dueño, el hombre empuja... El conflicto está servido. Los leones son superdepredadores, dueños de la pirámide alimenticia. La naturaleza les ha dotado de un poder excepcional que les capacita para enfrentarse a jirafas, búfalos e incluso hipopótamos. Grandes mandíbulas con enormes colmillos, zarpas de afiladas garras y una manada organizada para matar, imponen su ley. Aquí, en el centro y este de África, el hombre aún puede ser presa. Decenas de personas mueren cada año entre las fauces de estos grandes matadores, ataques depredadores muchas veces ignorados, que se pierden en la solitaria sabana o la impenetrable jungla; a veces magnificados hasta lo burdo y, en otras ocasiones, convertidos en grandes relatos de terror.

## El león, la nobleza del rey antropófago

Los leones, en toda su antigua y actual distribución, ya sea Eurasia, Norteamérica o África, han sido compañeros respetado y temidos del hombre durante toda su evolución. Extinguidos en América (*Panthera leo atrox*), Eurasia (*Panthera leo europaea*), el norte de África (*Panthera leo leo*) y reducidos a 300 ejemplares en la India (*Panthera leo persica*), sobreviven en África como reyes de un imperio que se agota: la Naturaleza. Países como Etiopía, Tanzania, Mozambique, Kenia, Namibia, Sudáfrica, Zimbabwe, Botswana... mantienen aún poblaciones notables de estos grandes depredadores. De melenas al viento y profundo rugido, el león resulta un fuerte atractivo turístico que tiene una cara oculta: su afición por la carne humana. Tal y como afirman los expertos *“la experiencia ha demostrado que una vez que un león saboree el gusto de la sangre humana, la bestia se volverá buscando más y debe ser eliminado”*.

El león es el único felino que vive en poblaciones sociales estables, con una jerarquía dominada por un gran macho o dos; rodeados de tres, diez e incluso 20 hembras y sus cachorros; lo que le confiere un gran poder. El soberano vagará por su territorio, defendiendo a sus hembras y cachorros de cualquier peligro; expulsando a los más jóvenes, a los intrusos, a los pretendientes a su trono; destrozando a las inquietantes hienas, matando la competencia depredadora por la supremacía de un territorio. Para el león, su manada lo es todo, por ella matará, por ella morirá. Solo la edad o la enfermedad acabará con el reinado del gran macho; así mismo, la llegada a la manada de un nuevo líder, más joven, más fuerte, supondrá el fin del viejo rey y la muerte más que probable para todos los cachorros. Y se iniciará un nuevo reinado que perdurará años, hasta la llegada de un nuevo pretendiente capaz de arrebatarse su trono. Una vida ajena al hombre, lejos de sus asépticas civilizaciones; donde apenas se entiende su conducta, la nobleza del gran rey, su sufrimiento. Desde muy lejos, llegan miles de turistas a su tierra, para observar en vivo su majestuosidad. Mientras, el león parece ignorar al hombre ante su perpleja mirada, sus miedos, sus flashes. Una indiferencia que puede hacernos llegar, erróneamente, a la fatal conclusión de que estamos a salvo.

Estas manadas pueden ocupar un extenso terreno que les proveerá de zonas donde traer adelante sus camadas, con abundante agua y, sobretodo, presas: ñus, cebras, gacelas, impalas, búfalos... Cuando llega la sequía, cuando no hay presas salvajes, el gran rey busca y el hombre sigue ahí. El león no tiene ningún reparo en atacar a los seres humanos, al fin y al cabo debemos entender que a sus ojos no somos más que primates, presas comunes entre los grandes felinos desde tiempos inmemoriales. Y son muchas las comunidades que se ven obligadas a convivir con este carnívoro, gentes que temen al león, porque saben que su presencia puede ser mortal. Han vivido durante cientos de años junto a estos animales; siendo cazadores se

ganaron el respeto del león, pues éste sabe que el hombre también mata, por lo que raramente se acercará a grupos numerosos y ruidosos de seres humanos mientras existan presas salvajes. Sin embargo, la progresiva expansión del hombre en su tierra le empuja, cada vez más, hacia el conflicto. Más humanos, más cultivos, menos tierra, menos animales salvajes. En África se dice que *“raramente uno de estos grandes felinos atacará a un humano”*. Pero tenemos que tener en cuenta que en muchos países los ataques son algo considerado normal, por lo que *“raramente”* puede significar que es raro que ataque a muchos, pero no que mueran personas de forma más o menos continuada.

En la noche africana, cuando la manada sale de caza, incluso en la cercanía de los parques nacionales, se encuentra con que el hombre se ha adueñado de su territorio; escasean las presas salvajes, los grandes ungulados han sido cazados o ahuyentados. Con la constante llegada del hombre a sus territorios, el hábitat del león se altera, las presas naturales disminuyen, los ganados pastan sobre territorios donde antaño miles de ñus, gacelas y cebras galopaban ante su mirada. El hombre, con una lanza y una fina vara protege sus reses; y el agricultor trabaja el campo a golpe de machete donde antaño dormitaba el león; donde dormita el león. Ante este panorama, al gran felino solo le queda desaparecer o adaptarse a los nuevos tiempos hasta que sean exterminados. *“Los leones son especies sociales, capaces de transmitir tradiciones de comportamiento a partir de una generación a la siguiente, el hecho de que pueden ser enseñadas a cazar y comer seres humanos nos confirma que un brote antropófago no para, generalmente, hasta que se eliminan todos los leones responsables y a su descendencia”*, Kerbis Peterhans.

### **Tanzania: tierra de hombres y leones**

En 1958, en Mgori (Tanzania), un león antropófago realizó su propia matanza durante un año sobre una humilde aldea, que tuvo que ser evacuada hasta que se logró matar al animal. El león de Mgori, como se le llamaría, tenía varios dientes rotos, lo que le impedía matar presas salvajes así que, después de alimentarse de puercos espines durante algún tiempo, lo que dañó más su mandíbula y le causó heridas en el cuello a causa de las peligrosas púas de este animal, recurrió a la caza de seres humanos. Pero existe otra realidad. En la región tanzana de Lindi se registra un promedio de un ataque al mes en los últimos 15 años y los leones abatidos no presentan rasgo alguno de enfermedad o lesión que les impida cazar presas salvajes. En la avanzada civilización occidental esto es impensable, horrorizante: vivir en un área donde sabes que un hombre será atacado cada mes por una fiera que busca carne humana; vivir en un país donde cada año mueren más de 200 personas devoradas por los animales salvajes. Robert Frump, autor del libro *Los devoradores de hombres del Edén: vida y muerte en el Parque Nacional de Kruger*, afirmaría *“En*

*Kruger, los refugiados que pasan a través del parque son atacados y devorados, y eso es tremendo. En Tanzania, en algunas de las aldeas meridionales, los leones van literalmente puerta por puerta, agarran a pacíficos granjeros y a sus niños de sus chozas de fango y de los porches de su entrada”.*

En muchas zonas de África, donde habitan el león, los ataques sobre humanos son relativamente previsibles y tristemente comunes. Pero es en Tanzania donde el hecho parece ser aceptado como cotidiano; con intensos brotes de horror perpetrados sobre algunas aldeas por uno o varios de estos felinos. En Tanzania meridional y en el Mozambique norteño viven alrededor de 5.500 leones, siendo una de las mayores concentraciones de este depredador, y la mayor parte de ellos vaga fuera de las áreas protegidas.

La desaparición del hábitat y la falta de presas salvajes son el detonante para que este carnívoro deprede sobre el hombre de forma directa, más cuando nunca dejó de hacerlo totalmente. En 1924, dos leones antropófagos mataron al menos 23 personas hasta que fueron abatidos. Uno de los casos más notorios se desarrolló entre 1932 y 1947, cuando una manada llegó a matar más de 1.500 personas alrededor de Njombe, cerca del lago Tanganyika, durante varias generaciones de leones. Las colonias británicas diezmaron sus presas habituales y éstos se habituaron a cazar humanos. Los leones atacaban en la noche, por el día se separaban y se alejaban del lugar de la matanza, al caer de nuevo la noche se reagrupaban y volvían a atacar. Una conducta inusual en una manda que durante 16 años se estuvo alimentando de presas humanas en un radio de 3.000 km<sup>2</sup>, dejando pasar largas temporadas antes de atacar por segunda vez una misma zona. Conmovido por el sufrimiento de los nativos, tras la guerra, el cazador inglés George Rushby decidió acabar con los leones antropófagos antes de regresar a su país. Finalmente, tuvieron que ser abatidos quince ejemplares, a lo largo de dos años, para poder acabar con la pesadilla. Hoy, la historia se repite: leones jóvenes, sanos y fuertes buscan alimento en estas tierras, donde sus presas naturales son cada vez más escasas y el hombre, presa fácil, es cada vez más común. Apenas hay grandes ungulados salvajes: el ganado, el pastor y el agricultor serán la nueva presa. Y así, los leones de Tanzania se convierten en devoradores de hombres. La mayor parte de los ataques tienen lugar en zonas agrícolas recientemente colonizadas por el hombre. Desde 1990, los ataques se han incrementado más del triple de lo que venía ocurriendo años atrás, lo que ha provocado la muerte de al menos 563 personas y causado heridas más de 300. De 2001 a 2004, por lo menos tres brotes diferentes ocurrieron al mismo tiempo en el distrito tanzano de Lindi, tres manadas actuaban por separado aterrorizando la zona; 113 personas muertas y 52 malheridas fueron el resultado antes de conseguir abatir o expulsar a los leones antropófagos. En 2007, después de que un relativo descenso de casos, estos felinos volvieron a convertirse en devoradores de hombres, triplicando sus ataques depredadores sobre seres humanos.

Tanzania es un país que intenta convivir con su riqueza natural, no en vano gran parte de sus ingresos vienen derivados de los miles de cazadores y turistas que acuden cada año para gozar de su gran biodiversidad, contando con el león como estrella. Por ello, las autoridades realizan diversas estrategias de conservación de la fauna, que pretenden involucrar a la población para poder obtener resultados satisfactorios. Sin embargo, los ataques antropófagos son un gran handicap, pues entre los aldeanos se promueve la muerte, sin más, de los leones para evitar las cuantiosas pérdidas económicas que les producen en el ganado y, sobretudo, para no convertirse en presas. Un león vivo puede resultar más beneficioso al conjunto de la sociedad tanzana que uno muerto, sin duda; pero obviamente no para el agricultor y el ganadero que habita en humildes aldeas, alejados de las ciudades y los turistas, y que en cualquier momento pueden convertirse en alimento para fieras; por lo que resulta difícil evitar la muerte de estos grandes felinos a pesar de la protección que les confiere el gobierno.

### **Los leones antropófagos de Sudi-Mingoyo**

La gran explosión demográfica que se está produciendo en Tanzania, donde desde 1988 se ha pasado de 23 millones de habitantes a los cerca de 40 que hay en 2008, requiere suelo para el crecimiento urbano, tierra para la ganadería y la agricultura, zonas de ocio y expansión para el hombre. El choque en tierra de leones, entre el gran felino y el hombre, en uno de los países más pobres de África, es inevitable. Los aldeanos viven estos ataques como otra dificultad en una vida extremadamente difícil. *“Puede suceder en cualquier momento, dondequiera, a cualquier persona”*, apunta Samwel Sabuni, de Sudi-Mingoyo y tío de Pili, un niño del que tan solo se encontraron restos de su cabeza y huesos del brazo. Desde finales de 2001 un grupo de leones se había aficionado a la carne humana. Merodeadores de esta población, encontraron en los niños presas fáciles de abatir y transportar, en pocos meses los casos se iban produciendo cada vez más a menudo, hasta que se consiguió abatir a dos leones. Pero, en mayo de 2002, un niño era devorado en Navanga, y dos semanas después desaparecía otro en Hingawali; un devorador de hombres había sobrevivido a la matanza.

En junio, el león mató a su primer adulto, Juma Musa, en Simana. Las muertes aumentarían trágicamente y la carnicería seguiría, año tras año, a pesar de los intentos por acabar con él. Dairen Simpson, reconocido cazador, se trasladaría hasta la zona para acabar con el león antropófago. Pero sus trampas y batidas fallaron, si bien en una de ellas, al final, lograron herirlo. *“Si un devorador de hombres continúa matando y comiendo a seres humanos, a lo largo del tiempo, desarrollará una astucia casi sobrenatural”*. El león herido, en vez de desaparecer se hizo más notable al centrar toda su actividad depredadora en el hombre. Así, merodeando en la oscuridad,

cerca de las aldeas, seguía matando. Los aldeanos se encerraban en sus chozas antes de la caída del sol. La fiera respondió penetrando en las aldeas y tumbando las puertas, sacando a la gente de sus hogares para devorarlas en la espesura. Desde el primer ataque, 54 personas habían muerto despedazadas. Finalmente, en mayo de 2004 se produciría la última víctima de este depredador de hombres; sería la joven Somoe que encontraría la muerte en sus garras, al lado de su choza. Su cuerpo fue arrastrado medio kilómetro entre las hierbas altas y devorado. Solo algunos restos y sus piernas desmembradas fueron encontradas por su familia. Suponiendo que podría haber ido a saciar su sed tras llenar el estómago, el desconsolado marido de Somoe y su hermano supusieron que el león volvería para acabar con su presa. Pensando en cómo acabar con él, fueron rápidamente a la aldea y regresaron al lugar. La desesperación les había dado una idea para acabar con el león: con un cuchillo realizaron profundos cortes en los muslos sin vida de su amada; depositando en ellos gran cantidad de veneno para ratas. Después, regresaron a la aldea, aterrorizados y sollozando la muerte de Somoe. Al día siguiente salió una pequeña expedición en busca de rastros. El león no estaba, las piernas tampoco. Avisada la policía de la fatal historia, un día más tarde se rastreó de nuevo la zona, encontrando al animal muerto. En sus fauces aún se podían observar restos humanos. El veneno había realizado su cometido. El cuerpo del león fue subido a un carro, exhibiéndose por las aldeas de Sudi-Mingoyo. Llegaba la tranquilidad, la alegría de saber que al fin los leones antropófagos estaban muertos. Sin embargo, la policía advertía que algunos de estos depredadores seguían actuando en el área, que no se debía bajar la guardia y aconsejaron a los aldeanos que permanecieran dentro de sus hogares con la llegada de la oscuridad. *“Hoy en día hay muy pocos animales en el área para que los leones cacen, antes que morir de hambre, matarán a más seres humanos, no buscarán los antílopes o los deers que son escasos”*, afirmaría Dau, de la policía.

En Sudi-Mingoyo, en vez de herbazales de pasto para gacelas y ñues, ahora hay cosechas y ganado que busca la prosperidad del aldeano; gran parte de la fauna salvaje ha sido cazada. Sin embargo, los sembrados han atraído al facocero, una animal bastante difícil de ahuyentar por sus hábitos nocturnos en la zona y que produce muchos daños en los cultivos. Con la abundancia de presas salvajes, los leones no causaban los estragos que ahora ocasionan en la creciente población, siendo incluso bienvenidos por el agricultor, que descansaban sobre sus pilotes de madera sabiendo que su cosecha estaba bien guardada. Hoy pueden ser devorados mientras descansan. Ahora no se duerme de noche: se tiene que guardar la cosecha del facocero, el ganado del león y evitar ser presa. En otros tiempos, a los lugareños les bastaba con cubrir las casetas en alto con ramas espinosas, los leones merodeaban por bajo buscando facoceros... Hoy los leones tanzanos buscan otra presa y saben donde hallarla. Craig Packer, del departamento de ecología de la Universidad de Minnesota, ha dirigido un estudio científico sobre los devoradores de hombres en esta zona, con la finalidad de buscar estrategias que rebajen el

número de muertes, a la vez que se conserve la población de leones. En él se ha podido comprobar que el 40% de los ataques a personas se han dado entre los meses de marzo a mayo, cuando tiene lugar la cosecha; fecha que coincide con la presencia de mayor número de agricultores en el campo y de facoceros, los cuales podrían atraer a los grandes carnívoros. De igual forma observamos que casi el 70% de las víctimas son jóvenes varones, probablemente porque ellos son los que más pastorean, trabajan el campo, recogen el forraje para el ganado, los que más caminan por la noche y los que forman parte de las partidas de caza de leones, con simples lanzas y redes. Por ello, extremando las medidas de precaución en esos meses, en determinadas tareas, mediante el grupo y las armas, y ahuyentando al facocero, quizás podrían remitir los ataques de forma muy importante. Por otro lado, un 18% de las víctimas mortales eran menores de diez años, entre los que hay muchos casos en que los niños estaban fuera de la vigilancia de sus padres, por lo que resulta fundamental no dejar a los menores alejarse de sus hogares y mantenerse alerta en los momentos más delicados del día. El estudio plantea, finalmente, que el crecimiento demográfico de la población ha conducido a una usurpación de ciertas áreas de campeo de los depredadores y de sus presas naturales. Hallar la fórmula que logre sostener poblaciones viables de leones, que no pongan en riesgo la vida de los lugareños, es el difícil objetivo de estos investigadores. Más cuando algunas de las soluciones más efectivas son puramente económicas e inalcanzables para los aldeanos que habitan estas zonas (alarmas, vallados electrificados, construcciones sólidas de las viviendas y refugios...)

## El botón de pánico

Uno, cuando visita la sabana africana, al cabo de unos días de safari, tiene la sensación de estar como en su tierra, donde las fieras no existen o apenas se dejan ver... O lo que es peor, puede considerarse que vive dentro de una especie de globo que le aísla de todo, lo cual puede resultar fatal. La visión de cientos de animales que parecen ignorar nuestro vehículo mientras cruzan ante nuestros visores, o que solo reparan en éste para guarecerse del sol ante nuestra atónita mirada, sin muestra alguna de hostilidad, nos hace pensar que las fieras no son tan fieras como las pintan y acabamos cometiendo serios errores, que si verdaderamente fuéramos conscientes de su gravedad, nunca los cometeríamos. Solo la constante preocupación de los guías parece mantenernos alerta. Siempre vigilantes, no permitirán que el viajero baje del automóvil nunca sin antes rastrear con su experta mirada la zona, tampoco accederán a que nos alejemos del vehículo con la cámara (ni sin ella). Si se trata de un recorrido a pie, no faltará el vigilante armado que nos acompañará... ¿Por qué? Pues por la misma razón que en la mayoría de *lodges* y campamentos preparados para turista, cazadores y demás viajeros tienen en su recorrido el famoso e inquietante *panic botton*, algo que no está ahí por casualidad.

Entre las víctimas de leones hambrientos, no solo se hallan aldeanos curtidos, también se cuentan confiados turistas y cazadores fanfarrones, que no supieron entender que la línea que nos separa de un ataque, por parte de un depredador, puede llegar a ser realmente muy delgada. La algaragabía, el ruido, la concentración y la vigilancia alejan de nuestro alrededor a la mayoría de animales salvajes, por ello, estos espacios para descansar suelen ser bastante seguros. Aunque solo si se siguen las indicaciones y nunca se abandona el camino indicado y el espacio delimitado. Pues tras ese muro invisible, puede esconderse la muerte. Atreverse a cruzar esa línea puede traer terribles consecuencias. En 1963, en el Serengeti (Tanzania), un león sacó y devoró a un turista que tenía su tienda abierta. En el lago Manyara (Tanzania), donde los leones se han habituado a vivir en los árboles, resultando frecuente verlos encaramados, dormitando en sus ramas; en 1999, desobedeciendo las indicaciones del lodge y sus guías, una señora italiana decidió levantarse temprano y salir a pasear con su cámara fotográfica, sin avisar a nadie. Cuando regresaba la expedición a Europa, ella no estaba y su fotografía se exponía en diversos mostradores, como desaparecida. Los guías aseguraron que posiblemente los leones habrían acabado con ella el mismo día, nada más alejarse del Safari Lodge Serena, pues eran abundantes y peligrosos en la zona, a pesar de ser un área boscosa. Obviamente, el tópico de que el león vive en la sabana, pues es eso: un tópico. El rey de la selva vive en la sabana, el bosque y, por supuesto, aunque de forma menos habitual, en la selva. Allá donde existan presas podemos encontrarnos al gran depredador. Los bosques de acacia amarilla que rodean el lago Nakuru (Kenia) resultan peligrosos, no solo por la presencia de este carnívoro, si no por la afluencia de turistas a un área de alto riesgo que no percibe, pues la belleza del lugar lo encanta todo y los mismos árboles encubren a los felinos poniéndolos fuera de nuestra vista. De hecho, en 2005 tuvieron que realizarse varias batidas para acabar con un grupo de leones que habían devorado a dos guardias del parque.

### **La trágica muerte de David Pleydell-Bouverie**

En 1999, en Zimbabwe, el joven británico David Pleydell-Bouverie murió tras el ataque de un grupo de leones en el Matusadona National Park. *“Oímos un fuerte grito, no sabíamos si era humano o animal, fue largo y se cortó repentinamente. Al grito le siguió el sonido prolongado de gruñir de unos animales, que asumimos que eran leones”,* comentarían sus compañeros de expedición. El guía del safari, Bradley Fouche, que dormía en la tienda contigua a la de David declararí: *“Eran aproximadamente la 01.30 h de la mañana, los gritos de David llamándome me despertaron. En el claro de luna vi un movimiento; por alguna razón David estaba lejos de su tienda que estaba a cuatros metros de la mía. Tomé un arma de mano y encendí una antorcha. David desaparecía entre los arbustos y no podía distinguir formas individuales. Disparé con cuidado de no herir a David, entre las llamadas y el ruido pude ver a David, estaba*

*rodeado por doce leones. Cogí el Land Rover con la idea de atropellar a los leones y dispersarlos. Pero cuando llegué, con el vehículo, ví que no había nada que pudiera hacer ya por David.”*

La investigación, en Hitchin, puso de manifiesto la trágica noche que había acabado con la vida del joven aventurero amante de África. David ya había visitado esta tierra con 14 años, le apasionaba y decidió pasar el verano en la reserva. Con unos 350 leones, Matusadona ostenta una de las mayores concentraciones de esto felinos en África, siendo la atracción dominante para los turistas. Pero la merma de agua, a causa del levantamiento de una presa en el lago Kariba, había desplazado a muchas de las presas salvajes de los leones de la zona, haciéndoles difícil conseguir su alimento. David, a punto de acabar su safari, confiado o por descuido, dormía con la tienda abierta. La fatalidad se unió cuando una vieja leona impedida para la caza, observó la entrada de la tienda, la curiosidad innata de todo cazador la llevó hasta ella e introduciendo su cabeza vió lo que podría ser una presa fácil. La leona, silenciosa, hizo presa sobre David y rápidamente lo sacó fuera de la tienda. Entre gritos y sollozos de terror fue arrastrado entre los arbustos mientras llamaba desesperadamente a Bradley. Un gran macho apareció de entre los arbustos; partiéndole el cuello con sus fauces, truncó su agonía y su vida de golpe. La manada, que se hallaba observando el ataque, se lanzó sobre el cuerpo de David desmembrándolo y devorándolo ansiosamente. Ninguno de sus compañeros pudo hacer nada, la sorpresa y rapidez del ataque impidió cualquier acción de rescate.

El Coroner Juan Vick, sentenció que la muerte de David Pleydell-Bouverie fue el resultado de un trágico accidente: *“No sabemos por qué David dejó la tienda abierta; quizás el calor de la noche, una excesiva confianza, quizás un descuido, lo que sí sabemos es que, trágicamente, le costó la vida”*. Días después, los leones responsables de la matanza fueron perseguidos por los guardas del parque, por las características del ataque y la zona, pensaron en la manada de la isla de Fothergill, donde una vieja leona había sido tratada por los operarios del parque de un absceso en su pie; su pata se había roto después. La leona y el macho fueron abatidos; en la necropsia, restos de la vestimenta del joven David fueron hallados en sus estómagos.

## **Fronteras mortales**

Cientos de hombres se aventuran a pasar clandestinamente entre Zimbabwe y Mozambique. Por otro lado, Sudáfrica es la tierra prometida para muchos de sus vecinos que tratan de cruzar la frontera que separa sus países. Cargados de bultos, animales y acompañados de sus hijos, intentan entrar en el país buscando una nueva vida. Sudáfrica es un país próspero que alberga cerca de cuatro millones

de inmigrantes ilegales, hombres y mujeres sin tierra que tienen que enfrentarse a la policía de inmigración más cruel del mundo: los devoradores de hombres de Malapati, los asesinos de Kruger y los diablos de Letaba. Empujados por la miseria y en busca de nuevas oportunidades, cruzan ilegalmente los puntos calientes de las fronteras que separan sus países, introduciéndose en los parques nacionales, mal amparados en la noche, y atravesando sin defensa alguna la tierra del león. Resulta aterrador, pero en determinados puntos de las fronteras con Zimbabwe, los grandes carnívoros se han acostumbrado a cazar y devorar a estas personas. Revisando estas noticias, podemos leer: *“Un emigrante corre menos que una cebra, se defiende con menos energía que un búfalo y tiene tanta carne como una gacela. No hay cifras oficiales sobre el número de víctimas, como no las hay de las personas que se juegan cada día la vida en su desesperada huida de la miseria”*. Trágico. En 1997, cinco leones fueron abatidos después de que mataran a once inmigrantes ilegales que cruzaban el Kruger National Park. El periodista Robert Frump nos desvela esta trágica realidad en sus trabajos, donde afirma que los esfuerzos de los conservacionistas por preservar los leones están dando como resultado la pérdida de muchas vidas humanas, debido a una respuesta gubernamental inadecuada a la crisis de los refugiados. Cerca de 2.000 leones atraen miles de turistas cada año al Kruger, que ignoran que decenas de personas son devoradas cada año por esos mismos leones.

A principios de marzo de 2002, dos hermanos y cuatro personas más de Mozambique cruzaban la frontera de Sudáfrica por la región de Limpopo, a través de Kruger. En la noche, en silencio, recorrieron las zonas boscosas del parque, parando y ocultándose a menudo para comprobar que no eran descubiertos por la policía de inmigración o los guardas que persiguen a los furtivos. A un escaso kilómetro de la ciudad de Phalaborwa, se sentaron de nuevo para descansar, quedándose dormidos. Un trágico despertar les esperaba. Un león les había estado siguiendo, acechando sus pasos. El felino se acercó sigilosamente, sin hacer ruido alguno, atacó a uno de ellos mientras dormía, matándolo en el acto conforme sus compañeros, horrorizados se alejaban gritando. El león se llevó el cuerpo sin vida hacia la maleza, en dirección a la ciudad. Sorprendentemente, a medianoche, entró en Phalaborwa arrastrando por las calles el cadáver en sus fauces. La policía actuó rápidamente, disparando contra el león. El cual, viéndose acosado, soltó su presa y huyó fuera de la población. Más tarde, los agentes de policía detuvieron al hermano de la víctima que, desesperado, quería saber si su hermano había sobrevivido. De las otras cuatro personas no había ni rastro, habían desaparecido en el parque. Al día siguiente, los funcionarios de Nature Conservation abatieron un león que merodeaba en las proximidades de Phalaborwa. El capitán Ngoepe confirmaría que se trataba del león antropófago. En la necropsia del animal se encontraron, en su estómago, carne y restos de la camisa de la víctima. El detenido fue enviado, junto con el cuerpo de su hermano, de nuevo a Mozambique.

## Los guardianes de Marloht

Este caso nos recuerda a otro similar ocurrido en 1999, en la Reserva Natural de Marloht (Sudáfrica), donde un inmigrante mozambiqueño fue sorprendido por un grupo de leones mientras huía por las calles de la ciudad del parque con un panel solar robado. El grupo de leones dejaría reconocible parte de su cabeza y un pie, aún con su zapato. La preocupación de los habitantes de la ciudad, ante la aparición de animales salvajes peligrosos por su calles, llevó al gobierno provincial a realizar una batida para acabar con los leones que se aproximaban a la zona, entendiéndose con ello que eran los leones antropófagos. Sin embargo, Patrick Buckmaster, presidente del consejo de la ciudad, comentó: *“a muchos de nosotros nos da la sensación de que los leones son buenos perros guardianes”*, duras palabras que trataban de reflejar la incómoda situación por la que los habitantes de la ciudad tenían que vivir: la continua llegada de inmigrantes ilegales que acaban convirtiéndose en delincuentes habituales.

Estas palabras produjeron una gran controversia, pues mientras las autoridades abatían a los tres leones sospechosos de realizar el ataque, gran parte de la población sugería que no debían matarse a las fieras. Según afirmaban, era lo único que mantenía alejados a los inmigrantes que encontraban, en las casas de la población, lugares fáciles donde robar dinero, provisiones o algún material para vender. De hecho, con buenas casas y vehículos motorizados, la pobladores de la ciudad poco tenían que temer a estos felinos que de vez en cuando visitaban Marloht. Los funcionarios provinciales de fauna, antaño acostumbrados a las súplicas para matar a los depredadores que se aventuran a salir del parque, no podrían recordar otra ocasión en que los residentes locales desearan salvar a los leones que habían devorado a un ser humano.

Pero el caso iría más allá, pues ante estas posiciones pronto se alzarían las voces de los aldeanos que viven próximos al parque de Marloht. En esa ciudad, la mayoría de habitantes son personas blancas que disponen de cierto poder adquisitivo que les permite evitar a los animales salvajes. Pero en sus alrededores, en las aldeas y granjas, vive la mayor parte de la población negra, que se ve más indefensa ante los grandes depredadores, sufriendo algunos ataques. En la zona se creó una gran tensión, unos acusados de racistas y otros de querer acabar con la fauna por interés propio. Pronto se sugirió que si la víctima hubiera sido una persona blanca, no existiría la discusión y se hubieran matado más leones. Los funcionarios de la ciudad debatían si la preocupación por el bienestar de los leones se basaba en su amor para la conservación de la fauna o, más bien, por la protección que les otorgaban en la oscuridad de la noche ante los posibles delincuentes. *“El asesino más grande en gran parte de África son los mosquitos portadores de la malaria, pero el gobierno no hace nada contra ellos”*, dijo Garwood Tony, el dueño de una casa

de huéspedes del parque de Marloth. “¿Por qué matar a los leones?”. Johan van der Walt, oficial de conservación, apuntó: *“muchas gente vive en el parque de Marloth y todos los que compran aquí saben que hay riesgos debido a los peligros de la fauna”*. El tema llegó al Gobierno, que acusó al pueblo de racista. Lubbe, un vendedor de la ciudad, comentó *“No somos un lugar racista, me apesadumbra que el gobierno lo mire de esa manera”*. Sin embargo, era notorio que a los aldeanos negros que viajaban en bicicleta, en la ciudad se les llamaba *“comida sobre ruedas”*.

La muerte producida por ataques de leones no era desconocida en esta zona, alrededor del Kruger. Es una región de plantaciones de azúcar y arboledas de cítricos próxima a las fronteras de un empobrecido Mozambique. Cada pocos meses, los guardabosques de Kruger encuentran los restos de alguna persona que intentó cruzar el parque ilegalmente para evadir las patrullas de inmigración. Lejos de la frontera, los ataques de león son menos frecuentes. El ataque de septiembre era la quinta vez, en un año, que los leones habían atacado a seres humanos en Marloth. Aún así, era el primer ataque fatal puesto que la ciudad fue creada en 1977 como hogar de las vacaciones. Marloth es una ciudad inusual, en un país donde el aprecio por la fauna es muy elevado. La mitad de sus habitantes trabaja para la Reserva Natural. Ocasionalmente se pueden ver cerca de la ciudad cebras, jirafas y algún elefante vagando libremente entre los arbustos que separan las casas del parque. Únicamente una débil cerca del alambre de púas del cuatro pies separa la ciudad del Kruger. Tras la muerte del inmigrante, las autoridades decidieron colocar una barrera electrificada, sin embargo los ciudadanos pidieron paralizar las obras. Los funcionarios de la ciudad dijeron que no se oponen si el gobierno desea construir una cerca grande, mientras incluya la ciudad dentro del perímetro, con lo cual los inmigrantes ilegales se verían forzados a saltarla.

## **El devorador de hombres de Rufiji**

Se ha podido comprobar que una de las causas de ataques depredadores del león es la falta de presas salvajes con las que satisfacer sus necesidades alimenticias. También hemos visto como no es necesaria causa alguna en principio, simplemente basta con tener un fatal encuentro mientras está de caza, o no tomar las debidas precauciones, e incluso se han observado terroríficos casos en los que el león va en busca del ser humano. A estos casos de leones sanos, deberíamos unir los que las necropsias han encontrado una posible causa de la acción antropófaga. Y este es el caso del devorador de hombres de Rufiji , que acabó con la vida de al menos 40 personas, acechando a sus víctimas en ocho aldeas del distrito costero del río de Rufiji (Tanzania), una pesadilla que duró 20 meses. Finalmente fue abatido en abril de 2004, a unos 150 km al sur de Dar es Salaam. Resultó ser una leona de fuerte compleción y apariencia sana, de apenas cuatro años. Los investigadores,

desde que recibieron el cuerpo sin vida, han estado intentando determinar qué la condujo a realizar tal matanza. Finalmente, Rolf Baldus, coordinador del programa de GTZ que trabaja con el gobierno de Tanzania en la conservación de la fauna, concluyó que el felino había estado sufriendo una afección bucal que le impedía cazar e incluso desgajar carne excesivamente dura a causa del enorme dolor que debería producirle la infección. Cuando su cráneo fue examinado, un gran absceso fue descubierto debajo de uno de sus dientes molares, el cual estaba totalmente agrietado. Por ello, probablemente, la leona cambió la caza del búfalo y la cebra por la de seres humanos, una presa mucho más fácil de abatir y con la carne menos dolorosa de masticar.

Pero los aldeanos saben que capturar un león cerca del río de Rufiji no significa que los ataques contra seres humanos paren en la zona. Si bien estos ataques resultan esporádicos, es un hecho que los viejos leones incapaces de cazar con eficacia y que, junto con los ejemplares heridos o enfermos, se convierten a menudo en devoradores de hombres hasta que son abatidos o mueren.

## Los devoradores de hombres de Tsavo

Los leones de Tsavo que reptaban hasta los campamentos de trabajadores durante la noche, como espíritus malignos, para devorarlos han inspirado pesadillas a generaciones de personas. Sin duda alguna resulta, este trágico caso, el más conocido de leones antropófagos gracias al libro del coronel Patterson *Los devoradores de hombres de Tsavo*. A pesar de todo, de ninguna manera éste es un caso aislado, pues en Tsavo, la leyenda y la realidad van más allá. De hecho se conocen episodios sangrientos de estos animales desde antes de la construcción de ferrocarril y durante su construcción, antes de que Patterson fuera enviado allí a construir el puente. O.R. Preston perdió a varios miembros de su cuadrilla en las zarpas de un devorador de hombres; y cuando batieron la zona hallaron calaveras y huesos de numerosas personas que habían sucumbido con anterioridad. A lo largo del tiempo ha habido numerosos casos de ataques predadores sobre humanos en Tsavo, si bien éstos han disminuido. Circunstancia que quizás se deba más a la alarmante disminución de la especie que a las medidas de precaución adoptadas por la población: hogares más sólidos, mejores armas y control de los brotes antropófagos.

La historia de los devoradores de hombres de Tsavo se inicia en 1898, cuando el ferrocarril era todo un desafío en el África negra. La línea de ferrocarril inglesa debía unir las distancias entre el Lago Victoria (Uganda) y Mombasa (Kenia), atravesando el desierto de Tsavo y salvando el desnivel de la falla de Rift. La hazaña se consideró tan descabellada, que dio pie al relato de Charles Miller *The Lunatic Express*, donde también se resalta la batalla que Patterson mantuvo con los leones

antropófagos. La construcción ferroviaria empleó a miles de trabajadores indios que vivían en precarias condiciones, en campamentos temporales diseminados cerca de la línea ferroviaria, cuidándose de la malaria y la viruela. Pero el avance de la obra se encontró con un monumental obstáculo, el caudaloso río Tsavo. Para superarlo, se contrató al ingeniero John Henry Patterson, el cual debía construir un puente que salvara las dos orillas del río y soportara el peso del ferrocarril. Sería en este punto donde dos leones sembraron el terror hasta lograr paralizar la construcción del ferrocarril del Imperio Británico. Durante un año estuvieron cazando a los trabajadores y sus reses como presas habituales; actuando en equipo entraban en los campamentos, sacando a los hombres a rastras de sus tiendas para devorarlos.

Patterson, con una amplia experiencia como cazador de tigres en la India, fue la persona encargada de proteger el proyecto de los devoradores de hombres. En un principio, la astucia de los leones le hizo pensar que se trataba de una especie de complot de los trabajadores que hablaban de demonios y huían de sus puestos, pero el descubrimiento de los restos devorados de los cuerpos le confirmaron la presencia de los leones. Cuando Ungar Singh, su criado, fue devorado, relataría: *“Todo el terreno estaba cubierto de sangre y fragmentos de huesos, aunque la cabeza del infortunado jedamar estaba intacta, salvo por los agujeros que habían producido los colmillos del león... Fue la visión más horripilante que he tenido en mi vida”*. Para intentar mitigar los ataques, se construyeron cercados de espinas y barreras de fuego en los campamentos. Pero esto no pareció mermar las intenciones de estos carnívoros, los cuales demostraron una sorprendente inteligencia sorteando cada emboscada, evitando cada trampa y esquivando cada obstáculo. Si Patterson se hallaba en un campamento apostado, los leones aparecían en otro; como si supieran lo que pensaba, se adelantaban a cada uno de sus movimientos, evadiendo las numerosas tentativas realizadas para atraparlos. Sus víctimas empezaron a contarse por decenas, se habían convertido en auténticos expertos en la caza de hombres, ganándose el sobrenombre de Ghost & Darkness (el Fantasma y la Oscuridad): los fantasmas de la oscuridad.

Sin más, los ataques desaparecieron por un tiempo, quizás debido a un aumento de presas salvajes y al acoso permanente a que estaban sometidos, que en ocasiones les impedía devorar sus presas con total tranquilidad. Obviamente, estos dos gigantes de la sabana no se alimentaban solo de hombres, en su dieta incluían búfalos, ñus, cebras, impalas, por lo que los trabajadores pensaron que los leones se habían marchado a otras zonas de caza. Fatal error, pues la confianza hizo que se relajaran descuidando las precauciones necesarias. Tal como se fueron, regresaron. Una noche, en un campamento, uno de los dos leones saltó el vallado de tres metros que lo rodeaba y arrastró a uno de los hombres a través de las ramas de espino; fuera le esperaba el otro león y, allí mismo, ante la impotencia de sus compañeros, la desafortunada víctima fue devorada. Patterson revelaría estos actos de los leones

como perturbadores, pues al horror de ver o escuchar cómo una persona era arrastrada por las fauces de un devorador de hombres, se sumaba la confianza que iban adquiriendo los leones, que devoraban a su presa cerca del lugar, sin que pudieran ser localizados en la oscuridad de la noche. Así mismo, describe un crujido de huesos y un rumor que aseguró parecer como un placentero ronroneo, sonidos que tardarían tiempo en desaparecer de su cabeza.

Finalmente, a principios de diciembre de 1898, con la línea totalmente paralizada y sin personal, lograría abatir al primer león. Para ello pasó, solo, varias noches esperando en un *machan* creado para la ocasión: una tarima apenas resistente, sobre cuatro postes verticales, desde el que se divisaba la zona. Esa noche, con un asno muerto por el propio león como cebo, Patterson vigilaba. Si se hubiera dormido, habría muerto; pues cuando apareció el devorador ignoró el cebo y se centró en acechar al popio cazador, que se hallaba en guardia en su frágil *machan*. Patterson le estaba esperando y le disparó un certero tiro que lo mató. Al día siguiente comprobaron la impactante figura del león antropófago, tendida en el suelo. Con 2'95 m de largo y unos 225 kilos de peso, se necesitarían ocho hombres para transportarlo al campamento. Tres semanas después, Patterson lograba herir al segundo león, al cual persiguió a lo largo de medio kilómetro con su porteador de armas hasta que se encontró con el ataque fatal del animal. Tras dispararle por tres veces consecutivas, Patterson tuvo que huir a un árbol, donde se encontraba su porteador, para volver a disparar al león, que finalmente cayó abatido. Sin embargo, para entonces había registrado la muerte de 28 trabajadores de la línea y se calculaba que posiblemente más de cien nativos hubieran sido devorados, de los cuales no se guardó ningún expediente. Patterson guardaría sus pieles durante 26 años, hasta que finalmente las vendió al Field Museum of Natural History de Chicago, donde fueron preparadas para montar la figura de los dos leones y poder ser expuestas al público.

El estudio de los cráneos de estos felinos, verificó que se trataban de dos leones sanos; y aunque Ghost tenía un colmillo roto y su cráneo había sufrido una remodelación craneal en la primera fase de su vida, se descartó que fuera motivo alguno, pues igual siguió alimentándose de presas salvajes. Los estudios de sus dientes, demostraron que no devoraban solo a seres humanos; tan solo eran una presa más que se incluía en su habitual menú de búfalos, cebras, impalas, facoceros...

Pero con la muerte de Ghost y Darkness solo se acabó con un capítulo de la historia de los devoradores de Tsavo. De hecho, apenas transcurridos dos meses, en marzo de 1989, el ingeniero de carreteras O'Hara era víctima de un nuevo devorador. Esa noche había salido de la tienda, tras avisarle su esposa de la presencia de un león, sin embargo volvió pensando que había sido un susto propiciado por un asno. Como hacía mucho calor y creyendo que no existía peligro alguno, dejó la tienda

abierta y siguió durmiendo. De pronto, una leve sensación, como si le retiraran la almohada, despertó la señora O'Hara: su marido no estaba. Al salir fuera de la tienda, lo encontró muerto, a su lado. Dos metros más allá, un enorme león la miraba. El devorador había hecho presa en su cabeza, penetrándole el cráneo con sus colmillos hasta el cerebro; una muerte instantánea y silenciosa con la que el felino había pretendido llevarse su cuerpo. El disparo de un rifle ayuntaría al felino, que regresaría a los diez minutos en busca de su presa. Pasaría la noche rondando la tienda del desafortunado ingeniero, a pesar de los disparos que intentaban herirle. El león sería abatido varias semanas después con un dardo envenenado.

Los leones de Tsavo tienen fama de ser los más peligrosos y agresivos del continente, a veces no dudan en saltar sobre un todoterreno de turistas y golpear sus ventanas o incluso morder las ruedas del vehículo. Su aspecto difiere bastante del león nubio, el más estudiado y que campa en Tanzania, Etiopía y gran parte de Kenia a pesar de pertenecer ambos a la misma especie. Podemos destacar su gran tamaño, ya que pueden superar los tres metros de longitud y pesar 50 kilos más que sus parientes de la sabana. Por otro lado, los machos participan tan activamente o más que las hembras en la caza. Además, generalmente no poseen melena o, en su caso, está formada por una rala cresta y enmarañadas patillas. Expertos naturalistas y científicos estudian estos leones poco conocidos; llegando, en algunos casos, a la conclusión de que podrían ser una subespecie primitiva que sobrevive actualmente y podría estar emparentada con los extintos leones que antaño poblaban el Norte de América y Europa (*Panthera leo spelaea*), teoría que se ve reforzada por sus notables diferencias morfológicas y la inusual tendencia de esta especie por habitar cavernas.

## El asesino de Kimaa

Año y medio después de que los fantasmas de la oscuridad fueran abatidos, nuevos comedores de hombres aterrorizarían de nuevo la misma línea ferroviaria. Ya de por sí, Tsavo contaba con una leyenda negra, pues la misma palabra Tsavo significa "lugar de matanza". Las caravanas de siglos anteriores eran atacadas por los leones en esta zona, posiblemente también habituados a devorar los cadáveres de los esclavos muertos o asesinados durante siglos. Uno de estos leones antropófagos fue el asesino de Kimaa, que actuó en esta pequeña estación ferroviaria en junio de 1900. Entre sus víctimas, además de aldeanos y trabajadores del ferrocarril, acabó con un jefe de la estación, un guardagujas, un guardafrenos y el jefe de la estación de bombeo. En uno de sus ataques, quiso devorar al telegrafista y subiendo a través de la azotea del edificio, intentó arrancar las planchas de hierro acanalado que la cubrían para llegar hasta su presa. El telegrafista envió apresuradamente el siguiente mensaje a Nairobi: "*León en lucha con estación. Mandar socorro urgente*".

Ante la amenaza desatada respondió Ryall, inspector de la policía británica, que de camino a Nairobi decidió quedarse en la estación de Kimaa, con sus dos amigos Huebner y Parenti, para matar al león. Dirigió el vagón en el que viajaban hacia un desvío, el cual debido al precario estado de las vías, quedó fatalmente, como se comprobaría más tarde, algo inclinado. Los tres hombres estuvieron siguiendo el rastro de león toda la tarde. Sin poder encontrarlo, volvieron a su vagón, donde cenaron y permanecieron alerta. Patterson describiría: *“Se mantuvieron en guardia unos instantes, pero lo único digno de mención que observaron fue lo que tomaron por dos luciérnagas de luz intensa y fija. Los hechos se encargarían de mostrar que no eran otra cosa que los ojos del devorador de hombres que los había estado acechando y observando sus movimientos todo el tiempo”*.

Permanecerían hasta bien entrada la noche esperando, por si aparecía el león, poderlo abatir. Sin embargo, la espera se hizo tan larga que al final decidieron descansar. Ryall se ofreció voluntario para realizar una primera guardia, pero pasado un tiempo pensó que el animal no aparecería y cayó dormido. Así fueron sorprendidos por el león. El cual, increíblemente, se puso en movimiento cuando sabía que todos dormían; saltó dos escalones muy altos hasta el andén, abrió la puerta deslizante y entró en el vagón a través de ella, sin hacer ruido alguno. Al entrar, con el peso del león y a causa de la inclinación del vagón, la puerta se cerró con la inercia detrás de él, dejándolo atrapado dentro del vagón junto con los tres hombres, que dormidos ignoraban la terrible situación en que se encontraban.

El león fue decidido a por Ryall y pisando a Parenti, que dormía en el suelo, hizo presa sobre el inspector. Huebner despertó horrorizado con los gritos de su amigo, viendo bajo su litera como el león le destrozaba el cuello. Solo existía otra salida, la puerta deslizante que conducía a los cuartos de criados. El cuerpo del león llenaba prácticamente todo el espacio; de modo que Huebner saltó sobre él para alcanzar la puerta mientras éste, ignorándolo, siguió despedazando a Ryall. Pero no pudo abrirla. Los criados, aterrorizados, la sostenían por el lado contrario para que no entrara el león en sus aposentos. Tras unos momentos agónicos de histeria, logró forzar la puerta lo suficientemente para escapar. Parenti se lanzó a través de una ventana del vagón y se refugió en uno de los edificios de la estación. El león saltó por la ventana opuesta, llevándose el cuerpo de Ryall entre sus fauces. Sus restos fueron encontrados la mañana siguiente, a unos cuatrocientos metros del lugar de la tragedia. Sin más, fueron recogidos y transportados a Nairobi para su entierro.

Días más tarde, uno de los ferroviarios diseñó una trampa de madera y hierro, en forma de jaula, y el animal logró ser capturado. Después de exhibirlo durante unos días, fue abatido de un disparo. Al igual que en el caso de los devoradores de hombres de Tsavo, la causa más probable que llevó a alimentarse a estos leones de seres humanos, según comentó el propio Peter Capstick, célebre escritor de

aventuras y cazador de devoradores de hombres, sería la inhumana práctica de los trabajadores ferroviarios de dejar los cuerpos de los trabajadores que murieron mal enterrados o incluso al descubierto. Las enfermedades y las precarias condiciones de vida acabaron con la vida de muchos de estos trabajadores; conforme el ferrocarril se introducía en las tierras vírgenes, sus cadáveres atraerían a los carroñeros, entre ellos a los leones. Los cuales asociaron con el tiempo el olor humano al alimento fácil para, finalmente, cazarlos para alimentarse de carne viva. Teoría apoyada por las investigaciones de Kerbis Peterhans y Thomas P. Gnoske, del Field Museum of Natural History de Chicago, que destacan también los fuertes brotes de viruela que sacudían el país y que dejó cientos de personas muertas al alcance de los leones; así como la gran escasez de búfalos debido a una epidemia transmitida por el ganado en la zona y la brutal mortalidad de las rutas de esclavos y marfil de principios y mediados del siglo XIX, que se estiman en un mínimo de 80.000 personas muertas anualmente a lo largo de las rutas, comida para numerosas generaciones de leones.

## **El conflicto del santuario de Gir**

El biólogo Vasant Saberwal registró 81 ataques realizados por leones asiáticos (*Panthera leo persica*) en el santuario de Gir (India) entre 1988 y 1990, que dió lugar a 16 muertes. Estos datos incrementaban los casos registrados casi el doble que en la década anterior. Una de las conclusiones a las que se llegó, abundando en el tema, era la habituación con carne de ternera que se había realizado sobre estos leones hasta 1987 para atraer el turismo. Los ataques ocurrieron con más frecuencia en estas fechas; los leones habían asociado la presencia de seres humanos con alimento.

Los escasos leones asiáticos salvajes que sobreviven a la extinción, poco más de 250 ejemplares, viven dentro de una sola reserva, el bosque de Gir, en el estado de Gujarat, en la India occidental. Como en Tanzania y otros países, los ataques depredadores contra seres humanos obstaculizan los proyectos de conservación de la especie, un animal indeseado por los aldeanos, en ocasiones, sus presas. Entre 1978 y 1991, Vasant analizó 193 ataques contra seres humanos y realizó diversas entrevistas con 73 aldeanos para identificar los factores espaciales, temporales y sociales asociados a conflicto león-hombre en la región. Según su informe se realizaban unos 15 ataques al año, de los cuales dos eran fatales; y la mayoría (el 82%) de estos ataques se dieron en tierras privadas, fuera de los límites de la reserva del bosque. Una fuerte sequía que asoló la región entre 1987 y 1988, aumentó drásticamente el número de ataques depredadores, perpetrados en su mayoría por ejemplares subadultos. Antes de la sequía, no existía causa aparente para los ataques de león, solo el azar de un encuentro fatal. Pero con la sequía, las presas salvajes se hicieron más difíciles de ver y los leones se concentraron en los

lugares donde el hombre les estaba depositando alimento para que acudieran y pudieran ser observados por los turistas. Finalmente, algunos de ellos empezaron a merodear cerca de aldeas y lugares frecuentados por humanos para encontrar alimento, depredando finalmente sobre el hombre.

La mayoría de los aldeanos de la región contemplan una actitud hostil hacia los leones, debido en gran parte a la amenaza que representan para su seguridad, y por otro, la dificultad económica (principalmente daños del ganado) que les representa. La escalada en conflicto después de la sequía, resultó probablemente de una combinación de la agresividad creciente en leones y de la tendencia de los aldeanos a guardar su ganado en sus viviendas. El descontento con el sistema de compensaciones, que el gobierno ofrece para paliar los daños ocasionados por los leones, es otro problema que agrava la situación.

La estrategia actual para hacer frente al problema trata de reubicar a los leones en el mismo parque o buscar una alternativa, volviéndolos a introducir en áreas que antiguamente frecuentaran; la consolidación de los límites de la reserva y, desde 1988, se prohibió la alimentación artificial de leones para las demostraciones turísticas. Por otro lado se inició la puesta en práctica de un sistema más equitativo y simple para que los aldeanos pudieran recibir antes las ayudas y rebajaran la presión realizada sobre el león.

## **A la sombra del rinoceronte**

En todas las épocas y en los diferentes países, los expertos afirman que los leones antropófagos, conforme se van especializando en cazar personas, resulta cada vez más difícil acabar con ellos. Parecen desarrollar una gran astucia y aprenden rápidamente las reacciones del hombre. Atacan en silencio, con la táctica del leopardo, llevándose a su presa lejos para devorarla. Una vez satisfecha su hambre se alejan de la zona hasta la siguiente cacería, algunos incluso abandonan los restos y no vuelven a la escena de una matanza, como si supieran que la muerte les está esperando. Se ocultan en lugares inusuales para estos grandes felinos y son capaces de evadir su captura por mucho tiempo a pesar del empeño de expertos cazadores.

Un caso tratado por el célebre George Adamson nos demuestra la inteligencia de estos leones antropófagos. A lo largo de un año, una manada de leones había matado a nueve personas en una aldea en Samburu (Kenia). En un caso, un joven cuidaba su ganado cuando tres leones le atacaron. Los leones no hicieron caso del ganado; rodeando la manada se dirigieron ocultos por los arbustos hasta el muchacho. Lo cogieron y lo devoraron. Aunque en la mayoría de las ocasiones, sin embargo,

estos felinos atacaron antes al ganado que al ser humano, este vez no fue así. A pesar de que las reses se guardaban, en la noche, dentro de corrales circulares contruidos con espinosas ramas de las acacias; las leonas se las apañaron para conseguir realizar una entrada en el cerco. Adamson se plantaría en una tienda cerca, desde donde podía disparar sobre los leones. Alrededor de seis leonas fueron abatidas, pero una de las hembras y un macho resultaban muy astutos, su rastro era muy difícil de seguir y siempre desaparecían.

Finalmente, Adamson logró descubrir el secreto de los leones: estos se habían acostumbrado a esconderse cerca de un rinoceronte, lo cual en principio mantenía alejados a los seres humanos, y en segundo lugar les avisaba de su presencia con tiempo suficiente para desaparecer sin que nadie se percatara de su presencia. El rinoceronte no es un animal que esté siempre alerta y avise de la llegada de cazadores, pero sí lo son los numerosos picabueyes que limpian su piel de parásitos, los cuales daban la voz de alarma cada vez que se acercaban los cazadores. Descubierta su estrategia, fueron abatidos.

Un caso sorprendente, cuanto menos, fue el de una leona sana que se especializó en cazar seres humanos ebrios en el Queen Elizabeth National Park (Uganda). Por alguna causa, este felino descubrió que los seres humanos que avanzan dando traspies no presentan ningún peligro; quizás en un primer momento asimilaría que se trataba de presas heridas, a causa de la falta de equilibrio y, como tales, fáciles de cazar. La leona frecuentaba una taberna nocturna en espera de que saliera alguien borracho, agazapada en el herbazal del camino se les echaba encima y los arrastraba hacia la maleza, donde los devoraba. Después regresaba al bosque por un tiempo y no se sabía nada de ella hasta que algún cliente de la taberna desaparecía para no volver. Quizás lo más sorprendente es que, después de trece personas devoradas, la gente del lugar seguía frecuentando la taberna y bebiendo.

Otro caso curioso, acontecido en el suroeste de Uganda, fue el de un león que se especializó en cazar hombres que iban en bicicleta. Este macho, también en excelentes condiciones, se escondía en los arbustos cercanos a las polvorientas carreteras esperando algún ciclista, saltando sobre él en cuanto estaba a su alcance, arrastrándolo al herbazal, devorándolo allí mismo y desapareciendo hasta el próximo ataque sin que nadie supiera donde localizarlo. En ambos casos, los leones habían aprendido que estas personas eran presas fáciles, que solían ir solas, sabían donde encontrarlas y que estaban indefensas; perfeccionando su táctica, lograron hacerse un hueco entre los grandes devoradores de hombres por sus peculiares cacerías.

## El devorador de hombres de Mfuwe

Otro brote antropófago para resaltar se dió en 1991, cerca de la aldea Mfuwe, conocida como la entrada al Parque Nacional del Sur de Luangwa, en Zambia, donde un león devoró seis personas en dos meses hasta que Wayne Hosek, cazador norteamericano, logró abatirlo. Los primeros dos ataques registrados no fueron vistos, tan solo se hallaron las huellas de los leones, la sangre y las marcas que delataban la escena de la tragedia. Sería durante el tercer ataque cuando el león sería visto: se trataba de un ejemplar sin apenas melena, de gran complexión y sin apariencia alguna de estar herido o impedido para la caza; lo que originó, en un primer momento, la creencia de que se trataba de una hembra. Los cazadores profesionales habían matado seis leonas cerca del territorio donde se habían realizado los ataques, pero las matanzas continuaban. La muerte de Jesleen, una joven que había sido devorada cerca de la aldea de Ngozo, incitaría a Wayne Hosek a dirigir todos sus esfuerzos para acabar con el animal que tanto horror estaba causando. Hosek se encontraba en la zona, en un safari organizado de caza; como cazador tenía cierta experiencia, pero nunca hubiera pensado enfrentarse a un devorador de hombres; conmovido por el sufrimiento de aquellas personas, pensó que *“aquel que sabe lo que es el bien y no lo práctica, peca”* y con este pensamiento inició la cacería.

En un terreno abrupto como es el valle del río Luangwa, de vegetación densa con matorrales espinosos y bosques de mopane alternados por manchas de alta hierba, de laberintos, barrancos y densas hondonadas, Hosek se enfrentaba al león antropófago sin saber por donde empezar. Sería el mismo animal quien le retaría, pues al día siguiente de haber devorado a Jesleen, irrumpió en la aldea de nuevo, en pleno día, entrando en la choza de la infortunada joven y llevándose entre los dientes una bolsa de lona en la que Jesleen guardaba sus cosas. Sorprendentemente, el león utilizó la bolsa como juguete durante unos días, por lo que, divisándola, se podía suponer que su nuevo dueño andaba cerca. Así fue como los exploradores de la reserva de caza de Luangwa pusieron sobre aviso a Hosek, quien se dirigió al lugar junto con dos cazadores profesionales y sus guías. Al llegar al lugar le confirmarían que se trataba de un gran macho sin melena. Hosesk se preguntó *“qué me ha impulsado a mí, un gestor inmobiliario, a embarcarme en una aventura como esta”*. Mientras, observando las huellas del felino, sus guías comentaban *“Es grande, es grande...”*. Esa noche, tras esperar al devorador en vano, las dudas surgieron en todos los componentes del equipo. Finalmente, Hoseck descartó cualquier idea de abandonar la cacería. Al día siguiente prepararon una trampa con cebo para intentar atraer al león y poderle disparar, pero no lograron verlo en toda la noche. Sin embargo, y para su temor, al amanecer pudieron comprobar que el felino había estado rondándoles, sus huellas se hallaban apenas a 15 metros del escondrijo y nadie se había percatado de su presencia.

Hoseck era un amante de la Naturaleza, especialmente entusiasmado con África. De pequeño había visitado en el Field Museum of Natural History de Chicago, y se había quedado asombrado con los devoradores de hombres de Tsavo. Conocía muy bien la historia. Por ello se sintió turbado ante la posibilidad de estar enfrentándose a un animal tan inteligente como Ghost y Darkness, y que su safari pudiera terminar muy mal. Sus guías le comentaron que el león había esquivado todas las trampas, apareciendo siempre en lugares distintos de donde se le esperaba, al igual que tenía la certeza de que les acechaba y que, tras la matanza de las leonas, la fiera había comprendido que los hombres, si van armados, son peligrosos. Hosek decidió unir todos los cebos que los diferentes cazadores que trataban de abatir al león disponían cerca de sus escondrijos, juntándolos todos en un solo punto. Dejaron varios rastros de sangre que llevaban directamente a un gran montón de carne putrefacta; el olor era insostenible. Hosek y sus guías entraron en el escondrijo a las tres y media de la tarde; esperando a que apareciera permanecieron en silencio. Pasó el día y la noche, y el león no apareció. Al amanecer fueron informados que un jabalí de río había sido abatido por la fiera, que antes había estado merodeando en el pueblo. Los cazadores decidieron que el león *“sabía lo que se llevaban entre manos”*, así que abandonaron el lugar para montar un nuevo escondrijo e intentarlo con una táctica diferente. Esta vez el cebo se dispuso por dos días seguidos, sin que nadie apareciera por la zona, ni ocupara el escondrijo.

El león había realizado un nuevo ataque, sobre un muchacho, el cual logró encerrarse en su chabola antes de que le alcanzara. Estuvo rondando la cabaña, buscando por donde entrar mientras los aldeanos gritaban y alborotaban para auyentarlo. Las autoridades locales impusieron un toque de queda a partir de las 17'00 h en la zona, todo se paralizaba ante el temor de que apareciera el león. Hosek se había quedado solo en su cacería con sus guías, Buekes y Cloete, preguntándose *“¿Cómo era posible que Patterson hubiera soportado tanta tensión y agotamiento durante nueve meses?”*. Al tercer día de agotadora e insostenible espera, el león empezó a rondar el escondrijo, situándose a doce escasos metros. Finalmente se lanzó sobre él, ignorando el cebo; el animal sabía, a pesar de todas las precauciones, que allí había gente oculta. Hosek tuvo tiempo de realizar un primer y único disparo que acertó al felino en plena carrera, Buekes le remataría. Fue demasiado veloz para que pudieran realizar un segundo disparo, pero ahora estaba herido de muerte. Tras unos agónicos minutos, el devorador de hombres de Mfuwe había muerto; con 3,15 metros de largo y 250 kilos de peso este animal se convirtió en el león más grande conocido hasta hoy.

En 1998, en el mismo el Field Museum of Natural History de Chicago, donde permanecen los devoradores de hombres de Tsavo, se exponía el devorador de hombres de Mfuwe. Con él vino la revelación de que los devoradores de hombres modernos todavía vagan en la sabanas y bosques de África.

## Los leones de George Atube

En 1975, el ranger George Atube, del Murchison Falls National Park (Uganda), se dirigía hacia la ciudad en busca de ocio. A su regreso al parque observó que no había fauna, no se veía rastro de ningún animal. Temiéndose lo peor, avanzó decidido, tratando de alejarse. Cuatro leonas le salieron al paso, y otras cuatro tras él. Había caído en una emboscada. Nervioso, trató de serenarse. George era un ferviente creyente, y rezó a Dios pidiéndole ayuda. Las leonas comenzaron a rondarle, sin atacar. El ranger les habló, en voz baja. *“Por favor, no me matéis, yo soy un ranger del parque, cuido de vuestro territorio y os protejo de los furtivos”*. Tras una tenso y extraño acercamiento por parte de las leonas, George agachó la cabeza y continuó su camino, con las piernas temblando y sin parar de hablar. Las leonas se abrieron a su paso, permitiendo que pasara ante ellas, que se alejara sin ser molestado.

A su llegada al pueblo, nadie le creyó. Ante su insistencia, varios jóvenes salieron a comprobar sus palabras. Al llegar a lugar, no había ningún león. Aunque sí numerosas huellas de estos grandes carnívoros, y las del ranger. Entonces recuerdan que la familia de George nunca sufrió un ataque por parte de los leones, pues estaban protegidos. *“Mi bisabuelo fue sorprendido, mientras cavaba en su huerta, por un enorme león que emitía extraños ruidos, tortuosos. Se santiguó creyéndose muerto. El animal no le atacó, se acercó ladeando de lado a lado la cabeza, con la boca llena de bromera y largos hilarachos de saliva. Entonces pudo ver que tenía un hueso astillado en la boca. Armándose de valor, estiró su mano ante las fauces y se lo arrancó, liberando al animal de su tortura. El león no le comió, sino que le trajo carne abundante de un búfalo que había cazado y le dejó seguirle hasta su presa. Mi bisabuelo entendió que se trataba de una especie de ofrenda y se alejó, para volver con cuatro amigos con los que descuartizaron el búfalo, bajo la atenta mirada del león. Cuando terminaron, la fiera se acercó y devoró los restos de la res salvaje. Desde entonces, los leones de la zona no atacaron a más personas, ni los hombres cazaron leones. Cuando murió mi bisabuelo, pareció romperse ese pacto y los leones volvieron a comer personas, y los hombres a matar leones”*, cuenta George Atube a un grupo de turistas, a la luz de una hoguera, escuchando los poderosos ruidos de los leones. *“Hoy es posible que te devore un león, si no tienes mucho cuidado. En 2009, dos guardas fueron devorados en el mismo lugar donde a él le perdonaron la vida; iban en bicicleta y solo hallaron una cabeza, pies y manos”*.

Historias similares existen en varias regiones de África, aunque no son frecuentes. Quizás formen parte de la leyenda, o no y tengan una base real. Por alguna razón desconocida, algunos encuentros hombre-depredador muy resultan sorprendentes. De hecho se citan actos donde un león no actúa como tal, simplemente ignora a su presa. ¿Quizás esté saciado o le apetezca una presa mayor? ¿Por qué las leonas respetaron la vida del ranger? ¿Por qué no hubo ningún ataque depredador mientras su bisabuelo vivió? George Atube comenta: *“Quizás mi bisabuelo tenía algo de león”*.

## Terror en Etiopía y Mozambique

En septiembre de 2005, por lo menos a 20 personas fueron devoradas, junto a unos 750 animales domésticos, como resultado de los ataques depredadores realizados por los leones del distrito de Soro (Etiopía). Como revelarían los estudios de los investigadores, ésta fue la fatal consecuencia de acabar con una extensa región rica en biodiversidad, de espacios boscosos, abundantes animales salvajes y hogar del león etíope. De este estudio se desprende que los leones se vieron forzados a salir de su habitat natural en busca del alimento.

Los pobladores de numerosas aldeas huyeron de sus hogares buscando zonas más seguras, formándose una columna con cerca de 1.000 refugiados que, sin embargo, sería atacada en numerosas ocasiones por los leones, antes de lograr salir de su territorio. El gobierno etíope ordenó diversas batidas hasta acabar con los leones para proteger a la población local. Un caso similar ocurrió en noviembre de 1999, cuando los leones mataron a un joven y 51 reses en Etiopía occidental en una semana. Jihad Aba Bulgu, presidente del District Council de Kersa, confirmó en el centro de información de Walta, que fue devorado por los leones mientras trabajaba en el campo. A lo largo del año, 14 personas más habían muerto en el distrito de Kersa.

Mientras en Etiopía el conflicto hombre-león continuaba, Mozambique sufriría varios episodios durante el verano de 2004, donde la policía se vió obligada a pedir la ayuda de cazadores locales para matar a los leones que comenzaron con una alarmante crecida de ataques depredadores contra los aldeanos. Hechos que recordaban los ataques sufridos en 1908, cuando más de 20 personas fueron devoradas por estos felinos. En la provincia norteña de Cabo, una persona es devorada al mes. Los distritos de Quissanga, Palma y Macomia sufren con frecuencia los ataques de estos grandes felinos, sobretodo los granjeros locales que se aventuran a trabajar la tierra en áreas aisladas. En el distrito de Palma, cerca de la frontera con Tanzania, desde enero, los leones habían matado a diez personas ese mismo año. Tras abatir numerosos leones, la policía instó a los cazadores a regresar a sus aldeas, tratando las autoridades provinciales de restaurar la calma en las áreas afectadas.

## Fatal conclusión

Los investigadores del programa de fauna de GTZ, en Tanzania, examinaron numerosos expedientes y encontraron que resulta normal que al menos 20 personas mueran cada año en Tanzania por la acción de los leones, y creen que estos expedientes no están completos y sugieren un cuadro dos o tres veces mayor. Tanzania puede tener la población más grande de leones de África; a pesar de

ello, quizás por costumbrismo, la mayoría de la población resulta ser tolerante con la presencia de los leones, incluso fuera de las áreas protegidas; además el gobierno les confiere protección legal, pues los leones solo pueden abatirse en un número limitado en cacerías legalizadas para turistas o cuando aparecen signo inequívocos de leones que han desarrollado el gusto por la carne humana. Sin embargo, los granjeros en Namibia pueden matar libremente a leones, en su tierra, para proteger su ganado.

La mayoría de los ataques del león ocurren de noche, cuando el animal está más activo, y la investigación de GTZ demuestra que, en Tanzania, la mayoría de los leones implicados en casos de devoradores de hombres, resulta de la constante intrusión del hombre en su territorio, trasladando sus aldeas, familiares, cultivos y reses a zonas inalteradas. Las presas salvajes comienzan rápidamente a ser escasas y las viviendas mal construidas, con hierba cubierta con paja y paredes del fango, no son impedimento alguno para que estos felinos no se cobren su tributo de sangre.

El león no teme al hombre y es una idea falsa generalizada por utópicos conservacionistas que los comedores de hombres son solo leones viejos o dañados que no pueden cazar presas salvajes. Algo muy contraproducente para poder tomar las medidas apropiadas que disminuyan estos ataques. Obviamente, algunos leones recurren a la caza de seres humanos tras ser expulsados violentamente de su manada o hallarse dañados para cazar con éxito; pero en la mayoría de ocasiones el ataque depredador se deberá a la falta de presas salvajes, la habituación o a la intrusión en su territorio. Los leones son animales territoriales: raramente saldrán de su dominio aun cuando existan pocas presas disponibles; las manadas deben venir a los leones, sino buscarán alimento cerca del hombre que habite su territorio.

La investigación en Uganda, de Adrian Treves y de Lisa Naughton-Treves, sugiere que la mayoría de los ataques realizados contra seres humanos son realizados por animales aptos y sanos. Solamente 14% de los ataques son llevados a cabo por leones lisiados o heridos. Datos que se ven confirmados por el estudio realizado por Peter Turnbull-Kemp, guardabosques sudafricano, en el que se pone de manifiesto que el estado físico de 89 conocidos devoradores de personas, en el momento de su muerte, 86 estaban en perfectas condiciones y tan solo tres presentaban diferentes tipos de lesiones.

Los leones perciben a unos animales naturalmente como presa, mientras que al hombre lo perciben también como depredador, como un competidor que puede ser peligroso. Estos felinos matan a los leopardos, guepardos y hienas que logran sorprender en su territorio; no toleran la competencia, se matan o se eliminan,

pero raramente se comen a otros depredadores. Sin embargo, el ser humano sí es devorado. Es por ello que el león nos contempla en un estatus diferente al de las demás criaturas; han aprendido que el hombre puede ser tan peligroso o más que el búfalo, pero también saben que su carne es alimento. Está demostrado que los leones disponen de una gran astucia; y, lo más terrible, parecen disponer de un ancestral gusto por depredar sobre la especie humana, un comportamiento aprendido y fijado durante generaciones que nunca vieron al hombre solo como competidor, sino también como presa. Existen muchas comparativas exculpativas que buscan, generalmente, a la vez de documentar al lector, minimizar una acción determinada. Pero aquí, en la tierra del león resulta difícil realizar una de ellas, cuando no trágica... Bien podríamos decir aquello de que *“no se preocupe usted, es veinte veces más posible que le aplaste un hipopótamo antes que le devore un león...”*

El cazador C.J.P. Ionides registró sus experiencias sobre leones antropófagos en su libro *Mambas y Devoradores de Hombres*, donde afirma: *“La razón es por supuesto la penuria de la presa natural del carnívoro, una situación de la cual no se puede culpar solamente a sí mismo; el devorador de hombres es, como era, el instrumento de la justicia poética, recompensa calamitosa exigente para la matanza indistinta de las grandes manadas de las criaturas hermosas que animaron, una vez, el conjunto de esta provincia”*. Cuanto más a menudo caza, el león más aprende; si no lo matan rápidamente, se convertirá en un animal altamente astuto y evasivo, siendo capaz de evitar durante largo tiempo las trampas del hombre. Una vez que el león comprenda que ciertos seres humanos son presa fácil, romperá las puertas de las cabañas y esquivará barreras de espino y fuego para matar: *“los devoradores de hombres desarrollan sus propias técnicas favoritas; uno que tuve que cazar, acechaba una aldea para acometer contra las mujeres mientras que cocinaban la cena, observando y seleccionando por la tarde a su víctima. Otra vez, una leona se escondía en la parte de detrás de una choza en la noche, esperando para atrapar a la primera persona que saliera al urinario.”* Como fatal conclusión, podríamos reproducir las palabras del antropólogo Kerbis Peterhans: *“los grandes felinos comen primates, y nosotros somos primates”*.

## CAPITULO 4

### EL TIGRE, UN BELLO DESTELLO DE MUERTE

La selva asiática oculta quizás al más hermoso de los carnívoros; seguro un mortal antropófago. Con su asombrosa faz de amarillo, blanco y negro; y enorme cuerpo, rayado de oscuras brechas; se oculta en el claroscuro de la jungla, imperceptible ante sus presas, invisible a nuestros ojos. Un tigre (*Panthera tigris*) inmóvil puede estar acechando durante horas sin que su presa sea capaz de avistarlo; solamente podrán descubrirle mediante su olfato, si la brisa lo traiciona. Envuelto en su perfecto camuflaje, deslizándose en el más sordo de los silencios, sigiloso como él solo; acecha, siempre al amparo de un arbusto, una roca aislada. Paciente como nadie, observará. Y en el momento adecuado, cuando apenas unos metros lo separen de su presa, con una rápida embestida acabará con su vida, sin que ésta apenas pueda ver a su asesino. El tigre habrá conseguido su alimento, la potencia de su salto y el peso de su cuerpo derribará a su víctima, que apenas se resistirá a la fuerza de sus garras, a la presión de sus mandíbulas; una rápida dentellada desgarrará su aorta y la tráquea, fracturará las vertebrales cervicales y la muerte será instantánea.

Actualmente, los ataques depredadores realizados por tigres son bastante raros en la mayor parte de su distribución geográfica, pero solo en comparación con hace unas décadas cuando los hombres eran cazados habitualmente por estos poderosos felinos, los más grandes del mundo, causando el terror entre las aldeas asiáticas que se alzaban en su territorio. Cada noche se encendían grandes hogueras y los indígenas viajaban en grupos y armados con lo que podían. Podemos comprobar cómo en las estadísticas oficiales, en la India, en 1902, unas mil personas fueron devoradas por los tigres; una cantidad posiblemente alejada de la realidad, ya que algunos ataques no se denuncian en estas zonas donde la avanzada civilización se queda aislada en una cabaña de madera y un viejo transistor. El tigre, como el resto de los grandes felinos, es un depredador común del hombre, desde siempre; ve al hombre como una presa más, nunca llegó a considerarlo un ser superior que mereciera de su misericordia, sino quizás como un competidor más en la jungla, como otro depredador, o como un enemigo más que deseara eliminarlo. De hecho,

acosado, no duda en enfrentarse directamente a los cazadores que avanzan en grandes grupos en la selva; ni se amedrenta ante los turistas que, incautos, montan a lomos de elefantes en su tierra creyéndose seguros. Esto no quiere decir que este felino salga de su cubil para matar humanos, no. El gran conservacionista, enamorado del tigre, Arjan Singh afirmaba que muchos ejemplares eran abatidos bajo pretextos injustificables, denunciando en sus trabajos las ideas falsas que conciernen a estos grandes depredadores, y que han sido usadas para justificar cacerías en las realmente se buscaba la muerte del animal como trofeo. Arjan siempre aseguró que un tigre se transforma en un asesino de hombres debido a la interferencia humana en su hábitat, cuando se encuentra bajo una presión extrema.

Hoy se estima que en las zonas que más muertes producen los ataques predadores de los tigres (Sunderbans), el aporte nutricional que añade el hombre como presa a la dieta de este felino posiblemente no alcance el 3% de sus necesidades. El hecho de que el hombre sea una presa natural del tigre solo implica una pequeña parte de su alimentación, o ninguna. Estadística que se rompe con la aparición del tigre antropófago, que por una causa u otra, hace del ser humano su principal base alimenticia. Son varios los acontecimientos que pueden hacer desarrollar su instinto depredador sobre las personas: individuos que han recibido heridas que les incapacitan para la caza, especímenes viejos o tigresas criando en zonas donde han disminuido sus presas naturales. Sin embargo, quizás la mayoría de casos, exceptuando siempre a los grandes devoradores de hombres, los ataques se realizan por pura mecánica presa/depredador en un encuentro desafortunado, sin que el tigre busque deliberadamente al hombre.

### **Jim Corbett y el tigre de Champawat**

Uno de los casos más notorios de tigre antropófago fue el devorador de hombres de Champawat, que durante cinco años, entre 1903 y 1907, mató 436 personas en Nepal y la India antes de ser abatido por el cazador, naturalista y escritor Edward James “Jim” Corbett. Los libros de Corbett documentan un número elevado de casos de tigres y leopardos que matan al ganado, así como varios devoradores de hombres, siendo él mismo el encargado de abatir varios de los felinos. Este ejemplar marcó una década de horror, incluso el mismo día en que fue abatido había devorado a una joven. En la ciudad de Champawat está marcado el lugar donde Corbett lo abatió y un breve texto relata la historia. Los detalles sobre el tigre de Champawat y cómo fue abatido se pueden encontrar en su libro *Maneaters of Kumaon*. Una obra que llevó la historia de este felino por todo el mundo, convirtiéndose en uno de los casos de devoradores de hombres más conocidos. Sin embargo, Corbett se enfrentaría a muchos más casos: entre 1906 y 1941 persiguió y abatió unos 50 felinos que habían matado cerca de dos mil personas.

El devorador de hombres de Champawat arrastraba fama y horror a su paso. Se trataba de una tigresa que había matado a 200 personas en Nepal y a 235 más en la India. Cuando Corbett llegó a la zona donde había atacado a su última víctima, se encontró con una aldea fantasma, con la gente escondida dentro de sus chozas; un lugar siniestro de gentes humildes donde nadie se aventuraba fuera del hogar por mucho tiempo. La tigresa vagaba por los caminos cercanos a la aldea, invisible, rugiendo y aterrorizando a los aldeanos. Acababa de matar a la muchacha que recolectaba madera fuera de la aldea. Había sido arrastrada a la selva, dejando largos mechones de su pelo negro enganchados entre los arbustos. Siguiendo el rastro, se toparía con una de las piernas de la joven. Corbett escribió: *“En todos los años en que he buscado devoradores de hombres, no había visto cosa tan lamentable como la pierna de una atractiva joven mordida un poco por debajo de la rodilla, limpia como si fuera separada por el movimiento de un hacha”*. Siguiendo el rastro macabro de ropa rasgada, manchas de sangre y astillas de hueso, Corbett dió con la tigresa y acabó con su vida. Un examen de la boca de la tigresa puso de manifiesto que algunos de sus dientes del lado derecho de su boca estaban rotos. Esta lesión permanente hizo pensar a Corbett que *“la había impedido matar a sus presas naturales, y sin duda era la causa de que fuera una devoradora de hombres.”* Matar al devorador de hombres de Champawat hizo de Corbett un héroe popular de inmediato. A partir de entonces empezó a recibir numerosas peticiones para acudir allá donde ocurrieran los ataques depredadores de tigres y leopardos.

A pesar de su fama legendaria como cazador, Jim Corbett nunca mataba a un tigre donde él sentía que el animal no era un asesino habitual probado. En dos ocasiones, Corbett creyó firmemente que el ataque del tigre eran debido a la desgracia y a las tigresas que protegían sus camadas, abandonando la cacería. Corbett mataría a otros once tigres por la zona de Champawat. Juntos, estos animales habían matado aproximadamente a 1.300 personas. Según sus observaciones, los tigres eran responsables de matanzas humanas durante el día solamente; las realizadas durante la noche eran normalmente el resultado de un ataque del leopardo. A la edad de 63 años, Jim Corbett cazó su último tigre, una devoradora que, después de seguirla durante días, cazó imitando la llamada de un macho. *“Nadie sabe mejor que yo que la caza de tigres a pie no es un deporte popular y que la cacería, a pie también, de devoradores de hombres es una tarea que nadie busca y todos temen. Sin embargo, sabiendo todas esas cosas, he contado como fue cazado un devorador de hombres, a pie, no solo durante el día, sino durante la noche, y he relatado la persecución suicida de un animal herido. No sería extraordinario, por tanto, que mi historia sea increíble para muchas personas”*.

Corbett poseía un gran conocimiento de la selva, no en vano hay quien siempre le considerará como el gran naturalista que fue, a pesar de su gran habilidad como cazador, pues en el contexto de la época en que vivió y la interesante labor

que desarrolló, bien se podría decir que fue uno de los grandes pioneros en la conservación de la naturaleza. Sin embargo, sus conocimientos le sirvieron a los aldeanos y a las autoridades británicas para acabar con un gran número de felinos, todos ellos merodeadores o devoradores de hombres. Corbett siempre aseguró que está fuera de la naturaleza del tigre devorar seres humanos; según sus palabras: *“Este felino hará del hombre su presa si se siente obligado por causas que van más allá de su control y que le harán adoptar tal dieta”*. En sus últimos años de vida, Corbett intercambió su rifle por una cámara fotográfica e hizo la campaña para preservar los bosques en la India, ayudando a crear el primer parque nacional del país, que llevaría su nombre.

### **El devorador de Muktesar**

Cerca de la colonia de Muktesar, en la escarpada región de Kumaon (India), se encuentra una extensa selva, salpicada de montes y valles que albergan una gran biodiversidad. Y en ella vivía una tigresa, alimentándose con los animales salvajes de la zona hasta que tuvo un fatal encuentro con un puerco espín. En el combate perdió un ojo y recibió la herida de al menos 50 púas, que perforaron su brazo y la planta de la garra derecha. Ese mismo día mataría a su primera víctima, una joven que se hallaba cortando hierba para el ganado, cerca de donde permanecía la tigresa malherida. Le abrió la cabeza de un zarpazo, si bien no consumió nada de su cuerpo. Dos días más tarde, a dos millas de distancia, acabaría con la vida de un hombre que estaba cortando leña, devorándole buena parte de la espalda. Días más tarde, la tigresa ya se había convertido en una auténtica devoradora de hombres sembrando el terror en la zona. Pronto acudieron numerosos cazadores para darle muerte. Sin embargo, no obtuvieron éxito en el empeño y, cuando el número de víctimas alcanzaba las 24, el director del Instituto de Investigaciones Veterinarias de Muktesar pidió al gobierno que solicitara la ayuda de Jim Corbett.

Los intentos frustrados de cazarla habían hecho de la tigresa un animal muy precavido; por ello, cuando Corbett llegó a la zona, tardó varios días en localizarla. Sin saber por donde empezar, una joven le puso sobre aviso al perder un buey. Tras estudiar la situación, el cazador se emboscó en la cima de un árbol, cercano al cadáver de la res, y esperó el regreso de la tigresa. Pensó que si nunca había vuelto a seguir devorando una presa abatida, quizás fuera por que siempre detectó la presencia de los cazadores que la esperaban. Por ello actuó en solitario, en silencio y con total precaución de no ser descubierto por el depredador en el caso de que regresara. Corbett estaba en lo cierto, y el felino regresó a la carroña cuando el sol cayó, seguramente tras rastrear la zona sin detectar la presencia humana. Pero la oscuridad de una noche cubierta hizo que errara su disparo. Al día siguiente, la estuvo rastreando, mientras los aldeanos realizaban una batida. Localizado su

rastro, fue perseguida por Corbett hasta que logró tenerla en el punto de mira, disparando. La tigresa respondió con una embestida que Corbett frenó con un segundo disparo. La devoradora de hombres cayó mortalmente herida por un gran precipicio. Tras examinar el cadáver, se encontrarían las heridas que el puerco espín le había producido y que la habían impedido para la caza de animales salvajes.

Jim Corbett, convertido en un héroe tras la caza del devorador de hombres de Champawat y el de Muktesar, también acabaría, entre otros, con los tigres antropófagos de Chuka, Mohan, Thak y de Chowarh, además del leopardo de Rudraprayag y el asesino de Panar. Encontraría el éxito donde tantos otros erraron gracias a su faceta naturalista, su paciencia como observador, su habilidad en el rastreo como cazador y al gran conocimiento que tenía sobre estos felinos y el hábitat en que vivían. Otra de sus cacerías más reconocidas sería la de la tigresa de Talla Des, animal con el que mantuvo un fuerte pulso hasta el final.

### **La tigresa de Talla Des**

En 1929, Corbett se dirigió a Talla Des tras ser requerido por el comisionado de Almora, Bill Baynes. Un tigre había sembrado el terror en esta región de Kumaon durante ocho años. Los muertos ascendían al menos a 150 personas conocidas. Nadie se atrevía a salir de su hogar a la luz del crepúsculo; encerrada en sus aldeas, la gente esperaba a que el sol estuviera alto de nuevo para salir a realizar sus labores, siempre vigilando, siempre temerosos. El comisionado había ordenado a las aldeas del lugar que no se tocara ninguna presa del tigre hasta su llegada, fuera res o humana, para poder preparar una emboscada cerca de su última víctima. El felino era esquivo y su zona de actuación muy extensa, con lo que se hacía difícil localizarlo si no era inmediatamente después de un ataque. Corbett recorrió a pie gran parte de la jungla, de una aldea a otra, en busca del tigre antropófago, hasta que llegó a Talla Kote, donde el devorador había matado a una joven el día antes, cuando se hallaba cortando hierba en compañía de varias mujeres. Sin embargo, tras buscar su cuerpo con la idea de preparar un escondrijo, solo pudieron hallar sus dientes y manchas de sangre.

Con la llegada de Corbett se realizó un rastreo por la zona en que había sido devorada la desafortunada víctima, descubriendo dos tigres que descansaban en un herbazal. Experto cazador, Corbett disparó primero sobre el que se encontraba más lejos, para, segundos después, disparar sobre el otro ejemplar. Entonces fue cuando se dio cuenta que había un tercer tigre oculto entre la espesa maleza, que huía rápidamente del lugar. Un tercer disparo abatió al tercer tigre. Se trataba de una tigresa con sus dos cachorros. Pero cuando la alegría empezaba a desbordar a los aldeanos que acompañaban a Corbett, la tigresa desapareció del lugar donde

había caído; para aparecer más tarde cojeando: había sido herida en el hombro y ahora se perdía en la espesura de la jungla. Corbett realizó un último disparo en vano, la tigresa de Talla Des había escapado. Corbett decidió seguirla a través de la jungla, pues un tigre herido era una amenaza mayor para la población, ya que ahora centraría toda su acción depredadora en el hombre. Durante cinco largos días estuvo siguiendo los rastros de la tigresa de cerca, hostigándola, sin apenas descansar y comer. En ocasiones estaba muy cerca de dar con ella, mientras que en otras sentía como se alejaba del animal, que oculto en la espesura, sabedor de que era perseguido, acechaba esperando su momento. Tras encontrar el lugar donde había pasado la noche anterior, Corbett siguió a la tigresa todo el día, sin llegar a localizarla hasta bien entrada la noche. Se dirigía de nuevo a la aldea cuando la perdió de vista, por lo que se dirigió al lugar a poner en sobreaviso a la gente. Allí descansó hasta que el animal actuó: había matado a seis cabras en una hondonada cercana a la aldea. Emboscado, pasó todo el día esperando que volviera a devorar su botín. Cuando apareció, volvió a dispararle. Herida de nuevo, emprendió la huida. Corbett logró localizar su rastro de sangre y abatirla con dos disparos. Tras estudiar el caso, Corbett llegaría a la conclusión de que la tigresa cazaba seres humanos mientras alimentaba a sus cachorros; el animal mostraba cicatrices producidas por un puerco espín que debió dañarla seriamente e impedirle cazar mientras sacaba adelante su camada, lo que le hizo acercarse a las aldeas y atacar al hombre. Con el tiempo sanaría, dejando de lado su afición antropófaga incluyendo al hombre de forma ocasional entre sus presas; pues una media de 20 personas al año no le indicaban que fuera una devoradora habitual de hombres, sino más bien que el hombre era un complemento para su dieta, especialmente cuando más necesitaba presas.

## **Kenneth y el devorador de hombres de Pegepalyam**

En el distrito de Coimbatore del Norte, se alza el monte de Dimbum; rodeado de una extensa cubierta vegetal, achaparrada, que bordea los frondosos bosques de la zona. En esta selva de vegetación baja se encuentra Rajnagara, una pequeña aldea que vive del pastoreo y los frutos de la selva. Pero también es el hogar del tigre. Y lo fue del asesino de Rajnagara, que más tarde, con su escalada antropófaga, sería conocido como el devorador de hombres de Pegepalyam. Este animal mató a 37 personas, devorando total o parcialmente a 14 de ellas. Temido en la zona, este carnívoro deambulaba acechando el ganado del hombre. Sus ataques eran fatales casi siempre y muy peculiares, pues no empleaba sus fauces para matar a los hombres. El animal se ocultaba en la espesura para acechar el ganado, saliendo de improviso se arrojaba sobre el pastor y le producía heridas mortales con sus zarpas. El tigre se limitaba a clavar sus afiladas garras, no sus colmillos. Esta peculiaridad hizo pensar que el felino se hallaba herido en su mandíbula, por lo que le sería lastimoso morder con fuerza para abatir una presa... Pero acto seguido el tigre mataba una res y la

devoraba abandonando el cuerpo del pastor. Una extraña costumbre, sin respuesta lógica. Este caso resonó en los círculos de cazadores, a la vez que las autoridades solicitaban ayuda para acabar con el tigre antropófago. Sería el célebre cazador y escritor Kenneth Anderson quien aceptaría el reto de acabar con la amenaza. Sin embargo, tras un denonado acoso tuvo que darse por vencido. El ejemplar mostraba una inteligencia muy notable, era escurridizo como ninguno. Tras varios intentos de darle caza, el tigre dejó de atacar a los pastores y desapareció durante un largo tiempo. Kenneth regresaría de vacío.

En Rajnagara, los pastores apacentaban las reses de nuevo sin temor a ser muertos, nadie pensaba ya en el tigre. Creyéndose a salvo, el ganado era llevado de un lugar a otro con total tranquilidad. Nueve meses después el asesino había regresado. No muy alejada de Rajnagara, se encuentra la aldea de Pegepalyam; era el destino de dos pastores y su ganado por los senderos de la selva. El primero, ya mayor, avanzaba en cabeza, rodeando un bosque de bambúes; mientras el más joven descendía por la escarpada ladera cerrando la caravana de pezuñas. Un ruido sordo, agónico, hizo girarse al pastor. No vio nada. La polvareda levantada por las reses le impedía ver mucho más allá, y como las reses avanzaban con tranquilidad, siguió su camino. Fue alcanzando la aldea cuando reparó que el muchacho, llamado Ventak, no le seguía. Le llamó en repetidas ocasiones, pero no halló respuesta alguna. Como no quería dejar solo su ganado, siguió en dirección a Pegepalyam, pensando que más tarde le alcanzaría el joven pastor. Pasada una hora y media, el pastor pensó que tal vez le pudiera haber ocurrido algún percance recordando el extraño ruido que había escuchado al rodear los bambúes. Así se dirigió de nuevo hacia el lugar, pensando que posiblemente le habría mordido una serpiente o hubiera tenido un tropiezo grave. Pronto hallaría las huellas de un tigre sobre las de su rebaño y las suyas propias. Echó a correr en dirección al bosque hasta que encontró señales de lucha, manchas de sangre y un rastro continuo hacia la espesura. El asesino había vuelto y esta vez no buscaba el ganado.

Así pasó el tiempo, trágicas muertes espaciadas en días, semanas o meses; alteraban a los pobladores de la zona. En un radio de 65 km de Pegepalyam, la muerte acechaba; los pobladores de las aldeas de Talvadi, Talaimalai y Alambadi sufrirían sus ataques. Cerca de Pegepalyam volvería a actuar, a pesar que la población apenas se internaba en el bosque, y siempre lo hacía en grupo y a pleno día, un grupo de tres personas se dirigían por el mismo camino donde murió Ventak, cuando el tigre se les cruzó en el camino; quedándose frente al hombre que iba primero. Paralizado por el miedo vio como el animal saltaba sobre él mientras los otros dos aldeanos corrían a ponerse a salvo en la cima de los árboles. Aún aturdido por la embestida, logró reaccionar y clavar su cuchillo en la cabeza del tigre; el animal reaccionó saltando hacia atrás y ocultándose en la maleza. “¡Hermano, sube enseguida al árbol, ahí no estás a salvo! El tigre puede volver”, le gritaron sus compañeros. Pero aturdido

y ensangrentado por sus heridas a penas pudo ponerse en pie cuando el felino saltó de nuevo sobre él, asestándole un zarpazo en el cuello que lo mató al instante. El tigre lo atenazó con sus mandíbulas y se lo llevó de la escena. Para entonces, Kenneth Anderson había retomado la cacería visitando varias de las aldeas que habían sufrido la depredación del animal. Quien, a tenor de lo comentado por los testigos, descubrió que se trataba del mismo tigre: mataba a las personas a zarpazos, no usaba sus colmillos para matarles. Aunque los cadáveres rescatados sí presentaban las marcas de los colmillos, posiblemente estas se habrían producido tras su muerte, mientras el animal se alimentaba. Sin embargo, el astuto felino volvió a desaparecer sin tocar ninguno de los tres cebos que Kenneth le ofreció. Esta vez no tardaría mucho en aparecer de nuevo, atacando a un muchacho de 15 años a 10 Km de la ciudad de Kollegal. El tigre se abalanzó sobre él sin temor alguno mientras el joven trabajaba en el campo, llevándose el cadáver en sus fauces a plena luz del día. Kenneth, derrotado por este escurridizo animal al que no pudo dar muerte, escribiría: *“De súbito la oigo. Viene de más allá de los montes. Desde muy lejos, pero cada vez está más cerca... ¡Es la voz de un tigre! La he oído con frecuencia; sin embargo, cuanto más la oigo, más me estremece y me fascina su sonido terrible pero de armonía maravillosa. La oigo de nuevo. El tigre se sigue acercando. Y yo me digo que tal vez sea éste el devorador de hombres de Pegepalyam”*.

Kenneth Anderson dedicaría gran parte de su tiempo en la persecución de los devoradores de hombre, tigres y panteras que en la India infundían el terror en la primera mitad del siglo XX, quien relataría sobre los aspectos de esta arriesgada modalidad de caza: *“Los fracasos son innumerables, la tensión mental y nerviosa, sencillamente agotadora. A veces se tardan meses, incluso años en cobrar la pieza anhelada, y también puede ocurrir que no se cobre nunca”*. Sin embargo, bajo su rifle caerían algunos de los felinos antropófagos más famosos de la India, entre ellos el tigre melencólico de Chordi, el asesino de Hyderabad y la pantera asesina de los montes Yellagiris. *“Las víctimas de estos cazadores de hombres, que al principio son escasas y espaciadas, aumentan en número a medida que el animal adquiere confianza en sus fuerzas y se percata de cuán inerme y desvalida es la raza humana. Todos los felinos devoradores de hombres, sean tigres o panteras, muestran la singular característica de que, a pesar de su creciente desprecio por la Humanidad en general, subsiste en ellos un sutil sexto sentido que los lleva a ser prudentes ante los cazadores...”*

## **El tigre y la guerra de Vietnam**

Durante la guerra de Vietnam, el tigre tendría un dramático papel, siendo protagonista involuntario de algunas historias de terror entre las tropas que se adentraban en la jungla. La disposición de cadáveres humanos abandonados y personas malheridas deambulando por la selva atraería la atención de este gran depredador, que

rápidamente asoció esta inusual invasión humana de su territorio con un alimento fácil que aprovechar. Por otra parte, las incursiones militares hicieron desaparecer las presas del tigre en grandes extensiones de terreno; ahora había un nuevo menú en la selva. Los ataques de este felino se verían aumentados en todas las zonas conflictivas de Vietnam. Los soldados, aterrorizados por mil historias, entraban en un campo de batalla desconocido: la jungla, donde no solo podían encontrarse con el enemigo, sino donde también esperaban las fauces del tigre. Se piensa que en Vietnam, los tigres pudieron desarrollar un gusto generacional hacia el ser humano debido a las matanzas realizadas por los militares de ambas partes, atacando también a los soldados desprevenidos.

El caso más popular nos habla de un tigre antropófago que fue muerto en 1968 por los miembros de una patrulla de reconocimiento del 3º Batallón de Infantería de Marina, en la provincia de Quang. El equipo de seis hombres se encontraba en una misión de reconocimiento al este de la frontera con Laos, había terminado su misión y esperaba el helicóptero cuando ocurrió el incidente. Las malas condiciones atmosféricas habían prevenido su extracción inmediata y el equipo había fijado un perímetro de seguridad con dos centinelas, mientras el resto de la patrulla intentaba descansar. El tigre se acercó silenciosamente, sin que nadie se percatara de su presencia atacó al soldado Richard P. Goolden mientras dormía, haciendo presa en su cuello. Roy Regan, que había estado durmiendo al lado de Richard, recordaba: *“Me sobresalté, me alzé hacia arriba y vi al tigre con su boca alrededor de mi compañero; lo único que podía pensar era en conseguir que el tigre se alejara”*. Dada la voz de alarma, el resto de la patrulla corrió en ayuda de su compañero mientras sufría fatales mordeduras. Sintiendo acosado, el tigre asió la cabeza de su víctima y saltó a un cráter de una bomba, que se encontraba a unos diez metros, llevándose inmóvil a Richard como si fuera un mono indefenso. Los soldados siguieron rápidamente al felino al cráter y abrieron fuego. El tigre, al recibir las descargas, soltó al soldado malherido y atacó a la patrulla saltando fuera del cráter, donde fue abatido por los continuos disparos de los marines. Richard, gravemente herido en el cuello y la cabeza, fue trasladado a un hospital en Quang, junto con el resto de la patrulla y el tigre muerto. *“Richard parecía deslumbrado y preguntó qué había sucedido”*, recordaba el soldado Maurice M. Howell. Finalmente lograría recuperarse, mientras que el tigre fue transportado a la jefatura del batallón y colgado en un andamio para ser exhibido

El incidente ocurrió cerca de un punto donde un tigre antropófago había matado, en noviembre de 1967, a otro joven marine. Las autoridades militares habían enviado cazadores vietnamitas y dos soldados profesionales hacía tres semanas para encontrar al tigre asesino y otros tres felinos antropófagos, que se estimaba deambulaban por la zona, pero la caza había resultado infructuosa. Ahora, el devorador de hombres había sido eliminado.

Los marines americanos tuvieron que sobreponerse al horror de ser devorados por un tigre, más si cabe viviendo ya la tragedia de una guerra despiadada. Las historias de ataques o avistamientos empezaron a ser frecuentes en determinadas zonas, donde la espesa jungla y el desconocimiento del terreno les hacía presa fácil para sus enemigos y para el tigre. En ocasiones se trataba de historias recreadas por el *vietcong* para desmoralizar a los soldados, pero otras eran tan reales y horribles como la propia guerra. En 1969 ocurriría otro incidente cuando un infante de marina, oculto entre los arbustos, esperaba emboscado al enemigo. De pronto sintió un tirón en su pierna; revolviéndose, vió la silueta del tigre saltar y alejarse en la oscuridad de la noche. A pesar de peinar un perímetro cercano y permanecer en máxima alarma, el tigre volvió. Burlando toda la vigilancia, se acercó cautelosamente a otro miembro de la patrulla en el que haría presa; los gritos alarmaron a sus compañeros que acabaron rápidamente con él. Si el tigre hubiera asido con fuerza la sien del soldado, habría perforado su cráneo provocándole una muerte instantánea y silenciosa; nadie se hubiera enterado de su presencia hasta notar la ausencia de un compañero.

Durante esta guerra, fueron muchas las patrullas militares que seguramente se vieron acechadas por los tigres en la oscuridad de la selva, muchos soldados quizás nunca sepan lo cerca que estuvieron de ser devorados. Los muertos en combate, de ambos lados, proporcionaban alimento extra a los felinos; los heridos que se perdían en las emboscadas, se convertirían en presas fáciles que eran devoradas. Cientos de marines fueron dados por desaparecidos en esta guerra; sus compañeros nunca supieron cómo o qué pasó; la jungla se había cobrado su tributo tras una refriega armada o, simplemente, habían desaparecido de sus puestos, de sus tiendas. ¿Prisioneros, desertores o... devorados por los tigres? La guerra de Vietnam convertiría a los tigres de la zona en auténticos devoradores de hombres, temidos por los marines, los aldeanos y el *vietcong*. Como cualquier buen depredador antropófago, aprendieron rápido que los hombres armados son peligrosos y, también, cuando eran presas fáciles. Tras la guerra, los tigres, además de ver cómo desaparecían sus hasta entonces presas fáciles, sufrieron un acoso directo por parte de cazadores y autoridades que llevaron a este formidable felino al límite de la extinción: hoy apenas sobreviven 200 tigres dispersos en todo el país. Finalmente, y ante esta situación, la caza del tigre fue prohibida en 1989, y sería declarada especie protegida en 1992.

Rick Leland, de la B Company, relataba: *“Puedo recordar una noche que habíamos colocado algunas trampas y esperábamos que algo sucediera. Oímos una explosión en la distancia, sabíamos que habíamos empaquetado algo, un vietcong (VC) o un animal. La mañana siguiente el pelotón se levantó y salimos hacia el lugar de la explosión: nos encontramos el cuerpo de un VC muerto. El Jr teniente James MacQueen decidió instalar otras trampas a su alrededor, por si algún enemigo se acercaba a recoger el cadáver. Al*

*día siguiente, oímos otra explosión por la mañana temprano; esperamos que subiera el sol. Cuando entramos a comprobar la zona, donde estaba VC muerto, encontramos el cuerpo de un hermoso tigre; era muy grande. Debió haber intentado arrastrar el cuerpo del VC para comérselo, pero disparó la trampa explosiva... Pensé que nada escapa a la guerra”.*

## **El tigre de Malasia**

En 1920, cuando la mayor parte de Malasia estaba cubierta por la selva, el tigre estaba considerado como el principal enemigo del hombre: cerca de 5.000 ejemplares vagaban por la jungla en busca de alimento y no les hacían ascos al ser humano. El hombre occidental llegaba a territorios casi inexplorados, asombrándose de que los aldeanos no salieran de sus hogares en la oscuridad por miedo a ser devorados. Pronto entenderían que no se hallaban en sus seguras ciudades de Londres o Manhattan; aquí, los hombres son presa fácil, más si están desarmados. Los cazadores expertos en abatir tigres recorrían estas islas, auténticos héroes para las poblaciones que vivían en el territorio de algún devorador de hombres. Uno de estos cazadores era el coronel Arthur Locke, autor de *The tigers of Terengganu*; era un amante de la naturaleza y nunca cazó por el placer de la matanza; admiraba al tigre y sentía por él un profundo respeto. Como oficial del distrito en las áreas rurales de Terengganu, el trabajo del coronel era proteger de cualquier enemigo a las personas que habitaban la zona, bien fueran delincuentes o tigres antropófagos.

Como muchos de los animales que viven en la profundidad del bosque malayo, el tigre busca su presa cuando cae el sol; así, como precaución, las personas que trabajan en el bosque regresan a sus hogares antes del ocaso y no salen hasta avanzado el día siguiente, esquivando las horas más activas del tigre. Ante este constante temor, la vida de muchas aldeas llega a paralizarse hasta que el tigre es abatido o abandona la zona. Para matar a los tigres, los aldeanos utilizaban armas arrojadas, sencillas trampas y el odioso veneno. En otras ocasiones contrataban cazadores. Sin embargo era un problema, pues la mayoría de los esfuerzos resultaban poco eficaces y el veneno lo mata todo. Estos inteligentes felinos esquivaban con facilidad las trampas y los escondrijos de los cazadores; a veces resultaban dañados, lo que podía agravar la situación, pues un tigre herido se alimentará exclusivamente de ganado y personas. Solo los cazadores que se armaban de una buena dosis de valor y paciencia lograban enfrentarse a un devorador de hombres con alguna oportunidad de abatirlo.

En 1998, los funcionarios de fauna de Malasia cazaron un tigre que había matado a dos hombres en el espacio de tres días. La caza duró ocho largas jornadas de búsqueda, penuria y acoso. Para obtener resultado tuvieron que implicarse numerosos miembros de la policía, así como del personal del zoológico y del parque, dando

lugar a que fueran evacuados los residentes locales de las aldeas próximas, que fueron desplazados a otros sitios hasta que el tigre fue capturado. Un examen del cuerpo del felino reveló una vieja herida de arma de fuego; se cree que ésta pudo haber sido la causa principal que le condujo a cazar hombres.

Por otro lado, al este de Malasia, Mahat Awang comprobaba una trampa para ciervos cuando un tigre saltó sobre él desde los arbustos: *“Intenté luchar mientras me mordía las manos y detrás de mi cabeza, y después de atacarme, el tigre paró, se dirigió a los arbustos y desapareció”*. Mahat requirió 50 puntos para cerrar sus heridas, pero lo que más le sorprende es que el tigre parara su ataque sin más. Hasta el año 2001, los tigres etiquetados como devoradores de hombres fueron buscados y matados a pesar de su protección, que data de 1976, aunque en 1972 ya se prohibió su caza. Hoy día, la población total de tigres en Malasia se aproxima a los 500 ejemplares, pero la pérdida de hábitat ha aumentado los conflictos con el tigre en algunas áreas en Pahang, Perak, Terengganu y Kelantan; y con ello la precaria situación de su futuro.

### **Sundarbans, tierra de tigres**

En 1998, en Khao Yai National Park (Tailandia), un tigre atacaba y hería a dos personas antes de ser perseguido y abatido. Hoy, mientras que las matanzas realizadas por los tigres siberianos, chinos o malayos son casi anecdóticas, Bangladesh y la India tienen serios problemas con estos grandes carnívoros, sobre todo en el área de Sundarbans, el bosque de manglar más grande del mundo, un gran pantano que pasa por la frontera entre la India y Bangladesh, donde cerca de 360 tigres campean libremente. La población de este felino acecha en ocasiones a seres humanos, generalmente leñadores, pescadores y recolectores de miel que se adentran en el bosque. Cerca de 5.000 personas frecuentan este pantanal y los canales del Sundarbans, por lo que no resulta difícil un encuentro fatal. Incluso las embarcaciones que atraviesan el área pueden encontrarse, debido a la capacidad increíble de natación del tigre, con un polizón mortal a bordo.

Los cálculos aproximados sugieren que, apenas hace medio siglo, alrededor de 300 seres humanos eran devorados por los tigres cada año en los Sunderbans; hoy se estima que muere una veintena de personas anualmente. Esto representa una reducción muy significativa de ataques, pues incluso hasta 1982 la cifra habitual superaba a veces las 45 víctimas mortales. Para algunos investigadores estos ataques se salen de los patrones de conducta del tigre, dado que los animales antropófagos abatidos o capturados estaban generalmente en buenas condiciones y disponían de presas salvajes suficientes. Existía la teoría de que el agua salada del Sundarbans podía alterar la conducta del animal, volviéndolo agresivo con el ser humano, por

lo que se crearon charcas artificiales y abrevaderos con agua dulce para que este felino pudiera beber y bañarse. No se observó ninguna mejora en su conducta depredadora. Sin embargo, para otros investigadores no había secreto, para ellos la causa más plausible era la más sencilla: el encuentro entre un depredador y una posible presa, el hombre, sin más.

Los aldeanos locales buscan protección contra los tigres adorando a la diosa hindú Banobibi, la consideran la madre del bosque; mientras que por otro lado miran a su consorte musulmán, Dakshin Rai. Antes de entrar en los manglares, la mayoría de las personas hacen un ofrecimiento en la capilla de Banobibi, pidiendo su protección contra la furia del tigre. Las ofrendas típicas incluyen arroz, fruta y flores. Una sorpresiva táctica adoptada por la gente local es usar máscaras, con la cara del ser humano en la parte de detrás de la cabeza. La idea es que, puesto que la mayoría de los ataques del tigre implican que se acerque a la víctima por detrás, se pensó que si el tigre ve una cara que le observa, creará que la persona que acecha lo ha descubierto y es menos probable que ataque. Esta idea simple fue probada en 1986, después de un año se comprobó que no se había producido ningún ataque sobre las personas que usaban máscaras, mientras sí que habían muerto 30 que no usaban el nuevo sistema. También se pudo constatar que algunos tigres habían seguido a algunos portadores de la máscara por horas, pero sin ataque.

Con el paso de los años, parece que algunos animales descubrieron el truco y los ataques volvieron, aunque el sistema todavía se utiliza con relativo éxito. En su particular lucha contra el tigre, las autoridades también han utilizado figuras humanas de arcilla, como método, quizás más efectivo, para disuadir a los tigres. Estas simulaciones se empapan con orina para proporcionar un olor humano, y son preparadas para realizar una descarga de cerca de 300 voltios. Cuando el tigre se lanza contra ellas, sufre una fuerte sacudida eléctrica que asocia a la figura del ser humano, disuadiéndole de volverlo a intentar en otra ocasión. Por otro lado, la mayoría de los trabajadores que se adentran en el territorio del tigre llevan sobre su hombro derecho un objeto sólido que actúa como primer punto del contacto con el tigre, pues estos tienen tendencia a atacar a los seres humanos en el lado derecho de la nuca.

A principio de 2000, los ataques se incrementaron en las afueras de Sundarbans; había una tendencia al alza de tigres que entraban en aldeas en busca de alimento fácil. En abril de ese mismo año, en la zona de Bangladesh, unos aldeanos daban muerte a un hermoso ejemplar que había entrado en la aldea de Datnekhali durante la noche. Se había estado alimentando en una cocina de una choza y allí mismo se quedó dormido, donde fue descubierto a la mañana siguiente. Conforme salió el sol, los aldeanos comenzaron a batir los tambores y diversas armas para ahuyentar al tigre, el cual se rehizo y atacó. Serían los indígenas más temerarios los que consiguieron

matarle con lanzas y palos. Era la segunda vez que un tigre era abatido en la zona; tres meses antes otro ejemplar había sido atrapado y matado. A principios de 2002, atraparon un ejemplar envejecido con redes de pesca y lo golpearon hasta matarlo. El animal había atacado a un joven que caminaba hacia el mercado de la aldea pescadora de Sardarpara. El tigre le atacó y multitud de pescadores corrieron rápidamente al rescate, lanzando una red sobre el felino, lo abatieron a golpes con remos, piedras y varas de hierro. Los aldeanos de esta zona matan cualquier tigre que merodee cerca de sus tierras, pues por desgracia, solo en 2001, estos carnívoros devoraron a seis personas e hirieron a otras tantas.

La caza en Sunderbans es inevitable cuando un tigre se habitúa a rondar las aldeas realizando algún ataque, pues puede convertirse en un devorador de hombres. A menudo, el resultado son varios tigres inocentes muertos. Las piezas y las pieles de los ejemplares cazados entran en el mercado negro, apoyando una industria ilegal que amenaza con extinguir al gran felino. Las actuales leyes de fauna de la India protegen al tigre, indicando que no debe ser abatido si no existe repeticiones de ataques de un mismo ejemplar, o se trate de un tigre antropófago sin esperanza de ser rehabilitado. Siempre que es posible, estos tigres son apresados y reintroducidos en las reservas, aunque el éxito es mínimo, ya que generalmente se introduce en el territorio de otro tigre, con lo que es desplazado por éste o incluso muerto, cuando no vuelve a salir del parque.

## Los devoradores de hombres de Chitwan

Si bien Nepal produciría uno de los mayores devoradores de la historia, la tigresa de Champawat, no se ha caracterizado a lo largo del tiempo por ser un país donde los tigres hayan provocado muchos ataques depredadores sobre el hombre. Sin embargo, a partir de 2000, resultan frecuentes las noticias sobre tigres antropófagos, especialmente en las aldeas cercanas al Royal Chitwan National Park, en la región de Terai. Uno de estos grandes felinos rondaría tres aldeas de Nawalparasi, después de abandonar el parque; causando, en 2001, la muerte de siete personas, seis de ellas en una semana. Sus últimas víctimas, Sanhila Kumal y la joven Purna Bista, atacadas mientras buscaban leña y forraje cerca del bosque, pondrían en la pista a los cazadores profesionales, que finalmente lograrían abatirlo.

Esa misma semana, otro tigre perseguido por las autoridades, descuartizó a cinco personas que habían ido a Baikunthatal, para una comida campestre. Rajendra Rai, el sexto excursionista y único sobreviviente del ataque, permanció por más de once horas subido en lo alto de un árbol para salvar su vida, comentaría aterrorizado: *“Después de matar a todos mis amigos, el tigre me esperaba debajo del árbol...”* Se desplegó un nuevo equipo de refuerzo para acabar con el animal, pero no fue

posible ya que se ocultó en el bosque de Daune, a 120 km de Nawalparasi. Un punto inaccesible. *“Es demasiado peligroso acercarse al área a pie. Los elefantes no pueden alcanzar el punto, ni los vehículos pueden llegar a esa escarpada zona del bosque. La única solución es intentar engañar al animal para que descienda a una zona más baja colocando un cebo...”* asegurarían los funcionarios del parque. Las autoridades dedicaron un gran esfuerzo y efectivos para capturar al tigre; y capturaron varios: su destino era el zoológico si era un ejemplar joven y se presentaba la oportunidad de capturarlo vivo; en el caso de que presentara signos de estar enfermo o fuera demasiado viejo, lo mataban.

Según las autoridades, las causas de estos ataques pueden derivarse de la creciente intrusión de las personas en las zonas de influencia protegidas, donde habita el tigre. A pesar de estar protegido, el gobierno de Nepal ha hecho una disposición que permite arar hasta el 50 % de las tierras que delimitan el parque para el desarrollo de la comunidad en la zona; en contraposición con las medidas de conservación, esta medida acerca al tigre al ser humano a la vez que disminuye su hábitat y las presas naturales, por lo que hoy día nada descarta un posible encuentro y sus mortales consecuencias.

### **Los últimos tigres: con el ser humano como parte de su dieta**

La población mundial estimada del tigre al finales del siglo XIX era de 100.000 ejemplares; hoy no llegan a los 5.000. Los tigres se extendieron desde Siberia y el mar Caspio hacia el sur a través de la India, China y Asia Sur-Oriental hasta las islas de Sonda, Java, Bali y Sumatra. De las ocho subespecies, tres están extintas. En 1970, en la India solamente, la población del tigre se estimaba en algo menos de 2.000 ejemplares, cuando estuvo habitada por 40.000. Estas estadísticas forzaron una campaña en 1973 para intentar salvar al tigre de la extinción. Actualmente su nombre está más unido al de la conservación, como animal en peligro de extinción, que a la imagen de épocas anteriores que le describían como una severa encarnación del mal. *“El expediente histórico favorece de forma aplastante esta visión,”* afirmaba el erudito holandés Peter Boomgaard en sus trabajos, donde *“el tigre era el enemigo más implacable de la Humanidad”*.

Se estima que los tigres han matado a un millón de asiáticos en los últimos 400 años, un promedio de 2.500 por año. Aún así, considerando cómo son las personas de vulnerables, su abundancia y lo fácilmente disponibles que se encuentran en el territorio del tigre, podríamos decir que es una cantidad relativamente baja. John Seidensticker, científico conservacionista experto en estos felinos, comentaría: *“Estoy desconcertando del por qué los tigres no mataron más personas”*.

Hoy día el número de ataques se ha reducido notablemente, el de tigre también. Pero los tigres antropófagos no son de ninguna manera cosa del pasado, los problemas continúan en algunas zonas de Asia y, con ellos, las matanzas de hombres y felinos. La región de Uttar Pradesh, en la India norteña; el delta de Sundarbans, en la bahía de Bengala; y el área del Royal Chitwan National Park, en Nepal; podríamos citarlos como ejemplos claros. No debemos engañarnos: el tigre es uno de los grandes superdepredadores del planeta, su puesto en la cadena alimenticia está varios eslabones más allá que el nuestro; su dieta, además de simios, búfalos y ciervos, también incluye animales tan fieros como cocodrilos, leopardos, pitones y osos... Y el hombre es la presa más fácil que habita su territorio, tanto más para un tigre impedido o escaso de presas naturales.

Sin embargo, la interacción presa/depredador del hombre con el tigre, nunca se vió tan alterada como en el siglo pasado. En otros tiempos, mientras prosperaban las aldeas, las tierras boscosas eran despejadas en busca de leña, creando un hábitat más idóneo para las presas habituales del tigre, como los ciervos y cerdos salvajes, lo que en cierta forma enriquecía su fuente de alimentación natural aunque acercaba de alguna forma al hombre a su tierra. Pero con la gran explosión demográfica que ha sacudido toda Asia, el ser humano irrumpe fuertemente en los dominios del tigre; de la abundancia de presas se pasa a la escasez; la caza insostenible barre cientos de especies y las enfermedades, que arrastra el ganado doméstico, dejan grandes zonas sin apenas vida..., sin proteínas para el tigre; a lo que se une la merma de la selva, convertida en cuidados cultivos. Al tigre no le queda más tierra, su dominio acabó. Ahora defiende sus últimas fronteras y tiene hambre.

En el Museo Nacional de Historia Natural de Washington, regido por el Instituto Smithsonian, se expone un enorme tigre devorador de hombres, de 3'20 metros y 389 kilos, abatido en 1967 en la India, por el cazador americano David Hasinger. Para matarlo, se usó un becerro de búfalo atado a una roca como cebo; no pudiéndose determinar si tenía alguna herida o enfermedad que le hubiera llevado a convertirse en un ser antropófago. Nadie sabe realmente qué determina en uno de estos grandes felinos su habituación al ser humano, si bien posiblemente todo sea cuestión de la degradación del hábitat y el hambre del momento en un encuentro. Tigres y seres humanos han cruzado siempre su camino en estas tierras, pero la mayoría de los zoólogos convienen en que estos animales, a pesar de su gran fama, no son intrínsecamente devoradores de hombres. *“Desde más allá de la historia, el hombre ha vivido con los tigres, compitiendo a veces con ellos directamente por el alimento. Los hombres matan tigres, los tigres matan hombres”* afirmaría John Seidensticker.

## CAPITULO 5

### PANTERAS, LA MUERTE SILENCIOSA

Si los tigres llevan robando el sueño a cientos de personas durante milenios, otro felino, no menos mortal, está asociado directamente con la depredación de homínidos a través de toda su evolución: el leopardo (*Panthera pardus*). Y es que este animal acompañó al hombre desde sus primeros pasos, en el África más profunda, a su expansión por el continente eurasiático; desde el más remoto de los tiempos, cuando el hombre aún no era hombre. Especializado en dar muerte a primates, el leopardo vive en gran parte de África y Asia; en bosques, montañas, selvas y sabanas cazando antílopes, cerdos salvajes y monos. Las exploraciones de cuevas en Sudáfrica y otros países, han revelado una gran cantidad de fósiles, perteneciente a los géneros *Australopithecus* y *Homo*, junto a diferentes huesos de animales; que si bien en un primer momento se interpretó que estos restos pertenecían a las presas de los primeros humanoides, hoy sería más cierto asociar todos estos fósiles como restos acumulados por un depredador, pues la mayoría de ellos tienen las características marcas de los colmillos de un gran carnívoro. Y así, nos encontramos ante la dura realidad de que el hombre, a lo largo de la evolución, hubo un tiempo en que era una presa más. Las mortales marcas encontradas en el parietal del cráneo de un individuo aparentemente joven de *Australopithecus* (SK 54), hallado en Swartkrans (Sudáfrica), con una separación de 33 mm, coincide plenamente con las huellas dejadas por los colmillos de la mandíbula inferior de un leopardo. Lejos de ser grandes cazadores, nuestros antecesores eran presa habitual de los extintos dientes de sable, así como de leones, tigres, hienas y, principalmente, del leopardo.

Corbett observó que los tigres eran típicamente responsables de matanzas humanas durante la mañana y la caída del sol, mientras que los leopardos atacaban normalmente durante la noche. De igual modo, los tigres cazaban a las personas en la selva, y no entraban generalmente en una vivienda para atacar a víctimas. Los leopardos, sin embargo, buscan a sus presas incluso en el interior de sus casas, especialmente a niños, e incluso tirarán abajo una puerta mal anclada para conseguir

hacerse con su presa. Estas conductas hicieron concebir al leopardo como un animal aún más mortal que el tigre e incluso el león: *“Si el leopardo fuera tan grande como el león, sería diez veces más peligroso. Una vez que llega a estar acostumbrado a la carne humana, el leopardo exhibe una astucia casi diabólica”* comentaría John Taylor, cazador profesional.

El leopardo es un felino de gran porte, ágil y potente, que aunque más pequeño que sus hermanos mayores, leones y tigres, es igualmente o más peligroso que éstos para un ser humano. Este carnívoro moteado no solo ha sido una pesadilla para nuestros antepasados, lo es hoy día en muchos países para aldeanos y viajeros que en ocasiones ignoran el peligro que corren y la presencia de este carnívoro: Etiopía, Sudáfrica, Tanzania, Paquistán, Nepal... Pero sin duda alguna, la gran bibliografía que nos reporta datos sobre leopardos antropófagos proviene de un país: la India; incluso en pleno 2008, Mumbai (Bombay), una de sus grandes ciudades, sigue alimentando diariamente a estos felinos con la carne de sus habitantes.

## Los leopardos de Mumbai - Bombay

El Sanjay Gandhi National Park (SGNP), se sitúa junto a Mumbai, en el estado de Maharashtra (India). Esta isla ecológica se encuentra cada vez más presionada por la acción del hombre y su expansión demográfica: más de diez millones de personas en constante crecimiento la axfisian cada día más; se trata de un área de 104 km<sup>2</sup>, que alberga a unos cuarenta leopardos. Estos felinos son un bien del parque y ambos deben ser protegidos; es el gran pulmón de la zona y sus lagos son el depósito natural que abastece de agua a la ciudad. Además, atrae una floreciente industria turística que se acerca hasta allí para observar sus maravillas naturales, incluido el leopardo. Pero este edén tiene un precio elevado: la ciudad se ve constantemente amenazada por los ataques depredadores de este carnívoro, no solo en el interior del parque, si no incluso en la urbe y sus suburbios. Las razones de estos ataques son simples: el número de leopardos crece, el parque es un espacio delimitado cada vez más pequeño y estos felinos buscan donde encuentran alimento: perros, aves de corral, cabras, vacas y humanos, sobre todo niños. Presas todas más fáciles de acechar y abatir que los escasos ungulados que habitan en el parque. *“Cuando un animal tiene acceso a una presa fácil... ¿Porqué debe buscar animales tales como el chital, el sambar o el verraco salvaje?”* comenta Yaduvendu, jefe de Conservación. Las soluciones para evitar estos ataques no son fáciles de aplicar, se necesitaría que muchos indígenas dejaran voluntariamente sus viviendas, las cuales están invadiendo el parque.

Los ataques de leopardos en Mumbai no son nada nuevo, pero comenzaron a darse con más frecuencia a partir 1990, mientras funcionaba una carnicería que descargaba sus residuos en las afueras del parque. Sin duda, ello habitó a

numerosos depredadores a buscar alimento fácil cerca del ser humano, entre ellos al leopardo. La expansión demográfica de la década aumentó el problema. Ravi Chellam, biólogo, comenta que no hay solución, a menos que se aumente el área del parque. *“Idealmente, un leopardo necesita cerca de 10-15 km<sup>2</sup>, con suficientes presas, agua y amplios abrigos para vivir bien. Hay demasiados leopardos en la pequeña área del SGNP. En una situación normal, si la población de estos felinos crece, los animales se moverían a través de los pasillos naturales y se dispersarían a otras áreas. Sin embargo, ahora no hay salida para estos leopardos, pues el parque está rodeado por el desarrollo urbano”*.

Durante diciembre de 2003, los ataques se habían incrementado de tal forma que tenían aterrorizadas diversas zonas urbanas de Mumbai. Los leopardos se dejaban ver fácilmente en los suburbios de la ciudad: ese año hubieron 22 ataques, registrándose doce víctimas mortales. La madre de Anmol Bansal, un niño que fue devorado, comentaba *“No puedo creer que esto esté sucediendo, los funcionarios del parque dicen que los edificios se han construido en tierra usurpada... y el gobierno del Estado no puede proporcionar seguridad a los ciudadanos”*. Una vecina suya comentaría *“Cuando baja la oscuridad, guardamos a nuestros niños en el interior de las casas porque nadie sabe cuándo aparecerán los leopardos”*. Por su parte, las autoridades insistían en que *“Hay millares de personas que violan el parque”*. AR Bharati, directivo del SGNP aseguraba que *“cuando los constructores anuncian los planos de sus apartamentos, dicen a sus clientes que disfruten de las vistas hermosas del parque, no les hablan de los leopardos. Ahora cuando llegan, piden seguridad, nos gritan asquerosos y exigen que los eliminemos”*. Bharati cree que ya sabían donde se estaban instalando y los riesgos que corrían; quizás no esperaban que fueran tan reales. Las autoridades iniciaron la captura de los felinos que encontraban merodeando, introduciéndolos en zonas menos conflictivas del parque. Pero estas medidas no convencían a los residentes de Powai, una de las urbanizaciones más castigadas; ni el muro de tres metros de alto que se empezó a construir. Shikha Thomas, comentaba visiblemente contrariada *“Es realmente extraño que en una ciudad como Mumbai tengamos que vivir con miedo a los leopardos. Es peor que la vida en una aldea. Hemos comprado una casa aquí, así que tenemos que permanecer aquí ¿Dónde podemos ir?”* En el Instituto de Tecnología (IIT) de Powai se podía avistar con frecuencia algún ejemplar, lo que mantenía en alerta a sus estudiantes, que incluso llegaron a diseñar sus propias trampas. Ocho de los trece leopardos capturados en las inmediaciones de Powai ese año fueron atrapados allí mismo.

En junio de 2004, los leopardos mataron a nueve personas en los suburbios de la ciudad; en tres días, dos personas fueron atacadas y devoradas mientras dormían en diferentes zonas limítrofes del parque. Con el tiempo, lejos de solucionarse el problema, éste se agravaba. El parque cada vez se halla más invadido por personas que no tienen donde ir, que han emigrado a la gran ciudad para acabar en sus

suburbios y que se adentran ilegalmente en la selva en busca de alimento y un hogar. Como consecuencia de dos ataques más: una niña que fue arrastrada y devorada fuera de su choza y un anciano muerto a los tres días, las autoridades se comprometieron a tomar medidas más eficaces. Pero resultó imposible, la población estaba en constante crecimiento y apenas construido un muro de protección o una simple valla, ya existían de nuevo viviendas y personas que vivían fuera de su protección.

La muerte de un niño, cuatro días después de que un leopardo devorara a una persona en el IIT, desataría de nuevo las demandas de protección. En diciembre de 2006, los funcionarios del SGNP habían capturado y devuelto al parque diecisiete leopardos en los suburbios de Mumbai. En dos años, estos carnívoros habían matado a 22 personas. En enero de 2007, un joven leopardo era sorprendido en Nasik por un grupo de hombres que lo arrinconaron, matándolo a palos y pedradas. Una respuesta brutal, reflejo del temor que infunden estos depredadores salvajes convertidos en merodeadores urbanos; más cuando el mes anterior habían devorado a tres niños en Cachemira. N Munde, funcionario del parque, dijo *“los golpes son el resultado de la ignorancia sobre la fauna del público en general”* mientras aseguraba que *“la pérdida de hábitat da lugar a este conflicto entre el hombre y el animal”*. Los expertos aseguran que los ataques podrían ocurrir más a menudo mientras que el auge económico de la India conduce a la urbanización rápida y a la destrucción de los hábitats naturales del leopardo. Hoy, en Mumbai, todo sigue igual.

## El leopardo en Cachemira

En Cachemira (India), más que nunca, el miedo a los devoradores de hombres sigue latente. Los casos de leopardos que se aventuran en las aldeas, en sus zonas suburbanas e incluso en algunas ciudades se han incrementado conforme la explosión demográfica aumenta. Los más vulnerables, como siempre: los niños. *“En la noche del 13 de enero, mi esposa y mi hija Rayeesa salieron del establo. Quince minutos más tarde, mi esposa vino y me preguntó por Rayeesa. Como no podíamos encontrarla en la casa ni a sus alrededores, levantamos la voz de alarmar. Nuestros vecinos nos ayudaron a buscarla, pero fue vano. Al día siguiente encontraron la cabeza y las ropas ensangrentadas de mi hija en un bosque próximo”* lloraba Ghulam Hassan, en la aldea de Halkha.

En enero de 2007, dos niños y una muchacha morían en Cachemira; en dos meses sumaban doce las víctimas mortales de los leopardos en una región donde se registran una media de 65 ataques cada año. El ministro Mohammad Hussain decidió tomar medidas concretas contra el devorador de hombres, de modo que la pérdida de vidas pudiera ser prevenida, alentando una cacería para reducir la población del leopardo y acabar con el asesino. El gobierno también ofreció una recompensa

y constituyó siete equipos formados por miembros de la policía. Días después el devorador de hombres era abatido cuando regresaba a la aldea de nuevo en busca de alimento. Era el tercer ejemplar muerto en la zona en tres meses.

Sin embargo, los conservacionistas acusan directamente a los aldeanos de invadir los bosques protegidos. Al igual que en otras zonas de la India, el continuo crecimiento de su población lo absorbe todo; la selva, cada vez más diezmada, con menos animales salvajes y más aldeas con sus huertas y reses dejan poca opción al leopardo. Igualmente acusan a las tropas del ejército que se instalan en el interior de la selva, cerrando grandes espacios con altas alambradas coronadas de alambre de espino: *“Durante los últimos 17 años, las tropas del ejército se han estado instalando en los bosques para luchar contra la insurrección. Los perros salvajes acuden a la zona para alimentarse de las sobras que se encuentran alrededor de los campamentos. Y a veces, mientras que persiguen estos perros, los leopardos entran en las habitaciones de los humanos”* dijo un funcionario del Departamento de Fauna, mientras el periodista ambiental Faisal Yaseen aseguraba *“Cuando los animales salvajes encuentran obstáculos dentro del bosque, naturalmente intentarán moverse hacia hábitats humanos”*. La gente del valle de Cachemira se encuentra cada vez más vulnerable a los ataques del leopardo. El Departamento de Fauna del Estado no encuentra una solución definitiva, por ello mata leopardos alternativamente según se dan casos de víctimas humanas con tal de calmar los ánimos de los aldeanos, que en busca de una vida digna, siguen invadiendo los últimos espacios salvajes del valle de Cachemira.

## Los leopardos de las colinas de Garhwal

En la aldea de Gaharh anochece. La pequeña Sony sale de casa como cada noche antes de acostarse. Y como cada noche, la muerte ronda en las colinas de Garhwal. Sin percatarse de nada regresa a la seguridad de su hogar, pero un leopardo tiene sus ojos fijados en ella. Uno de sus hermanos sale en el mismo momento que el felino cae sobre Sony, rompiéndole el cuello y llevándosela colina abajo. Paralizado por el miedo y con lágrimas en su rostro, necesitó un tiempo para reaccionar antes de dar la voz de alarma. Los restos de la niña se hallaron al día siguiente, en un extremo lejano del valle. Los leopardos antropófagos no son algo nuevo en las montañas de Uttarakhand, acechan en la oscuridad esperando el momento más oportuno e incluso introduciéndose en las viviendas en busca de niños. Son raros los ataques a personas mayores. Como en otras zonas de la India, el problema se repite una y otra vez, el pueblo crece, la demanda acaba con las selva y sus animales, los leopardos buscan alimento y lo han encontrado. *“Los seres humanos han destruido lo que necesita el leopardo, ellos han creado este problema”* dice a Belinda Wright, de Wildlife Protection Society of India. *“Los leopardos son animales intrínsecamente tímidos, no les queda más opción que atacar a los seres humanos.”*

Un estudio de Dehra Dun Dehra, del Wildlife Institute of India, encontró que en Uttarakhand el alimento de los leopardos se basa en un 93% en el ganado, los perros y los seres humanos. La ausencia de presas en los bosques ha empujado a estos depredadores a la periferia de ciudades y de aldeas, donde avistar un leopardo que cruza un camino o verle saltar entre la basura no es inusual. Resulta un hecho que las poblaciones humanas se han dispersado por las colinas de Garhwal, aumentando de forma descontrolada y muchas zonas, antes provistas de una rica vegetación, se han quedado sin apenas flora ni fauna, formándose alrededor de las aldeas bosques muy degradados, desprovistos de herbívoros, lo que fuerza a estos felinos a merodear las aldeas en busca de alimento.

Hay unos 2.000 leopardos en Uttarakhand, aunque no se ha realizado ningún censo científico. La opinión popular entre los habitantes de la zona es clara: *“Están por todas partes. Son como parásitos”* dice Rakesh Bartwal, cazador oficial que ha matado a 56 ejemplares acusados de ser devoradores de hombres. *“El número de leopardos tendrá que ser reducido, se tendrán que atrapar y llevarlos a diversos lugares donde puedan encontrar alimento”*. El departamento de fauna tiene una lista de cazadores autorizados para tal propósito. Pero son muchos los ejemplares que mueren antes de que logren abatir a un leopardo antropófago genuino. Cuando un leopardo mata a un ser humano, aunque sea un ataque provocado, éste es declarado un devorador de hombres automáticamente. Entonces se publica un permiso especial para matarle, válido para un área de 5 km<sup>2</sup> alrededor de la zona donde ocurrió la matanza, lo que puede conllevar la muerte de un ejemplar, o varios, inocente. *“Hay mucha presión por parte de la gente. Para cada matanza humana los aldeanos quieren ver un leopardo muerto. Protestan y cortan carreteras. También hay mucha presión política. Así que tenemos que matar rápidamente al primer leopardo avistado en el área para suavizar la tensión”* comentaría uno de los cazadores profesionales. En 2006 se mataron doce leopardos, pero nadie puede asegurar que estos fueran los devoradores de hombres que buscaban. Seis de ellos fueron abatidos oficialmente, los otros seis fueron los propios aldeanos quienes los mataron. La búsqueda selectiva no existe, lo que puede dar lugar a que uno o dos ejemplares antropófagos vaguen indefinidamente por la zona mientras que otros son abatidos. Hasta ahora, la respuesta del gobierno de Uttarakhand es simple: matar al leopardo antropófago.

## La pantera de Magadi

Kenneth Anderson vivió 25 años en la India, y siempre le atrajeron los grandes retos que representaba la caza de los felinos que atacaban al ser humano o que representaban un azote para el ganado. Durante este tiempo abatió alguno de los más renombrados devoradores de hombres, como bien vimos cuando hablabamos del tigre. Así pues, y dejando de lado la cacería de leopardos merodeadores de

ganado, como la pantera negra de Sivanipalli, nos centraremos en los cazadores de hombres; en particular en dos casos: uno creado por un inconsciente, al herir a uno de estos animales sin abatirlo; y otro, el de un verdadero devorador de hombres. Ambos ocurridos cuando Kenneth visitaba con frecuencia el estado indio de Karnataka; donde tenía una residencia en los montes Yellagiris, a unos 150 km de Bangalore.

Y sería allí mismo, en la capital de Karnataka, a pies de los montes de Madagi donde se iniciaría el primer caso. Un leopardo solía bajar a menudo de los montes para alimentarse, las presas naturales se hacían cada vez más difíciles de avistar mientras la cabaña ganadera de las desprotegidas aldeas aumentaba invadiendo zonas vírgenes. La noche era del leopardo; la muerte de cabras, vacas y asnos ocurría cada vez con más frecuencia; pronto sería conocido en toda la falda de las montañas como la pantera de Magadi. Este animal no atacaba a los seres humanos, distante siempre, esperaba la oscuridad de la noche para atacar el ganado. Los aldeanos ofrecieron una recompensa por su cabeza ante la imposibilidad de acabar con el leopardo. Sin embargo no acudirían muchos voluntarios dispuestos a hacerse con él pues, al no ser un devorador de hombres, la recompensa era demasiado modesta para los grandes cazadores de la época y no era rentable, ni seguro. Pero sí resultó atractiva para Munuswamy, un viejo cazador indígena, que pensó en que esta cacería podría reportarle clientela entre la creciente empresa cinegética, a la vez que respeto y fama. Sin embargo, en vez de acabar con el problema, lo agravó: tras encontrar el leopardo tan solo logró herirlo, lo suficiente como para invalidarlo para cazar presas salvajes. Tras unas semanas de silencio, el felino apareció de nuevo con más ímpetu; al principio atacando perros y cabras, después a humanos. Hasta que acabó con la vida de un suboficial de la policía que trataba de darle caza. Retomada la situación, la policía dedujo que se trataba del mismo ejemplar que antiguamente atacaba de vez en cuando al ganado, transformado en un asesino debido a sus heridas, causadas por un cazador que no había terminado su trabajo: Munuswamy. El viejo guía fue detenido y obligado a cazar al leopardo en el espacio de cuatro días, bajo la más severa de las penas. Sería el propio Munuswamy quien buscaría a Kenneth para pedirle ayuda: *“...me rogó, con acento desesperado, que le ayudase a matar a la pantera. Así le salvaría a él y a cuantas personas estaban en peligro de perecer bajo las garras del sanguinario felino. Tuve que admitir que en esto último tenía razón, pero le dije francamente que lo primero me interesaba muy poco...”* Una vez en Magadi, Kenneth logró dar con el leopardo herido y abatirlo en su propio cubil. *“El tiro de Munuswamy había atravesado limpiamente el lomo del felino, en un punto alto situado entre ambas paletillas. Al salir la bala, había quedado un enorme orificio, una horrible herida abierta en la que pupulaban los gusanos. En la piel se habían incrustado dos perdigones, pero las heridas que causaron parecían hallarse en vías de curación. Sin embargo, la herida principal hubiera producido más tarde o más temprano la muerte del animal, aunque tal vez antes lo hubiera convertido en un devorador de hombres”.*

## Las pantera asesina de los montes Yellagiris

Tras este caso, Kenneth se enfrentaría a un verdadero reto: un devorador de hombres hecho así mismo, sano y con la inteligencia que caracteriza a estos felinos antropófagos, la pantera asesina de los montes Yellagiris. Este leopardo empezó sus andaduras a mediados de la década de los 40, cerca de la estación ferroviaria de Jalarpet, matando vacas con las que saciaba su hambre. Se trataba de un gran macho que tenía su cubil en algún lugar de los Yellagiris. Pero estaba demasiado viejo para abatir frecuentemente presas salvajes. Por ello, cada vez con más frecuencia prefería alimentarse con el ganado que robaba al hombre. Decididos los pastores a cuidar de su ganado, lo llevaban a pastar cerca de las aldeas, evitando alejarse hacia la selva donde era más difícil vigilarlo.

Protegido el rebaño, *“el hambre del felino fue en aumento, y se vió ante el dilema de renunciar a los rebaños de la aldea y volver a cazar animales silvestres o adoptar una actitud más agresiva frente a los pastores. La pantera se decidió por esto último”* comenta Kenneth en sus trabajos. El primer ataque sobre un ser humano lo realizó sobre un muchacho, hiriéndolo gravemente, desgarrando un hombro y parte de su cuello; el joven logró salvar su vida introduciendo una gruesa rama en la boca del animal, dañándole. El siguiente ataque ocurrió tres semanas después, un pastor desapareció sin más, sus cabras regresaron solas a la aldea; a la mañana siguiente, tras una intensa búsqueda, encontraron su cuerpo. El leopardo le había devorado su pecho y parte de un muslo.

En Bangalore, Kenneth fue informado de que un leopardo asesino merodeaba aquella zona. Seguro de acabar con él se dirigió al lugar donde se habían registrado los últimos encuentros. Sin embargo y a pesar de su preparación, el leopardo burló las trampas del cazador rechazando sus cebos. Kenneth tuvo que regresar de vacío. *“Transcurrió más de un mes sin que yo recibiera el esperado telegrama; en vista de ello, me dije que la pantera no debía de comer con regularidad carne humana o que tal vez había abandonado los montes Yellagiris”* escribiría Kenneth. Pero siete semanas más tarde, los aldeanos reclamaban urgentemente su ayuda. El leopardo había devorado al cartero que tenía costumbre de subir temprano a las aldeas del monte.

Tras su regreso a la zona, el reconocido cazador situó tres cebos diferentes, sin éxito alguno. Finalmente detectó la presencia del leopardo en una cima, avistado por el nuevo cartero y sus dos vigilantes (a partir del incidente, el cartero era acompañado por dos personas armadas con lanzas). Esa noche, el leopardo devoró un asno, por lo que Kenneth construyó un *machan* en un árbol y se apostó esperando a que el felino regresara a terminar de devorar su presa. *“Es esencial que esta operación se realice concienzudamente cuando el cazador ha de enfrentarse con tales carnívoros. El menor descuido puede convertir el éxito seguro en un auténtico fracaso”*. Y así fue, y no

solo fue un fracaso, si no que casi le cuesta la vida. En la oscuridad total de la noche, el leopardo apareció. Pero no se dirigió al cebo, si no al árbol donde se encontraba emboscado Kenneth. Había detectado su presencia e iba a por él. Sorprendido ante el rugido del animal apenas a unos metros suyos, Kenneth disparó a ciegas en el momento que el leopardo saltó al árbol donde se encontraba, logrando auventarlo. Kenneth volvía de nuevo a Bagarode de vacío. Aunque el leopardo había abandonado la zona, llevaba la muerte a otros lares; y no tardó mucho en actuar de nuevo a los pies de los Yellagiris. Nueve semanas más tarde, Kenneth recibía una nueva solicitud de ayuda. Cuando llegó de nuevo a la zona, el leopardo acababa de matar y devorar a una muchacha que había ido a buscar agua a un arroyo.

La desafortunada muchacha se había acercado a una charca que, precisamente, el leopardo solía visitar en busca de presas. Kenneth, tras inspeccionar bien toda la zona, localizó el lugar preferente desde donde el animal emboscaba a sus presas. Esa noche, seguro de abatir al felino, montó de nuevo guardia dejando atada junto a la charca una cabra negra que le vendieron. Sin embargo, el leopardo volvió a ignorar el cebo. Los escasos balidos de la cabra tal vez no llamaron la atención del depredador, o quizás el color negro de ésta le hiciera desconfiar. Según los textos de expertos cazadores de devoradores de hombres, los cebos negros y blancos atados hacen desconfiar a estos felinos cuando han merodeado al hombre; quizás relacionen su presencia con la del hombre, por lo que es necesario situar cebos, ya sean perros, cabras o vacas de piel parda o gris; como la mayoría de sus presas salvajes. Decidido a dar muerte al leopardo, y sin apenas tiempo, logró encontrar una cabra de su satisfacción; volviendo a la charca la ató a la orilla como si se tratara de un animal que había acudido al lugar a beber, y se escondió en el mismo lugar donde creía se emboscaba el leopardo antes de saltar sobre sus presas. La idea era sencilla y posiblemente muy efectiva, pero peligrosa. El leopardo tendría que llegar hasta allí para saltar sobre su presa, oculto por el follaje Kenneth le esperaría con la esperanza de que el felino se le pusiera a tiro antes de que éste le localizara.

Avanzada la noche, la cabra no paraba de balar y *“de pronto oí un susurro casi imperceptible, el débil crujido de una ramita seca bajo la pata de un animal de gran tamaño, y comprendí que la pantera se aproximaba”*. Kenneth descubrió al leopardo cuando se hallaba a cuatro metros de él, y éste se percató de su presencia a los tres metros. Dos balas se alojaron en el pecho del felino antes de que saltará sobre el cazador, matándolo. *“Era un viejo macho de pelambreira rala. Debía ser el devorador de hombres porque en sus incisivos se observaba el desgaste de la edad y en sus garras romas ocurría lo mismo”*. Y en efecto era la pantera asesina, pues ni en los montes Yellagiris, ni en los Jadavi, hubieron más víctimas.

## Los grandes asesinos: la bestia de Panar y el leopardo de Rudaprayg

El leopardo conocido que más víctimas mortales contra el hombre ha producido a lo largo del tiempo, aterrorizaría a los habitantes de las aldeas de Almora, en el valle de Panar de Kumaon (India). Este felino acabó con la vida de al menos 400 personas. Fue cazado por Jim Corbett, en 1910. Su fama llegó hasta la Cámara de los Comunes y, aunque fue llamado con diferentes nombres, todos relacionados con la muerte, Corbett conocería al animal como la bestia de Panar. El gobierno inglés solicitó la intervención del prestigioso cazador, que acababa de dar muerte al tigre de Champawat, para atajar la carrera depredadora del felino.

El mismo día que se adentró en la zona donde operaba, en la primera vivienda que encontró, esa misma noche, la bestia de Panar había estado allí de cacería. Un joven sollozaba mientras su esposa, herida gravemente en el cuello y pecho, agonizaba. Sorprendido, Corbett pudo comprobar la audacia y sigilo del animal, que había entrado dentro de la vivienda, en plena noche, e intentado arrastrar a la joven consigo luchando con su esposo. Conocedor de las costumbres de estos felinos, se atrincheró con la caída del sol para esperar su posible regreso. El leopardo había intentado tirar la puerta abajo para entrar de nuevo a por su desafortunada presa, sin duda volvería a intentarlo. Pero no apareció.

Corbett intentaría acabar con el leopardo por primera vez en abril. Regresando a la cabaña donde la joven murió, Corbett organizó su cacería con cuatro guías y algunos voluntarios, que le llevó hasta la aldea de Sanouli; donde el animal había estado cazando humanos de forma alternativa, su última víctima apenas hacía seis días que había sido devorada, lo que hizo pensar que el leopardo andaría aún por la zona. Desprovistos de armas de fuego y viviendo en plena selva, donde las comunicaciones son angostos senderos rodeados de maleza; los habitantes de la zona permanecían encerrados en sus hogares durante la noche, con puertas y ventanas atrancadas. Sin armas de fuego, nadie se atrevía a buscar a las personas desaparecidas, por lo que el leopardo podía rondar la zona durante unos días mientras devoraba su presa. Sus víctimas solían ser niños que se despitaban del cuidado de sus padres, mujeres atareadas recogiendo leña o descuidados viajeros. Sin embargo, este animal se caracterizó también por entrar en las casas de los aldeanos, rasgando las paredes de paja y barro, saltando ventanas y derrumbando las puertas de maderos para devorar a sus víctimas.

Llegado septiembre, Corbett dispuso de una cabra para atraer al felino, pero éste le burló llevándose el cebo y desapareciendo en la selva. Paciente, el experto cazador situó otra cabra en una esplanada, cercana a la aldea, y se atrincheró en la cima de un endrino. Corbett salvaría su vida gracias a su experiencia, pues no confiándose en absoluto, rodeó el árbol de altas varas y afilado espino para evitar

que el leopardo pudiera sorprenderle en su escondite. Y así fue: en mitad de la noche Corbett se vió sobresaltado por la furia de este ejemplar que trataba de llegar hasta él, y que estuvo apunto de desalojarlo de las ramas del endrino. En silencio, esperó que las embestidas aflojaran confiando que el espino y las varas impedirían que llegara hasta él. Finalmente el silencio envolvió el lugar, la oscuridad era total. Un lamento agónico y el fin de los balidos de la cabra indicaban que el leopardo acababa de abatirla. Apuntando hacia lo que él estimaba que era el leopardo, teniendo como referencia el lugar donde se hallaba la cabra, el experto cazador disparó. Transcurrido un tiempo, algunos aldeanos se dirigieron al lugar tras oír el disparo; bajaron a Corbett, acalambrado, de su refugio tras retirar el espino. Pero el leopardo no estaba allí. Rastreado el lugar con antorchas, Corbett logró localizarle disparándole de nuevo mientras los aldeanos huían despavoridos, conforme el animal se revolvió hacia ellos. Pero ya no había nada que temer, la bestia de Panar había muerto. *“Sí, comprendía, por mi reciente experiencia en el árbol que el temor a un devorador de hombres despoja a cualquiera de su valor. Por lo que hace a la huida, si yo hubiera sido uno de los portadores de antorchas, hubiera corrido como el mejor”* escribiría Corbett. *“Aquella noche, por primera vez en muchos años los habitantes de Sanouli durmieron, y lo han continuado haciendo libres de todo temor”*.

A principios de 1918 otro leopardo comenzaría su antropófaga carrera en Rudraprayag (India) acechando y devorando a los peregrinos en el camino de las capillas hindúes de Kedarnath y Badrinath. Cerca de sesenta mil personas, de toda condición, ricos y pobres, recorrían esta ruta, y muchas de ellas tuvieron que huir desesperadamente ante su ataque; 125 morirían bajo sus garras. Durante años, el leopardo eludió una sucesión de trampas y de balas que le hicieron alcanzar su fama demoniaca. Realzado por la prensa con cada portada que le daba, se hizo más famoso que la bestia de Panar, a pesar de producir un número muy inferior de víctimas con sus ataques. El parlamento británico solicitó de nuevo la ayuda de Jim Corbett, que en 1926 logró darle muerte.

Se daba la circunstancia de que, en la misma región, entre 1857 y 1860, otro leopardo, conocido como el devorador de hombres de Kahani, fue responsable de la muerte de al menos 200 personas. Hoy resulta difícil que se den episodios de semejante envergadura, los leopardos antropófagos son rápidamente abatidos, pero en otros tiempos cazarlos podía llevar meses, cuando no años y en ocasiones nunca eran abatidos, la tragedia finalizaba cuando el animal dejaba de matar porque abandonaba la zona o fallecía en su ambiente.

## Leopardos en África

En África los relatos de leopardos antropófagos son recurrentes en países como Sudáfrica, Kenia, Tanzania, Zimbawe... Sin embargo, los ataques son realizados de forma esporádica sin que alcancen las proporciones de sus homólogos en Asia, pues no se dan en las mismas condiciones, ni se llegan a crear devoradores de hombres genuinos como la bestia de Panar o la pantera asesina de los Yellaguiris. A pesar de ello, es posible encontrar hechos como los acontecidos en noviembre de 2000, cuando un leopardo devoró a cuatro niños raptándolos de sus hogares mientras dormían en la región de Harari (Etiopía).

Los casos de depredación abundan de forma aislada en todo el continente donde se distribuye este felino. Y al contrario que en la India, el leopardo africano puede atacar a cualquier hora del día: a finales de agosto de 1998, un leopardo saltó sobre un guía que visitaba la zona del Kruger National Park (Sudáfrica), el grupo de turistas que le acompañaban lograron poner en fuga al animal, reticente a abandonar su presa. Pero más curioso resultaría un ataque ocurrido dos meses después cerca del mismo parque, cuando un leopardo dañaba gravemente a seis personas durante un ataque a plena luz del día. Se trataba de un joven macho, hambriento y rechazado de las zonas ricas en caza por los grandes ejemplares dominantes del territorio. El animal atacó primero a dos hermanos que viajaban en bicicleta, mientras uno le acosaba tras herirle con una navaja en un ojo, el leopardo arrastraba a su hermano, aún vivo, bajo un arbusto para devorarlo. En ese momento un camión de pasajeros pasó por el lugar y el conductor se fijó en las dos bicicletas tiradas en el suelo, al aminorar la marcha vió manchas de sangre en el suelo, lo que le hizo parar. El animal herido y encolerizado, salió amenazante de debajo del arbusto y se abalanzó contra el camión. Tinos Mkansi, el conductor, comentaría *“El animal saltó enfurecido sobre mi parabrisas mientras paraba, entonces se lanzó a la parte posterior del camión en el medio de mis pasajeros”*. Armado de valor y con un destornillador, salió de la cabina y se lanzó sobre el felino, luchando como pudo lo apuñaló hasta que logró darle muerte.

Entre los últimos ataques depredadores conocidos de leopardos africanos, destacaría el de febrero de 2007: una niña fue atacada en Karoi (Zimbawe). Caroline Mufanabadza se dirigía a su casa. Nada podía hacer preveer lo que iba a ocurrir, pues los ataques de leopardos en la zona son anecdóticos. Su padre andaba tres metros por delante cuando pasó bajo un árbol. En su cima un leopardo hambriento rugió de pronto y se avalanzó sobre ella. La rápida reacción de su padre le salvó la vida, el leopardo huyó al verle acudir gritando en ayuda de la niña.

## CAPITULO 6

### EL OSO, EL ANTROPÓFAGO MIMOSO

Hace muchos años, en mi infancia, leía con entusiasmo historias y leyendas de fauna salvaje, algunos totalmente ficticios: gigantescos dinosaurios convertidos en devoradores insaciables amenazaban a los hombres de la prehistoria; relatos y leyendas que entretenían la mente y hacían volar la imaginación. Pero que nunca me produjeron ningún temor. Relatos que quedaron olvidados con el paso del tiempo. Sin embargo, siempre recordaré aquel libro en que el devorador de hombres era un enorme oso; era tan real. Entró en la caverna tras percibir el rastro de un clan humano, que, ignorantes de su destino, se calentaban en la reconfortante hoguera. Lucharon salvajemente contra las garras y colmillos de aquel enfurecido animal que no dejó de perseguirles hasta ser abatido en una lucha desigual, donde la casualidad se aliaba con el protagonista para salvar su vida en el último momento. Hoja tras hoja, párrafo tras párrafo, el oso había ido devorando a los miembros del desafortunado clan: niños, mujeres, ancianos, cazadores... La huida a través de bosques y escarpados montes se hacía más agónica conforme el clan se reducía; el fino olfato del oso seguía cada paso del recorrido del clan. La sangre de los heridos, el olor a carne podrida; las descripciones eran tan minuciosas que me estremecían, y las fotografías que las acompañaban, impactantes. Este relato sí me hizo tener más de una pesadilla. Sabía que esta historia podía ser real; que en su día, hace miles de años, sin duda, fue una terrible realidad.

Lejos de dejar anclado este temor en un pasado muy lejano, hoy día, el horror sigue presente. Los osos viven y son grandes carnívoros en su mayoría. Algunas especies como el oso polar (*Ursus maritimus*), el Kodiak (*Ursus arctos middendorffi*) y el grizzly (*Ursus arctos horribilis*) pueden superar fácilmente los tres metros y pesar cerca de media tonelada y son muy peligrosos para el hombre cuando éste invade sus territorios. Su fuerza es enorme, sus zarpas armadas de afiladas garras pueden abarcar el pecho de un ser humano y matar de un único golpe; sus poderosas fauces pueden desmembrar a una persona de una dentellada. Poco se puede hacer contra un ataque de un ser de estas características, nada si hablamos de un ser

humano desarmado. Otras especies, algo más pequeñas, pero no por ello menos mortales, son el oso negro americano (*Ursus americanus*), el oso de anteojos (*Tremarctos ornatus*), el oso tibetano (*Selenarctos tibetanus*) y el oso de Kamchatka (*Ursus arctos piscivorus*). Alejados del engaño de mimoso animal de peluche, de su fama de bonachón en cuentos y leyendas, la mayoría de estos plantígrados pueden ser letales para el hombre. Aunque bien es cierto que, en principio, rehuyen sistemáticamente la presencia del hombre en la mayoría de países donde habita y que los conflictos mortales entre hombres y osos son generalmente raros, no siempre es así y un trágico final puede estar esperando en la montaña al más cauto de los excursionistas.

### **El oso en Norteamérica, un carnívoro muy peligroso**

En América del Norte, desde 1900 hasta 2008, se han registrado cientos de ataques protagonizados por osos; con al menos 55 muertes causadas por los osos negros, otras tantas por osos pardos y cinco debidas a los osos polares. Y los expertos aseguran que estos ataques fatales, lejos de disminuir, aumentan. Las posibilidades de encuentro humano-animal son mucho más grandes conforme el hombre entra en territorios antaño apenas visitados. Sin embargo, la mayoría de campistas que visitan los parques americanos ignoran realmente este peligro. Se sigue pensando que un oso solo se acercará a cierta distancia, que puede realizar alguna travesura inocente con las cacerolas y la miel y que huirá fácilmente con unos palos y unas piedras. Los nativos americanos siempre han temido y respetado a este animal, nunca han dudado de su potencial depredador y, a lo largo de la historia, han procurado mantenerse siempre a distancia o darle muerte de inmediato. De hecho, y aunque resulta obvio que más de una persona posiblemente moriría en las garras de estos formidables animales, los registros de ataque del oso no van más allá del siglo pasado pues los encuentros fatales apenas se daban o se desconocen, y mucho menos con la frecuencia de hoy día.

El oso es un carnívoro formidable, el más grande que habita en la tierra, fuerte y despiadado cuando trata de alimentarse para superar el duro invierno. Según los expertos, las cifras de encuentros únicamente reflejan una realidad aproximada del peligro que representan los osos, al publicarse solo los ataques fatales y los casos más llamativos para la prensa; dejándose sin investigar un número importante de ataques no mortales, de los cuales en muchos casos, una afortunada reacción o ayuda evitó la tragedia. Los expertos también reflexionan sobre los listados oficiales, pues no incluyen todos los encuentros que han ocurrido en Norteamérica. En la actualidad se lleva un detallado examen de cada caso, pero en décadas pasadas no estaban bien documentados, y casos particulares acontecidos en regiones aisladas de Alaska y Canadá nunca salieron a la luz pública, ni perduraron en el tiempo.

Las nuevas carreteras e infraestructuras, así como el interés despertado por la tierra del oso, atraen a más personas cada año a territorios salvajes; turistas e investigadores, que no tienen una conciencia real del peligro que supone un oso hambriento, pasean y acampan sin más cerca de zonas oseras, o incluso dentro de ellas. A ello se une el llamado cambio climático que altera las costumbres de los osos; se acortan sus periodos de hibernación, están más presentes, y hambrientos, en temporadas con una densidad baja de alimento en las que antes era difícil observar a uno de estos animales, lo que les hace vagar y merodear cerca de aldeas y ciudades cercanas donde la habituación despierta falsas apariencias sobre la conducta de estos animales; su visión cotidiana en los vertederos o en las zonas preparadas para turistas, normaliza en cierta forma su agresividad, dando la falsa sensación de inhibición de su potencial peligro.

Los casos de depredación del oso no son nada nuevos. Sí lo es la frecuencia con que suceden hoy día en EEUU y Canadá, encuentros que amenazan con convertirse en habituales desde finales del siglo pasado y que hoy continúan con su peligrosa dinámica. En noviembre de 1999, los grizzlys y los osos negros de la pequeña comunidad de Oweekeno, en la Columbia Británica (Canadá), causaron el terror al entrar en su población buscando alimento. Una drástica reducción del número de salmones que remontaban sus arroyos, a causa de la acción del hombre, empujó a estos carnívoros a buscar alimento en la aldea. Hambrientos y a las puertas de la hibernación no dudaron en acercarse al hombre, intentando tirar abajo las puertas de sus casas y asaltando vehículos y almacenes. En sus calles no había seguridad alguna ante un posible ataque y los niños no podían ir al colegio. Tuvieron que ser capturados tres osos y abatidos nueve más para que la situación se normalizara.

En julio de 2000, en el camping de Amuck, Alaska (EEUU), cerca de la pequeña comunidad de Hyder, en la frontera canadiense, un oso pardo mató a George Tullos. Se trataba de un gran macho que llevaba más de diez días merodeando la zona, buscando en la basura alimento. Acostumbrados a la presencia de los plantígrados, esta pequeña comunidad de 140 personas tiene instaladas trampas para capturarlos y trasladarlos a otras zonas. La noche antes del ataque se había intentado atrapar al animal ante la intranquilidad que producían sus reiteradas apariciones en la población, pero el mecanismo del disparador de la trampa no funcionó. Cuando el cuerpo de George fue encontrado, se organizó un equipo de voluntarios para realizar una batida, que acabó con el oso. Después de ser abatido, los biólogos encontraron abundante carne de la víctima en su estómago. George se había ido a dormir a su tienda en el camping, se sentía seguro a pesar de la presencia de algunos osos. ¿Y por qué no? No se conocía ningún caso de ataque en la zona y los salmones remontaban el río, por lo que el alimento abundaba. El temor a un ataque era impensable, incluso se plantó una plataforma desde donde la gente podía observar a los osos pescar apenas a veinte metros. A la mañana siguiente, un hombre que

paseaba junto al camping encontró su tienda despedazada y su cuerpo devorado. En septiembre de 2003, Kootoo Shaw, un guía inuit, era atacado por un oso polar mientras descansaba en su tienda cerca de la aldea ártica de Kimmirut, en Nunavut, el territorio más septentrional de Canadá. Había acampado con tres cazadores que perseguían caribús (*Rangifer tarandus*). Mientras descansaban, el oso se acercó empezando a merodear el lugar en plena noche hasta acabar en una de las tiendas vacías; seguidamente, sobre las cuatro de la madrugada, se dirigió hacia la de Kootoo y, rasgándola, entró en su interior avalanzándose sobre él: “*Podía sentir su pesada respiración y sus dientes detrás mi cuello; pensé que iba a mordirme en el cuello*”. El oso le había desgarrado el cuero cabelludo y malherido en la espalda cuando llegaron hasta su tienda, alertados por sus gritos, los cazadores. El oso fue abatido de inmediato y el guía fue transportado en barco y avión al hospital más cercano, en Iqaluit; necesitó 300 puntos de sutura para reparar su cuero cabelludo; también fue tratado de múltiples mordeduras y heridas en la espalda, brazos y pies.

A principios de junio de 2005, en Canmore, Alberta (Canadá), un grizzly sorprendía y mataba a Isabelle Dube mientras recorría una senda por el bosque con dos amigos. El oso ya había protagonizado otros incidentes, incluso había sido trasladado de zona. La mayoría de estos animales se acercan al hombre en busca de alimento, por lo que una vez capturados y transportados a otros territorios, lo normal es que vuelvan a rondar si no encuentran alimento suficiente donde es liberado. De hecho, las observaciones realizadas indican que, a su escasa efectividad, se une el riesgo de seguridad en el área donde es liberado, pues puede crear tensiones entre los osos del área e incluso protagonizar encuentros con las personas que vivan cerca del lugar. El grizzly que acabó con la vida de Isabelle era precisamente uno de estos osos reintroducidos en la naturaleza; conocido como #99, disponía de un radio collar y sus movimientos eran supervisados porque ya se había visto merodeando en varias ocasiones a seres humanos. Un estudio realizado por la Universidad de Florida revela que cerca de la mitad de los osos reintroducidos siguen acechando a las personas, cuando no resultan fatales.

Ese mismo año, en septiembre, el cadáver del anciano Arturo Louie fue encontrado en un camino. Sorprendido fuera de su vehículo por un grizzly, fue atacado y muerto cerca del río Bowron, en la Columbia Británica. El ataque ocurría apenas tres semanas después de que el joven Christopher Solecki fuera atacado también en el mismo estado canadiense. Mientras el muchacho, gravemente herido en la pierna y la cabeza, se recuperaba en el hospital, el oficial Bob Coyle aseguraba sin querer darle más importancia al tema “*Ciertamente, hay ataques de oso porque éste es el país del oso*”. Pero Bob también se mostraba preocupado por los hechos. Eran ataques no provocados, ataques depredadores, por lo que finalmente incidió en la necesidad de tomar precauciones en las fechas donde estos animales buscan desesperadamente alimento para poder superar la hibernación. Arturo tuvo la mala

fortuna de pinchar una rueda de su coche y salir a repararla cuando se le cruzó una osa con sus dos cachorros en el camino. Chirstopher fue sorprendido por un oso que perseguía a su perro para alimentarse; el can buscó refugio cerca de sus amos, llevando al animal hambriento hasta su casa. Hoy en día los ataques continúan, a veces alimentando leyendas que van más allá de la razón, y otras veces historias a tener en cuenta.

## **El monstruo de Alaska**

Durante una tarde de junio de 2005, Robert Thompson, un joven guía experto en el descenso de aguas bravas, remontaba el río Hulahula, en el Arctic National Wildlife Refuge, en Alaska, con dos clientes alemanes, cuando observó que un oso pardo andaba sobre un campamento desmontado cerca del río. Conforme se acercaba podía comprobar la magnitud del posible ataque de aquel grizzly, que paseaba y mordisqueaba algunos restos de carne sobre la tienda despedazada. Cuando paró la balsa, para poder observar mejor la escena, el enorme animal se revolvió y comenzó a correr hacia ellos. Thompson y sus clientes remaron desesperadamente, intentando alejarse del lugar. El oso se lanzó al río y comenzó a nadar tras de ellos, ante la desesperación de los tres hombres. El guía cogió su pistola y apuntó dudando en si disparar como advertencia o si guardaba la munición por si tenía que usarla con el animal; afortunadamente, en ese momento entraron en unos rápidos que les alejó del temible carnívoro. El grizzly se subió a una roca desde la cual les miró mientras la corriente les alejaba río abajo, fuera del alcance de sus garras. Después de quince minutos de persecución aterradora, Thompson y sus clientes respiraban tranquilos, el oso había dejado de perseguirles. Una vez a salvo, el guía llamó inmediatamente a las autoridades de la zona solicitando ayuda y poniendo en conocimiento la inquietante situación del campamento.

Días antes, Rich y Kathy Huffman, ya jubilados, habían decidido realizar una acampada romántica para celebrar su 16º aniversario de boda. Una escapada a un lugar maravilloso, donde estar solos y pasar unos días tras remontar el río en kayak. Cuando el helicóptero de rescate, pilotado por Bob Mercier, se acercó a la zona pudo comprobar la tragedia. El campamento estaba destrozado y entre los restos de la tienda se vislumbraban lo que parecían ser los cuerpos sin vida de Rich y Kathy. Sobrevoló la zona y expulsó momentáneamente al grizzly del lugar, regresando a la base tras confirmar que el oso había matado al matrimonio y estaba devorándoles. El animal volvió rápidamente junto a los cadáveres apenas el helicóptero se alejó.

Cuando Bob regresó a la zona, le acompañaba el oficial de policía Richard Holschen. El grizzly permanecía allí. Dispuesto a no abandonar sus presas, se mostró reacio a alejarse del lugar a pesar del acoso del helicóptero. Cuando finalmente se marchó,

Bob y Richard pudieron bajar e investigar el lugar de la tragedia. Primero recuperaron los cuerpos de la desafortunada pareja, después estuvieron recogiendo sus efectos personales y todo aquello que pudiera dar luz sobre lo ocurrido. El seguro del rifle de Rich estaba liberado, por lo que Bob supuso que la pareja se dio cuenta del peligro que les acechaba y se escondieron dentro de la tienda, con la esperanza de que el oso se fuera mientras tomaba su arma. Lejos de irse, el animal hechó abajo la tienda en unos segundos y los mató sin darle tan siquiera tiempo a cargar la recámara del rifle. No resuelto a abandonar su alimento, el oso regresó de nuevo al lugar atacando a Richard quien rápidamente reaccionó y lo mató de un disparo.

Cinco años antes, en octubre de 2001, durante una partida de caza de ciervos en Hinchinbrook, en Prince William Sound, al sur de Alaska, el joven aviador de las fuerzas armadas Theodore "Tim" Winnen abatió con su Winchester un enorme oso pardo; con garras tan grandes como el pecho de un hombre, medía poco más de tres metros del hocico a la cola y podría pesar más de una tonelada. Resultó ser uno de los osos abatidos más grandes registrados hasta la fecha, mayor sería su leyenda. Quizás esta historia no tuviera nada de especial, aparte de la espectacularidad del tamaño del oso dentro del mundo cinegético; pero este animal llegó a convertirse en un terrorífico devorador de hombres dos años después de su muerte. Su excepcional tamaño, la sangre y las fotografías del cazador con su trofeo recorrieron todo el país, hasta que en 2003 aparecieron en Internet junto a una terrorífica imagen que mostraba los restos de una persona devorada por un carnívoro. Esta fotografía no correspondía a la cacería de Tim y la información que la acompañaba era falsa. Aún así recorrió medio mundo reinventándose una y otra vez hasta el extremo de crear la leyenda: el monstruo de Alaska, un gigantesco oso de Kodiak de más de cuatro metros y casi dos toneladas de peso que recorría el estado devorando turistas. La verdad es que del oso que abatió Tim no se tiene ninguna constancia de que hubiera tenido contacto alguno con un ser humano antes de ser abatido, y menos que hubiera devorado a ninguna persona.

Sin embargo, el brutal ataque que acabó con la vida del matrimonio Huffman resucitó una leyenda que nunca murió. A pesar de no tener nada que ver con el oso abatido por Tim Winnen, la noticia de la muerte de Richard y Hathy Huffman llamó de nuevo la atención sobre el monstruo de Alaska, que vio agrandada su leyenda a pesar de haberse realizado este ataque al norte, al otro extremo del estado y casi cinco años después de haber sido abatido. De hecho, no hay semana que desde algún lugar de Prince William Sound no se tengan que desmentir las hazañas del famoso oso, convertido en una leyenda urbana. En Alaska viven unos 35.000 osos y son cerca de 500 ataques los que han sido registrados en este estado entre 1900 y 2013, de los cuales un buen número han sido fatales; pero ninguno fue protagonizado por el monstruo de Alaska, y la mayoría ni tan siquiera son realizados por osos Kodiak, si no por osos negros, una realidad muchos más mortal que la leyenda.

## Osos negros, pasada la era de la timidez

En julio de 2000, una vieja osa negra acababa con la vida de Mary-Beth Miller, del equipo olímpico del biathlon de Canadá, mientras entrenaba cerca del bosque en la ciudad de Valcartier, Quebec (Canadá). El oso fue capturado y muerto. Las medidas de protección contra los osos llegaron tarde para la joven deportista a pesar de que apenas un mes antes, dos ciclistas habían sido atacados y ya se estudiaba tomar medidas. Tras la muerte de Mary-Beth, el camino fue cerrado y se instalaron jaulas para capturar a los osos que se acercaran al área. Ese mismo año, Glena Ann Bradley era devorada mientras paseaba en un camping, en Great Smoky Mountains, Tennessee (EEUU). En los años siguientes, hasta 2008, al menos catorce personas más han muerto tras ser víctimas de ataques de osos negros. Muchas más resultarían heridas o lograrían huir. Curiosamente estos animales, mucho menores que los grandes grizzlies, estaban considerados como inofensivos merodeadores, hoy causan tanto respeto como los grandes osos pardos.

En septiembre de 2005, un oso negro atacó a Vitas Abruti y a su hijo Rytis, en Missinaibi Lake Provincial Park, en Ontario (Canadá), logrando ambos escapar en su canoa bajo la mirada del animal. Aún bajo el impacto del momento vivido, media hora más tarde escucharon unos gritos de socorro. Se apresuraron para ver qué pasaba, encontrándose con un kayak que apenas avanzaba, una persona ensangrentada remaba como podía, pidiendo auxilio. Días antes, Mark Jordan y Jacqueline Perry se encontraban de acampada en una zona alejada del parque; el matrimonio estaba pasando dos semanas de vacaciones en contacto con la naturaleza. Pero un oso negro apareció de pronto en el campamento, abalanzándose sobre Jacqueline e hiriendo gravemente a su marido, quien se lanzó sobre el animal golpeándolo con un cuchillo suizo del ejército. En su desesperada lucha, Mark apuñaló una y otra vez al animal mientras recibía sus zarpazos, hasta que se alejó, evitando así que arrastrara a Jacqueline al bosque. A pesar de sus heridas, que requerirían 300 puntos de sutura, Mark inició un esfuerzo sobrehumano por salvar a su esposa; introdujo su cuerpo en el kayak y fue a buscar ayuda mientras gritaba sin parar “¡Socorro!”. Fue entonces cuando Vitas y Rytis le oyeron y fueron en su ayuda. *“Vi el cuerpo del hombre cubierto de sangre, y ella estaba realmente muy grave. Se podían ver verdaderas heridas, muy profundas”* dijo Vitas. Tras subirles a la canoa solicitaron ayuda. Pero debido a la posición remota en que se encontraban, el equipo de rescate tardó más de una hora en alcanzarles. Jacqueline murió, aunque posiblemente ya estaba muerta antes de ser embarcada. Cuatro días después de la tragedia, el oso fue localizado y abatido por las autoridades. Keith Scott, experto en estos animales, aseguraría preocupado que *“Éste es una caso particular; aún es pronto para sacar conclusiones en la investigación, pero parece ser un ataque depredador. Estos osos han aprendido y a menudo ven a los seres humanos como una posible presa que se puede cazar”*.

En abril de 2006, dos nuevos ataques de osos negros conmocionaban a la sociedad americana. En el primero fallecía brutalmente la pequeña Elora Petrasek, en el Cherokee National Forest, en Tennessee, resultando gravemente heridos también su madre y su hermano. La familia estaba nadando en una balsa natural, cuando el oso se abalanzó al agua. Tras rastrear las huellas del animal y los rastros de sangre durante una hora, el cuerpo de la pequeña fue localizado. El oso estaba sobre ella, devorándola. *“Después de que el equipo de rescate encontrara a la pequeña, uno de los miembros le disparó dos tiros al oso con un arma de pequeño calibre”*, comentaría Hicks, miembro de la patrulla de rescate. El oso, espantado más que herido, abandonó el cadáver y huyó. La policía dispondría, en los días siguientes, numerosas trampas para capturarlo. El camping fue desalojado y se prohibió la entrada al parque en toda el área de la tragedia hasta que el animal pudiera ser capturado o abatido. En el segundo caso, resultaba gravemente herido un cazador en el Olympic National Park, en el estado de Washington (EEUU). El animal atacó de pronto, arrastrándole violentamente del lugar del ataque. Afortunadamente, otro cazador observó que el oso estaba arrastrando a una persona y disparó, matándolo.

Algunos expertos opinan que el incremento de ataques de osos negros refleja el choque, cada vez mayor, entre los seres humanos y el mundo salvaje. *“Nunca he experimentado ningún tipo de agresión en todas mis horas en el bosque”* comentaría el ecologista Joe Clark, *“Normalmente no encontrarás un oso en el bosque porque detectan tu presencia muchos antes de que tu le localices. Pero estamos tratando con un animal salvaje enorme, de gran alcance. Cada vez hay más personas que se adentran en sus territorios y cada vez hay más osos cerca de las personas, por lo que se incrementarán más las oportunidades para que sucedan este tipo de cosas”*. El científico Lynn Rogers se muestra preocupado pues para él *“los ataques de estos osos son sucesos anormales, y estos ataques que se suceden son depredadores, no provocados, algo que no es característico de los osos negros, que son bastante tímidos”*.

En 2007 dos nuevos casos mortales denunciaban la política conservacionista de los parques hacia los osos negros. Considerados como poco peligrosos, las autoridades raramente avisan de la presencia de uno de estos animales y tampoco actúan con la rapidez que se exige cuando uno de ellos muestra evidentes muestras de hostilidad o merodea cerca de las personas, algo que según los expertos permite predecir un futuro ataque dada la experiencia de casos anteriores. Los afectados denuncian que siempre se dice que las víctimas de los osos son muy pocas y los ataques raros o provocados. Pero para los afectados de un ataque predador es todo su mundo el que se hunde; la muerte de una madre, un hijo o un esposo es una tragedia para la familia. Y se preguntaban si las 29 víctimas mortales que se llevaban registradas en EEUU desde 1990, por ataques de oso negro, no era suficiente sangre para educar a la gente sobre la peligrosidad de estos carnívoros, depredadores oportunistas y, como tales, antropófagos que gozan de un preocupante estatus de poca peligrosidad.

Más cuando se han registrado muchos más ataques, donde las personas han logrado huir o repeler la agresión con el resultado, en la mayoría, de heridas de diversa consideración.

El primer ataque mortal de estos casos, sucedió en junio, en American Fork Canyon, en Utah (EEUU). Samuel Evan Ives se encontraba durmiendo en su tienda cuando un oso negro hizo presa en él y lo arrastró, dentro de su saco de dormir, al bosque ante la desesperación de sus padres y su hermano. Días antes, una persona había sido atacada en otra tienda, en el mismo camping. El cual, herido en la cabeza, logró salvar su vida. El oso forzó la tela e introdujo su cabeza, tras herir al hombre, mordió su almohada, momento que éste aprovechó para huir. Denunciado el caso, las autoridades enviaron personal para alejar al animal, aunque las únicas medidas que se tomaron fue advertir de forma aleatoria que era posible que un oso estuviera merodeando por la zona, ya que no localizaron ningún ejemplar. Tras la muerte de Samuel, el camping fue desalojado.

El segundo ataque se registraba un mes después en la Columbia Británica. Robin Kochorek y Lindsay Stene recorrían un sendero en bicicleta en Panorama Mountain Resort, cuando las jóvenes decidieron separarse por dos caminos diferentes. Robin desapareció. Cuando se inició la búsqueda, algunas personas advertían de la posibilidad de que un oso estuviera en la zona y fuera el responsable, pues hacía pocos días que había habido problemas con este animal. A pesar de ser conscientes del hecho, las autoridades no habían realizado ninguna advertencia a los visitantes pues no entendían que pudiera ser un peligro real. *“Dos personas me dijeron que no había ningún monstruo ahí fuera, pero que había un oso curioso en el área que ha estado siguiendo a los motoristas por la montaña. Me derrumbé cuando oí eso”*. Comentaría Lindsay mientras afirmaba que si hubieran sabido que un oso negro merodeaba en la zona, nunca habrían paseado con bicicleta por allí.

El decidir no informar al público sobre los osos agresivos ha sido una práctica común en muchas zonas turísticas en los últimos años, como se ha podido comprobar, con resultados mortales. *“Los excursionistas que deseen acampar no deben de asustarse por los encuentros recientes con osos, no son inusuales por esta época del año, y no hay necesidad de cancelar los planes del fin de semana”* dijo Scott Root, de la Division of Wildlife Resources en una entrevista realizada en mayo, un mes antes de la primera muerte. A principios de año, un monitor mataba en Georgia (EEUU) un oso negro, según su testimonio, el animal entró en el campamento juvenil y se disponía a atacar a los jóvenes excursionistas. Las autoridades de la Georgia Wildlife multaron al hombre, presuponiendo que había actuado impulsivamente y que el oso no era una amenaza. El monitor aseguraría que él solo protegió la vida de los niños bajo su responsabilidad *“Al parecer, algunos funcionarios de protección de la fauna no escuchan las noticias, o creen que los osos en su estado están más civilizados que en otros”*.

A la luz de las recientes tragedias y de la continuidad de los ataques, las autoridades están cambiando su política hacia el oso negro, pues no cabe duda de que se trata de un animal potencialmente peligroso, y más si se entra en su territorio o si el oso tiene que salir de éste en busca de alimento. La educación es esencial para proteger mejor a las personas e incluso al propio oso, pues se cometerán menos imprudencias y se tomarán más medidas para evitar encuentros no deseados. La gran mayoría de estos animales podría resultar inofensiva para el hombre; de hecho, los números así lo demuestra. Pero resulta cuanto menos ingenuo querer ignorar el hecho de que este carnívoro puede convertirse en un asesino en cualquier momento, sin más.

### **La trágica muerte de un guerrero de la naturaleza**

En octubre de 2003, el cuerpo sin vida del famoso naturalista Timothy “Tim” Treadwell era encontrado descuartizado, junto con el de su compañera sentimental Amie Huguenard, en el Katmai National Park, en la península de Alaska. El piloto Willy Fulton, mientras sobrevolaba la zona, comunicaba a las autoridades por radio que estaba observando cómo un grizzly devoraba lo que parecían ser restos humanos.

Tim no era un inexperto en el tema, tampoco un científico. A pesar de sus detractores, que le consideraban un extrovertido inconsciente, este naturalista llevaba trece veranos grabando y observando grizzlys en libertad, apenas a unos metros de ellos, consiguiendo imágenes de gran belleza y extraordinario valor. Viajó a diferentes lugares de Alaska, si bien sentía especial predilección por su solitario campamento del Katmai National Park, donde se perdía muchos veranos para vivir rodeado de la naturaleza y de los osos. Tim se ganó el respeto del público mientras gran parte de los científicos le rechazaba. No en vano dejó más de cien horas de grabaciones con fascinantes imágenes del comportamiento de estos animales. En 1997 se lanzaría su libro *“Among Grizzlies: Living with Wild Bears”* que escribió junto con Jewel Palovak. Sus fotografías y videos, con imágenes sorprendentes y enternecedoras, y a la vez excitantes y peligrosas, demostraban que su trabajo iba más allá de lo racional. La mayoría de imágenes las conseguía situándose dentro del alcance de los osos, trabajando en silencio, arrastrándose, hablando con suavidad e intentando integrarse en un paisaje salvaje que él creía que era el suyo.

Tim, habituado a los osos tras tantos años, reconocía a cada ejemplar de la zona y su descendencia, llegando a antropizarlos de tal manera en su mente, que dejó de tomar medidas de precaución ante un eventual ataque. Caminaba desarmado, ni siquiera llevaba consigo un modesto aerosol anti-osos. También camufló su pequeño campamento en lo que él llamó “el laberinto del grizzly”, situado en el lago Kafia, tratando de ocultarse de la vigilancia del parque, debido a la nueva ley impuesta por

las autoridades que requería a los acampados mover sus tiendas cada cinco días. Tim se olvidó, como asegurarían sus detractores, de que *“en el mundo del oso no hay rascacielos, ni carreteras... pero hay límites”*.

A finales de septiembre, Tim y Amie pensaban dejar Katmai, su santuario, para regresar a la civilización. El frío llegaba y los osos pronto iniciarían sus últimos escauceos antes de hibernar. Desgraciadamente, la pareja decidió ampliar su estancia una semana más en un esfuerzo por localizar una osa por la que sentían predilección y que no habían logrado avistar. Conseguido su objetivo, y decididos a regresar, Tim telefoneó a su amigo Willy Fulton para que se acercara a recogerlos con su avioneta. Tras aterrizar estuvo buscando a la pareja sin éxito, por lo que decidió dar un paseo hasta que notó que algo se movía entre la maleza. Cautó, dió media vuelta y regresó hacia su avioneta, cuando se giró pudo ver que se trataba de un enorme grizzly que le observaba atentamente. El piloto decidió sobrevolar la zona para espantar al animal. Entonces descubriría que el oso estaba sobre lo que parecían ser restos humanos. Sobrevoló por encima del animal comprobando que éste, en vez de huir devoraba con más rapidez unas costillas de un cuerpo que sin duda era humano. Advertida la situación y la posible tragedia, tras dar la voz de alarma, Willy descendió de nuevo al lago donde esperó la llegada de ayuda. Pronto se presentó en la zona el guardabosques Joel Ellis y un equipo de rescate, comenzando a batir la zona, gritando y dejándose ver para que cualquier oso que se encontrará merodeando pudieran verles. Así fue, pero en vez de alejarse, el grizzly se abalanzó contra ellos, siendo abatido. Pronto encontrarían las primeras escenas macabras: dedos y un brazo desmembrado en el campamento, el cuerpo de Amie prácticamente devorado y semienterrado, y la cabeza de Tim unida a un pedazo de su espina dorsal; más allá su brazo y una mano bañada en sangre.

Otro oso apareció en la escena. No se mostró violento y se alejó, por lo que no fue abatido. Los guardabosques pensaban que habían matado al oso asesino; reacios a matar otro animal, se limitaron a seguir rastreando la zona. La tienda del campamento no mostraba signos evidentes de violencia, sus zapatos y los de Amie estaban cuidadosamente situados a la entrada y la cena preparada en su interior. Joel Ellis no sabía cómo pudo haberse desarrollado el fatal ataque, sin embargo no le extrañó. Siempre había considerado la actitud de Tim como muy peligrosa, incluso le había advertido en numerosas ocasiones y estudiaba la posibilidad de expulsarlo definitivamente por incumplir reiteradamente normas básicas de seguridad, ejercer de guía sin licencia y protagonizar algunos altercados. Debido a su popularidad, especialmente entre los niños del país, la dirección del parque no sabía qué hacer con él. Sus excepcionales fotografías de osos y sus grabaciones recorrían medio mundo, algunas de ellas son verdaderos documentos científicos; otras, divertidas anécdotas de una persona que actuaba más allá de la razón. Todos los inviernos recorría diferentes estados, visitando colegios y dando conferencias; sus entrevistas

en prensa, radio y televisión a favor del grizzly y demandando más protección para sus territorios caló en la gente. Tim había creado Grizzly People, una organización conservacionista para el oso, y con los donativos que recibía organizaba sus viajes al parque y conseguía llevar adelante sus trabajos.

Cuando los guardabosques limpiaron el lugar, un joven grizzly apareció en escena. Furioso y sin más, se abalanzó sobre los guardias, que rápidamente lo abatieron. El Alaska State Troopers (cuerpo de policía) analizaría el material recogido en el campamento encontrando una grabación en la cinta del vídeo. Según los informes, la cámara había permanecido en marcha dentro de la tienda durante el ataque, y aunque no se había grabado la imagen, sí grabó el sonido. Según describen las personas que han tenido acceso a este documento, entre ellos Crish Hill, del cuerpo policial, y que está inédito (aunque existen copias circulando, posiblemente falsas); se escucha como Amie se muestra sorprendida y le pregunta a Tim, que se hallaba en el exterior de la tienda, si el oso aún estaba ahí fuera. En la voz siguiente Tim grita. Entonces se oye abrirse una cremallera y como Amie sale de la tienda y comienza a gritar desesperadamente. El sonido de la lluvia y el viento se mezcla en todo momento con los provocados por un oso y los gritos de la pareja. De pronto, los sollozos parecen indicar que todo ha terminado; pasan unos segundos hasta que los gritos de ella delatan que el animal (u otro ejemplar) insistió en su ataque. Amie le grita a Tim que se haga el muerto, pero éste le responde exaltado que no funciona, que golpee al oso. Después se escucha el sonido, posiblemente, de una sartén golpeando la cabeza del animal; y un agónico gemido. Tras éste, Tim le pide a Amie que huya lejos, que corra, que se aleje. Finalmente, un áspero ruido indica que el oso se alejó arrastrando el cuerpo de Tim con él y que Amie, conmocionada se quedó en el lugar, paralizada por el miedo y emitiendo agudos chillidos. La grabación acabó en ese punto. Todo ello en seis largos minutos. El biólogo Larry Van Daele opina que estos lastimeros sonidos, similares a los de un animal herido, pudieron atraer de nuevo al oso, o llamar la atención de otro ejemplar, que acabó con la vida de Amie. Dos días más tarde, Larry viajó al lugar de la escena, realizando una necropsia al primer oso abatido: en su estómago se hallaron restos humanos y pedazos de ropa. El oso más joven, el segundo ejemplar abatido, había sido devorado por otros ejemplares, por lo que no se pudo comprobar si había tenido implicación alguna en el ataque, ni si se había alimentado de la desafortunada pareja.

A pesar de la fama asesina de los grizzlies, y aunque son responsables de numerosas muertes; en 85 años de conservación en el Katmai National Park era el primer encuentro antropófago registrado, por lo que muchos expertos se preguntaron qué podía haber ocurrido ese trágico día, teniendo en cuenta que Tim conocía cada palma de la zona y a todos sus osos. ¿Qué podría haber motivado el ataque y por qué Tim aseguraba en sus escritos que los osos se notaban más violentos de lo normal? Tampoco era inusual que un oso se acercara al campamento durante

la noche; Tim salía de la tienda y esperaba a que el animal se alejara mientras le animaba a hacerlo en voz baja. De hecho, grabó más de un encuentro de estas características. El oso, que se supone acabó con la vida de la pareja, había sido marcado en 1990. Tim le llamaba “*Ollie, el viejo gruñón*”. Cabe suponer que Tim se hallaba en el interior de la tienda con Amie, a punto de cenar cuando oyeron al oso. Como una acción habitual, Tim encendió la cámara y se puso el micrófono en su solapa para grabar como le susurraba al animal que se alejara, tal y como había realizado en otras ocasiones (por ello la cámara solo grabó el sonido). Pero algo inusual debió ocurrir, el animal atacó y Tim supo que no era un encuentro normal, que iba a morir, por lo que pidió a Amie que huyera lejos. Pero ella no lo hizo. Werner Herzog diría al respecto “*Amie estaba enamorada de él, pero no necesariamente de los osos. Es más, le daban asco y miedo. Acudió junto a él para pasar unos días y el ataque se produjo entonces. Por la cinta que registró el audio, sabemos que Timothy fue el primero en ser atacado. Y, ante el horror de lo que estaba viendo, aquella mujer tan notable no quiso huir, sino tratar de defenderle. Un acto de coraje y amor para una mujer asustada y horrorizada que afrontaba una muerte bestial*”. Para muchos expertos, el oso hizo lo que se espera que haga un grizzly, lo inusual era que durante trece veranos Tim hubiera sobrevivido. Posiblemente, esa semana más de estancia en el parque resultara determinante, pues el comportamiento de los osos se vuelve más violento por el ansia de consumir alimentos conforme se acerca el momento de la hibernación, para almacenar grasas que les permitan sobrevivir al duro invierno.

La vida y muerte de este atípico personaje fue llevada a la pantalla con el documental *Grizzly Man*, de Werner Herzog. El cual incluyó imágenes que Tim grabó con osos en libertad. Como afirmaría el crítico de cine Rafael Martín, “*cuando a los diez minutos del documental vemos como Treadwell comienza a dar capones en el morro a un animal cuyo nombre en latín es Ursus actos horribilis, se masca la tragedia*”. Herzog afirmaría que “*en todas las caras de los osos que filmó Treadwell, no veo ningún rasgo de parentesco, ni entendimiento, ni piedad. Únicamente veo la indiferencia abrumadora de la naturaleza. Para mí, no existe el mundo secreto de los osos. Solo una mirada vacía que expresa a medias una sensación de hambre. Pero para Timothy Treadwell, este oso era un amigo...*”. Lamentablemente, Herzog basó su trabajo en desprestigiar al personaje ante su propia tragedia, en analizar polémicas del pasado en vez de centrarse en profundizar en el trabajo realizado por el naturalista y sus virtudes.

Tim ha sido calificado como un necio y fue duramente criticado por un sector que rechazaba sus actuaciones, especialmente las que antropizaban a la especie. Sin duda un gran error que pagó con su vida. Para otros, sería ese entrañable personaje que andaba con osos, ecologista y amante de la montaña, un loco, sí, pero un loco enamorado que vivió trece veranos entre osos y que se autoproclamó como un guerrero de la naturaleza.

## Osos en el Viejo Continente

Los osos europeos son de menor tamaño y si bien nunca llegaron a representar un grave peligro para los humanos una vez organizados en clanes sociales, estables y armados, sí lo fue para la cabaña ganadera, lo que fue su sentencia de muerte. Temidos, respetados y odiados, fueron duramente perseguidos y exterminados de gran parte de Europa. Quizás su acoso sistemático hizo de este animal un ser más huidizo y precavido ante la presencia humana que sus parientes americanos, menos temerosos del hombre. No se recuerda un caso de ataque depredador sobre una persona en toda Europa occidental desde la Edad Media; y menos que existan datos que nos hablen de un devorador de hombres, solo algunos encuentros con heridas de consideración.

En la península Ibérica, a lo largo de la historia, únicamente se conoce un encuentro fatal: el de la muerte del rey Favila, hijo de Don Pelayo, en el monte de La Calavera, en Cosgaya, Cantabria. El último ataque, producido por un oso salvaje, conocido en España, lo sufrió el biólogo José María Vadillo, antiguo compañero del Dr. Vicente Urios, a principios de los 90 en Palencia, cuando una osa con oseznos cargó contra él desgarrándole la femoral y abandonándolo. El biólogo logró arrastrarse hasta el pueblo más cercano y salvar así su vida. José María se acercó a la osa sin percatarse de su presencia hasta que fue demasiado tarde, un ataque que podríamos considerar como no depredador ya que el animal se limitó a realizar, posiblemente, un ataque preventivo en defensa de sus oseznos. En Francia e Italia se desconocen ataques, y en otros países europeos solo la leyenda conserva en la memoria algún caso dudoso. En Finlandia, donde los osos son más abundantes, se han registrado algunos encuentros. Uno de ellos en 1998, con una víctima. El más reciente fue en mayo de 2006, una joven caminaba por el bosque cerca de Hankasalmi y se encontró con una osa y su cachorro; durante el ataque el oso hizo presa en uno de sus muslos. Aterrorizada, la mujer reaccionó golpeando fuertemente al animal en el hocico con el otro pie y, aliándose la fortuna con ella, la osa se retiró, alejándose del lugar.

Otro tema son los osos de Europa oriental y Asia. En la antigua Yugoslavia, entre 1986 y 1988 se produjeron cuatro ataques mortales: una niña en su granja, un niño pastor, un guardabosques y una anciana que recogía setas. En Bulgaria son cerca de 170 los casos registrados, si bien no ha habido ninguna víctima mortal; precisamente es original de este país el dicho que asegura que la mejor defensa contra el ataque de un oso es... ¡correr más que tus compañeros! Con vastas regiones deshabitadas, la mayoría de estos animales vivieron aislados del hombre hasta la gran explosión demográfica de mediados del siglo pasado. Ocupados sus territorios, perseguidos por los cazadores y expulsados por los ganaderos; sus poblaciones empezaron a descender. Pero también comenzaron a registrarse encuentros fatales conforme se iba incrementando la interacción del hombre en el territorio del oso. Si bien

los ataques de osos se pueden citar en muchos países eurasiáticos, es en Rumania, Rusia y la India donde estos resultan más trágicos, tanto por su frecuencia como por tratarse de ataques predadores, quizás debido a que se trata de zonas menos desarrolladas donde el animal está más presente y el contacto con la población rural es mayor. Los ataques de estos animales en Eurasia van en relación con el aumento de visitantes a sus territorios, más cuando a su vez existe una disminución de presas naturales, de la ganadería extensiva y, con ella, las carroñas de los animales domésticos caídos en el campo. Y, según algunos expertos, el aumento de casos de ataques de osos polares quizás esté también relacionado con el cambio climático, puesto que los osos se despiertan antes de su hibernación y recorren sus territorios mermados por la desaparición paulatina del mundo helado, hallándose escasos de alimentos en una zona cada vez más delimitada y escasa en presas. En una palabra, están hambrientos, lo que les fuerza a merodear por las aldeas y ciudades tanto en Eurasia como en América del Norte.

En 1994, los osos polares de Noruega empezaron a representar un serio peligro dado a su inusual acercamiento hacia la gente buscando alimento. Ese mismo año, una mujer resultaba muerta tras el ataque de un oso polar en Hornsund National Park en Spitsbergen, y en 1995 habría dos víctimas más mientras se registraban otros ataques no mortales. En 1996, una mujer moriría víctima de un ataque y un hombre resultaría gravemente herido en el archipiélago de Svalbard. Desde ese año, los turistas que visitan esta región de Noruega son advertidos sobre la peligrosidad de los osos polares y se les aconseja llevar un rifle y una pistola de señales para poder repelerlos, realizando disparos de advertencia. En Noruega está prohibido matar un oso si no es en situación extrema de peligro. A principios de agosto de 1998, un joven macho muy delgado tuvo que ser abatido cuando atacó un campamento con 17 turistas e investigadores. Sin embargo, los osos más peligrosos de Eurasia se encuentran en la península de Kamchatka (Rusia), donde si bien los casos acontecidos no son frecuentes, sí que han sido muy conocidos al tratarse las víctimas de un científico y un fotógrafo de prestigio internacional.

### **Michio Hoshino, Vitaly Nikolayenko y el oso de Kamchatka**

Michio Hoshino, el prestigioso fotógrafo de naturaleza japonés, fue atacado y muerto por un oso pardo, en agosto de 1996. El animal se introdujo en la tienda mientras Michio dormía, fue arrastrado al bosque y devorado cerca del lago Kurilskoya, en Kamchatka meridional. Reconocido por sus trabajos sobre el oso, este autor se enamoró de Alaska y especialmente de estos grandes animales: *“Existe toda clase de gente y hay también toda clase de osos”*, aseguraría en más de una ocasión cuando se hablaba de la peligrosidad de estos carnívoros. Encontró la muerte durante el rodaje de un documental para una cadena de televisión japonesa, mientras descansaba;

precisamente sobre el oso pardo de Kamchatka. *“Hoshino fue atacado por el oso en su tienda, a la orilla del lago, aproximadamente a las cuatro de la madrugada”* dijo Mainichi, uno de sus compañeros de equipo. *“Oímos sus gritos, pero cuando lleguemos a su tienda, tan solo vimos al oso desaparecer en el bosque arrastrando tras de sí a Hoshino”*. Tras el ataque, los miembros del equipo organizaron su búsqueda, encontrando su cuerpo en el interior del bosque, alejado de la zona y parcialmente devorado.

En diciembre de 2003, aconteció otro caso donde, curiosamente, también un fotógrafo fue atacado y muerto en la península de Kamchatka. Vitaly Nikolayenko, uno de los investigadores más reconocidos de Rusia, y que llevaba trabajando veinticinco años con los osos de la Wildlife Reserve Kronotsky, fue encontrado muerto; gran parte de su cuerpo había sido consumido. Evidentes signos de lucha y un bote vacío de spray de pimienta anti-osos indicaba que había intentado defenderse; en el suelo, su cámara rota y ensangrentada. *“Yo le amé cariñosamente, y él me amó a mí también. Pero él tenía esta otra pasión en su vida: observar a los osos, y esa pasión le llevó lejos de mí”*, afirmaría su esposa Tatiana tras su muerte. Según las investigaciones, Nikolayenko se vio atraído por un gran macho que rondaba cerca del lago, a un kilómetro y medio de su choza. Estaba fotografiando al animal cuando fue atacado, seguramente de forma repentina pues no usó para defenderse la pistola de señales que llevaba encima. Amante de estos animales, intentó primero repeler el ataque con un spray de pimienta; seguramente este hecho le costó la vida. *“Vitaly debió comenzar a realizar fotografías al oso mientras descansaba, pero los troncos y las ramas de los árboles que se hallaban en el camino le molestaban, por lo que debió decidir entrar en la arboleda. Sus huellas conducen hacia allí, tras el oso. Se acercó a éste a una distancia de tres metros”* diría Rebrikov, guía turístico del parque y amigo suyo, que formó parte del equipo de búsqueda que encontró el cuerpo. *“¿Por qué he gastado mi vida con los osos? Esta es una pregunta incorrecta. No gasté ningún tiempo. Lo viví felizmente”* afirmaría Nikolayenko en una entrevista suya antes del trágico suceso.

Si bien los osos de Kamchatka son más famosos por los estragos que en ellos producen los cazadores furtivos que por los ataques a seres humanos que realizan, las muertes de Michio y Nikolayenko resultaron definitivas para otorgarles el papel de devoradores de hombres. El prestigio de estos fotógrafos y naturalistas hizo que en todo el mundo se conociera la noticia, especialmente en los foros de naturaleza. Aproximadamente 600 osos pardos de Kamchatka viven en la península y, sin embargo, los ataques de estos animales no resultan frecuentes, más bien todo lo contrario; aunque también es verdad que la interacción hombre-animal es escasa. Aún así, casos aislados como los de estos dos naturalistas siguen ocurriendo, quedando en el olvido al tratarse de personas desconocidas y acontecer en una región lejana. La mayoría de los sucesos son ataques provocados por la inconsciencia humana, pero a veces la única causa posible parece ser la depredación.

## Los osos y las mujeres

En agosto de 1967, un grizzly atacó a dos mujeres en incidentes separados en el Glacier National Park. Ambas fallecieron. Después de estos ataques, se especuló que, debido a los olores asociados a la menstruación femenina, las mujeres pueden ser más propensas a sufrir un ataque por parte de un oso que los hombres. Sin embargo, esta posibilidad nunca ha llegado a demostrarse, si bien ningún científico la desestima totalmente. Los estudios de Herrero (1985) realizados con osos grizzlys, analizaban las circunstancias de centenares de ataques de oso contra seres humanos, incluyendo los ataques contra estas dos mujeres, y concluyó con que no había evidencia segura que ligara la menstruación con los ataques de depredadores de los grizzlys. Rogers (1991) registró las respuestas de veintiséis osos negros salvajes ante cebos compuestos por tampones usados sin conseguir una clara conclusión. Y en una revisión extensa de los ataques de osos negros a través de Norteamérica, no se encontró ningún caso en que se pudiera afirmar que eran atraídos por las mujeres en periodo de menstruación (Cramond, 1981; Herrero, 1985; Rogers y otros, 1991).

Sin embargo, durante el estudio con osos polares realizado por Cushing (1983) sobre la hipótesis de que estos animales se sienten atraídos por el olor de la sangre de la menstruación se daba a conocer que los osos que vivían en libertad detectaban fácilmente los cebos con sangre menstrual que se colocaron en una determinada zona, mientras que no hacían caso de los cebos con sangre no menstrual. También realizaron pruebas con osos cautivos provocándoles con una serie variada de olores, incluyendo el de foca, el de diferentes alimentos, el de sangre humana no menstrual y el de los tampones usados con sangre menstrual; cuatro osos cautivos mostraron una clara excitación ante el olor de la foca y de los tampones, lo que confirmaba que el olor de la menstruación de una mujer despertaba en ellos una reacción depredadora.

Durante el período 1980-2002, los osos dentro del Yellowstone National Park dañaron a 32 personas, y no había evidencia alguna que ligara la menstruación a ninguno de estos ataques y más cuando solo siete de éstos los sufrieron mujeres. Y no se puede comprobar cuantas de éstas tenían su menstruación, ya que este dato no se refleja en los expedientes. Sin embargo, los mismos científicos, aunque reconocen que no hay evidencia de que un oso negro o un grizzly se sientan atraídos por los olores menstruales más que por cualquier otro olor, aconsejan algunas medidas para las mujeres en periodo de menstruación dentro de las precauciones destinadas a reducir los riesgos de ataque de oso en el parque, lo cual nos traslada la inseguridad al respecto que tienen los expertos:

1. Utilizar toallitas de limpieza humedecidas.
2. Utilizar tampones internos en vez de compresas.

3. No enterrar los tampones, ni las compresas. Un oso puede olerlos y desenterrarlos, lo que proporciona al animal un pequeño premio que puede relacionar con el olor y que se sientan atraídos por una mujer con el período.
4. Colocar los tampones, compresas y toallitas usadas en lugares inasequibles para los osos.
5. Los tampones se pueden quemar, si está permitido encender fuego, pero hay que recordar que necesitan un tiempo considerable para quemarse. Cualquier resto quemado se debe quitar de la hoguera y almacenarlo con la demás basura.
6. Muchos productos femeninos están fuertemente perfumados. Mejor utilizar los que no estén perfumados. Los cosméticos, los perfumes y los desodorantes son innecesarios y pueden atraer la atención de un oso.
7. Seguir las regulaciones y recomendaciones de almacenaje de alimento, para evitar atraer un oso a la acampada con sus olores. Todos los artículos olorosos que pueden atraerlos, incluyendo el alimento, los utensilios de cocina y de almacenaje del alimento, los artículos de tocador, y basura, se deben mantener en un lugar seguro contra los osos.

Estas reglas se deben cumplir, se sea mujer o no; se esté en Europa, Asia o América, y que dejan, en cierta forma, la visita a un lugar habitado por osos por parte de una mujer en período de menstruación bajo su responsabilidad. Si bien no hay datos científicos que certifiquen esta atracción mortal, también es verdad que ningún experto asegura de forma incuestionable lo contrario, sobre todo cuando los estudios realizados con osos polares (que se les supone una capacidad olfativa mayor) sí que avalaron esta hipótesis. Lo que está claro es que es muy difícil coincidir en un monte con un oso, y más que éste sea un devorador de hombres... Pero llegado el caso, poco se puede hacer. Por ello, siempre se ha de ser consciente de donde se está, del potencial depredador de este animal e intentar ir preparado por si se cruzara en tu camino.

## CAPITULO 7

### SERPIENTES, ABRAZO MORTAL

En la profundidad de la selva, en el fondo de la gran ciénaga, oculta, espera. Son muchos meses de ayuno. Pero, al fin, una presa descuidada se acerca golpeando el aire, arrancado ramas, pisando fuerte en el lodazal. Sus palabras son sordas, su cuerpo está caliente. Avanza solo, apenas unos pasos. Un rápido movimiento y el primate cae envuelto en el cuerpo de un ser vigoroso, todo músculo, pura fuerza. Con cada golpe de respiración, los anillos se cierran más. La criatura se estira y retuerce a su víctima hasta que le rompe el espinazo y la deja incapacitada. Sin apenas poder articular palabra, la presa, exhala sus últimos gemidos. No es una presa habitual. Pero ¿quién decide lo que hay que comer cuando hay hambre? Una gorra azul, remachada de pins, rueda en el fango. Costará tragar y su digestión será pesada, pero saciará su apetito durante meses.

Relatos estremecedores de serpientes gigantes abundan en los humedales amazónicos y las selvas de Asia y África, que rescatan de nuestro interior ese temor ancestral, que permanece oculto, hacia estas poderosas criaturas. Miedo que olvida que el verdadero peligro en los ofidios reside en las serpientes venenosas, para temer ser aplastados por un mortal abrazo y engullidos vivos en la profundidad de la selva. La simple visión de uno de estos reptiles deslizándose por el suelo, trepando a un árbol o surcando el agua, aterroriza a la mayoría de personas; aunque apenas mida unos centímetros y carezca de colmillos

Las serpientes nos fascinan y aterrorizan, una turbia sensación nos invade el cuerpo ante su presencia, un temor que compartimos con otros simios y que reaccionan violentamente, horrorizados ante la visión de uno de estos reptiles. Miedo atávico conservado de épocas en que los primeros mamíferos tuvieron que sobrevivir en un mundo salvaje dominado por los grandes reptiles, entre ellos los ofidios. José LeDoux, profesor de New York University, diría con respecto a estos reptiles: *“sin duda existen ciertos estímulos que han sido prealambrados en el cerebro porque han constituido un peligro perenne para nuestros antepasados”*.

## La agonía del mortal abrazo

En las selvas de Birmania, durante la Segunda Guerra Mundial, unos soldados japoneses estupefactos vieron como el pie de uno de sus compañeros sobresalía de la boca de una pitón. Esta historia quedó como una leyenda de la guerra como tantas otras, sin apenas más información. Invariablemente, los casos registrados de ataques depredadores de grandes ofidios conllevan una gran carga de emotividad, rodeada de fantasía y datos que en su contexto pueden ser exactos. Pero que científicamente pueden hacernos dudar de ellos aunque el ataque en sí se halla producido.

La siguiente referencia fue publicada en un periódico de Martinica relatando un suceso de la isla de Trinidad (Trinidad y Tobago), cuando aún pertenecía a Brasil. Según un artículo incluido en la revista francesa *La Nature* estos fueron los hechos: “*La isla de Trinidad está siendo devastada por un extraordinario monstruo, una serpiente de 45 pies (13,5 metros) de largo, último sobreviviente de la especie de las Illuillias, que abundaba hace tiempo en esta isla*”. Según el *Defense Coloniale* de la Martinica, esta serpiente comenzó a llevar a cabo sus depredaciones a partir de febrero de 1889 en el cantón d’Arima, alrededor de las selvas montañosas del norte de la isla. La depredación del animal fue en aumento, si bien en un principio cazaba aves de corral y pequeños animales, pronto le seguirían asnos, mulas y potros de caballos. Pero la alarma saltó cuando empezaron a desaparecer niños. Poco después de la desaparición de estos muchachos, los habitantes se reunieron y dieron inicio a una verdadera cacería; registraron cada palmo de la isla hasta encontrar en la región de las cavernas de Guachard una enorme anaconda, gracias al buen olfato de los perros. Tan pronto como la serpiente alzó su cabeza en el medio del agua fue acribillada por una descarga general. Después de unos instantes de agonía se enrolló fuera del estanque. Examinada con cuidado la anaconda resultó tener 47 pies de largo (14 dudosos metros) y 75 centímetros de ancho o diámetro. Su cuerpo fue abierto encontrándose un ciervo que acababa de devorar. La serpiente fue embalsamada y enviada a Puerto España, donde es expuesta en el Hotel de la Villa. Este caso se refleja extensamente también en el periódico *New York Times*, 28 de abril de 1889.

En 1962, Canciano Gómez sufriría el ataque de una enorme anaconda, más conocida en su zona de distribución como lampalagua; cuando se encontraba cazando patos silvestres en una laguna cercana a Villa Angela, en Chaco (Argentina). En cuclillas, con el agua hasta la cintura y con la escopeta en alto, avanzó cautelosamente hacia una bandada de patos que se desplazaba a favor de la corriente. No alcanzó a apuntar su arma cuando una fuerte presión envolvente le paralizó el muslo izquierdo. Desconcertado, trató de arrastrarse hacia la orilla. El fuerte nudo que lo atenazaba se asoció enseguida en su mente con la imagen de una serpiente enorme a pesar de

que el nivel del agua impedía su visión. De pronto, la cabeza del ofidio emergió a su lado. Canciano Gómez sabía que si se dejaba envolver se podía dar por muerto. Hizo de tripas corazón, volvió la escopeta hacia la anaconda y disparó sus dos cargas. Lentamente se aflojó la tenaza anudada a su muslo y pudo llegar exhausto hasta la orilla. Entonces tomó por la cola al animal, que según la prensa de la época media nueve metros, y lo extrajo del lago. La serpiente se exhibió en el escaparate de un negocio céntrico de Villa Ángela.

En septiembre de 1969, en la densa región selvática que constituye el límite de Bolivia, Brasil y Perú, en la cuenca del río Madre de Dios, afluente del Amazonas, una gigantesca anaconda se tragó a dos personas que estaban bañándose en el río Alto Madre de Dios en presencia de varios compañeros que nada pudieron hacer para evitarlo, según lo consigna el corresponsal en el Cuzco del diario La Prensa (Lima, Perú). Las víctimas han sido identificadas como Ricardo Flores y Juvenal Quispe, ambos naturales de Lima. De acuerdo a la misma fuente de información los testigos presenciales señalaron que mientras los infortunados se bañaban apareció una gigantesca boa entre las aguas del río en la selva peruana, cerca de la frontera con Bolivia. Asimismo se informó que se ha emprendido una cacería para dar con el ofidio y que incluso se ha pedido colaboración al Ejército. El corresponsal del diario citaba que este tipo de reptil es conocido en la selva tropical con el nombre de Yacumanaz, es decir Madre de los Ríos y que debido a su gran peso y tamaño tiene dificultad para desplazarse.

En diciembre de 1970, una pitón gigante se tragó, uno tras otro, a tres obreros en el fondo de un pozo de 30 metros de profundidad excavado por la compañía petrolera indonesia Pertamina, en Muara Megang, sector meridional de Sumatra. Los tres hombres habían descendido para realizar unos trabajos, pero pasado el tiempo previsto no aparecieron en la superficie. Alarmados sus compañeros trataron de ubicarlos con potentes reflectores, linternas y largavistas, pero con horror solo vieron un descomunal ofidio que se movía lentamente, su cuerpo estaba totalmente hinchado. Un cuarto obrero bajó entonces al pozo y mediante el estallido de una carga de dinamita mató al animal. Los cadáveres de las tres víctimas fueron hallados en el vientre de la serpiente.

En la selva sudamericana se produciría en 1974 un nuevo caso de víctimas fatales producto de las serpientes gigantes. Un labrador fue engullido por una boa conducida por la creciente del río Mearim, cerca de Vittoria de Mearim (Brasil). Según un conductor de camiones, que nada pudo hacer para socorrer a la víctima, el labrador había ido para ver que ocurría con sus cerdos que estaban inquietos a orillas del río, cuando fue enlazado por la serpiente y arrastrado al fondo de las aguas. El animal fue muerto luego por los pobladores.

En abril de 1975 se registraron nuevos ataques de serpientes gigantes en la Amazonia peruana: *“Se estima que una joven madre y su hijo recién nacido fueron devorados por una enorme boa en un alejado paraje de la Amazonia peruana, según informa el matutino El Comercio, a través de un despacho de su corresponsal en Tarapoto, 600 kilómetros al norte de Lima. Manuel Chasnamote, quien había constituido su hogar con la joven Juana Quispe había salido de cacería después de que su mujer diera a luz un niño, dejando a estos instalados en su vivienda levantada sobre pilares a tres o cuatro metros sobre el nivel del suelo en la ribera del río Huallaga. Añade que al retornar de su expedición se dio con la sorpresa que su esposa y su hijo habían desaparecido y que sobre la cama solo había abundante baba”*.

La misma imagen se volvería a repetir en el municipio de Jarú, estado de Rondônia, en pleno Amazonas, según un cable originado en Porto Velho (Brasil), el 20 de agosto de 1988. El niño de tres años de edad Daniel Menezes fue tragado por una gigantesca boa. La información consigna que el reptil atrapó al niño y huyó hacia el río sin que nadie pudiera salvarlo.

En 1999, una anaconda sembró el terror en el Toro, un lago de Tolima, en Ibagué (Colombia). En apenas un año, seis pescadores murieron tragados por un ofidio de enormes proporciones, al que se trató de cazar durante más de dos meses utilizando cebos vivos (cabras y patos). Sin embargo todo fue en vano, e incluso hoy, el temor sigue vivo en la zona, apenas nadie se atreve a entrar en el lago, si bien no se tiene constancia de nuevos casos. Según los especialistas que estudiaron este episodio, este animal pudo llegar a medir nueve metros de largo y más de 30 centímetros de diámetro: no tenía ningún problema en tragarse a un hombre entero. Las gestiones de las autoridades se encauzaron hacia la captura del animal, sin resultados; mientras, los naturalistas presionaban para que la zona se declarara reserva forestal o parque natural para proteger a las grandes serpientes.

Las anacondas y pitones adultas pueden capturar presas como jaguares, leopardos, capibaras, ciervos, caimanes, tapires, etc. Así pues, nada excluye al hombre de su cadena alimenticia como presa. Si bien estas serpientes no se alimentan de humanos generalmente, sí que son muy polivalentes en su alimentación y tragarán cualquier presa que puedan someter. Posiblemente, estos grandes ofidios podrían depredar con más intensidad sobre el ser humano si su hábitat no fueran los densos bosques, manglares y humedales donde la interacción depredador-presa con el hombre no resulta frecuente. Sin duda, otra circunstancia que impide en gran medida su depredación a mayor escala son sus necesidades biológicas, estos ofidios pueden pasar hasta seis meses de ayuno tras alimentarse de una presa de un considerable tamaño. Por tanto, es lógico deducir que su impacto depredador no será elevado, y más comparado con otros depredadores que necesitan alimentarse casi diariamente.

De la gran cantidad de especies de serpientes que existen y dejando de lado las venenosas, únicamente seis pueden representar un serio peligro para el hombre por su tamaño: la anaconda verde (*Eunectes murinus*), en Sudamérica; la pitón reticulada (*Python reticulatus*), en el sureste de Asia y sus islas; la pitón tigrina india (*Python molurus molurus*), en el sureste de Asia, en India y Sri Lanka; la pitón tigrina birmana (*Python molurus bivittata*), en Birmania; la pitón amatista (*Morelia amethystina*) en Nueva Guinea y Australia; y la pitón de Seba (*Python sebae*), en el África subsahariana. Otras serpientes constrictoras, como la boa (*Boa constrictor*), pueden alcanzar cerca de cuatro metros, pero no se conoce ningún caso de ataque depredador sobre el hombre.

La amenaza más grande para los seres humanos, derivada de las grandes serpientes, proviene a menudo del desconocimiento que se tiene de ellas. La ficción puede hacer tan absurda una realidad que puede llegar a ignorar el peligro real. Si bien las grandes serpientes constrictoras pueden ser potencialmente peligrosas debido a su tamaño y fuerza, no abundan los ataques documentados por estos ofidios contra seres humanos; es más, la mayoría resultan ser ataques provocados por investigadores o turistas que, en ocasiones, llegan a inquietar a estos reptiles más de la cuenta. John C. Murphy y Robert W. Henderson recogen en su obra *Tales of Giant Snakes, A Historical Natural History of Anacondas and Pythons* una serie de posibles ataques depredadores que gozan de la credibilidad de estos dos naturalistas y despiertan nuestro interés. Por otro lado, los habitantes de las cuencas del Amazonas y del Orinoco cuentan numerosos relatos donde gigantes anacondas engullen personas y vomitan sus huesos. En el este y sur de África su lugar lo ocupa la pitón de Seba. Y en Asia, en el sur y en diversas de las islas que conforman sus diferentes países, es la pitón reticulada la estrella de estas antropófagas narraciones. Obviamente, muchos de estos relatos no son más que leyendas; pero la gran mayoría se basa en los casos puntuales que sí ocurrieron, que hacen vibrar al chamán que las relata y estremecer el cuerpo de quien escucha.

### **Pitón, la gran serpiente de Asia y Oceanía**

Las pitones son serpientes que pueden alcanzar sorprendentes medidas de longitud, especialmente la reticulada que, con sus diez metros, rivaliza directamente con la anaconda verde en busca del récord mundial. Su poder de depredación es demoledor. Los ataques de estos reptiles, al igual que sucede con las anacondas, no son comunes, pero sí espectaculares y terroríficos. Dicen que si existe algo peor que ser comido vivo, es ser tragado en una lenta agonía. Revisando algunos de los casos mencionados por diferentes naturalistas y herpetólogos, nos encontramos con A. Watts, el cual relata en su libro *Pythons in the Belgian Congo* cómo logró salvar su vida *in extremis* del ataque de una pitón de Seba. El Dr. Félix Kopstein detalló

en un artículo de 1927 el caso de un muchacho que desapareció en Bitunuris, en la isla de Salebabu (Indonesia); cuando una partida de aldeanos inició su búsqueda, encontraron una pitón reticulada bajo un árbol; la serpiente guardaba un horrible secreto a la vista de todos en su abultado cuerpo: el muchacho se hallaba dentro. Kopstein también relataría el trágico suceso de una mujer que sufrió la misma suerte. Por su parte, R.W. Keavys publicó en 1929 la historia de un pescador que mantuvo una desesperada lucha con una pitón tigrina india, si bien este caso puede ser achacado a un ataque defensivo, no depredador, pues esta persona se encontraba pescando en la orilla cuando pisó al animal, que se revolvió y le atacó; el afortunado pescador pudo coger la serpiente por la cabeza y salvó su vida ya que finalmente evitó el abrazo mortal. Arthur Loveridge describe en sus estudios de 1931 cómo en la pequeña isla de Ukerewe, en el lago Victoria, desapareció una aldeana que estaba lavando ropa en su orilla; cuando la buscaron, encontraron una enorme pitón de Seba, hinchada, tomando el sol, con la desdichada mujer en su interior.

En 1955, W. Rose cita el caso registrado por el herpetólogo Franz Werner. Según el cual una pitón reticulada engulló al joyero Maung Chit Chine, en la región de Thaton, Birmania (actual Unión de Myanmar). Había salido de caza con un amigo cuando una fuerte tormenta les sorprendió. Maung buscó refugio bajo un árbol. Allí mismo, fue tragado; no pudo huir. Cuando pasó la tormenta, su compañero le buscó hasta dar con la pitón. Junto a ella, un sombrero y unos zapatos. Mató al animal y lo descuartizó; dentro halló el cuerpo del malogrado Maung. En 1972, un nuevo episodio aconteció en tierras birmanas: un muchacho desaparecido fue buscado desesperadamente por su familia hasta aparecer en el vientre de una pitón reticulada. En 1979, el joven Johannes Mokau encontraría la muerte en las fauces de una pitón de Seba, en una factoría cercana a Johannesburg (Sudáfrica): se encontraba paseando a una oveja cuando la serpiente le mordió en un brazo; empezó a gritar pidiendo ayuda conforme el animal le envolvía totalmente, aplastándolo entre sus mortales anillos. Fue engullido, en parte, en el breve tiempo que tardaron en llegar los obreros de la factoría. Tras matar a la pitón con un hacha, intentaron reanimar, en vano, al joven que yacía muerto. No resulta extraño que las grandes serpientes merodeen en los suburbios de algunas poblaciones: la gran cantidad de roedores, gatos y perros que están a su alcance le reportan en ocasiones un alimento que las esquilmas selvas les niegan. Y cuando estos reptiles alcanzan dimensiones considerables, un hombre bien puede entrar en su menú.

A principios de abril de 1998 sucedería un nuevo episodio: una pitón se tragó a Raúl Bacalzo, un pequeño bebé, mientras dormía en su casa, en la aldea de Bucal, en Cavite (Filipinas): la serpiente entró en la habitación y se arrastró por el cuarto hasta que dio con él. Marianne Lipos, la madre, declararía que estaba haciendo la cena cuando oyó a su niño llorar; se acercó a comprobar como estaba, descubriendo que había desaparecido. Entonces vio, paralizada por el terror, una enorme serpiente salir de

la casa a través de la cocina, perdiéndose en el bosque ante su impotencia. La policía no pudo encontrar ni al bebé, ni a la pitón. En diciembre de 1999 ocurría un caso similar en la isla de Moreton (Australia), con diferente final: el joven Gerard O'Hare sobrevivió al ataque de una pitón amatista que entró en su tienda, de madrugada, mientras dormía. El animal se enrolló firmemente alrededor de su cuello y mordió su cara. Alertado, su padre, Neil, luchó tenazmente con la serpiente logrando separarla de su hijo. Un helicóptero voló desde Queensland con un equipo médico al lugar, llevándose consigo al padre y al hijo al hospital de Brisbane. Un portavoz del servicio del rescate comentaría: *“La serpiente entró en la tienda y así al muchacho por la garganta. Se había envuelto a su alrededor e intentaba comérselo. Tenía sus mandíbulas abiertas, de par en par, y le tenía bien sujeto. Lo estrangulaba mientras le mordía. El muchacho está muy traumatizado y, aunque la serpiente no era venenosa, tenía numerosas heridas en la cara y en la parte superior del cuerpo”*.

A partir de 2000, el número de ataques y aunque apenas registran una media de un caso anual en todo el mundo, nos indica una clara línea ascendente comparándola con los registros anteriores. Quizás sea debido a una mayor interacción hombre-reptil en territorios antes apenas habitados por el hombre. A principios de enero de 2001, Lucas Sibanda fue atacado cerca de Pretoria (Sudáfrica) por una pitón de Seba; en apenas diez segundos se enrolló en su cuerpo, sin embargo Lucas reaccionó mordiendo fuertemente a la serpiente en la base de su cabeza, hundiendo sus dientes con toda su fuerza; entonces el animal aflojó su abrazo mortal, momento que aprovechó Lucas para escapar. Una vez libre, mató a la pitón a golpes con un palo. En mayo de 2001 trascendía un nuevo caso: la anciana Ngah Hitam fue al cuarto de baño, a media noche, en su hogar en Kampung Seberang Tuan Chik (Malasia) cuando una pitón le mordió uno de sus pies e intentó arrastrarla hacia el agujero por el que había entrado. La mujer estuvo luchando con la serpiente, mientras está tiraba. Afortunadamente, el hueco era lo bastante grande para que el animal pudiera entrar, pero no para que pudiera arrastrar a la anciana tras de sí. Ngah sufrió una mordedura enorme en su pie y tuvo que recuperarse en el hospital de Terengganu. Su nieta denunciaría que era la segunda vez, en seis meses, que una pitón entraba en su casa.

Al año siguiente, en noviembre de 2002, una pitón de Seba se tragó a un muchacho que estaba recogiendo mangos en una huerta cerca de Lamontville (Sudáfrica). Tres amigos que le acompañaban se ocultaron, aterrorizados, en los árboles durante tres horas. Khaye Buthelezi, uno de ellos, relataría: *“La serpiente se enroscó rápidamente alrededor de su cuerpo. No gritó, ni ninguno de nosotros. No queríamos que viniera a atraparnos también. Le apretó más y más, a su alrededor hasta que cerró los ojos y su cabeza cayó hacia atrás. Creía que se había desmayado. Entonces la boca de la serpiente se abrió mucho y comenzó a tragarlo de la cabeza hacia abajo... sus ropas, todo. Estuvo ahí cerca de tres horas, estaba oscuro cuando la vimos alejarse y bajamos de los árboles”*.

El ataque movilizó a la policía, a diversos especialistas y a gran parte de la población, que salió en busca del reptil. Pero no encontraron ningún rastro del muchacho, ni del animal, tan solo la hierba aplanada que conducía hasta una corriente de agua próxima. Según los expertos, la serpiente acababa de salir de su hibernación, por lo que debía estar hambrienta y necesitada de energía cuando se cruzó con el muchacho. “*Nunca hemos tenido un caso de una pitón de Seba que se comiera un ser humano, pero son depredadoras muy oportunistas*” comentó Craig Smith, dueño de un parque de serpientes en Durbin y miembro del equipo de búsqueda.

Otro caso, cuanto menos curioso, fue el de Samruay Polpruk: en diciembre de 2003, se ofreció para trasladar a un lugar seguro una pitón que había entrado en el poblado de Prachin Buri (Tailandia). Ayudado por otra persona, se hizo con la serpiente y ambos se alejaron en una motocicleta. De pronto, la serpiente, que había permanecido relativamente tranquila, comenzó a rodear su cuerpo, abrazándole fuertemente. Su compañero paró la moto e intentó liberarle; al ver que no podía, salió corriendo en busca de ayuda. Samruay, inconsciente, quedaba a merced del animal. Cuando llegó la policía al lugar lograron rescatarle aún con vida y fue trasladado al Hospital Chao Prayapoobeth en estado crítico, con una herida grave en el brazo izquierdo y numerosos huesos rotos. El teniente de policía Jumpol Baujum comentaría “*la serpiente fue atrapada por la gente cuando entró en el poblado y Samruay se ofreció a dejarla en la jungla: una buena acción que casi le cuesta la vida*”.

## **Anaconda, la serpiente gigante de Sudamérica**

“...Federmann (...) vagó hacia fuera, en los Llanos, hacia los bancos de un río poderoso. Ya que había varios signos que la región en otras veces había sido poblada densamente, Federmann deseó averiguar la causa de su desolación presente. Él aprendió de varios indios capturados que en el río vivió un animal carnívoro tan voraz que había devorado a muchos de los habitantes. El resto había abandonado la zona y había escapado a un lugar más remoto para evitar la ferocidad de un enemigo tan mortal. Federmann y sus soldados consideraron esta declaración verdadera porque en el crepúsculo habían oído el fuelle formidable de la fiera. Unos aún dijeron que ellos lo habían visto y habían afirmado que esto era una especie de serpiente de corpulencia aterradoras” escribiría en 1723 José de Oviedo y Baños, en su obra *From The conquest and settlement of Venezuela*.

Al igual que con las pitones asiáticas y a pesar de los numerosos relatos sobre anacondas antropófagas que se cuentan en la Amazonia, realmente existen pocos ataques depredadores documentados de esta especie contra seres humanos. Repasando las hemerotecas, podemos encontrar algunos de estos episodios fatales, de los cuales, posiblemente, el primero del que se tuvo conocimiento en Occidente lo proporcionó el príncipe holandés Johan Maurits de Nassau-Siegen, gobernador

de Brasil de 1621 a 1624; quien aseguró en sus escritos que “*la vida de una señora holandesa corrió un serio peligro cuando fue atrapada y casi engullida por una anaconda*”. Dos siglos después, el naturalista Robert H. Schomhurgk exploraría la Guiana inglesa (hoy Guyana) reflejando en 1840 diversos ataques de estos reptiles sobre los nativos. Otro célebre explorador, H.W.Bates, relata en 1863 cómo el hijo de su vecino fue rescatado del mortal abrazo: mientras el padre se encontraba recogiendo frutos silvestres, el joven guardaba la canoa en la orilla del río, a la sombra de un árbol; una anaconda hizo presa en él y empezó a rodearle con su cuerpo; los agónicos gritos del muchacho alertaron a su padre, que rápidamente regresó al lugar matando a la serpiente con un fuerte golpe en la cabeza. El herpetólogo J. J. Quelch escribiría, en uno de sus trabajos de 1898, su experiencia personal sobre una anaconda que atacó a un muchacho en una canoa, relatando que logró ser liberado a tiempo y concluyendo con que otros compañeros suyos no tuvieron la misma suerte.

Ya en el siglo XX, los registros de ataques referidos por expertos siguen siendo mínimos. Según comenta Leonard Clark, en 1947, cuando llegó a Lima (Perú) recibí un terrible informe sobre su expedición en los ríos Morona y Marañón. Juan Vargas, el cartógrafo de la expedición, había sido encontrado en el vientre de una anaconda verde. *Yacu maman*, la llamaban los nativos, la madre diosa del agua. Vargas dormía en el barco; el resto de la expedición había acampado en la orilla. La serpiente entró a través de un agujero que tenía la embarcación. Sorprendido y solo, Vargas fue tragado por la serpiente, la cual no pudo volver por donde entró con su cuerpo en el estómago; fue encontrada a la mañana siguiente en el cuarto del motor. En 1956 el herpetólogo Rolf Blomberg nos habla de un muchacho que desapareció en las aguas del río Yasuni, en la frontera entre Ecuador y Perú; tomaba el baño cuando fue atacado por una anaconda que le arrastró río abajo; a pesar de la intervención de sus amigos y de su padre, no pudieron salvar su vida. A la serpiente la mataron de cinco tiros de fusil. En este libro, Blomberg también detalla un ataque en el río Napo, donde murió un hombre capturado por una anaconda. Kurt Severin escribiría en 1958 sobre un hombre que había llevado a su rebaño a beber y que la mala fortuna le acompañaría, pues una anaconda apresó su mano. Consiguiendo envolverle con sus mortales anillos, lo engulló. Clifford H. Pope recordaba en 1961 otro ataque, en la Guyana Británica, a un cazador al cual se le había caído en la orilla de un río un pato selvático que llevaba encima, al ir a recogerlo apareció el reptil; cazador cazado, sería su fin.

El ataque más reciente de anaconda verde conocido aconteció en febrero de 2007: Mateus Pereira se encontraba jugando con sus amigos en el rancho de su abuelo Joaquín, donde se hallaba pasando las vacaciones. El rancho se sitúa en un área rural de Cosmorara (Brasil), un lugar donde resultan frecuentes las anacondas, aunque no se tenía conocimiento de ningún encuentro fatal. Pero ese día sería diferente. Cuando los muchachos se acercaron a un riachuelo del rancho, una anaconda verde

de cinco metros salió de la nada y atrapó a Mateus, mordiéndole en uno de sus costados, a la altura del pecho. *“Me tumbó al suelo y me mordió; después me subió hasta el cuello y comenzó a ahogarme”*. Sus amigos, horrorizados, salieron corriendo a avisar a su abuelo, quien sin apenas dar crédito a lo que le contaban, se armó con un cuchillo y se dirigió al lugar rápidamente. *“Cuando vi a la serpiente envolviendo el cuerpo de mi nieto pensé que lo mataría. Fue una agonía, yo lo tiraba de un lado, pero la serpiente recuperaba por otro”*. A golpes, tras media hora de lucha impidiendo que el reptil asfixiara al niño, deshaciendo los mortales anillos de la anaconda; logró malherir a la serpiente. Apenas aflojó su abrazo mortal, Joaquín liberó a su nieto: *“La anaconda estaba totalmente enrollada a su cuerpo y Mateus gritaba que se estaba muriendo. Salté sobre ella y empezó a sofocarme con su cola. La maté con golpes de piedra y cuchillo”*. Rápidamente le trasladó al hospital; 21 puntos de sutura cerrarían la herida de su pecho y, después de tranquilizarlo, fue dado de alta. La serpiente quedaría en el lugar del ataque, muerta. *“Fue todo muy rápido. No tuve tiempo de hacer nada. Mi abuelo fue un héroe; tuve mucho miedo de morir”*.

## **La anaconda y el Dr. Jesús A. Rivas**

En 1992, el Dr. Jesús A. Rivas iniciaba el Proyecto Anaconda, un interesante trabajo orientado al estudio de la anaconda verde en su hábitat. Con el fin de adentrarse en los escasos conocimientos que se disponían sobre este animal, trabajó con más de 800 ejemplares salvajes. *“Antes de 1992, se ignoraban muchas cosas sobre la anaconda, y no se puede realmente saber mucho sobre un animal estudiando modelos en el ordenador del laboratorio. Tienes que ponerte los zapatos y marchar con las serpientes y usarlos. De esta manera aprendes la diferencia entre la verdad y lo que piensas que es verdad”*. Tras 14 años de contacto directo con estas criaturas, en los llanos de Venezuela, el Dr. Rivas tan solo nos describe dos ataques predadores, lo cual puede darnos una idea sobre la escasa incidencia de este ofidio sobre el ser humano.

El primer ataque lo realizó Lina, una hembra de 5,04 m y 54 Kg sobre un de los integrantes del equipo del Dr. Rivas. El animal tenía una infección en la boca, por lo que recibió la atención veterinaria necesaria. Antes de liberarla de nuevo, se le implantó debajo de la piel un radiotransmisor. Dos meses después, una de las investigadoras seguía la señal de la anaconda con la intención de determinar su estado, cuando emergió de entre la vegetación acuática y mordió sus pantalones. Al desgarrarse estos, la muchacha se liberó. El animal volvería a intentarlo lanzándose sobre su cintura. Descubiertas sus intenciones, su ataque fracasó. No había comido desde su liberación, y probablemente haría más tiempo que no se alimentaba. El segundo ataque aconteció mientras buscaban serpientes en un río cubierto de jacinto acuático (*Eichhornia sp.*). Una anaconda se acercó a uno de ellos, saliendo a la superficie por su espalda, y elevando su cabeza 25 cm sobre la vegetación acuática.

Los fotógrafos de la expedición, que iban por detrás, se dieron cuenta del peligro y advirtieron a sus compañeros mientras filmaban. Cuando la serpiente atacó, ambos estaban preparados, esquivando su ataque. La anaconda, Penélope, fue capturada por el equipo: medía 4,45 metros y pesaba 39 Kg. Estaba muy delgada, necesitaba alimentarse y no dudó en atacar a un ser humano. Las anacondas pueden capturar presas bastante grandes. Por lo tanto, en el primer ataque, la investigadora (mujer, 1,56 m y 55 kilos) está dentro del tamaño normal de las presas que una serpiente como Lina podría cazar. Este ejemplar fue a menudo seguido por la telemetría, manteniendo muchos encuentros, por lo que es posible que finalmente asimilara que no corría ningún riesgo con los investigadores, lo que seguidamente pudo llevarla a verlos como presa en un momento de hambre. Lina, aparentemente inofensiva, se había transformado en un peligro potencial en aquellos momentos. Como hemos leído, el segundo ataque fue realizado por una anaconda grande, pero bastante delgada para su tamaño. Dada la fecha del ataque (marzo), es probable que la serpiente hubiera dado a luz el año antes (noviembre o diciembre) y, por lo tanto, necesitaba una buena comida para recuperarse de su inversión reproductiva. Seguramente, el ofidio estaba sufriendo un déficit energético, por lo que atacó a una presa grande como era el investigador (un varón de 1,74 m y 57 Kg). En ambas ocasiones, las personas estaban buscando anacondas en lugares donde apenas se ve al hombre. Estos encuentros podrían definirse como provocados. Pero debemos tener en cuenta que este equipo de investigación a trabajado con infinidad de anacondas, afirmando que estos animales, sin apenas predadores naturales, se sienten seguros ante la proximidad de un ser humano. *“La anaconda es la dueña del pantano”* afirma el Dr. Rivas. Apenas se alejan cuando notan su presencia y únicamente intentan defenderse cuando se las hostiga, lo cual difiere mucho de un ataque directo como los anteriormente relatados.

El Dr. Rivas sufrió otro ataque, del que él mismo fue víctima, mientras intentaba capturar un gran ejemplar: *“Era una hembra grande, de 4,70 metros. Había conseguido agarrarla por la cola; estaba debajo de nuestro barco. Intenté empujarla con el pie para sacarla de su posición mientras tiramos del otro extremo, pero ella mordió mi tobillo. Si hubiera tirado hacia abajo y se hubiera enrollado alrededor de mí cuerpo, no hubiera habido nada que mis ayudantes pudieran haber hecho. El agua era profunda, y habría desaparecido de la superficie. No habría tenido ninguna posibilidad de luchar con esta serpiente gigante”*. El Dr. Rivas se liberó y la anaconda fue capturada. Fue una reacción defensiva, al contrario que en los otros casos, en que los reptiles pudieron observar durante mucho tiempo a los seres humanos, lo que elevó las posibilidades de un ataque predador. Aunque no es normal que una serpiente deprede sobre el hombre; si se dan las condiciones oportunas, añadiéndole un poco de hambre, las anacondas cazarán seres humanos: *“Aunque las anacondas no son comedoras de hombres en la naturaleza, son oportunistas y tomarán cualquier presa que puedan someter y tragar. Así, el potencial existe para que las anacondas cacen gente”*, afirma el Dr. Rivas.

## Serpientes gigantes, mascotas mortales

Las pitones se tienen a menudo como animales domésticos; un peligro latente, que sin advertencia puede resultar mortal. Los problemas de ataques realizados por serpientes cautivas son muy escasos en todo el mundo, excepto en EEUU, donde no resultan extraños. El cuidado de estos grandes ofidios por aficionados es peligroso y conlleva una gran carga de responsabilidad, en muchas ocasiones desconocida para ellos mismos. A partir de 1992, los casos de ataques de estos animales empezó a ser una seria preocupación para las autoridades de EEUU con el caso de la pitón asesina de Brampton, Ontario (28 ataques). En este país existen al menos diez casos confirmados de muerte por serpiente constrictora. Como podemos apreciar, son más las muertes conocidas por serpientes “domésticas” en un país que con ejemplares salvajes en todo el mundo. Cada vez que ocurre uno de estos episodios, aumenta el miedo y el desconocimiento sobre estas especies; trasladándose ese temor irracional hacia las especies salvajes que viven en libertad.

Serpientes de gran tamaño que se escapan de sus habitáculos han sido responsables de la muerte de varias personas. En 1980 una pitón mató e intentó tragar a un bebé en Dallas. En 1982, en Reno (Nevada), un niño fue asfixiado por una pitón reticulada en su cuna; después, la serpiente se subió a un estante. En 1984, una pitón se escapó en Solvay (New York) causando el pánico durante nueve días. Víctima de una pitón, en 1991 moría un niño en Long Beach (California). En 1993, una pitón birmana mató a un muchacho en Colorado. En 1996, una pitón birmana mató a un joven en el Bronx (New York); un vecino lo encontró en el vestíbulo fuera de su apartamento con la serpiente envuelta a su alrededor. En 1999, una pitón de Seba asfixió a un niño en Centralia (Illinois). En 2001 una pitón birmana estranguló a una niña en Irwin (Pennsylvania), la joven entró en coma y a los dos días se le declaró muerte cerebral. En 2006, en Florida, un hombre estrelló su coche cuando su pitón le mordió y se enrolló en su cuerpo. En EEUU no son pocos los ataques provocados por ofidios, que no son domésticos, sino animales salvajes cautivos; y por más inofensivos que puedan parecer, en cualquier momento, un detalle inesperado puede hacerles reaccionar violentamente y un joven, en una habitación de su casa junto a una pitón, no deja de ser una posible presa. El célebre dibujante Gary Larson, tenía una pitón birmana como mascota, la había criado desde pequeña: *“vivía con un depredador gigantesco con un cerebro muy pequeño”*, comentaría Larson el día en que le atacó.

## CAPITULO 8

### CROCODILIOS, LOS “GRANDES SAURIOS”

Las historias de personas devoradas por enormes reptiles, que ocultos en las profundidades de lechos marinos, ríos y lagos, saltan de repente sobre el descuidado bañista, el atareado pescador o el inocente niño que pretende llenar un cántaro de agua ilustran numerosos paisajes de nuestra literatura y habitan en nuestra memoria cada vez que nos acercamos a un lugar donde sabemos que habitan los grandes saurios.

Si bien hemos podido comprobar cómo los escasos encuentros fatales protagonizados por serpientes gigantes quizás no las convierten en las aterradoras devoradoras de hombres que creíamos, otra cosa son los grandes crocodilios: cocodrilos, aligátos, gaviales y caimanes. Ataques que van a más, pues la población de crocodilios se ha incrementado en todo el mundo tras haber sufrido una regresión que puso en peligro a varias especies. Y el número de personas que vive en las áreas costeras, pantanos y márgenes de los ríos también ha aumentado, por lo que los encuentros indeseados son más frecuentes. Estos animales se distribuyen por gran parte del planeta, en zonas fluviales y litorales templados y cálidos; entrando en interacción directa con el hombre en muchas zonas, destacando especialmente Florida (EEUU), Northern Territory (Australia) y diversas regiones del África subsahariana (Burundi, Uganda y Malawi); donde son cientos las víctimas anuales. Son pocos los ataques de estos animales que acaban con un buen susto y algunas magulladuras, algunos encuentros se pueden saldar con serias heridas y amputaciones, pero la norma será mortal de necesidad. Hay una serie diversa de motivos que puede desencadenar un ataque no provocado, aunque con frecuencia podemos hablar de caza, depredación sin más; en otros casos podemos hallarnos, sin pretenderlo o negligentemente, en un territorio hostil donde la hembra guarda sus huevos o defiende un territorio de cualquier presencia depredadora, competidora o inquietante. Los ejemplares más pequeños tienden a morder una vez, como aviso de autodefensa ante una proximidad no deseada. Pero los animales de dos metros y medio morderán más, en varias ocasiones; un comportamiento típico de la persecución que puede acabar en

alimentación. Sobrevivir a uno de estos encuentros, no significa que la tragedia halla finalizado. El trauma de un ataque puede ser solo el principio de los problemas de la víctima, pues las bacterias y hongos que viven en la boca de los crocodilos pueden desencadenar reacciones e infecciones graves, incluso la muerte. Las bacterias aeromonas, por ejemplo, puede comenzar con una erupción de piel y progresar hasta crear una infección seria. Los tratamientos antibióticos y contra el tétano son esenciales después de sufrir mordeduras por parte de uno de estos reptiles.

Como en todos los casos de animales depredadores, la habituación de crocodilos alimentados por seres humanos resulta muy peligrosa. Estos reptiles rápidamente asocian la presencia del hombre con alimento. Algo que es extremadamente peligroso, especialmente para aquellos que confíen en el comportamiento pacífico de animal, que puede hasta parecer inofensivo. En caso de tener la oportunidad de observar de cerca a uno de estos reptiles, recuerde aquello de “lágrimas de cocodrilo” y mantenga la distancia. Los expertos recomiendan tomar precauciones siempre que se viva o visite algún lugar habitado por estos animales:

- Aproximarse con precaución a las zonas húmedas
- No dejar nunca a los niños pasear solos, ni acercarse al agua.
- Evitar las áreas en que nadan habitualmente estos reptiles, así como nadar en el crepúsculo o de noche, pues es cuando están más activos.
- No alimentarles, ni lanzar restos de comida cerca de las zonas de paso para personas.
- No intentar capturarlos, tocarlos o alejarlos de su hábitat natural.
- Pensar siempre que no son buenos animales domésticos.
- Olvidarse de un objeto caído muy cerca del agua; el riesgo por recuperarlo puede resultar excesivo.

### **Cocodrilo del Nilo, el antropófago africano**

Posiblemente, en toda la historia del hombre, sea el cocodrilo del Nilo (*Crocodylus niloticus*) uno de los animales que más víctimas se halla cobrado. Compañero de evolución desde los albores de la Humanidad, sus poderosas fauces han acechado nuestros pasos en estuarios, pantanos y ríos en gran parte del África subsahariana durante miles de años. Si bien hoy día resulta difícil encontrar cocodrilos de esta especie de más de cinco metros (lo cual ya es más que suficiente para incluirnos en su dieta); en otros tiempos, sin la fuerte presión humana, pudieron desarrollarse hasta los siete (o más) y rebasar la tonelada, lo que nos indica la capacidad depredadora de estos reptiles; unas formidables criaturas que recorrían las aguas del interior del continente africano, alimentándose de todo aquello que se ponía a su alcance, incluido el hombre. Hoy, en muchas zonas de África alejadas de las modernas ciudades, todo sigue igual. Emboscado bajo las opacas aguas, el gran cocodrilo del

Nilo espera. Una explosión vertiginosa, acompañada de una fuerte presión en una pierna, brazo, cabeza o estómago puede arrastrar a una persona hacia el elemento líquido, hacia la muerte, en apenas unos segundos. La vulnerabilidad de una persona bañándose en un lago, pescando en el pantano o bebiendo de una orilla ante su acometida es total.

En un breve recorrido por la geografía africana podemos descubrir algunos de los rastros antropófagos de estos grandes animales. Graham y Beard nos relataban en 1973 el caso de un farmacéutico voluntario del Cuerpo de Paz de EEUU desaparecido en Gambella (Etiopía) a principios de 1966; si bien se daba por hecho que había sido devorado por un cocodrilo, el ataque no fue confirmado hasta que se cazó a tiros un ejemplar con las piernas y la pelvis del farmacéutico en sus mandíbulas; en su interior se encontraron pedazos desmembrados del cuerpo y su cabeza, apenas reconocible. En 2000, la prensa somalí denunciaba que un cocodrilo de Xog-Ogaal (Somalia) había devorado a dos hombres y una mujer, causando el pánico en la aldea de Masale, en la región de Shabeellaha Hoose; según los nativos, este animal había desarrollado un gusto especial por la carne humana, por lo que trataron de cazarlo en diversas ocasiones sin conseguirlo. Por otro lado, los frecuentes ataques en el lago Ravelobe (Madagascar) se han concentrado cerca de Ampijoroa; donde la gente recoge agua, se baña y lava con frecuencia su ropa. Evon Hekkala daba a conocer en *Maneaters of Madagascar* las dificultades que sufre esta población malgache a causa de los ataques de cocodrilo.

A principios de 2000, Khaled Hassen, cazador de cocodrilos y conservacionista, presentaba un estudio donde aseguraba que los cocodrilos estaban matando una media de dos personas diarias en el Lower Shire Valley (Malawi). Unas semanas antes, las autoridades de este país le pidieron que matara cien ejemplares debido a la alta intensidad de ataques sufridos. El número creciente de estos animales se estaba convirtiendo en una amenaza seria para la población y urgía a las autoridades tomar medidas. Hassen agregó que los ataques divulgados podrían ser la punta del problema y reclamó al gobierno que parara la matanza, añadiendo que donde había más incidentes los ataques no se denunciaban a la policía, ni a la comisión del distrito porque se consideraban un suceso habitual. Desde que Malawi firmara el tratado CITES, la población de cocodrilos estuvo creciendo de forma controlada, matándose 200 al año, 600 menos que antes del tratado; pero ahora se estaba descontrolando. “La población de cocodrilos está aumentando excesivamente y el contingente que tenemos es demasiado pequeño. Los cocodrilos se reproducen y tienen hambre, recurren al ganado y a la matanza de seres humanos”. Transcurrido un año, con 250 personas devoradas, el gobierno decidió actuar y realizar un descaste: “Sabemos que hay una prohibición mundial en la caza del cocodrilo del Nilo, pero no tenemos otra opción porque estos animales están causando numerosos estragos. Por lo tanto, he desplegado a cazadores para eliminar a los devoradores de hombres”, dijo el ministro malawí Harry Thomson.

A finales de 2002 sucedió un caso asombroso, en el que Mac Bosco Chawinga fue atacado mientras nadaba en la bahía de Nkhata. *“Ambos brazos estaban dentro de las mandíbulas del cocodrilo, la bestia lo arrastraba a aguas más profundas cuando él decidió luchar”* comentó Mtekama, portavoz de la policía. Sorprendentemente, Mac mordió la punta de la nariz del animal, una de las pocas partes suaves del cuerpo del cocodrilo, de forma tan brutal que éste abrió sus mandíbulas, dejándole escapar. Con sus brazos y piernas sangrando, logró nadar hasta tierra, mientras el saurio le seguía, quizás tan sorprendido como su propia víctima. Mac Bosco fue recogido por unos pescadores y atendido en el hospital, salvando así su vida. En 2004, el número de muertes bajaría a 18 al año, un descenso más que notable: Hassen se estaba encargando de cumplir los objetivos del gobierno: eliminar los cocodrilos conflictivos ajustándose en lo posible a los convenios CITES.

Por otro lado, a finales del 2000, tres ataques fatales sorprendían a la población de KwaZulu-Natal (Sudáfrica). El primero lo sufrió un miembro del personal de Kwazulu-Natal Wildlife en noviembre, quien fue atrapado por un enorme cocodrilo mientras pescaba cerca de la orilla del lago Bhangazi, en el Greater St. Lucia Wetland Park. El segundo ocurría en diciembre: tras una cena romántica, Tracy Hunt y su novio Claudio Celestino fueron a nadar a la desembocadura del río Umfolozi, en el estuario de Santa Lucía. Este idílico paraje natural resulta tan acogedor durante el día, como peligroso de noche, cuando numerosos animales salvajes están más activos, incluso hipopótamos y tiburones, y por supuesto el cocodrilo del Nilo. Es un lugar de vistas maravillosas que se funde con el océano, pero donde sus señalizaciones indican *¡Peligro!*. Tras pasar un tiempo nadando, Tracy se dirigió a la orilla, el baño había terminado y quería descansar; en ese momento la boca de un cocodrilo la atenazó y tiró de ella con fuerza. *“Oí un grito de dolor, me di la vuelta y la vi desaparecer bajo el agua”* relataría Claudio días después mientras, angustiado, aseguraba que un cocodrilo se la había llevado. Su torso y piernas fueron encontrados por los pescadores en Honeymoon Bend, a un kilómetro y medio del lugar del ataque. Cuatro días más tarde, se producía un nuevo ataque en la zona: Sizakele Manyoni, una mujer indígena, desaparecía mientras cruzaba a pie el río Enseleni, al norte de Empangeni. Según un testigo presencial, el cocodrilo era enorme y se encontraba protegiendo el cuerpo de la desafortunada víctima cuando los submarinistas de la policía lo encontraron.

Otro caso similar aconteció en marzo de 2002, en Kenia: un grupo de 17 adolescentes que trabajaban como voluntarios en un centro de conservación de Taita, decidieron descansar junto al lago Challa, en la región de Amboseli-Tsavo. Este lago de aguas azul-turquesas se sitúa en el cráter extinto de un volcán, y refleja en un día claro el pico nevado del Kilimanjaro. Los estudiantes habían leído sobre el lugar y decidieron visitarlo, lecturas que describían el lago como sitio agradable para nadar. A pesar de ello, tres de los jóvenes preguntaron en el hotel si era seguro; según les informaron,

hacia años que no se veía un cocodrilo por allí. Sin embargo, para los nativos de la zona, bañarse en el lago era aventurado, pues aunque había pocos ejemplares, con seguridad los había que vivían allí. La joven Amy Nicholls, una estudiante inglesa de geografía, amante de la naturaleza y enamorada África, se encontraba en el grupo. No tardó en lanzarse al agua. Confiados, habían ido al lago sin guía local y ya estaba anocheciendo. Su compañera Elspeth Harley, estaba nadando cerca de ella: *“Amy realizó un movimiento, se dio la vuelta y después comenzó repentinamente a gritar. Estiré mi mano hacia ella, pero en unos segundos desapareció.”* Amy luchaba desesperadamente por su vida, y logrando subir de nuevo a la superficie gritó: *“¡Tiene mis pies! ¡Es un cocodrilo!”*. Pero nadie podía hacer nada: un enorme cocodrilo tiraba de ella hacia las profundidades del lago. Al día siguiente, los submarinistas de la Marina de Guerra de Kenya recuperaban su cuerpo desfigurado y sin un brazo. Ted Goss, guarda del Tsavo West National Park, sorprendido, comentó *“He organizado numerosas visitas con escafandra autónoma en el lago y nunca había oído hablar de un cocodrilo en el Challa. Estoy completamente asombrado”*.

En Nueva Orleans (EEUU), tras el desastre del huracán Katrina de 2005, empezó a circular por Internet la noticia de que un aligátor gigante estaba recorriendo sus calles devorando cadáveres y atacando a seres humanos. Sin embargo, todo resultó ser una leyenda urbana más de las que circulan por la Red. No obstante, este gigantesco animal que aparecía en las imágenes, aunque no tenía nada que ver con Nueva Orleans, sí que existió. No era un aligátor, se trataba de un enorme cocodrilo del Nilo que mantuvo aterrorizada a la población de Pointe Noire (República del Congo). En la primavera de 2003, varias personas desaparecieron de esta zona sin dejar rastro alguno; no se hallaban restos ni indicios de lo que les pudiera haber pasado. Sin embargo, los más antiguos del lugar ya sospechaban de las orillas del puerto. Finalmente, a principios de julio de ese mismo año, un enorme cocodrilo del Nilo era avistado en la playa. Avisadas las autoridades, se personaron en el lugar varios efectivos policiales que rastrearon la zona. Tras dos horas de espera, el animal volvió a salir hacia la orilla. La policía, armada con machetes, algunas armas de fuego y unos fusiles de asalto Kalachnikov, abrió fuego contra el cocodrilo, el cual mantuvo en tensión a los policías cerca de una hora hasta morir. Los residentes de la zona declararían *“el barrio parecía una zona de guerra”*. El alcalde de la ciudad, Roland Bouiti, ordenó que el cocodrilo fuera preservado en nombre de la ciencia y por las posibilidades turísticas que podría ofrecer. Por ello, fue enviado a un taxidermista, evitando así que fuera despedazado por la multitud que se congregó en la zona. Este animal sería conocido como el monstruo de Pointe Noire y, aunque realmente no se demostró que fuera el causante de las desapariciones de personas, tras su captura, cesaron.

En marzo de 2006 se registraba uno de los episodios fatales que más conmovieron a la comunidad científica, pues la víctima fue el prestigioso Dr. Richard K.

Root, internacionalmente reconocido por su trabajo en la investigación de las enfermedades infecciosas, entre ellas el SIDA. Movido por su preocupación ante el crecimiento de las enfermedades infecciosas en algunos países africanos y la escasa atención médica que recibían los enfermos, el Dr. Richards viajó a Botswana como voluntario para ayudar a paliar esas deficiencias. Tras apenas estar una semana en el país, un cocodrilo acabó con su vida. Mientras viajaba avistando la fauna del lugar en el río Limpopo con su esposa, Rita O'Boyle, un cocodrilo saltó sobre la canoa y tiró de él al agua. No se pudo hacer nada. Ataques como éste continúan hoy día en toda las regiones habitadas por el cocodrilo del Nilo; con menos repercusión de la necesaria por tratarse de indígenas, al considerarse algo que quizás podríamos definir como normal: en Tanzania se estima que muere una media de 15 personas al año por ataques depredadores de cocodrilo, en Uganda y Burundi es una realidad cotidiana que hay que afrontar, llegando incluso a crear sus propios monstruos: Osama y Gustave.

### **Osama, el asesino del lago Victoria**

En el lago Victoria, la población, forzada por sus necesidades, se acerca a sus orillas para abastecerse de agua y pescar, invadiendo espacios protegidos y convirtiéndose en potenciales presas para el cocodrilo del Nilo. Los ataques no son nada nuevo en la zona, especialmente en Uganda. Las mujeres que se acercan a su orilla, llenan sus cuencos de agua con premura, mientras los pescadores ojean sin parar el lago, atentos a cualquier oscilación que anuncie la presencia del reptil. Un goteo de vidas humanas comenzó a preocupar a las autoridades, que eliminaban a menudo algún ejemplar acusado de ser un devorador de hombres. Sin embargo, tras décadas de muertes, los ataques depredadores de cocodrilos se incrementaron notablemente a partir del verano de 2001, especialmente en Luganga y coincidiendo con la búsqueda de nuevos espacios de pesca.

En marzo de 2002, la dirección de Uganda Wildlife Authority (UWA), brazo del gobierno ugandés encargado de la conservación de la fauna salvaje, envió una patrulla de cuatro hombres armados con rifles para matar a los cocodrilos antropófagos que estaban produciendo numerosos incidentes en el lago. En los últimos meses, habían atacado y devorado a 40 personas. *“Hemos matado a cuatro cocodrilos y pensamos que hemos conseguido abatir a los animales que han estado devorando a la gente”*, comunicó el UWA, quien acusaba a los nativos de usurpar las tierras donde viven los grandes ejemplares: *“Estos cocodrilos atacan solamente a la gente cuando van a por agua o pescado a sus áreas de distribución, ocupadas previamente por los cocodrilos solamente; el gobierno debe instalar puntos de agua para el abastecimiento de la población y señalar a los pescadores los sitios donde no se puede pescar, de modo que la gente no interfiera con las áreas del cocodrilo”*, expresaría Mugisha.

Pero los aldeanos de Luganga no estaban satisfechos. Según los habitantes de la zona, el mayor asesino de todos seguía vivo, oculto en su guarida de papiro: un ejemplar de unos 60 años, con más de cinco metros de longitud y cerca de una tonelada de peso. Habitaba en la mente de toda la población, pero nadie sabía donde localizarlo. Durante un tiempo le habían llamado John Major, debido a la importancia global del político inglés; más tarde, tras los ataques terroristas a las embajadas de Kenia y Tanzania, le rebautizaron como Osama, el asesino. Con el tiempo, se hizo más atrevido; años de acecho y depredación le habían enseñado la indefensión del hombre ante sus ataques. Empezó a salir del agua y a recorrer nuevas zonas; mordiendo las barcas, las volcaba a menudo para devorar a sus tripulantes o incluso subía a ellas desde el agua de un fuerte impulso. Un comportamiento muy inusual para un cocodrilo, que requiere de cierto grado de inteligencia. Paul Kyewalyanga sufriría uno de estos ataques: remaba en la parte posterior de su embarcación mientras su hermano, Peter, pescaba en la proa, cuando Osama subió a bordo. *“Emergió del agua verticalmente y se lanzó dentro de la barca”,* dijo. *“La parte posterior, donde cayó, se sumergió”.* Mientras que Paul pedía ayuda, el cocodrilo mordió la pierna de Peter y comenzó a tirar. *“Lucharon cerca de cinco minutos hasta que oí un sonido de rasgado. Peter gritó: ¡Me ha roto la pierna! Poco después le arrastró al lago. Algunos días más tarde encontramos su cabeza y su brazo”.* A pesar de todo, los pescadores siguieron faenando en las zonas protegidas donde habitan los grandes cocodrilos; poco tardó en morir devorado otro aldeano. Más cocodrilos serían sacrificados.

El Dr. Brady Barr sería invitado por el gobierno de Uganda, con la idea de formar un grupo especializado en la captura de cocodrilos vivos para su posterior traslado a zonas menos conflictivas. Por su parte, los pobladores de la zona acusaban a las autoridades de anteponer la seguridad de los animales a la suya propia. En el lago Victoria, el más grande de agua dulce de África y que Uganda comparte con Kenia y Tanzania, se estima que viven cerca de 100 cocodrilos del Nilo; con los que tiene que convivir una creciente población indígena que cada vez necesita más espacio. El UWA, trata de ayudar a los aldeanos a coexistir con los animales salvajes promoviendo el turismo ecológico, la venta de artículos de cocodrilo y sus huevos de forma controlada. *“Una vez que se aprecie el potencial económico de la fauna, cambiará la actitud de la gente”,* comenta Mugisha. *“Si ahora no se hace nada, los cocodrilos serán exterminados”.*

Se necesitaron tres años más de muertes y búsqueda para poder dar con el cocodrilo antropófago del lago Victoria: en marzo de 2005 se capturó vivo a este enorme ejemplar que una semana antes había acabado con la vida de otro muchacho. Tras localizarlo y estar un tiempo estudiándolo, se descubrió una zona donde solía guarecerse, a la que se denominó *the buchtery* (la carnicería). Los miembros del UWA dispusieron abundante cebo compuesto por pulmones de vaca para atraer al

cocodrilo hacía una trampa preparada con un cable grueso de cobre. Permanecieron en guardia durante siete días y siete noches; junto con los voluntarios, formaron un nutrido grupo de 50 personas que aguardaban, en silencio, la llegada de Osama. Cuando la desidia rondaba el fracaso de la empresa, el cocodrilo asomó sus ojos por delante de la carnaza, a los pocos minutos estaba devorándola, enganchándose en el cable oculto entre los órganos. Rápidamente, esquivando su furia, fue cercado y enredado por más y más cuerdas que le lanzaban.

Esa fue una noche especial para Aída Nabirye, que apenas podía creer la noticia de que Osama había sido atrapado. En dos ataques separados, el cocodrilo se había llevado a sus hijos. El más joven, James, fue atrapado en 1997, el día en que cumplía nueve años. Su madre lo envió a la orilla para traer agua. *“Oí un grito”,* comentaría ella. *“Entonces oí a otros muchachos gritar. Recuerdo correr hacia el lugar, por favor Dios que ese no sea mi niño, pensé. Pero cuando alcancé el fondo de la colina, pude ver al cocodrilo mirándome fijamente. James estaba en su boca. Ya no se movía.”* Apenas 18 meses más tarde, el saurio atrapó a su hijo Sospeter mientras pescaba. Cuando tiró su red, el cocodrilo emergió repentinamente del agua, mordiendo su mano y tirándolo al lago. Casi una década después de los trágicos sucesos, Nabirye corrió hacia la orilla para ver al cocodrilo: *“Estaba tan enojada”,* dijo. *“Todo lo que podía ver era al asesino de mis muchachos. Tomé piedras y las lancé contra él. Deseaba matarlo allí mismo”.*

Entre todos los hombres ataron bien las cuerdas unidas a la trampa y comenzaron lentamente a acarrear el cocodrilo, una tarea peligrosa y reconfortante para tantos; no en vano Osama había devorado un 10% de los pobladores de Lugango y herido a otros tantos. Entre ellos estaba Yazid Kotongole, en nueve ocasiones, el cocodrilo había matado a pescadores que le acompañaban en su misma embarcación, el más reciente su hermano. Solamente 15 personas han podido sobrevivir a un ataque de Osama y pueden contarlo. En 2001, Richard Masinde estaba caminando sobre su barco en un afloramiento rocoso cuando el cocodrilo atenazó su brazo. Como pudo, se agarró a un árbol, gritando de horror, mientras el reptil tiraba de él. Un grupo de aldeanos corrió en su ayuda con palos de madera; liándose a golpes con el enorme cocodrilo; el cual tiró con fuerza y regresó al agua con el brazo de Richard. *“Supongo que debo estar agradecido: yo todavía estoy vivo”,* dijo. *“Pero de todas forma me mató. No he podido trabajar por cuatro años. Soy un mendigo evitado por mis amigos”.*

Atado con gruesas cuerdas, el animal fue trasladado a la granja de cocodrilos de Buwama, en el distrito de Masaka. *“Muchos de los residentes de Luganga querían matar al reptil después de que nuestros guardabosques lo hubieran capturado, pero es nuestra responsabilidad protegerlo, retirándolo del área y manteniéndolo en un lugar seguro”,* aseguraría Lillian Nsubuga, del UWA. Acusado de devorar al menos a 83 personas durante dos décadas en el distrito de Bugiri; este viejo cocodrilo

se había especializado en cazar y devorar seres humanos. Muy pesado y lento de movimientos, había encontrado un alimento más fácil de conseguir que sus ágiles presas habituales, más cuando la expansión del hombre las había hecho desaparecer en su mayoría.

Osama el Asesino vive entre muros de hormigón, como un valioso tesoro para la reproducción de la especie; lejos de las personas a las que aterrorizó durante años. Alex Mutamba, el propietario de Uganda Crocs se encarga ahora del cuidado del cocodrilo. *“Todos los cocodrilos del Nilo, como Osama, comerán humanos si se sigue usurpando su territorio”*, comenta preocupado. Uganda es famosa por sus reptiles antropófagos; en los años 70, el país estaba bajo un régimen atroz que lanzó a más de 4.000 personas muertas y agonizando a las aguas, donde habitaba el cocodrilo del Nilo. Quizás fue entonces cuando Osama aprendió que el ser humano podría ser un buen alimento, una presa.

### **Gustave, la última bestia libre**

En Burundi, África central, una milla más allá del lago Tanganyka, se encuentra el río Rusizi. Famoso por sus enormes cocodrilos, pero sobre todo por ser el hogar de una de las criaturas más terroríficas del continente: Gustave. Con una cicatriz oscura distintiva encima de su cabeza, más de seis metros de largo, cerca de una tonelada de peso y más de 65 años, Gustave es un auténtico devorador de hombres.

Rodeado de mito y leyenda, de historia y hechos, este enorme cocodrilo del Nilo vive en territorio peligroso donde, por desgracia, la vida humana apenas tiene valor. Tras las guerras entre hutus y tutsis, que arrasaron el país, Burundi avanza hacia la reconciliación dejando atrás un período donde miles de personas fueron arrojadas a los ríos como alimento de cocodrilos. Este animal ha sobrevivido al tiempo, a la guerra y al hombre. Desapareciendo por temporadas, incluso años, reaparece cuando menos se le espera, cuando se pensaba que había desaparecido para siempre. Los habitantes de las orillas del Rusizi y el Tanganyka sufren su depredación desde hace décadas. No son los únicos, con sus desplazamientos hacia Zambia y el Congo, el cocodrilo lleva consigo el terror. Sus ataques son esporádicos, pero constantes a lo largo del tiempo. El naturalista francés Patrice Faye ha seguido a Gustave, como él mismo bautizó, durante dos décadas: *“Gustave está aquí, se alimenta de muchos peces, a veces de vacas y a veces de pescadores”*. Gustave gusta de atacar a los niños mientras se bañan, a las mujeres que lavan sus ropas y a los hombres distraídos que se encuentran en las orillas del río y del lago, e incluso a pescadores que faenan en sus pequeñas barcas. En Burundi, la mayoría de ataques del cocodrilo no se denuncian; así pues, no existe una relación exacta de sus víctimas. Aunque se estima

oficialmente que Gustave puede haber acabado con la vida de 200 personas, las citas indígenas hablan de más de 300 entre desconocidos y desaparecidos.

En 1998, Patrice Fayé oyó hablar por primera vez de esta criatura antropófaga, cuando uno de sus recolectores de peces para acuario fue devorado en las aguas del Tanganyika. *“Me dijeron que un cocodrilo enorme se había comido a un colega. Los pescadores reconocieron al cocodrilo; aparecía a veces, desaparecía por algunos años y después volvía a realizar otra matanza”*. Faye decidió buscar a tan extraordinario animal, encontrándose con un rastro de terror en la zona. En la aldea de Kabezi, acababan de sufrir cuatro muertes y dos desapariciones. *“Es un cocodrilo mucho más grande que un hipopótamo”*, le relataron. Tres meses más tarde siguiendo su rastro, ya había registrado 17 víctimas más. Entre ellos, un muchacho, arrastrado a las aguas a la vista de todos: los soldados dispararon sus kalachnikovs, vaciando los cargadores, pero *“el cocodrilo se tragó las balas”*. Cuando el naturalista estudió los informes oficiales de las autoridades, descubrió que, al menos desde 1987, en toda la región, a lo largo de la orilla noreste del Tanganyika que rodeaba las aldeas de Magara, Kanyosha y Minago, habían habido numerosos ataques. La mayoría se produjeron entre los meses de octubre y febrero, y después desaparecían durante un tiempo para volver a reaparecer.

En 1999, Faye observó con asombro que el animal venía del Rusizi National Park, donde habitaba el cocodrilo de río más grande conocido, moviéndose en un estuario cerca de la ciudad de Gatumba. A partir de allí aparecía y desaparecía, a veces unos meses, a veces durante años. Un cocodrilo colosal que había sido visto por los guardas del parque arremeter y devorar un hipopótamo. Faye solicitó los informes sobre este cocodrilo, comprobando que cada una de sus ausencias correspondía con un período de ataque en las orillas del lago. *“Cada vez que el cocodrilo volvía al parque, paraban los ataques. Tiene que ser él, me dije”*. Si en un principio la idea de Faye era acabar como fuera con el devorador de hombres, al comprobar la singularidad de Gustave y el valor de sus genes, decidió que debía ser apresado y trasladado a un centro donde no pudiera producir más víctimas. *“Los cocodrilos viejos del tamaño de Gustave eran excepcionalmente raros entonces y son más raros ahora; quizás un solo individuo de cada 100.000 son lo bastante afortunados para sobrevivir en su medio”*.

Cuando Gustave aparece, los aldeanos de la zona toman todas las medidas posibles, pues saben que viene en busca de alimento y que puede devorar a varias personas en apenas unos días. *“Generalmente, los cuerpos no los devora por completo, faltan los torsos de las víctimas, dejando a menudo las piernas, el abdomen, los brazos y la cabeza”*. Los cocodrilos no necesitan comer mucho para sobrevivir: tras tragar unos cinco kilogramos de carne, pueden estar unas dos semanas sin comer. Después de una comida abundante, pueden permanecer hasta un año sin cazar. Posiblemente,

Gustave ha hecho de las aldeas de las orillas de este río y del lago su despensa. Tras un tiempo sin aparecer, una serie de ataques en 2004, en Magara, anunciarían su presencia. Faye escribiría en su cuaderno: *“Harimenshi, edad 14, hijo de Ntigacika Francois, muerto el 8 de marzo de 2004; Mbaychonankwa, adolescente, hijo de Karenzo Peel, 10 de marzo; Cekamabo, [edad indeterminada], 12 de marzo; Ntimunsubire, adolescente, hijo de Ezechiel Buumi, 14 de marzo; Ndarubayemwo, adolescente, hijo de Mugabonihera, 15 de marzo”*. Faye creía que si capturaba al cocodrilo antropófago y se recluía en un recinto de cemento en el Rusizi National Park, las matanzas terminarían. Además, atraería a miles de visitantes al parque; sin duda, un auténtico devorador de hombres como Gustave sería un fuerte reclamo para un buen número de turistas. *“Gustave es muy peligroso cuando sale del río Rusizi en busca de hembras. Tiene que hacer todo un viaje hacia las zonas de Rumonge y Minago, y se va comiendo a la gente que encuentra por el camino”*, Faye asegura que este depredador puede devorar hasta 20 personas en uno de sus viajes.

Audifax Hatungimana, un joven peluquero de la zona, sobrevivió a un ataque de este animal cuando apenas tenía 13 años. A media mañana, se encontraba nadando con sus amigos en las aguas del río; como el resto de sus compañeros disfrutaba de un refrescante baño. Sin embargo, sus amigos se alejaron de pronto y la gente gritaba *“¡Cocodrilo, cocodrilo!”* Hatungimana no oyó los gritos. Algo le enganchó su pierna. Al principio pensó que era uno de sus amigos, pero el dolor le hizo girarse y vio el enorme reptil. Los pescadores que se habían percatado del ataque, corrieron en su ayuda golpeando fuertemente el agua con palos. El cocodrilo aflojó la presión de su boca y el muchacho nadó desesperadamente hacia orilla, mientras el animal continuaba detrás de él. *“Era como si me escoltara, no atacó; quizás porque los pescadores golpeaban en el agua. Me dí la vuelta y le miré; nuestras miradas se cruzaron. Mi pierna estaba machacada y los músculos del muslo estaban rasgados. Casi me desmayo del dolor”*. Hatungimana perdió la pierna, pero salvó la vida. Durante su estancia en el hospital, fueron devoradas cuatro personas en la misma playa.

Una de las tentativas de capturar al enorme cocodrilo consistió en la creación de una trampa gigantesca en 2002, de diez metros de largo por tres de ancho y que requirió de 30 hombres para poder trasladarla al río Rusizi. Pero Gustave no cayó en ella. Faye, acompañado de un equipo de televisión lo intentó con una cabra viva, pollos y finalmente con un perro. El seguimiento por video registró los ojos de un cocodrilo gigantesco brillando en la entrada de la trampa. Quizás su recelo le hizo desestimar un alimento tan fácil. Finalmente la colosal trampa comenzó a hundirse lentamente en los sedimentos del río, acabando con las esperanzas de capturarlo en esa ocasión. En un segundo intento, Faye colocó numerosas trampas a lo largo de un kilómetro del Rusizi. Pero tampoco hubo suerte. Otros cazadores lo intentarían, con los mismos resultados. *“Gustave es mucho más listo de lo que uno pueda pensar”*.

Durante 15 años, la población humana del delta de Rusizi ha estado en guerra por lo que los antílopes y otras posibles presas de los grandes cocodrilos fueron diezmados; quizás por ello los cocodrilos fijarían sus ojos en los humanos, presa abundante y fácil de cazar. Sin duda, la gran cantidad de cadáveres que fueron lanzados al Rusizi durante la guerra constituyó una fuente de alimentación para estos animales; lo que posibilitó la habituación de Gustave a la carne humana. *“Es tres veces más grande que los otros cocodrilos de Burundi. No es muy rápido; así que no se puede alimentar de lo mismo que otros ejemplares de la zona, como pescado y pequeños mamíferos. Así que ataca presas lentas, que son más fáciles de capturar”*. En mayo de 2006, Patrice Faye, tenía constancia de diez ataques fatales durante ese año a lo largo de la orilla del Tanganyika, al sur de Bujumbura. Sin embargo, le era imposible establecer claramente su localización, porque el reptil estaba siempre en movimiento.

Tras desaparecer de nuevo con las grandes lluvias, Gustave aparecería en abril de 2007. *“Al principio quería matarlo, después capturarlo para su estudio científico y ahora ninguna de las dos cosas”*, dice Faye. *“Poco a poco, a fuerza de estudiarlo, ha llegado a caerme simpático. Él es mi amigo, nos conocemos. Somos supervivientes y compañeros del alma”*.

### **Indopacífico, peligro: cocodrilo marino**

Con cerca de seis metros de longitud, tonelada y media de peso, 66 afilados dientes de hasta 13 centímetros y unas mandíbulas que pueden ejercer una presión de 1.770 Kg, el cocodrilo poroso o marino se convierte en una de las criaturas más poderosas del planeta. Vive en ríos, lagos, pantanos y zonas húmedas de la India, Sri Lanka, Bangladesh, Indochina, Malasia, Filipinas, Indonesia, Nueva Guinea y norte de Australia. Se trata de un gran nadador que se adentra frecuentemente en el mar, llegando a ser visto en aguas de las islas Salomón o incluso en la Polinesia Francesa; desde las islas Cocos del océano Índico a las Fidji en el Pacífico. Sus ataques depredadores han acompañado desde siempre a los indígenas de las zonas donde habita, y hoy en día continúan. Las noticias que llegaban a Europa de los misioneros asiáticos informaban de la presión que ejercían estos reptiles en algunas zonas; mientras en Malasia se hablaba de más de 40 víctimas; en Irian Jaya, en Nueva Guinea, un único ejemplar mató o mutiló a 62 indígenas. En la isla de Borneo, los ataques de cocodrilo son frecuentes, especialmente en el estado de Sarawak (Malasia), en el río Lupar, en Batang Lupar.

Desde 1976 se tiene constancia de numerosos ataques mortales, donde las víctimas desaparecen al ser devoradas por el temido cocodrilo marino. Entre estos, cabe destacar la historia de Bujang Senang (el soltero sin prisa, feliz): un enorme cocodrilo

marino descrito por James Ritchie & Johnson Jong en 1993, que durante 30 años estuvo cazando personas a lo largo del Lupar, aterrorizando a la población que habitaba sus orillas; no solo en el río, sino que lograba sobresalir dos metros de altura para capturar hombres dentro de sus barcasas o incluso en la orilla. En 1992, el cocodrilo antropófago fue abatido en el área de Sri Aman y ahora su cráneo se encuentra en poder del experto de la IUCN, Johnson Jong. Aunque había sido cazado un devorador de hombres, otros seguían con su vida: en 2002, el ecologista y músico británico Richard Shadwell nadaba en el río Sekonyer tras una embarcación en el Tanjung Puting National Park (Indonesia) cuando de pronto desapareció. Su guía Jeki le había advertido del peligro de nadar ante la posibilidad de un encuentro con un cocodrilo. Richard, que llevaba un mes en la isla colaborando con el centro de orangutanes en el Kalimantan National Park, no vio el peligro y se lanzó al río. Nada más entrar en contacto con el agua, un enorme cocodrilo se le acercó. Sería el propio guía quien le avisaría del peligro, gritándole que saliera del agua; en apenas unos segundos, el animal lo arrastró al fondo. Su cuerpo maltrecho fue encontrado al día siguiente. Los encuentros mortales con estos animales siguen siendo noticia en diferentes estados de esta isla, donde muchas zonas aún están por explorar, en 1997 fue capturado y muerto un enorme cocodrilo en Kalimantan; la sorpresa saldría cuando se abrió su vientre: en su estómago se halló el cadáver de una persona.

## Cocodrilos marinos en Australia

Los aborígenes australianos todavía cuentan en torno a sus hogueras historias de *Bunyip*, el monstruo de los pantanos que les aterrorizaba antiguamente, y también a los primeros colonizadores de la isla. Los exploradores comentaban que era de aspecto terrible y con apetito insaciable de carne humana. En su opinión se trataba de un fósil viviente, de una enorme bestia de las aguas que había sobrevivido desde tiempos prehistóricos ocultándose en pantanos, lagos y lagunas. Para los aborígenes era un animal fabuloso y real a la vez, representado con diferentes características animales que lo convertían en leyenda. El *Taniwba*, de los maories de Nueva Zelanda, que jamás oyeron hablar de *Bunyip*, era un monstruo antropófago que adoptaba la forma de lagarto, serpiente o pez. Vivía en todas partes: fuentes, ríos, lagos, cavernas y montañas. Gozaba además de poderes sobrenaturales. Los orígenes de estas leyendas sobre *Bunyip* y *Taniwba* son ancestrales; los expertos sugieren que son el recuerdo de los cocodrilos marinos, devoradores de hombres, que habitaban aquella zona. De hecho, el nombre del cocodrilo es *mokotolo*, y los maories designan con el término *moko* toda clase de lagartos y al propio *Taniwba*. Desde que se protegió oficialmente la especie en 1971 y se iniciaron los recuentos de ataques en Australia, hasta 2004 se han producido 62 ataques (de ellos 17 mortales): 39 en Northern Territory, 15 en Queensland y ocho en el resto del país.

La notoria diferencia entre los ataques mortales la marcan los encuentros no depredadores, como bien puede ser la autodefensa. Ataques que, aunque pueden ser mortales, se producen en momentos en que el animal no busca alimento. Un claro ejemplo de esta situación la caracterizó Sweetheart (Corazón Bueno), un cocodrilo que sembró el terror entre 1974 y 1979. Aunque nunca hirió a nadie, atraído por el sonido de las hélices, atacaba por sorpresa a dentelladas y golpes los motores fuera borda y los depósitos de combustible de las embarcaciones que cruzaban su territorio, un brazo de ocho kilómetros del río Finniss. *“El sonido de los motores a veces es confundido con un bramido en los oídos de algunos crocodilianos. Los caimanes de anteojos hacen un bramido infrasonico (muy baja frecuencia para nuestro oído) pero cuando uno pasa cerca de ellos durante la época de celo responden al sonido del motor haciendo su bramido que no lo podemos oír pero uno puede ver el agua “hirviendo” en la espalda del animal. Me pregunto si este cocodrilo más que buscando cena estaba atacando a un rival que le bramaba en su casa”* comentaría el Dr. Rivas. La población decidió capturar al saurio y llevarlo a otro lugar donde no constituyera un peligro, pero una vez capturado y sedado, durante el traslado pereció. Su cuerpo se expone en el Northern Territory Museum and Art Galleries.

Por otro lado están los ataques depredadores, horrorosos por el desmembramiento del cuerpo humano debido a la natural acción depredadora de este animal. Uno de los casos que marcó el estado de Queensland ocurrió en 1933, cuando un cocodrilo salió al paso de dos niñas que regresaban del colegio. Tras su desaparición, se organizó un grupo de caza que lo abatió, en su interior estaba el cuerpo de una de las niñas; la otra fue encontrada en el agua, ahogada.

Aunque los ataques depredadores de estos animales son mortales de necesidad en cuanto logran atenzar su presa, a veces una décima de segundo o una simple acción afortunada puede evitar la tragedia. A principios de octubre de 2000, Jim Morris, amaestrador de caballos de Rockhampton, logró salvar su vida del ataque de un cocodrilo en la orilla del río de Fitzroy gracias a su caballo. *“Caminábamos hacia el río y acababa de poner mi pie en el suelo, cuando una oleada de agua saltó directa hacia mí. Un cocodrilo venía directo a por mí”, dijo. “Noté cómo golpeaba mi pierna a la vez que la yegua tiró de mí, ella se separó y tiró, yo me agarré a las riendas, alejándome de la orilla un poco, lo justo para que el cocodrilo no me alcanzara”.* Meses después, en noviembre, los residentes de Queensland exigían soluciones ante los cocodrilos que estaban alcanzando sus granjas, playas y campos de golf, llegando incluso a pasear por las calles principales. *“Hemos perdido ya varios perros en los últimos meses; solo es cuestión de tiempo que perdamos a un hombre o una mujer, y los cocodrilos plantean un verdadero peligro para los niños aquí”.*

En algunos parques naturales, ajenos al peligro, los turistas se bañan o disfrutan de sus vacaciones apenas a unos metros de estos cocodrilos. En agosto de 2003, el

descubrimiento de cinco cocodrilos en el Kakadu National Park, Patrimonio de la Humanidad, apenas a 200 metros de uno de los campamentos reservados para los turistas, pondría en estado de alerta la zona. Un ejemplar fue capturado, pero los demás mantendrían a los turistas alejados por un tiempo. El director del equipo de gestión del lugar, Chris Haynes, explicó que el ejemplar era un cocodrilo marino (en Australia se le llama *ginga*) que desde hace semanas merodeaba por la zona de las cataratas Gemelas. Chris comentaba que, si no se retiraban, *“pronto arrasaría con todo lo que pueda alimentarlos, y un cocodrilo hambriento es un animal destructor”*.

En 2002, uno de estos enormes reptiles causó la muerte de la turista alemana Isabel von Jordan, en el National Park Kakadu. Falleció tras ser atacada mientras se bañaba junto a sus compañeros de viaje, incluida su hermana y cinco británicos, a unos diez metros de la orilla. Por ello, los guardas son muy rigurosos con los turistas ante el avistamiento de estos animales. Tras un grito desgarrador, desapareció. En el calor de la noche y la luna llena, el estuario parecía idílico para tomar un agradable baño, hasta que una joven inglesa, James Rothwell, notó cómo el cocodrilo pasó rozando sus piernas; *“segundos después oí a una muchacha gritar y la vi hundirse bajo el agua.”* Mientras salían del agua horrorizados, la silueta del cocodrilo se deslizó por la superficie del agua. *“Salimos e iluminemos la zona. Vimos dos ojos rojos y el contorno de un cocodrilo en el agua, donde habíamos estado nadando”*. Los guardas del parque estuvieron rastreando la zona toda la noche, sin resultado hasta la mañana siguiente. El cocodrilo aún mantenía el cuerpo descuartizado de Isabel; fue muerto con un arpón a un kilómetro y medio del lugar de la tragedia. Un segundo ejemplar, más grande, tomó el cuerpo de la joven y se introdujo en el agua, pero la policía pudo finalmente recuperarlo con cuerdas y un gancho. La dirección del parque, evitando cualquier responsabilidad, aseguró que los turistas no habían hecho caso de las indicaciones que advertían sobre el peligro de cocodrilos.

En Northern Territory se registró un nuevo episodio en diciembre de 2003: un pequeño grupo de jóvenes, compuesto por Brett Mann, Shaun Blowers y Ashley McGough, se encontraba a 80 Km al sur de Darwin recorriendo los pantanos con sus motos *cuats* cuando pararon en las orillas empantanadas del río Finniss para descansar y librarse del barro. El cauce del río había subido debido a los monzones y el suelo se hallaba resbaladizo. Brett, que se había internado más en el río, cayó, siendo arrastrado por la corriente. Entonces, sus dos amigos se lanzaron tras él para socorrerle. Cuando lo estaban alcanzando, vieron como un cocodrilo avanzaba hacia ellos, saliendo del cañaveral. Los jóvenes nadaron hacia un árbol cercano rodeado de agua, subiéndose en él. Brett no estaba con ellos: *“Mirábamos alrededor buscando a Brett, pero no oíamos nada, ni un grito, ni el salpicar del agua, o cualquier cosa. Dos minutos más tarde, apareció el cocodrilo arrastrando a Brett con sus mandíbulas. Cinco minutos después estaba detrás del árbol, rodeándolo; se quedó allí mirándonos. Estuvimos allí colgados toda la noche y gran parte de la mañana siguiente”*.

Aguardando pacientemente a que cayeran al agua, el animal se mantuvo 22 horas bajo el árbol abriendo sus fauces y realizando agresivos movimientos. Parte del cuerpo de Brett fue desmembrado allí mismo. La novia de uno de ellos daría la voz de alarma al comprobar que los jóvenes no habían regresado en toda la noche. Pronto encontraron las motos, sin embargo, debido a la climatología, no pudieron dar con ellos hasta el mediodía, siendo finalmente rescatados por un helicóptero de la policía y llevados al Royal Darwin Hospital. *“Es algo terrorífico que le puede suceder a cualquier persona”* dijo Juan McCourt, portavoz de la policía. Dos expertos sobre cocodrilos y 20 agentes de policía salieron en busca de los posibles restos de Brett, con la idea de localizar también al cocodrilo. *“Probablemente tendremos que matarle”*, anunció McCourt. *“Tiene el potencial de matar otra vez. Nuestra prioridad es encontrar los restos del pobre chaval y entregárselos a su familia. La gente no quiere entender lo peligrosos que son los ríos; en esta parte del país siempre tienes que estar enterado que la presencia de grandes cocodrilos es una posibilidad. Son territoriales y altamente oportunistas”*. No encontraron nada.

Uno de los ataques fatales más recientes registrados en Australia sucedió en septiembre de 2005, cuando se encontró el cuerpo de un buceador muerto en Northern Territory. La muerte se produjo cinco días después de que, cerca de la misma zona, muriera otra persona que estaba practicando snorkel. Debido a estas dos muertes se iniciaron los procesos de control de la especie, estudiándose la posibilidad de abatir al menos 25 cocodrilos al año en las áreas más conflictivas; actualmente se estima que existen en libertad unos 75.000 cocodrilos en Australia.

### **Ramree, la matanza**

En enero de 1945, durante la Segunda Guerra Mundial, en la fase final de la ofensiva de los Aliados contra el Imperio de Japón, en el frente meridional de Birmania; la 26 División hindú británica desembarcó en Kyaukpyu, acorralando a una parte de los efectivos japoneses en la isla de Ramree. Tras un preciso bombardeo naval y aéreo, se ocupó la zona con un elevado número de bajas que diezmó a los defensores de la isla. Pero se necesitaron seis semanas para liberar toda Ramree.

Un destacamento de japoneses, compuesto por unos mil hombres, siguió luchando mientras retrocedía, hasta llegar a las zonas pantanosas. Semanas después, agotados y enfermos, quedaron acorralados entre el frente británico y los manglares que separan la isla del continente. Tras una enconada resistencia, los japoneses recibieron la orden de atravesar los 16 kilómetros de pantano que les separaba de Birmania, donde se hallaba parte del grueso del ejército japonés. Los japoneses entraron en los manglares amparándose en la oscuridad de la noche, cansados y

sin apenas municiones, ni provisiones, iniciando su trágica travesía hacia Birmania. Pero el pantano resultó ser una trampa mortal, donde el avance era casi imposible, rodeados de barro y agua salobre. Perdidos y maltrechos por las heridas de guerra, la malaria y la disentería, la hostilidad del manglar resultó ser más terrorífica que el frente británico. Muchos soldados cayeron debido a la deshidratación, la desnutrición y la enfermedad, pero también se vieron sorprendidos por un inesperado y despiadado enemigo que surgió de entre las turbias aguas en busca de alimento: el cocodrilo marino. En el manglar se refugiaban numerosos ejemplares de estos reptiles, que encontraron entre los debilitados soldados japoneses una fuente de alimentación abundante.

Según relató el biólogo Bruce Wright, en servicio entonces con el ejército británico, aquel pantano se convirtió en una pesadilla. *“La peor noche fue la del 19 al 20. Aquella noche fue la más horrible que cualquier miembro de las tripulaciones de las lanchas militares haya experimentado nunca. Los disparos de rifle en una ciénaga negra como la pez, entrecortados alaridos de los hombres que caían en las fauces de los enormes reptiles y por el inquietante borboteo de los cocodrilos que nadaban en círculos, crearon una cacofonía pocas veces oída en este mundo... Del millar de japoneses que se adentraron en los pantanos de Ramree, solo cerca de veinte fueron hallados con vida.”*

El ejército británico instó a los soldados japoneses en numerosas ocasiones para que se entregaran, pero el sonido de los disparos, gritos agónicos y un silencio aterrador fue lo único que obtuvieron por respuesta. Cuando las tropas británicas se internaron en el pantano, a la luz del día siguiente, sin encontrar resistencia alguna, capturaron a 20 supervivientes en muy mal estado, heridos y horrorizados. Restos de cuerpos humanos, desmembrados, se hallaban dispersos en una gran área y las armas de los japoneses, sin munición, se encontraban abandonadas entre los juncos y el barro. Grandes manchas de sangre delataban la carnicería ocurrida la noche anterior y los cocodrilos habían desaparecido ya en la oscuridad del pantano. *“Entre el esporádico sonido de disparos, podían oírse los gritos de los hombres destrozados por las mandíbulas de los grandes reptiles, en la más completa oscuridad y el vago, inquietante y alarmante ruido de sus movimientos. Al amanecer pudimos ver como los carroñeros limpiaban los restos que los cocodrilos habían abandonado”* relataría Bruce Wright.

Aunque no hay datos oficiales e incluso se ha descrito que quizás parte del destacamento lograra alcanzar la orilla birmana (algo bastante improbable); lo cierto es que cientos de japoneses abatidos por el cansancio, las heridas de combate, la enfermedad y la deshidratación murieron en aquel pantanal, siendo sus cadáveres devorados por los cocodrilos; y también que una gran parte de ellos perecieron, en aquel asedio, luchando contra las mandíbulas de estos reptiles.

## Florida, la tierra prometida del aligátor

Si bien podemos encontrar casos puntuales de ataques de cocodrilos en diversos puntos de la franja cálida del continente americano, donde habita el cocodrilo americano (*Crocodylus acutus*), el cocodrilo cubano (*Crocodylus rhombifer*), el caimán de anteojos (*Caiman crocodylus*) y el caimán negro (*Melanosuchus niger*); estos son más bien escasos dejándole el protagonismo al aligátor americano (*Alligator mississippiensis*) en Florida.

De cuerpo vigoroso y robusto, hocico ancho y redondeado; el aligátor puede alcanzar los cinco metros de longitud y resultar un peligroso vecino. Habita en todo el sureste de EEUU, haciendo de los marjales, ríos y lagos de Florida su hábitat natural. No en vano, se estima que pueden vivir cerca de un millón y medio de ejemplares en libertad. La sorprendente recuperación de este animal, que se hallaba en peligro de extinción, gracias a las severas leyes de conservación americanas de 1967, ha sembrado por otra parte la preocupación entre la creciente población humana de Florida, que cada vez ocupa más zonas en los territorios del aligátor. En este estado hay 17.000 informes cada año sobre molestias o encuentros con aligátos, retirándose cerca de 6.000 animales de centros urbanizados, piscinas, zonas recreativas... Texas, Georgia, Carolina del Sur y Alabama “solo” tienen que retirar algunos centenares, pues su población es mucho menor que en Florida.

En el sureste de EEUU se han registrado cerca de 400 ataques de aligátor contra seres humanos desde que se empezaron a contabilizar en 1948 por The Fish and Wildlife Conservation Commission (FWC), de ellos 20 mortales hasta el 1 de enero 2007. Aunque la FWC, también reconocen que pueden existir nueve casos más, al no saberse con certeza si el animal desencadenó la tragedia o únicamente desempeñó su también habitual acción necrófaga. Una lista que crece conforme avanza la explosión demográfica en Florida y, por otro lado, lógicamente, también el número de aligátos conviviendo entre humanos.

De entre estos casos llama la atención, en especial, el trágico episodio sufrido, en junio de 2001, por Alexandria Murphy en el condado de Polk. Tras la autopsia, se comunicó que la niña, de apenas dos años, tenía *“mordeduras múltiples en las extremidades superiores y la cara y varios huesos rotos; el ataque sucedió probablemente en el agua y murió ahogada”*. Encontraron su cuerpo una hora después de que su madre y su abuela denunciaran su falta, a 25 metros de su casa. El reptil permanecía junto a ella en la orilla, en su boca tenía jirones de piel y pelo de la niña. El animal, que fue capturado y matado, no demostró ningún temor hacia el hombre, *“el aligátor probablemente vió a la pequeña como fuente de alimento; los aligátos pierden su miedo a la gente cuando son alimentados”* asegurarían las autoridades. *“Que se lancen partes del pescado al lago podría ser suficiente para que un aligátor asocie a gente con alimento”*,

dijo Gary Morse, portavoz para la comisión de la fauna. Otras personas aseguraron que no eran los animales los que molestaban a la gente y que en cierta forma no eran los responsables; de hecho, no habían tenido ningún problema en la zona; mientras por su parte, Alejandra andaba con frecuencia a su aire, vagando por la zona sin vigilancia. Incluso había tenido que ser llevada en varias ocasiones a su casa por algún vecino tras encontrarla perdida por los alrededores. Era conocida como “la pequeña vagabunda”.

Otro caso terrorífico, que trajo la muerte días después del ataque, sucedió en junio de 2004, en Poinciana Circle Sanibel, cuando Janie Melsek fue atacada mientras trabajaba como jardinera. El aligátor la atrapó del brazo y la arrastró al agua; dos personas que se hallaban cerca fueron en su ayuda, golpeando al animal y tirando de Janie. Tras una desesperada lucha, el animal arrancó parte de su brazo y se alejó; la desafortunada mujer fue trasladada rápidamente a un hospital, pero dos días después murió a causa de las infecciones de sus heridas.

Los últimos ataques mortales de aligátor se registraron en mayo de 2006, un mes fatídico donde coincidieron tres ataques diferentes. Yovy Suárez Jiménez salió por la tarde de paseo cerca del Markham County Park (condado de Sunrise); se sentó en la orilla de un canal cercano a su hogar con los pies colgando sobre el agua, entonces apareció un aligátor y la arrastró al agua. Su cuerpo, parcialmente consumido, fue encontrado a la mañana siguiente. Días después se dio caza al animal, encontrándose en su estómago los brazos de la desafortunada joven. Judy W. Cooper, sería la siguiente víctima; fue encontrada desmembrada en un canal de Oldsmar (condado de Pinellas). Aunque en un primer momento las autoridades estimaron que las drogas pudieron jugar un papel determinante en su muerte, se concluyó que había muerto a causa de las graves mordeduras de un aligátor. Finalmente, Annemarie Campbell fue atacada mientras hacía snorkel en el Juniper Wayside Park, en el Ocala National Forest (condado de Marion). Cuando sus dos amigos, que la acompañaban en el viaje, vieron que no regresaba, fueron a buscarla, encontrando al reptil con la joven entre sus fauces; tras varios intentos lograron extraer su magullado cuerpo, sin vida, golpeando los ojos del animal, hiriéndole en el párpado derecho y haciendo fuerza para abrir sus fauces. Los resultados de la autopsia confirmaron que Campbell murió ahogada, con múltiples lesiones en su cabeza, cuello, torso superior y fracturas múltiples en las costilla. El aligátor fue sacrificado días después, tras ser reconocido por sus heridas en el párpado.



## CAPITULO 9

### TIBURÓN, MÁS ALLÁ DEL TERROR

¿Y quién va a nadar en estas aguas? Una pregunta que iba más allá de la preocupación era resaltada un mes antes de las Olimpiadas 2000, en Sidney (Australia). Un gran tiburón blanco acababa de morder el remo de una embarcación. El miedo a que se produjera un ataque sobre los nadadores que competirían en los juegos hizo que las autoridades tomaran fuertes medidas de seguridad. Los deportistas no estaban muy convencidos de nadar en aguas cuya fama no es la más indicada si hablamos de ataques de tiburón. Submarinistas armados con dispositivos electromagnéticos permanecían en el fondo del mar; lanchas con personal especializado en rechazar a los escualos acompañaban a los nadadores por si se avistaba alguno de estos; y diversos grupos de avistamiento vigilaban sin cesar la zona. Finalmente no se registró ningún ataque, las medidas adoptadas mantuvieron a los tiburones alejados. Pero no evitaron que muchos de los deportistas estuvieran más pendientes del agua que de su contrario.

Y es que el tiburón cobra otra dimensión dentro de los miedos humanos: el temor a lo desconocido y la certeza de encontrarnos totalmente indefensos en su elemento, el agua, nos hace viajar más allá del terror. Difícilmente, alguien que se introduzca en el mar, no mire de reojo cualquier silueta extraña; no se sobresalte al más mínimo roce inesperado o, simplemente, piense en la angustiada posibilidad de ser devorado por un enorme tiburón. Paranoia llevada más allá por la sinrazón que encontró su mejor medio de difusión con JAWS; una película que marcó toda una generación (tras otra) con su gran blanco y grabó, en nuestro subconsciente, la melodía mortal más famosa de la historia del cine con su banda sonora. Y así es. Pues entre los grandes depredadores del planeta implicados como devoradores de hombres, únicamente los tiburones no han sido “controlados eficazmente” por el ser humano. Incluso los más feroces de los depredadores terrestres: leones, tigres, osos... son extremadamente susceptibles a un rifle y los animales problemáticos simplemente se eliminan. El tiburón no. Ataca y desaparece en el abismo hasta el próximo encuentro; nadie sabe donde será, ni cuándo y en el que puede verse

implicada cualquier persona que se introduzca en el mar, ya sea en el este o el oeste, en playas o aguas abiertas. Por otro lado, la prensa sensacionalista gusta de llenar sus páginas con cada ataque: cuerpos descuartizados o simplemente desaparecidos; encuentros con la muerte que se han registrado alrededor de todo el mundo, a través de la historia, y cuyo autor permanece, relativamente, inmune a la intervención humana.

Mucho se habla del por qué atacan los tiburones a las personas, cuando la razón puede ser bien simple: para devorarlas, para alimentarse. El hombre es un extraño en su mundo horizontal; el tiburón es un animal curioso y una criatura vertical en el agua, desconocida, vendida, como es un ser humano, siempre merece una primera dentellada de tanteo en busca de información. Quizás no sea una persona mucho del gusto de tiburones, pues tras este tanteo, en muchas ocasiones, se alejan del lugar. Pero, a menudo, un pequeño mordisco de un gran escualo es suficiente para acabar con la vida de la infortunada víctima, aunque después la rechace como alimento. Los ataques de tiburones sobre sus presas naturales son rápidos, brutales, mortales de necesidad. Sin embargo, la mayoría de ataques sobre humanos se producen de forma diferente: acercándose lentamente, rondando cada vez más cerca, observando con curiosidad, como si supieran que la posible presa no puede huir; un cerco que se va estrechando cada vez más y que, generalmente, la víctima ignora hasta sentir unas mandíbulas mutilando parte de su cuerpo ante su extrema fragilidad. Un ataque que generalmente no es observado, apenas visible una aleta y que, aunque quizás las que menos, puede desencadenar otro donde el escualo buscará la muerte de la víctima y su alimento.

Sin embargo, también cabe la posibilidad de que algunos ataques sean producto de una acción intimidatoria o de autodefensa, algo que viene a justificar los rápidos ataques producidos por tiburones, de pequeño y mediano tamaño, que pueden verse acosados; entonces propinan una dentellada y se alejan rápidamente sin que las heridas lleguen a ser excesivamente preocupantes. Pero esto, en forma alguna, justifica las acciones depredadoras de los grandes tiburones. Algunos científicos opinan que los ataques pueden deberse a una identidad equivocada, algo que puede darse con una tabla de surf o un bañista flotando; más si reciben un único y violento ataque, sin acercamiento previo. Si bien es posible esta teoría, los ataques efectuados por esta confusión foca-hombre en un momento determinado, donde el depredador busca una presa, serían los que menos; quizás en aguas turbias, en horas donde las condiciones de visibilidad son pobres o áreas de caza donde abunden sus presas habituales. Muy al contrario de lo que se piensa, los tiburones pueden tener una vista bastante aguda hasta los 100 m, lo que unido a sus excepcionales receptores informativos (tacto, oído, olfato, ampollas de Lorenzini y bandas laterales) resulta obvio que un tiburón difícilmente atacará a un ser humano sin saber que no se trata de una presa habitual. Al contrario que con el hombre,

el gran blanco realiza tremendos ataques desde las profundidades sobre las focas, despedazándolas e incluso sacando completamente, con el impulso empleado, su cuerpo fuera del agua; en sus cacerías de atunes, peces espada, delfines y otras presas, son rápidos y contundentes. Con sus presas naturales, los tiburones no realizan movimientos lentos de acercamiento, ni dentelladas de tanteo de forma atemporal y al descubierto como ocurre con los seres humanos. Un tiburón que se alimenta en su hábitat debe tomar decisiones rápidas, enérgicas, para poder capturar su alimento. Los seres humanos no somos nadadores muy elegantes, avanzamos en el agua golpeándola con brazos y piernas; semejante movimiento es impropio de cualquier criatura del medio marino y fácilmente detectable. Por todo ello, resulta obvio pensar que, aunque puedan darse casos de error en la identificación, generalmente, los tiburones saben lo que hacen.

Los ataques de tiburón son totalmente impredecibles. Estos escualos no tienen lugar, ni tiempo, ni predilección por una presa en el momento de un encuentro con un ser humano. De todas formas, hay diferentes maneras de provocar un ataque de tiburón de forma inadvertida o negligente. La más común es nadar golpeando el agua, sin preocuparnos de lo que nos pueda rodear, pues se ven atraídos por cualquier movimiento anormal de agitación, y más en la superficie; otra puede ser una pequeña herida sin importancia, pues olerán la sangre a cientos de metros; también un fuerte contraste de colores en nuestro cuerpo o los complementos de baño reflectantes pueden atraer fácilmente su atención.

En otras ocasiones, quizás más que atraer al tiburón, se avance hacia un encuentro desafortunado. Una intromisión del hombre en su espacio vital puede desencadenar un ataque preventivo o incluso depredador. Dada la naturaleza del ataque de tanteo, la víctima muere en raras ocasiones durante el mismo y, cuando se desarrolla el fatal acontecimiento, la mayoría de veces es por la pérdida masiva de sangre. Además, la liberación de sangre en el agua puede atraer a otros tiburones más peligrosos, excitados e incluso a otros peces carnívoros que pueden verse impulsados a realizar sus propios mordiscos de prueba, para desgracia de la víctima. Aunque el ser humano, como alimento, no debe ser en especial atractivo para los tiburones, más si comparamos nuestra carne con las nutritivas carnes provistas de gran cantidad de proteínas y grasas de atunes, ballenas y focas; esto no nos salvará de un ataque si el tiburón está realmente incitado. Cuando se desencadena un ataque depredador, directo y por un escualo hambriento, la víctima difícilmente sobrevivirá.

A pesar de todo, las heridas más comunes sufridas durante un encuentro suelen ser derivadas de una dentellada de prueba; generalmente laceraciones relativamente pequeñas, a menudo en la pierna, por debajo de la rodilla o en las manos. Aunque una gran mayoría de ataques de tiburón, en todo el planeta, derivan de esta actitud de tanteo, no siempre es así; especialmente cuando tratamos con un tiburón de

los llamados devoradores de hombres. El mordisco de tanteo de uno de estos formidables depredadores, que pueden medir más de tres metros, puede significar fácilmente la muerte de la desafortunada víctima; que puede observar como su agresor desaparece en el azul mientras se desangra, posiblemente a la espera de que su agonía le conduzca a la muerte. Algo semejante ocurre con sus presas naturales: para esquivar sus defensas, se aleja tras un primer ataque mortal para devorarlas más tarde, con la seguridad de no resultar dañado. Con el ser humano, en la mayoría de casos registrados, el acoso de socorristas y la extracción de la víctima fuera de su alcance, hace que el tiburón vea frustrada su cacería. Cuando la víctima se encuentra alejada de la orilla, sin ayuda, tras un violento ataque, posiblemente, más tarde o más temprano, la muerte regresará a por ella.

Sobre el número de ataques por todo el mundo, resulta imposible determinar exactamente los que en realidad acontecen. La mayoría son registrados, pero otros pasan totalmente desapercibidos por producirse en zonas donde no se lleva ninguna clase de control. Sin embargo, en 1958, se creó el Archivo Internacional de Ataques de Tiburón (ISAF) en Florida (EEUU); reconocido hoy día en el mundo científico como la mejor fuente de información sobre encuentros con tiburones, cubre gran parte de los ataques realizados por estos escualos desde el año 1580. Aunque en su página web disponen de interesante información para la prensa y el público en general, el acceso a la mayor parte de los archivos del ISAF se debe solicitar al propio centro, pues muchos de estos datos, incluyendo expedientes médicos, son de carácter privado y/o reservado. El ISAF distingue dos tipos de ataques: provocados y no provocados; contabilizando en sus comunicados solo los no provocados. Los provocados son el producto del contacto físico de un humano como desencadenante: submarinistas en acuarios, pescadores en sus redes, alimentación artificial, contactos de investigación. La alimentación necrófaga sobre cadáveres de personas muertas y los ataques derivados de naufragios, también se consideran incidentes provocados.

El hombre, en su intento por conquistar y domesticar el último bastión que supone la indómita frontera azul y sus criaturas, ha diseñado varios métodos para evitar los ataques de tiburones, entre los que se encuentran repelentes químicos, cotas de mallas metálicas y aparatos que generan un campo eléctrico que pueden desorientar a cualquier escualo que se aproxime, ya que perturban la información que estos reciben a través de las ampollas de Lorenzini. Sin embargo, por muy efectivos que puedan ser algunos métodos, es evidente que lo mejor, a la hora de evitar ataques, es no cometer imprudencias tales como alejarse de la costa, nadar en solitario durante las primeras y últimas horas del día, especialmente en las zonas conocidas como de alto riesgo. Obviamente, visitar zonas con gran abundancia de pinnípedos (base alimenticia de los tiburones blancos) o acercarse de forma deliberada a cualquier ejemplar en su hábitat puede convertirse en una seria invitación que posiblemente

no despreciará ningún tiburón hambriento. Aunque la extraña realidad, a pesar de su fama de devoradores de hombres, es que estos temibles depredadores matan a un promedio de cinco a quince personas por todo el mundo cada año, mientras que los seres humanos matan de 26 a 73 millones de tiburones anualmente.

## La muerte blanca, el toro y el tigre

De 390 especies descritas de tiburones, solamente unas 27 están implicadas en ataques a seres humanos. Todos los expertos coinciden cuando hablamos de las especies más peligrosas: el gran blanco (*Carcharodon carcharias*), el tiburón toro o sarda (*Carcharhinus leucas*) y el tigre (*Galeocerdo cuvier*). Otros tiburones a tener en cuenta serían el jaquetón toro (*Carcharias taurus*), el oceánico (*Carcharhinus longimanus*), el jaquetón de puntas negras (*Carcharhinus melanopterus*), el gris (*Carcharhinus amblyrhynchos*), la tintorera (*Prionace glauca*), el martillo (*Sphyrna mokarran*) y el mako (*Isurus oxyrinchus*), más conocido como marrajo. Cuando una persona se adentra en sus dominios, ha de hacerse cargo de las posibles consecuencias: la necesidad básica de estas especies es alimentarse y todas sus acciones se encaminan a satisfacerla.

El tiburón blanco, también conocido como jaquetón, gran blanco o la muerte blanca, es sin duda el depredador marino que más terror infunde al ser humano. No en vano es un superdepredador que, si bien su tamaño normal se acerca a los cinco metros, puede superar los siete metros y pesar más de tonelada y media. Considerado como una reliquia prehistórica, ocupa el escalón más alto en el ecosistema marino, tan solo compartido con la orca.

Alimentado por una narrativa alejada de la realidad, las historias y leyendas sobre el gran blanco se remontan más allá de la Edad Media; a pesar de ser una criatura marina, que lejos de seguir el rastro del hombre, simplemente observa. Sus ataques fueron mitificados por los conquistadores del Nuevo Continente; de ahí la denominación caribeña: tiburón. Su nombre castellano, jaquetón, derivado de la palabra jaque (amenaza), es el utilizado desde la antigüedad para describirle en aguas españolas. Otros nombres como marrajo, africano o dogo; acompañarían a esta especie con el tiempo y en diferentes zonas, quizás siendo el más explícito el cubano: devorador de hombres. Su enorme boca está repleta de dientes triangulares, afilados y dispuestos en su mandíbula en varias filas ligeramente inclinadas hacia el interior que, como en todos los tiburones, se van reemplazando hacia fuera según se van rompiendo. Al morder, su mandíbula los desplaza de afuera a dentro, con una fuerza de 3.000 Kg por centímetro cuadrado (300 veces más que el ser humano). Puede arrancar 14 kilos de carne de una dentellada, partir a una persona en dos sin apenas esfuerzo. Aunque no formamos parte de su dieta habitual, la idea de que estos tiburones sean

devoradores de hombres nos aterraba al confirmarse que, en una situación límite con un gran blanco, nuestras posibilidades de sobrevivir son prácticamente cero. “Me volví y vi donde se encontraba, tenía miedo de que me mordiera los brazos o cualquier parte del cuerpo, por eso me di la vuelta y el tiburón empezó a mordirme la pierna. Estaba aterrorizada, me pasaban un montón de cosas por la cabeza... ¡Me estaba mordiendo las piernas! Era esa misma sensación de cuando estás con un cachorro y te muerde el dedo y no te duele. Creí que iba a morir cuando me lanzaba a un lado y a otro fuera del agua. Solo podía pensar: bueno, puedo tragar agua y ahogarme o dejar que me coma. No recuerdo a Marck agarrándome, solo que me sujetaba y que el tiburón también me tenía sujeta. Tiraron de mí y mi pierna se fue, en el bote me di cuenta que me faltaba y solo pude decir: ¡Dios mío! ¡Dios mío!”. Así relataba Heather Bosswell su traumática experiencia con un gran blanco, en aguas de Chile mientras la tripulación del barco de investigación oceánica Discovery disfrutaba de un baño en alta mar. Heather pudo ser rescatada a tiempo de las fauces del tiburón por sus compañeros.

Si el gran blanco está considerado como un devorador de hombres, no menos fama tienen otros dos de sus congéneres. De hecho, sus ataques mortales se pueden considerar anecdóticos si se comparan con los del tiburón tigre y toro; el último de los cuales puede incluso remontar ríos y atacar a varios kilómetros del mar.

El tigre, que puede alcanzar los cinco metros y pesar 700 Kg, es el autor de la mayoría de ataques en aguas abiertas oceánicas y sus islas. De hecho, es tan temido, que su sola presencia basta para que se avise de inmediato a toda la flota de las inmediaciones para que todo el mundo se ponga a salvo. Estos escualos suelen ser agresivos y atacar casi todo lo que flota, llegando a rondar las pequeñas embarcaciones, mordiendo sus extremos ante el terror que puede provocar en sus tripulantes. En sus estómagos se han encontrado desde peces, aves y mamíferos hasta corchos, matrículas, latas... y restos humanos. Habita en aguas templadas y tropicales de todo el mundo, tanto en la costa como en aguas profundas; incluso en el Mediterráneo donde los últimos avistamientos, aunque escasos, confirman su presencia. Localizados a menudo en aguas profundas, son los protagonistas de la mayor masacre conocida cometida por los tiburones: el festín de los sobrevivientes al hundimiento del USS Indianápolis, aunque estas cifras no aparezcan en los listados del ISAF, al considerarse como un ataque provocado.

En marzo de 2002, en la playa de Brennecke, en el área de Poipu de Kauai (Hawái), el joven Hoku Aki fue víctima de un ataque de tiburón tigre: “Abrí los ojos y podía ver el tiburón. Estaba sacudiéndome por todas partes. Recuerdo oírlo, oí mi pierna romperse. Oí los huesos desencajarse a presión. Recuerdo que intenté abrir su boca y que intenté salir de ella. No funcionó tampoco. Tomé el ojo del tiburón y tiré hacia fuera y entonces me dejó ir. Miré mi pierna, acababa de darme cuenta que la piel y toda la carne estaban hacia arriba. Realmente no noté que me faltaba mi pie hasta que estaba en la ambulancia”. Aki

perdió el pie, pero pudo salvar su vida gracias a una enfermera, que se encontraba de vacaciones en la playa y logró cortar la hemorragia.

Con un tamaño máximo de 3,5 metros y 230 Kg de peso; otro merodeador nato, pendiente a todo cuanto se mueve a su alrededor, es el tiburón sarda, también conocido como tiburón toro. Vive en aguas costeras tropicales y subtropicales de todo el mundo, y es capaz de remontar ríos alimentándose de peces, tortugas, delfines, aves y perros, cuando no de seres humanos. En julio de 2001, Jessie Arbogast se bañaba en la playa cuando un tiburón toro se le vino encima, arrancando un brazo y un pedazo de la pierna derecha del muchacho. El ataque sobrevino tan cerca de la orilla que, alertados, su tío y varios bañistas actuaron rápidamente; incluso lograron arrastrar el escualo a tierra, donde fue sacrificado. Abriendo su boca, recuperaron el brazo separado. El muchacho finalmente sobreviviría. Éste sería uno más de los frecuentes ataques protagonizados por el tiburón toro en Florida, en el verano de 2001, que se conocería como un nuevo verano de tiburones rememorando trágicamente los hechos acontecidos en 1916, cuando un tiburón toro subió río arriba hasta Matawan (New Jersey) matando, en apenas unas horas, a dos personas e hiriendo gravemente a otra. Sin embargo, hablando de ríos, es en la India, entre los pescadores de marisco del Ganges, al sur de Calcuta y en la bahía de Bengala, donde los tiburones toro causan un mayor número de ataques, que continúan hoy día en el más absoluto de los silencios.

El Dr. Erich Ritter, experto en tiburones y conocido por sus métodos de investigación poco habituales, fue seriamente herido por un tiburón toro durante la filmación de un documental para el Discovery Channel, en Bahamas. El ataque se produjo en aguas poco profundas mientras Ritter y el naturalista de la BBC, Nigel Marven, estudiaban el comportamiento de diversos tiburones. Ritter decidió presentar a estos tiburones al público en su ambiente, bañándose entre ellos y llevando consigo a Nigel, el cual creyéndose a salvo, le acompañó. Pretendía desmitificar la fama de devoradores de hombres de estos escualos. Pero cuando se habla de depredadores, famosos por sus ataques a seres humanos, un baño hasta la cintura rodeado de tiburones toro, no es la mejor idea para transmitir la armonía entre el hombre y la naturaleza. Uno de estos tiburones mordió su gemelo, arrancándoselo de cuajo. Nigel y los cámaras sacaron rápidamente a Ritter del agua mientras otros grababan la escena, más tarde difundida ampliamente. Ritter tuvo que ser trasladado urgentemente al hospital de Palm Beach, en Florida. Amante de los tiburones, repetía que este tipo de encuentros no eran peligrosos, mientras numerosos expertos criticaban su mensaje; este es el caso del Dr. Sam Gruber, de la Universidad de Miami, el cual afirmaba: *“Fue un accidente previsible, ha perdido el miedo por los tiburones y llega a un grado en que parece que todo lo haga por salir en las cámaras de televisión; pretende hacernos creer que tiene control sobre los tiburones y que estos nunca lo atacaran, pero lamentablemente la realidad es muy distinta.”*

## Florida, la capital del tiburón

Sin lugar a dudas, son las costas de EEUU son las más castigadas por los encuentros con tiburones; con cerca del millar de ataques no provocados encabeza el ranking mundial (incluido el estado de Hawái). Florida es el estado que más ataques registra con cerca de 450 y tres veranos del tiburón (1916, 2001 y 2003). En 2004 se registrarían 12 ataques más en las playas de la Florida. Le sigue California con unos 120 ataques. Otros estados famosos por sus encuentros con tiburones, aunque salvando las distancias, son: Carolina del Sur, Texas, New Jersey, Oregón y Carolina del Norte.

En junio de 2005, Jamie Marie Daigle y su amiga Felicia Venable nadaban en la playa de Miramar (Florida), en el Golfo de México, en plena temporada turística. Tim Dicus practicaba surf cerca de las muchachas, cuando oyó un grito: *“Oí el grito, me di la vuelta, una de las muchachas nadaba hacia la playa frenéticamente y la otra había desaparecido; en el agua había un punto oscuro grande, donde ellas estaban antes. Cuando me acerqué, me encontré en una piscina de sangre. La vi en el agua e intenté tirar de ella mientras el tiburón que había realizado el ataque, intentaba llevársela al mar.”* Tim, logró arrebatarse la muchacha al escualo, un tiburón toro de dos metros y medio, subiéndola a su tabla de surf. *“Era realmente agresivo, he estado aquí mucho tiempo y nunca había visto un tiburón tan agresivo”.* El excitado animal quiso morder la mano de la joven una vez subida en la tabla. Tim le golpeó fuertemente en su morro para que desistiera en su empeño. *“El tiburón nos seguía hacia la playa. Estaba decidido a terminar su almuerzo”,* aseguraría Tim. Al momento llegaron otras dos personas que le ayudaron. *“El daño en su pierna izquierda era muy grande, sabía que como mínimo perdería la pierna; acababa de entrar en shock, sangraba mucho mientras conseguimos llevarla a la playa, no sabía cómo íbamos a salvarla”.* Tim se alejó intentando distraer la atención del animal, dando fuertes golpes al agua hasta que la joven fue subida a un bote, fuera del alcance del depredador. El tiburón les siguió de nuevo, rondando la pequeña embarcación hasta tierra firme. Después, tras permanecer un tiempo en la zona, desapareció. El personal de emergencia salió rápidamente, ayudando a los rescatadores, pero Daigle murió como resultado de sus heridas. Había perdido mucha sangre, parte de su cadera y muslo habían sido arrancados dejando al descubierto sus huesos.

Aunque los encuentros con tiburones no son infrecuentes a lo largo de la costa, nadie había visto un tiburón en el área antes del ataque. Dos días después, Craig Adam Hutto sufrió la amputación de la pierna derecha, horas después de que un tiburón le mordiera un muslo mientras pescaba con un hermano y un amigo en Cabo San Blas, en el condado de Gulf. Apenas pasados unos días, Armin Trojer, un turista austriaco que nadaba en el golfo de México, en la playa de Gasparilla, fue trasladado por vía aérea a un hospital de Fort Myers tras un nuevo ataque. Ese año

se registrarían 38 ataques más no provocados en las costas de los EEUU, de ellos 20 en Florida. En 2006, Florida era otra vez la capital del ataque del tiburón en el mundo con 23 casos registrados.

## 1916, el devorador de hombres de Matawan

En julio de 1916, el joven Charles Van Sant nadaba plácidamente en las aguas someras de Beach Haven (New Jersey, EEUU) con su compañero inseparable, un perro perdiguero a unos 50 metros de la orilla. Apenas hacía una hora que había llegado de vacaciones desde Philadelphia; el calor era insoportable y decidió darse un baño en el refrescante Atlántico. La muerte le esperaba en sus aguas. Aun cuando apenas le llegaba el agua al cuello, un tiburón se precipitó contra él ante la atónita mirada de otros bañistas que, vista la oscura figura en el agua, trataban de ponerle sobre aviso. Van Sant desapareció tras una fuerte sacudida. Los socorristas se lanzaron en su auxilio mientras los bañistas salían, aterrorizados, del mar. El escualo le mordía en ambas piernas, tratando de arrastrarlo hacia el interior del océano. Cuando llegó en su ayuda Alexander Ott, nadador olímpico y socorrista, le sujetó por los brazos y cabeza, empezó a tirar él hacia fuera. El tiburón se negaba a dejar su presa y tiraba hacia dentro. A patadas logró que soltara a la infortunada víctima cuando una docena de jóvenes llegaron al lugar, ahuyentándolo definitivamente. Charles se desvaneció mientras le sacaban a la orilla para tratar de salvar su vida, pero a pesar de los gestos heroicos, el joven fallecería. El ataque dejó perpleja a la población de New Jersey, era la primera vez que se tenía constancia de un ataque tan al norte del continente. Los expertos aseguraban que los tiburones no solían atacar a las personas vivas y que cuando lo hacían soltaban a su presa al reparar en el error; afirmando que solo actuaban sobre los cadáveres de aquellos que se habían ahogado. Algunos llegaron a culpar del ataque a un perro del norte o pez lobo (*Anarhichas lupus*) a pesar de los testimonios de los testigos. El ataque pasó como un inusual accidente, una fatal anécdota que recordar en tiempos venideros. El acontecimiento solo se vería reflejado en algunos periódicos locales, la playa no tardó en llenarse de gente ávida de un baño que aliviara las elevadas temperaturas que azotaban New Jersey aquel verano.

Apenas transcurridos unos días, en Spring Lake, al norte de Beach Haven; Charles Brudel, botones del hotel Essex and Sussex, se refrescaba en la playa cuando desapareció de golpe para volver a la superficie suspirando por su vida. Fue avistado por una mujer, que pidió auxilio. Ella veía un joven que tenía problemas en una canoa roja. Pero el rojo del agua no era una canoa, era la sangre de Brudel que luchaba por su vida. Un bote de rescate llegó al lugar de la escena rápidamente; el rastro de una mano dibujaba su situación bajo el agua. Tirando del brazo, descubrieron qué le faltaba parte de su cuerpo de cintura hacia abajo. “A shark got met” fueron las únicas

palabras que Bruder pudo decir antes de morir. Este nuevo ataque sería, de nuevo, puesto en duda, abriendo la posibilidad de que se tratara de un accidente; confirmar la existencia de un tiburón antropófago en la zona podría suponer un gran revés para la industria turística.

El examen del coronel Guillermo Gray Schauffler, del Surgeon General of the New Jersey National Guard, confirmaba: *“No hay la duda más leve de que un tiburón antropófago infligió estas lesiones”*. Estas palabras desencadenaron una despiadada cacería de tiburones. Muchos serían sacrificados a lo largo de la costa de New Jersey esos días, la mayoría inofensivos. Dos días después, Asbury Park se convirtió en la primera población de la zona en tomar medidas, instalando redes de metal para evitar la entrada de tiburones en su playa, además de situar patrullas armadas que recorrían el litoral con barcas a motor. Las poblaciones de vacaciones restantes siguieron rápidamente el ejemplo, con tal de proteger la seguridad de los turistas. El director del Museo de Historia Natural de New York, el Dr. Frederick Lucas, discrepó con las conclusiones del coronel Schauffler con respecto de la muerte de Charles Bruder, indicando que *“la quijada de un tiburón simplemente no es lo bastante grande para hacer esa clase de daño”*. Otros expertos convinieron que, aunque se hubiera tratado de un tiburón, seguramente éste ya se hallaba bastante alejado de la zona, de vuelta al Atlántico. Con las redes de metal, las patrullas armadas y las opiniones de los expertos, los bañistas se tranquilizaron. En unos días, las playas estaban de nuevo ocupadas y la gente se bañaba con la tranquilidad que los acontecimientos y la situación podían proporcionar.

Ante su sorpresa, apenas pasada una semana, el capitán Thomas Cottrell vio como una silueta de más de tres metros recorría la cala de Matawan Creek, entrando por la desembocadura del río y subiendo contra corriente en dirección a la ciudad. Llamó por teléfono al jefe de policía, para que advirtiera a los bañistas de su bahía interior, Raritan Bay, de que un enorme tiburón merodeaba por la zona. Cottrell corrió hasta la cala de Matawan para sacar a la gente del agua. Sin embargo, no hicieron caso de sus advertencias pensando que el capitán era presa de la histeria que habían producido los últimos acontecimientos. Más cuando la cala apenas tenía doce metros de ancho y Matawan se encontraba a unos 16 km del océano abierto, río arriba en agua dulce. Era impensable que un tiburón llegara hasta allí. A poco más de dos kilómetros de donde el capitán avistó por primera vez al tiburón, Lester Stillwell y cuatro de sus amigos se preparaban para nadar. Stillwell, un joven epiléptico, había salido de la serrería donde trabajaba con su padre a tomar un baño, debido al calor sofocante que hacía. Si habían oído las advertencias sobre el peligro que podía acechar, no hicieron caso de ellas, al igual que la mayor parte de los bañistas de Matawan. Ya en el agua, apenas transcurridos unos minutos, uno de los muchachos, Charles Van Brunt, observó como un enorme tiburón pasaba cerca de él y se dirigió hacia Stillwell, que estaba flotando en el agua. Van Brunt pudo

ver como el animal apresaba a su amigo por el pecho; su vientre y unos grandes dientes que apresaban el cuerpo de Stillwell fue lo último que pudo ver antes de que fuera arrastrado bajo de la superficie del agua, dejando tras de sí un cortado alarido. Van Brunt y los otros muchachos salieron de la cala lo más rápidamente posible, horrorizados, pidiendo ayuda. Cuando los muchachos contaron su historia, los bañistas empezaron a creer en las palabras del capitán. Sin embargo, otros pensaron que el muchacho se estaba ahogando o que había sido víctima de un ataque epiléptico; muchos vecinos se lanzaron al agua en busca del cuerpo de Stillwell.

Watson Stanley, un sastre muy popular, corrió a prestar su ayuda. Reuniéndose con sus amigos, George Burlew y Arthur Smith, comenzó a sumergirse en el río en busca del cuerpo del joven. Otras personas habían extendiendo una red de alambre que cortaba el paso en el río, para que la marea no se llevara el cuerpo del joven; algo que también impedía al escualo ir más allá de la red. Stanley, Burlew y Smith estuvieron zambulléndose durante media hora, mientras algunas barcas rastreaban la zona con ganchos y postes. Apenas quedaba ya nadie en el río; Arthur Smith estaba a punto de salir del agua, cuando notó en su cuerpo un áspero roce que le hizo sangrar. Al poco tiempo, Stanley, entre sacudidas y gritos ahogados, luchaba por su vida; había dado con los restos del cuerpo sin vida del joven, pero junto a él, se encontraba el tiburón; que ahora había hecho presa en su pierna. Brulew, testigo del ataque relataría *“Luchó contra el pez como un loco, dándole y golpeándole con el pie y con todo lo que pudo. Tres o cuatro veces, durante la lucha y aunque el tiburón tiraba hacía abajo, consiguió llegar de nuevo a la superficie. Parecía que podría salir, pero en el mejor de los casos, era una batalla desigual. El tiburón estaba en su elemento, en el agua; Stanley no”*. Finalmente, Stanley logró liberarse, alejándose conforme una barca a motor llegaba al lugar, rescatándole. Sus heridas eran brutales; le faltaba la carne desde su ingle hasta la rótula en su pierna izquierda, mientras la derecha estaba prácticamente descarnada. El Dr. Reynolds luchaba por salvarle la vida en la estación del ferrocarril de Matawan, hasta poder llevarlo al Memorial Hospital en Long Branch. El desafortunado sastre, agonizando, hablaba con el doctor en un intento de no perder la conciencia. El Dr. Reynolds relataría en los noticieros: *“Él pensaba que era su deber recuperar el cuerpo, aun cuando su propia vida podía estar en juego. Más tarde, cuando estaba con los cirujanos en el hospital, me dijo que tuvo el cuerpo de Lester debajo de sus brazos cuando el tiburón atacó: Subía hacía arriba, cuando sentí su apretón en mi muslo. Era una sensación tremenda. No puedo explicarlo. De todos modos, hice mi deber.”* Watson Stanley falleció.

Los ciudadanos de Matawan, armados con pistolas, fusiles y arpones, empezaron a rastrear de nuevo la cala que permanecía cerrada al mar, por lo que el tiburón debía de estar en algún lugar, no muy lejos. Ante su desesperación, algunos llegaron a dinamitar parte de la cala sin lograr su objetivo. Cuatro adolescentes de Cliffwood nadaban a través de la cala de Keyport, apenas a 800 m del muelle de Wyckoff.

A pesar de toda la actividad que había habido alrededor de ellos, ignoraban la presencia del tiburón y los hechos acontecidos. En cuanto fueron avistados, les gritaron para que salieran del agua. Pero mientras se dirigían apresuradamente hacia la orilla, el más joven entre ellos, Joseph Dunn, fue atacado: “*Sentía mi pierna dentro de la garganta del tiburón, creí que me tragaba*”. Su hermano Michael y los otros muchachos le agarraron de los brazos y comenzaron a tirar de él mientras el animal intentaba arrastrarlo hacia la muerte. Finalmente, Dunn pudo ser rescatado y los doctores consiguieron salvarle la pierna.

El tiburón consiguió atravesar la red, saliendo a aguas abiertas. Había desaparecido a pesar de los esfuerzos realizados para dar con él. Sería bautizado como el devorador de hombres de Matawan, para otros sería la bestia de Jersey. En once días había matado a cuatro personas y herido a otra. Aunque nadie podía estar seguro de si cabía la posibilidad de que hubiera habido otras posibles víctimas, así como que se tratara de un único escualo. Lo que estaba claro es que el terror tenía un nombre: tiburón. Las playas de New Jersey se vaciaron de bañistas, sucumbiendo la ciudad a una crisis económica, por lo que se ofreció una gran recompensa por la captura del animal. Se había declarada la guerra al tiburón y muchos serían sacrificados, abiertos en busca de restos humano, en vano. Dos días después del ataque, el cuerpo de Lester Stillwell emergió a unos 225 metros contra corriente del lugar de la tragedia. Dos empleados del ferrocarril lo descubrieron mientras flotaba en la cala, la tormenta de la noche anterior lo removió en el fondo, desalojándolo hasta la superficie. El cuerpo estaba horriblemente desfigurado, parcialmente devorado.

Seis días después, un enorme tiburón fue capturado por el capitán Cottrell en la cala de Matawan, cerca de Raritan Bay. El escualo fue exhibido durante los días siguientes; cerca de 3.000 personas pagaron diez centavos cada uno para ver su cuerpo. Sin embargo, ¿era realmente el asesino? Probablemente no. El verdadero antropófago pudo haberse capturado cuatro días antes en la costa de Souht Amboy, a algunas millas del norte de Raritan Bay. Michael Schleisser, un pescador, capturó una hembra de gran blanco que se había enredado en sus redes. Cuando fue remolcado hasta Amboy y abierto, se encontró en su estómago cerca de 7 Kg de carne y huesos humanos, incluyendo la tibia de un muchacho y una costilla humana. Si no era el devorador de hombres de Matawan, era definitivamente un tiburón antropófago.

Sobre la especie causante de los ataques se ha especulado mucho, pero los estudios efectuados hasta la fecha sobre este caso indican que posiblemente estuvieran implicadas dos especies distintas de tiburón (blanco y toro sarda). Hoy se considera imposible que todos los ataques fueran ocasionados por un único ejemplar. El devorador de hombres de Matawan debió ser en realidad un tiburón toro, ante la imposibilidad de que un tiburón blanco se adentre en aguas salobres y dulces. El

bajo nivel en la salinidad del agua hubiera sido mortal para esta especie; mientras que, por el contrario, sí resulta común que el toro llegue a remontar algunos ríos en busca de alimento. Todos los encuentros se desarrollaron en zonas cercanas entre ellas y en un espacio reducido en el tiempo, pero en diferentes situaciones: un ataque en la misma playa, otro en aguas abiertas y tres en el río Matawan. Fuera como fuese, los ataques fatales desaparecieron. En 1974, el escritor Peter Benchley, se inspiró en estos hechos para escribir su novela *Jaws*, convertida en película al año siguiente por Steven Spielberg, creando uno de los mitos más grandes del cine.

### **California, nadando entre leones marinos**

En agosto de 2003, Deborah B. Franzman nadaba cerca de la costa de la playa de Ávila, en el condado del San Luis Obispo (California). Era temprano, apenas pasaban unos minutos de las ocho de la mañana. En la costa, un amigo que la había acompañado, la observaba. Deborah era una atleta fuerte, le gustaba nadar en el océano tres o cuatro veces a la semana; durante diez años había visitado esta zona para disfrutar de su afición al mar, a menudo sola. Enfundada en un vestido negro de neopreno con aletas, se deslizaba junto a un grupo numeroso de leones marinos que la acompañaban con sus gráciles juegos. De pronto, los pinnípedos desaparecieron y una fuerte sacudida en su pierna derecha estremeció su cuerpo. Durante unos escasos segundos, una enorme aleta rayó el agua junto a ella. Su compañero pudo apreciar que Deborah tenía problemas y pidió ayuda. Sus gritos alertaron a cuatro socorristas que se lanzaron de inmediato al rescate. Gritaba que un tiburón la había atacado, pero no le creyeron hasta que llegaron junto al cuerpo de Deborah, que flotaba boca abajo. Tras darle la vuelta e intentar reanimarla, vieron la magnitud de sus heridas. Entonces fueron verdaderamente conscientes de que un enorme tiburón rondaba cerca de ellos. Su pierna derecha mostraba las marcas de una gran dentellada: su muslo izquierdo había sido arrancado, sesgando la femoral y, con ella, la vida de Deborah posiblemente antes de que los socorristas se lanzaran al rescate. Se miraron unos a otros, horrorizados, *“tenemos que salir de aquí lo más rápido posible”*, diría Groghuli, uno de los socorristas. Tiraron de ella entre los cuatro y nadaron rápidamente hacia la orilla, miraban en todas direcciones temiendo que el tiburón regresara a por su víctima. En tierra, trataron de reanimarla y cortar la hemorragia, pero Deborah había fallecido.

Los expertos consideraron que la acción depredadora posiblemente se produjo a causa de una identidad equivocada, pues la víctima se encontraba nadando entre un grupo de leones marinos, a primeras horas de la mañana y enfundada en un traje oscuro de baño con aletas. El ataque fue fatal, Deborah apenas se daría cuenta de lo que estaba pasando. *“La mordedura era muy grande”*, dijo Roberto Lea, biólogo del Departamento de Pesca. *“El tiburón blanco es uno de los pocos animales que podrían*

*hacer una mordedura tan grande*". La autopsia revelaría que, efectivamente, el ataque habría sido producido por un gran blanco de unos cinco metros. Fue la primera muerte asociada a un gran blanco en California desde 1994, cuando otro ejemplar atacó a Michael Casey, mordiendo sus piernas mientras nadaba en la playa del condado de Sonoma; las heridas requirieron más de 80 puntos para poder cerrarse. En 2002, cerca de la playa de Stinson, en el condado de Marin, otro blanco atacó a una persona que practica surf.

Juan McCosker, investigador experto en tiburones en la Academia de Ciencias de California, en San Francisco, aseguraría: *"mantenerse fuera del Océano Pacífico, es lo único seguro. Si estás nadando en un área donde un tiburón blanco está buscando alimento... Bien, no puedes nadar más rápido que un tiburón"*. McCosker incidió en la necesidad de ser cauteloso y evitar las zonas conocidas que frecuentan: *"Si estás usando un traje de neopreno y aletas, y nadando con los leones de mar, estás convirtiéndote en una imitación muy torpe del alimento del tiburón"*. Cuando un tiburón de más de una tonelada ataca rápidamente, poco puede hacer una persona por huir. McCosker y sus investigadores se han entrevistado con la mayoría de las víctimas que han sobrevivido a un encuentro en la costa oeste. *"Ningunas de las víctimas vivas vieron el tiburón antes del ataque, todo sucede demasiado rápido"*. Ha habido 106 encuentros a lo largo de la costa oeste desde que se mantuvo un seguimiento (en 1952, con la muerte de Barry Wilson, en Monterey). En 55 años se han registrado diez ataques mortales, nueve de ellos atribuidos al gran blanco; en 2003, Deborah cerraba la macabra lista.

## **Oceanía, Australia y Rodney Fox**

Australia es famosa por sus maravillosos arrecifes de corales, también por sus encuentros con tiburones. Son 329 ataques no provocados los registrados en sus aguas hasta 2006, 136 mortales. Al igual que en Nueva Zelanda (46/9), Nueva Guinea (49/25) y las islas de Oceanía (72/25), los ataques de tiburón son un referente siempre a tener en cuenta cada vez que un ser humano se adentra en sus aguas. El primer ataque del que se tiene noticia en la zona sucedió en Australia, en 1791; desde entonces se han producido más de 625 ataques documentados en los últimos 200 años, de los que más de 250 fueron mortales.

En marzo de 2005, Geoffrey Brazier murió cuando un gran blanco le atacó mientras practicaba snorkell junto a dos amigos, cerca de las islas Abrolhos (Brasil). El ataque se produjo ante la atónita mirada de un grupo de turistas que se encontraban a bordo de un crucero de lujo, donde una docena de pasajeros y la tripulación del catamarán Matrix presenciaron el ataque. *"Vino y le partió por la mitad, se fue durante cinco o diez minutos y después regresó a por la otra mitad"*, dijo Steve Thorne, un

dirigente de la compañía que operaba en el crucero. Las autoridades estuvieron buscando los restos de Brazier, hasta que finalmente abandonaron: *“El archipiélago Abrolhos es un montón de islas y hay una gran cantidad de peces y muchos tiburones... No creemos que quede nada de él”*, aseguraría Graham Clifford, portavoz de la policía. Australia es conocida por los ataques de tiburones; la muerte de Brazier suponía el cuarto encuentro mortal en los últimos nueve meses. En agosto, el biólogo marino Jarrod Stehbens fallecía en la playa de Glenelg. Un año después, un tiburón acababa con la vida de la nadadora Sarah Whiley, en la isla Stradbroke.

Sin duda, uno de los ataques más conocidos en Australia fue el sufrido por el submarinista Rodney Fox en diciembre de 1963, en Aldinga Bay, mientras participaba en un torneo de caza submarina, el South Australian Spearfishing Championships. Un gran blanco le mordió violentamente en el costado izquierdo, arrastrándolo hacia las profundidades. Rodney luchó desesperadamente por su vida, introduciendo sus dedos en los ojos del tiburón, golpeando el morro del escualo y utilizando su brazo para impedir ser devorado. Tras varios ataques logró subir a la superficie en el momento que el animal mordió los peces que llevaba lanceados, cortó su cuerda y se dirigió hacia la luz. Bruce Farley, uno de sus amigos, le sacó del agua. Logró sobrevivir tras cuatro horas de intervención quirúrgica y 462 puntos. El escualo había marcado sus mandíbulas desde el hombro hasta el vientre en su costado izquierdo, dejándolo mal herido, con parte del vientre y el pecho abiertos. Su diafragma, el pulmón y un omóplato fueron perforados; su bazo destapado y la arteria principal del corazón, expuesta. Su brazo quedó destrozado, el tiburón le rasgó la carne hasta el hueso, cortó los tendones, los dedos y el pulgar en su mano derecha y, hoy día, aún mantiene un diente del gran blanco encajado en su muñeca. Sin embargo, tres meses después, Rodney ya estaba de nuevo en el agua, convirtiéndose primero en uno de los supervivientes más famosos tras un ataque de tiburón, después en uno de los cazadores de tiburones más reconocidos y, finalmente, en una de las autoridades mundiales en el conocimiento y conservación del gran blanco *“desde entonces he dedicado la mayor parte de mi vida al cuidado, la conservación y la investigación del gran tiburón blanco”*, asegura Rodney Fox.

## **Delfines, el mejor salvavidas**

Si el brutal ataque que sufrió Rodney Fox logró saldarse con un inusual final feliz; otro caso no menos espectacular, por lo acontecido, pero con un final no tan satisfactorio, ocurrió en octubre de 2004. Siete delfines mulares (*Tursiops truncatus*) impidieron que un gran blanco atacara al salvavidas Rob Howes, a su hija Niccy y dos adolescentes más, Karina Cooper y Helen Slade. Se encontraban realizando un cursillo de entrenamiento como salvavidas en la playa de Whangarei, en North Island (Nueva Zelanda). El encuentro se produjo mientras nadaban a 100 metros de

la costa. Howes vio, sorprendido, como varios delfines se acercaban directamente a ellos, lo que no sabía es que un tiburón les rondaba bajo sus pies. *“Se comportaban realmente de forma extraña, daban vueltas a nuestro alrededor y palmadas al agua con sus colas”*. Comentaría Howes. El salvavidas y Helen se habían alejado unos 20 metros de Niccy y Karina, cuando uno de los delfines se zambulló unos metros delante de él. *“Me di la vuelta en el agua para ver por donde subiría, pero lo que vi fue ese enorme pez gris nadando a mi alrededor. Indudablemente era un gran blanco de tres metros. Se deslizó alrededor de nosotros y se dirigió hacia las otras dos muchachas. Mi corazón me saltó a la boca: una de ellas era mi hija. Los delfines nos pasaron como balas”*. Howes, para evitar el pánico, no advirtió de la presencia del escualo a las muchachas, incitándolas a dirigirse hacia la orilla. Entonces, unos delfines rodearon a las dos muchachas y otros comenzaron a empujar a Howes y Helen hasta unirles en un solo grupo, nadando en círculo a su alrededor. Cuando el tiburón se dirigió de nuevo hacía ellos, llegando a dos metros de Howar, los delfines lo repelieron. El grupo de salvavidas trató de avanzar de nuevo hacia la orilla, temerosos de lo que estaba ocurriendo, pero los delfines lo impidieron. *“Pensé que nos atacaban, pero estaban salvándonos la vida. Empezaron a rodearnos haciendo círculos cada vez más pequeños en torno a nuestros cuerpos. El tiburón estaba a solo dos metros de nosotros, pude verle porque el agua estaba muy clara. Enseguida me di cuenta que los delfines querían protegernos”*, declaró Howes.

Los delfines formaron una especie de cadena defensiva, en torno a los salvavidas, durante unos 40 minutos. Matt Fleet, otro salvavidas del club que se encontraba patrullando en su bote, se percató de que lo que ocurría no era normal y se acercó; entonces pudo ver bajo el agua al gran blanco. Cuando desapareció el peligro, los delfines se fueron tal y como habían llegado y los salvavidas nadaron hasta la seguridad de la orilla. No podían apenas explicarse el drama sufrido. Sin embargo no tenían ninguna duda de que los animales actuaron deliberadamente. El por qué, no lo saben. Según algunos biólogos marinos, este tipo de actitud no es inusual en los delfines, que tienen tendencia a ayudarse entre ellos. Respuesta que no acaba de explicar por qué arriesgaron sus vidas por defender a cuatro seres humanos del ataque de un depredador. Lo triste de este caso es lo que aconteció tres semanas después, si bien la gesta heroica de los cetáceos quedó, en cierta forma, reservada como noticia local; estallaría a la opinión pública de todo el mundo cuando dos delfines, posiblemente del mismo grupo que frenó al gran blanco, fueron hallados muertos, mutilados por pescadores furtivos, en el río Awaroa, cerca del puerto de Whangarei. *“¿Por qué hacen esto?”*, se preguntaba una angustiada Helen Slade al conocer los hechos. Rob Howes afirmaría rotundamente *“A la luz de lo acontecido en la playa, deberían probar su misma medicina. Así es como recompensamos su ayuda”*.

Un episodio menos trágico había ocurrido con anterioridad en un punto muy lejano: las Bahamas; otro caso donde un grupo de delfines volvían a interponerse

entre un tiburón y su posible presa: una mujer. En junio de 2003, un tiburón tigre empezó a rondar bajo el agua a unos bañistas en una zona de apenas seis metros de profundidad. Un grupo de cinco delfines mulares se percataron de la presencia del escualo y se acercaron nadando lentamente, observando al tiburón mientras los bañistas, inconscientes del peligro, se alegraban de encontrarse tan cerca de los delfines. Cuando el tiburón tigre empezó a subir en línea recta hacía una posible víctima, una mujer del grupo, los delfines se aproximaron a ella y, cuando el depredador se encontraba apenas a dos metros, se dirigieron hacia el tiburón, que cesó en su empeño y desapareció de la escena. Este sorprendente suceso fue registrado por una cámara submarina a la vez que se alertaba a los bañistas. Los delfines salvaron a esta mujer de sufrir un ataque; cuando fue consciente, apenas podía creerlo.

### **Sidney, el brazo de Coogee y el cráneo del tigre**

Siguiendo con otros casos sorprendentes, regresamos de nuevo a Australia, si bien tendremos que trasladarnos hasta 1935 donde, entre febrero y marzo, se habían registrado tres ataques no provocados en las playas de Sidney. Por entonces, el tiburón estaba considerado como un auténtico enemigo público y la noticia de la exhibición de uno de estos grandes devoradores en el Acuario de Coogee, congregó a muchos visitantes para ver de cerca, en vivo, al monstruo asesino. Podríamos decir que el escualo no decepcionaría a su público: en abril, mientras un grupo de personas se encontraba observando al tiburón, que parecía encontrarse enfermo y ante la sorpresa de todos, se agitó fuertemente y regurgitó un brazo humano. Se trataba de un hermoso ejemplar de tiburón tigre, de cuatro metros, capturado en libertad y trasladado al acuario, donde regurgitó el brazo con una cuerda atada a la muñeca. Al investigar la procedencia del tiburón, se descubrió que había sido capturado ocho días antes a un kilómetro de Coogee Beach, por Albert Hobson, hermano del dueño del acuario. Albert había dejado una línea de pesca con anzuelos para tiburones durante toda la noche, al retornar la mañana siguiente descubrió con agrado que no había capturado un tiburón, sino dos: uno pequeño había mordido un cebo y un segundo tiburón, el tigre, se había comido a su desafortunado pariente. Al comprobar que se encontraba en perfectas condiciones, decidió llevarlo al acuario.

El doctor Arthur Palmer examinó el brazo al día siguiente y determinó que había sido cortado por un instrumento afilado, probablemente un cuchillo. Obviamente, se trataba de un asesinato, por lo que las autoridades investigaron el caso hasta identificar a la víctima. Algo que no significó una gran dificultad, ya que el brazo poseía un tatuaje en el que se podían observar dos boxeadores con pantalones rojos. El periódico Truth publicó a finales de abril una fotografía y descripción del

tatuaje esperando que alguien lo reconociera. Dos semanas más tarde, Eduard Smith, inglés residente en Australia, se dirigió a la comisaría de Randwick y comentó que el tatuaje pertenecía a su hermano James Smith. La policía de Sydney lo confirmó al comprobar sus huellas digitales con las del brazo. James había abandonado su casa 18 días antes de que su brazo apareciera en el acuario. Lo último que se supo de él es que se iba a pescar a Port Hacking, al sur de Sydney, con unos amigos. Tras meses de investigación, descubrieron que estaba implicado en tratos con los delincuentes más peligrosos de Sidney. James resultó muerto en una pelea y tuvieron que cortarle el brazo, pues su cuerpo no cabía dentro de la caja que le tenían preparada. Brazo y caja se perdieron en las profundidades del océano. Patrick Brady, principal sospechoso, fue declarado no culpable por el juez, pues no se hallaron pruebas para condenarle. Lamentablemente, el tiburón, el verdadero inocente, también fue sacrificado para determinar si había alguna parte más del cuerpo de James en su estómago.

67 años después, en abril de 2002, un nuevo caso trajo de inmediato a la memoria el brazo de Coogee. Cuatro pescadores deportivos encontraron trozos de un cuerpo humano en el estómago de un tiburón tigre capturado al norte de Sidney. *“Lo primero que vimos fue un hueso de ballena y estuvimos interesados en ver qué más había comido el tiburón”,* dijo el capitán Bob Van Leuwick. *“Rajamos la tripa para ver que más había dentro y salieron algunos pedazos de carne, pero no pensamos que eran parte de un ser humano. Pero entonces el cráneo rodó hacia fuera. Fue un shock tremendo y comprendimos que habíamos atrapado a un devorador de hombres”.* Avisada la policía, se revisaron los restos; entre ellos destacaban una pelvis y un brazo humano, que fueron transportados al depósito de cadáveres en Newcastle. Las autoridades empezaron a comprobar en sus archivos los casos de desaparecidos de la zona, intentando identificar los restos. El cráneo estaba bien conservado, con todos sus dientes; la ingestión podría haberse producido hacía una semana, o a lo sumo dos, por lo que quizás podría ser posible identificar a la desafortunada víctima. La policía cotejó las muestras dentales con las de personas desaparecidas en las dos últimas semanas e incluso revisó diferentes expedientes abiertos de asesinato. Finalmente, resolvieron que el cráneo y los restos humanos encontrados dentro del escualo pertenecían a un viejo pescador que, posiblemente, se había ahogado cerca de Sidney. El caso se cerró así, dando por hecho que el ataque no había sido tal, sino posiblemente se tratara de una acción necrófaga.

La publicidad sobre tiburones asesinos no es del gusto de las autoridades de Sydney, pero la verdad es que en aguas de Nueva Gales del Sur, desde 1996 hasta finales de 2003, se registraron seis ataques mortales; y una semana después de hallarse el cráneo en el estómago del tiburón tigre de Sidney, otro escualo arrastraba a la muerte a un joven submarinista.

En enero de 2007, Eric Nerhus, tras una lucha desesperada, lograba huir de las mandíbulas de un gran blanco. *“Nunca he sentido un miedo como ese hasta que estuve dentro de sus mandíbulas, con esos dientes arrastrándose por todo mi cuerpo”*. Nerhus se encontraba recogiendo orejas de mar cerca de Edén, en la costa de Nueva Gales del Sur, a ocho metros de profundidad, junto a otros compañeros. La visibilidad era muy mala cuando, de pronto, un gran blanco le asestó un golpe, sacándole el regulador de oxígeno de la boca y tratando de tragarlo. Cuando Nerhus intentó sacar su cabeza de la boca del tiburón, éste aplastó su cara, rompiéndole la máscara y la nariz. Una nueva dentellada le introducía hacia las entrañas del animal, rasgándole su torso. El submarinista estuvo luchando durante dos minutos, hasta que logró clavar su dedo en uno de los ojos de escualo: *“Puse mi brazo izquierdo a un lado de su cara porque tenía la cabeza, los hombros y el brazo derecho dentro de su garganta (...), le golpeé en la órbita del ojo con mis dedos rígidos, con lo que el tiburón reaccionó de tal forma que abrió un poco la boca y yo, simplemente, traté de escaparme”*. Una vez libre, gravemente herido, tomó el regulador y comenzó a subir lentamente hacia la superficie temiendo ser perseguido. *“Estaba dando vueltas a mi alrededor, en pequeños círculos (...), mientras subía para salir del agua, volvió hacia mí, venía bajo mis piernas”*. El hijo de Nerhus y otros buceadores pudieron sacarlo del agua antes de que lo alcanzara de nuevo, trasladándole urgentemente al hospital en helicóptero. *“Soy un afortunado por haber sobrevivido”* afirmaría, y puede asegurarlo. Como comentaría uno de los submarinistas que le acompañaban, *“con su cabeza dentro de la boca del tiburón, tenía más posibilidades de que le tocara la lotería que de sobrevivir”*.

## **USS Indianapolis, el gran festín**

Las costas del sur de Asia no presentan un elevado índice de encuentros, más bien bajo. Con 133 ataques no provocados registrados desde 1580 hasta 2000, de los cuales 62 fueron mortales, se sitúa lejos de las zonas más conflictivas. Sin embargo, Irán, Filipinas y Japón son tres puntos calientes a tener en cuenta, ya que en sus aguas se han producido la mayor parte de estos encuentros. Pero si bien podemos decir que Asia no es uno de los continentes más castigados, sí podemos concluir que en sus aguas se produjo la mayor catástrofe humana jamás conocida a causa de los tiburones: el gran festín del USS Indianapolis.

Durante las guerras que han sacudido al hombre a lo largo de su historia, son innumerables los combates que vinieron a realizarse en aguas de mares y océanos. Desde el Mediterráneo, con las guerras de moros y cristianos, hasta el Pacífico entre los Aliados y los japoneses. Miles de personas han encontrado sepultura en el gran azul, hogar de tiburones. Obviamente, decir que el hombre no es una presa habitual para los escualos es una relativa verdad, pues resulta difícil documentar la labor depredadora y necrófaga que estos animales han realizado en los mares a lo

largo de los siglos; desde que siguieran a las embarcaciones de fenicios y chinos, pasando por los enormes galeones esclavistas, hasta llegar a la tragedia del USS Indianapolis. Son parte de los llamados ataques provocados.

El crucero USS Indianapolis CA-35, de la marina de los EEUU regresaba de la isla de Tinian tras una misión secreta durante la Segunda Guerra Mundial: entregar el uranio-235 enriquecido necesario para la fabricación de Little Boy, la bomba atómica que sería lanzada sobre Hiroshima. El Indianapolis realizó 8.000 Km en diez días. Con solo un atraque para combustible, en el puerto de Pearl Harbor, llegó a su destino a finales de julio de 1945: Tinian, en las islas Marianas; a unos 1.100 Km de las costas de Japón. El crucero, que acababa de transportar la carga clave que cambiaría el curso de la historia, zarpó para reunirse con el USS Idaho. Debido al carácter secreto de su misión, únicamente un puñado de personas sabían que se encontraba en la zona cuando, en la medianoche del día 30, el submarino japonés I-58, comandado por Mochitsura Hashimoto, atacó. Varias explosiones sacudieron la proa y el estribor del barco. Alcanzado de lleno, se hundió en el mar de Filipinas en apenas doce minutos. Tan solo unas cuantas balsas lograron ser lanzadas antes del hundimiento. De una tripulación compuesta por 1.196 hombres, se estima que alrededor de 900 consiguieron sobrevivir al naufragio, aunque muchos de ellos resultaron heridos por la fuerza devastadora de las explosiones. Tras la tragedia, los marineros esperaban ser rescatados pronto. Pero en el agua les esperaba un enemigo inesperado: el tiburón tigre.

Con la luz del día, el agua clara horrorizaba a los supervivientes del USS Indianapolis: flotaban sobre un mar de escualos. Algunos de los tiburones habían empezado a devorar los cuerpos de los muertos esa misma noche y, atraídos por la sangre, se acercaban cada vez más a los supervivientes heridos. Cautelosamente, empezaron a tantear tan novedoso y abundante alimento, golpeándolos con el morro y sacudiendo pequeñas dentelladas. Entre los hombres estalló el pánico, muchos perdieron el control, golpeándose entre ellos mientras asistían a tan macabro festín. Despedazados los cadáveres de los fallecidos, los tiburones habían empezado a ganar en agresividad hacia los supervivientes. Pronto empezaron a cebarse también con los vivos. La sangre de los heridos los atraía hacia determinados hombres, que eran repudiados por sus compañeros o fatalmente ayudados por otros. En un desesperado intento por salvar sus vidas, los marineros se unían en grupos, en círculos; chillando y golpeando el agua, con los pies, con las manos, conforme se acercaban los tiburones. Como cualquier presa natural buscaban protección en el interior del grupo; los hombres peleaban por ocupar la seguridad del interior, donde se encontraban a salvo a costa de los que quedaban expuestos a la boca del depredador, que eran descuartizados uno a uno. Aterrorizados, algunos marineros no pudieron soportarlo; desprendiéndose del chaleco salvavidas, se sumergieron hasta ahogarse para evitar ser devorados vivos. En la zona, posiblemente llegaron

a congregarse alrededor de los náufragos unos 200 escualos. Las heridas, la deshidratación y los tiburones fueron fatales para muchos de ellos. A veces, tras un ataque masivo, desaparecían durante algunas horas para volver, más tarde, de nuevo, en busca de una nueva presa. Los muertos empezaron a aumentar progresivamente; junto a los vivos flotaban pies, manos y vísceras. Al tercer día, la media de ataques era de seis cada hora. Los marineros rezaban por que llegara pronto el rescate, pero la posición del barco no se había notificado a la Comandancia del Pacífico, en razón de la misión que acababa de cumplir y no se había enviado ninguna señal de socorro. Nadie se percató del retraso de la nave, cuando no alcanzó Leyte, según lo programado, ni se hizo ningún informe sobre ello. El carácter secreto de su misión jugaba en contra de los marineros, que agonizaban, devorados por los tiburones.

Tres días después, un avión localizó por casualidad a los supervivientes. El teniente Wilber Gwinn, a bordo de un bombardero PV-1 Ventura, les descubriría en un vuelo rutinario de patrulla, mientras buscaba submarinos enemigos. Alertados por una gran mancha de aceite, sobrevoló el lugar, observando, ante su asombro, a cientos de hombres en el agua, que agitaban sus brazos intentando llamar su atención. Gwinn pidió ayuda dando las coordenadas a su base en Peleiu. Desde allí partió un hidroavión PYB, que llegó a la zona con ordenes de lanzar víveres y botes salvavidas para que los náufragos aguantasen hasta obtener más información. Sin embargo, una vez realizada su misión, la tripulación avistó los numerosos tiburones que atacaban a los marineros. El teniente Adrian Marks, desoyó las ordenes y amerizó. W. Graham Claytor, comandante del destructor Cecil J. Doyle, después de recibir la localización del hidroavión y su petición de ayuda, se dirigió hacia el lugar sin esperar la autorización correspondiente; si los informes que había recibido sobre cientos de hombres que estaban siendo devorados por tiburones eran ciertos, no podía permanecer a la espera. El teniente Adrian lanzó los botes y empezó a rescatar los marineros que se hallaban dispersados. Desesperadamente, trataba de subir a más y más personas, hasta 56 hombres; incluso atándolos con las cuerdas de los paracaídas en el fuselaje del hidroavión, que quedó en parte inutilizado, para mantenerlos fuera del alcance de los escualos. Insistió pidiendo ayuda por radio; el comandante W. Graham le confirmaría que ya estaba en camino. Para sorpresa de éste, Adrian le comunicó que se trataba de la tripulación del USS Indianapolis. Cuando el destructor llegó al lugar, ya de noche, el comandante Claytor acogió a los marineros del hidroavión y ordenó encender los reflectores del barco, que se fijaron en el agua y en las nubes bajas, lo que dio suficiente luz para poder observar la macabra escena que se estaba desarrollando en el agua. Claytor confirmó al puesto de mando que estaban rescatando a los supervivientes del emblemático crucero. Todas las unidades capaces de operaciones de rescate fueron enviadas a la zona. Claytor expuso gravemente su nave a un posible ataque de los submarinos japoneses, pero eran necesarias las luces para que los marineros nadaran hacia su salvación y que los barcos enviados al rescate pudieran localizarlo

rápido. No hubo ataque enemigo y el Cecil J. Doyle logró rescatar, durante toda la noche, cerca de cien personas. Hasta el último momento, los tiburones siguieron atacando, produciendo enormes heridas incluso a aquellos que les separaba de la salvación unos centímetros. De madrugada, llegaron tres destructores americanos más a la zona; finalmente se rescataron con vida a 317 hombres, de los 900 que sobrevivieron al hundimiento. La gran mayoría de ellos habían sido devorados por los tiburones. Las operaciones de rescate continuarían sin descanso durante varios días; tras peinar un radio de 160 km, día y noche, los equipos abandonaron la zona. Antes aún recuperarían del lugar 56 cuerpos mutilados.

Charles Butler McVay, comandante del USS Indianapolis, superviviente del desastre, quien a juicio del alto mando naval había desatendido las precauciones evasivas a pesar de navegar en aguas hostiles, fue sometido a un consejo de guerra y hallado culpable; un caso único en la historia naval de los EEUU en tiempos de guerra. Acusado de avanzar en línea recta en aguas peligrosas, en vez de realizar maniobras en zig-zag para evadir los ataques de los submarinos y de negligencia durante su hundimiento, McVay no se defendió de las acusaciones y se suicidaría en 1968. Tras varias revisiones del caso, la Armada finalmente exoneró al comandante McVay.

## **África, de la tragedia del Nova Scotia a la habituación**

En África, los encuentros con tiburones, 276 con 71 muertos hasta 2006, según el ISAF, se registran especialmente en Sudáfrica (212/42) y en Mascarene Island (19/12), al este de Madagascar. En la costa oriental, también se pueden contabilizar algunos casos más en Mozambique, Kenia, Sudán y Egipto; algunos de ellos mortales. En la costa oeste, solo en Guinea Ecuatorial, Liberia, Sierra Leona y Senegal se ha podido contabilizar algún ataque.

Y sin embargo, sería en costas africanas donde se produciría uno de los episodios conocidos más sangrientos de la historia, con el hundimiento del Nova Scotia frente al litoral de Mozambique. Durante la Segunda Guerra Mundial, el 28 de noviembre de 1942, Robert Gysae, comandante del U-177 y uno de los más famosos “lobos de mar” del III Reich, patrullaba de madrugada entre las aguas de Lourenço Marques y Durban, en el canal de Mozambique cuando avistó un mercante a vapor británico, sin protección alguna. Se trataba del Nova Scotia (6.796 Tm), recorría las aguas con la relativa seguridad que le proporcionaba su cargamento: 750 prisioneros de guerra italianos y un buen número de civiles recogidos en Abisinia; con la tripulación, sobrepasaban las mil personas embarcadas. Robert Gysae decidió que se trataba de un buque armado, por lo que no vaciló en hundirlo en diez minutos con tres torpedos. Hundido el mercante se alejó de la zona recogiendo dos naufragos italianos; informado por éstos de la cantidad de personas que se

debatían en el agua, agonizando, entre ellos muchos prisioneros italianos, envió un aviso de socorro a las autoridades portuguesas para que mandaran botes salvavidas. Cuando llegó la ayuda, se quedaron horrorizados: los naufragos estaban siendo devorados literalmente por una gran cantidad de tiburones. Atraídos por el olor de los cuerpos despedazados por las explosiones, los escualos se sumaron a una tragedia que parecía no tener fin. Las autoridades portuarias estuvieron rastreando la zona varios días; a pesar de ello solo pudieron rescatar a 192 personas. Durante una semana estuvieron llegando restos de cuerpos humanos a las playas de Durban. Robert Gysae recibió las Hojas de Roble para su Cruz de Caballero del III Reich, los tiburones devoraron 809 personas, de las cuales la mayoría aún se encontraban con vida.

Hoy día, con más 212 ataques y 42 fallecidos, Sudáfrica es el país africano que más encuentros fatales registra. En julio de 1998, el joven Antón Devos moría en el hospital después de sufrir el ataque de un gran blanco en el punto de Gonubie, al norte de Londres; el escualo le mordió sus manos, su cuerpo y desgarró la arteria de su muslo izquierdo, causándole una pérdida masiva de sangre. En mayo, Neal Stephenson, perdió su pie y parte de su pierna derecha en un ataque cerca de la bahía de Plettenberg, uno de los lugares más populares en la costa del Cabo. En la costa meridional de Sudáfrica se registra una media de cuatro ataques al año. Pero, a mediados de 1998, siete ataques del tiburón se habían registrado ya entre la costa de Londres y la bahía del este de Saldanha, en unos meses, justo en el pico de la estación del invierno del hemisferio meridional, cuando menos personas entran en el mar. Este alarmante incremento en los ataques, en una época inusual, especialmente contra las personas que realizan surf, hizo temer a la población costera la presencia de un tiburón asesino. Algunos municipios cerraron sus playas temporalmente, a pesar de que los expertos mostraban prudencia ante la posibilidad de un devorador de hombres. Los comerciantes iniciaron reiteradas protestas: temían por la pérdida de sus negocios turísticos. El gran blanco está protegido por las leyes de Sudáfrica, por lo que se exigía una solución. Sin embargo, los surfistas ven el peligro del tiburón como algo que está ahí, sin más; quizás sea un aliciente que añadir al deporte. Su filosofía es aquella que confirma que es más posible sufrir una muerte violenta en la carretera, que ser víctima de un ataque de tiburón en la playa... Y todo el mundo va en su vehículo a pesar de ser conscientes de las estadísticas mortales, enormemente mayores que las de ataques de tiburón.

Los investigadores admitieron que esta serie de ataques de tiburón durante los meses del invierno era inusual, pero rechazaron unánimemente la teoría de que un depredador solitario fuera el responsable de todos los ataques. Incluso realizaron la posibilidad de que probablemente más de una especie estuviera implicada en los ataques. La línea de la costa de Sudáfrica es, generalmente, cuarta en la lista negra de ataques de tiburón; después de América, Australia y Brasil, según la estadística

del ISAF. La mayoría de los ataques se producen durante el verano cuando las playas están saturadas de bañistas y surfistas. Leonard Compagno, director del centro de investigación del tiburón en Ciudad del Cabo, precisa que la ropa y el equipo moderno, de alta tecnología, permite a la gente ir más lejos, especialmente a los submarinistas y surfistas, para gozar del mar durante el invierno. Puede que esto, unido a las florecientes compañías turísticas que ofrecen a los turistas paseos en embarcaciones para ver al gran blanco y alimentar a los tiburones en las aguas del Cabo, tenga algo que ver con el aumento de ataques. Los turistas entran en una jaula sumergida, mientras los tiburones son atraídos con carnaza lanzada en el agua; no muy lejos, surfistas, submarinistas y bañistas también se encuentran en el agua. Los científicos critican estas prácticas turísticas, dando por hecho que es normal que este tipo de encuentros fatales aumenten al relacionar los escualos la comida con el ser humano.

Mientras tanto, nuevos ataques conmovían a la opinión pública en los últimos años. Uno de ellos en 2002; Craig Bovim había salido a pescar langostas en Scarborough para esa misma nochebuena, sin embargo se encontró con un gran blanco que le estuvo rondando hasta echársele encima. *“Estaba realmente asustado, luego vi la aleta viniendo directamente hacia mí como una lancha”*, comentaría Craig tras sobrevivir al ataque; sus brazos quedaron gravemente desgarrados y también recibió una mordedura en la pierna. Otro encuentro grave se produciría en marzo 2005, Chris Sullivan se encontraba surfear en las playas de Noordhoek cuando vio como un gran blanco se deslizaba bajo él, rápidamente intentó salir del mar, pero el tiburón mordió su pierna y su tabla de surf llevándoselo bajo el agua... *“Le dí un par de puñetazos, como una niña, y noté como la pierna se desgarraba, pero sus dientes eran tan afilados que no sentí dolor alguno”* comentaría Chris. Cuando el tiburón le soltó, una ola acercó a la orilla al surfista que logró salir del agua; el traje de neopreno le mantuvo la pierna unida al cuerpo y, tras una complicada operación y 200 puntos, Chris saldría del hospital dispuesto a volver al mar. Tanto Craig como Chris se oponen a alimentación de tiburones *“antes había cazadores de trofeos que mataban tiburones, ahora tenemos a gente haciendo negocio a costa del turismo... Demos el siguiente paso y empecemos a observar los tiburones de forma pasiva, sin atraerlos con cebo”* comentaría ambas víctimas. Ese mismo año, Henry Murrari era devorado por un gran blanco.

## **Habitación, una mala costumbre**

En 2001, una creciente ola de ataques de tiburones sacudía toda la costa del golfo de México. Los incidentes comenzaron en julio, con el ataque de un tiburón toro a un niño que se bañaba en aguas someras, cerca de Pensacola, al cual le arrancó un brazo. Los encuentros continuaron dejando, a comienzos de septiembre, un

saldo de 50 ataques, 28 de ellos en la zona de Florida, tres de los cuales resultaron mortales. Este conflictivo período sería conocido como el verano del tiburón. Durante este tiempo se vino concentrando en la zona una inusual cantidad de escualos, con avistamientos de tiburones tigre, toro, martillo y nodriza. Este hecho no era exclusivo de la zona, quizás tan solo una advertencia de lo que estaba ocurriendo. Tanto en Sudáfrica, como en Australia, estas extrañas concentraciones de escualos aparecieron conforme aumentaba el turismo y la popular modalidad de alimentar a los tiburones. Esta nueva atracción turística, bien sea alimentarlos bajo el mar o atraerlos hasta las embarcaciones con cebo, estaba atrayendo a los tiburones hacia las zonas de mayor actividad turística, condicionando la vida marina salvaje y llevando a los tiburones a identificar a los seres humanos con una fuente de alimento. Hasta la fecha era algo impensable que un tiburón relacionara directamente al hombre como una presa común; pero hoy puede estar ocurriendo. El tiburón, finalmente, relacionará la silueta vertical con comida y no cómo un elemento extraño en su mundo horizontal, ocasionando que los humanos sean atacados con mayor frecuencia.

Florida Fish and Wildlife Conservation Commission (FWCC) propuso la prohibición de las actividades que incluyan alimentar a los tiburones. Sin embargo, los operadores de turismo se resistieron a esta medida, aduciendo que esta práctica es segura y que ninguno de los turistas que participan en estos buceos había sufrido daño alguno. Pero tras varios ataques, en el encuentro anual en Cayo Largo, Florida, en noviembre de 2001, el FWCC prohibió las excursiones de buceo organizadas con la finalidad de alimentar tiburones en las aguas de Florida. La legislatura de las Islas Caimán emitió una prohibición, en abril de 2002, para las excursiones de alimentación de tiburones, tras un ataque cercano a un puesto de alimentación, en el que Krishna Thompson perdería su pierna y salvó su vida de milagro.

En junio de 2002, Hawái se convirtió en el segundo estado de EEUU en prohibir las actividades de buceo para la alimentación de tiburones. Según palabras del presidente de la FWCC, David Meehan, *“Aún cuando los operadores de buceo tienen excelentes antecedentes de seguridad, el riesgo potencial de una tragedia es real... Pienso que no es una buena práctica acercarse a animales que están equipados para actuar como cazadores, y entrenarlos para perder el recelo hacia los humanos y alimentarse de su mano”*. La reunión de la FWCC se realizó tres días después de que Sergei Zaloukaev muriera y su compañera resultara herida a consecuencia del ataque de un tiburón en los Outer Banks, en Carolina del Norte. Dos días antes, un tiburón había matado al pequeño David Peltier en las playas de Virginia. Ese mismo verano, otro niño, Jessie Arbogast, fue atacado cerca de Pensacola; sería el primero de varios incidentes registrados en Florida durante ese verano. *“Se estima que, en todo el mundo, ha habido 15 lesiones relacionadas con la práctica de alimentación, mientras que otras ocho implicaron a fotógrafos profesionales que utilizaron alimento para atraer a los*

*tiburones”* comentaría George Burges, director del ISAF. La prohibición fue aplaudida por los buceadores del Grupo de Seguridad Marina. Su fundador, Bob Dimond dijo que se preocupó hace algunos años cuando notó que tiburones típicamente asustadizos se movían muy cercanos a él. *“En ese momento, pensé que los tiburones se mostraban agresivos ante mi presencia y que estaba realmente en peligro de sufrir un ataque; luego comprendí, al informarme sobre las operaciones de alimentación, que lo que sucedía realmente era que los tiburones se acercaban buscando comida... Nuestra posición es que la alimentación de la fauna aumenta gravemente el riesgo de ataques contra seres humanos. También nos preocupan las consecuencias para el medio ambiente, que podrían ser dañinas, debido al hecho de que se está modificando el comportamiento de alimentación de estos animales”*.

Por otro lado, los operadores de turismo defendieron en vano esta práctica como herramienta educativa, sorprendidos por la prohibición que afectaba directamente la economía de este sector. De hecho, negaron la relación de la habituación con el aumento de ataques como una causa real, aduciendo que esta práctica no es peligrosa y que se tendrían que buscar otras más reales: como pudiera ser la imprudencia temeraria de muchos bañistas y surfistas que practican sus deportes favoritos en aguas frecuentadas por tiburones desde siempre. En numerosas zonas, los operadores siguieron con sus ofertas, ignorando la ley; pero en marzo de 2002, a menos de 200 metros de donde los operadores alimentaban ilegalmente tiburones para disfrute de los turistas, uno de estos escaulos realizó un ataque mortal contra una persona que practicaba snorkell. Las diversas víctimas de ataques empezaron a demandar a las empresas que realizaban esta práctica y las autoridades empezaron a perseguir a los operadores que ofrecían alimentar a los tiburones en un intento de que se hiciera efectiva la ley. En Hawai, tras varios ataques en zonas próximas a los comederos ilegales de tiburones, los responsables siguieron con su actividad apenas a tres kilómetros de las playas llenas de gente, alejándose apenas a unos metros de las aguas jurisdiccionales del estado.

En Sudáfrica, la muerte de Henry Murrai, devorado por un gran blanco, en junio de 2005, reabría la polémica de la alimentación de tiburones en las playas y la forma de atraerlos hacia las jaulas para turistas. Al igual que sucediera en Florida, hubo una fuerte controversia entre buceadores, surfistas y bañistas por un lado, y los operadores de tours con tiburones por otro. En septiembre 2005, cuando ya se habían registrado más ataques del tiburón en Sudáfrica ese año que en toda una década, científicos, ecologistas, surfistas y bañistas exigían que se prohibiera la industria del tiburón, haciendo responsable de los frecuentes encuentros con tiburones a las inmersiones con jaula para avistar al gran blanco.

## ¡Un ataque en Europa!

Acostumbrados a oír hablar de los encuentros con tiburones como algo lejano, sorprende cuando salta la noticia: ¡Un ataque en Europa! Sin embargo, no debiera ser así. Si bien es cierto que el número de casos es mucho menor, en parte debido a la esquilmación que sufren sus mares, especialmente el Mediterráneo; el ISAF lleva registrados hasta el 2006, 39 ataques no provocados en Europa, de los cuales 19 fueron mortales. Siendo el país más castigado Italia, con 13 encuentros, cuatro de ellos mortales. De hecho, el último ataque fatal registrado en Europa fue el que sufrió el buceador italiano Luciano Costanzo; sucedió en febrero de 1989, tras un encuentro con un gran blanco. Luciano se encontraba limpiando cables del fondo marino, a 27 metros de profundidad; su cuerpo no se encontró nunca. El incidente sucedió en el golfo de Baratti, cerca de Piombin, en la costa de la Toscana. Otros países europeos donde se han registrado casos son Grecia, Croacia, Francia, España, Reino Unido y Malta.

En España, los ataques de tiburón son casi anecdóticos. De hecho, aunque se han producido algunos ataques, el ISAF únicamente certifica dos de los cuatro casos que reconoce en sus archivos, ninguno de ellos mortal. El primer ataque se produjo en Tarifa (Cádiz) en marzo de 1986: J.L. Pérez Díaz estaba practicando windsurf a unos 300 metros de la playa cuando un gran blanco le hizo caer en su tabla. Mientras estaba tumbado sobre ella, un escualo surgió a la superficie y le mordió la pierna; tras el ataque, se alejó dejándole gravemente herido. J.L. Pérez fue rescatado rápidamente, pues varias personas habían presenciado el ataque, pero no se pudo impedir que perdiera el pie. El segundo ataque sucedió en septiembre de 1993 en la Playa de Les Arenes (Valencia), Jorge Durich Hernández nadaba a unos 200 metros de la costa cuando fue atacado en la superficie por un tiburón; le hirió en los pies, cortándole algunos dedos.

Dejando aparte un ataque en Barcelona sobre una embarcación, en 1928, a lo largo de la costa del Sol y del Azahar, se han producido un goteo de ataques que fueron ignorados o silenciados debido al creciente auge del turismo de sol y playa entre 1960 y 1995, que quedaron plasmados en pequeñas reseñas de los periódicos locales. En Valencia, dos ataques en Les Arenes y uno mortal en El Saler. En Alicante, una joven perdió una pierna. En el Prat, desapareció un windsurferista, del que se recuperó su tabla con evidentes muestras de haber sido mordida por un tiburón. En Murcia, un aficionado a la pesca submarina tuvo un encuentro con un tiburón tigre... De igual forma, los grandes tiburones capturados o varados eran transportados de inmediato a los vertederos, evitando toda repercusión negativa sobre la afluencia de turistas. El suceso más conocido fue el que aconteció en Tossa de Mar, Girona, donde el 17 de noviembre de 1992, el mar arrojó a la costa un gran blanco de casi cinco metros y una tonelada de peso; ese mismo día el tiburón

estuvo rondando la playa, al parecer agonizando, hasta morir. El caso fue silenciado por las autoridades temerosas de que la imagen de aquel enorme tiburón sobre la playa desatase el pánico y afectase a la temporada veraniega. La Guardia Civil retiró el cadáver rápidamente, con una grúa municipal; al día siguiente, expertos de Marineland, en Palafolls, pudieron localizarlo en un vertedero, tierra adentro, donde pudieron examinar el cadáver.

## Bethany Hamilton, el espíritu de la superación

Bethany Hamilton, con apenas 13 años, ya tenía a sus espaldas 21 campeonatos ganados y fue segunda en el Campeonato Nacional sub-18: toda una promesa del surf. Pero el destino quiso ponerla a prueba. El 31 de octubre de 2003, como tantos otros días, disfrutaba de las olas en la costa norte de la isla Kauai, en Hawái (EEUU), con su amiga Alana y el padre de ésta, que las observaba desde la costa con unos amigos. Bethany esperaba la llegada de una ola precisa, con el brazo izquierdo en el agua cuando, de pronto, un golpe sacudió su tabla y la surfista empezó a remar solo con el brazo derecho; en la orilla sonreían pensando que estaba bromeando. Sin embargo, mientras lo que para unos era una divertida escena, escondía un verdadero drama: la lucha por la supervivencia. Un tiburón tigre acababa de cortarle el brazo izquierdo a la altura del hombro. Los efectos del ataque habían sido brutales: su brazo desapareció junto a un trozo de la tabla. *“Sucedió en pocos segundos, recuerdo como el agua a mi alrededor se tiñó de sangre, luego vi que me había arrancado el brazo casi hasta el hombro de un mordisco”*. Bethany nadó desesperadamente, remando con un solo brazo hacia la orilla. *“Si quiero salvarme tengo que llegar a tierra, ¿perderé a mis patrocinadores?”* pensó entonces. Sus amigos se percataron de que algo no iba bien; aquello podía no tratarse de una broma. El padre de Alana logró rescatarla del agua y le practicó un torniquete con la correa de una tabla de surf para detener la hemorragia. La joven fue trasladada al Wilcox Memorial Hospital, de Lihue. Casualmente, Tom, su padre, se encontraba en el hospital para someterse a una intervención leve de rodilla. *“Estaba en el quirófano cuando alguien entró y dijo que un tiburón había mordido a una chica de 13 años. Pensé que únicamente podía tratarse mi hija o de su amiga. La impotencia se apoderó de mí. Era Bethany. Creía estar viviendo una pesadilla”*.

Bethany se convertiría en todo un ejemplo de superación. Una semana después de quitarle los puntos, volvió al mar, con su tabla de surf, remando con un solo brazo. Tras un principio desmoralizador, volvió a subir a la cresta de las olas y a participar en concursos. Tuvo que aprender de nuevo a mantener el equilibrio sobre la tabla y a no caerse al mínimo golpe de mar. La joven surfista se convirtió en el objeto de todas las miradas, muchos empresarios quisieron asociar sus nombres con el suyo. Su futuro parecía estar claro, sobre todo, tras conseguir el patrocinio de Rip Curl,

un importante fabricante de artículos deportivos y de surf. Bethany se convirtió en un célebre personaje, se hizo famosa por ganar a chicas que la superaban en cuatro o cinco años y, sobre todo, por elegir siempre la ola más difícil, ésa sobre la que parecía imposible cabalgar. *“Es muy agresiva sobre la tabla. Cuando bajaba una ola de tres metros a 120 kilómetros por hora sacaba la lengua. Es una de las atletas más fuertes del mundo”*. Diez semanas después del ataque, quedó quinta en los campeonatos escolares y consiguió llegar a una final. Por otra parte, se lograron recoger más de 35.000 euros de donaciones para poder sufragar su prótesis. En junio de 2004 ganó el ESPY Award a la mejor reaparición del año. Y en 2005 dominó los campeonatos nacionales de la Asociación Escolar de Surf, quedando primera en la categoría *Explorer Women*. Su historia personal la ha convertido en un símbolo para los surfistas de todo el mundo, reflejado en el documental *Heart of a Soul Surfer*.

### **Tiburón, un mal menor pero real**

El ISAF investigó 96 incidentes relacionados con la interacción del hombre con el tiburón que ocurrían en todo el mundo en 2006. De estos casos, 62 eran considerados como no provocados. El número de ataques de tiburón ha crecido constantemente durante el último siglo, a pesar de que todas sus poblaciones están sufriendo una drástica reducción, a causa de la explotación pesquera y la pérdida del hábitat. Hay menos tiburones, pero hay más encuentros. La conquista del mar, la saturación de las playas, la habituación y una mayor transparencia en la información pueden ser la clave. Se estima que, por todo el mundo, se producen de 70 a 100 incidentes con tiburones, dando como resultado de 5 a 15 muertes. Probablemente más, ya que no se registran todos los ataques; de hecho, la información proporcionada por algunos países es muy escasa, cuando no totalmente inexistente. En algunas zonas turísticas las autoridades son muy reservadas para evitar que el miedo y la mala prensa puedan hacer retroceder sus beneficios turísticos, su mayor fuente de ingresos, o incluso la única.

Un estudio de las autoridades americanas nos habla de 4.406 personas ahogadas en EEUU durante 1998, mientras que hubo un fallecido en los 26 ataques de tiburones de ese mismo año. Obviamente, aunque los escualos son un mal menor para el ser humano, un encuentro es un peligro que debe ser reconocido por cualquier persona que frecuente aguas marinas, incluso algunos ríos y lagos; ya sea mientras nada, practica surf, snorkell o realiza submarinismo; o un inocente baño en la orilla. Aunque, desde un punto de vista estadístico, las ocasiones de morir por un corte de digestión, un fallo cardíaco o, simplemente, ahogándose, como hemos visto, son mucho más altas que sufrir un ataque de tiburón, no debemos olvidar que es un factor más a tener en cuenta. Ahí están los muertos, los heridos, los relatos. Si una persona es atacada por un tiburón con una dentellada o un golpe, todos los

expertos aconsejan evitar una reacción contra el tiburón que pueda desencadenar otro ataque; hay que tratar de evitar caer en el horror, intentar alejarse de la zona y salir del agua. Si el animal insiste y hace presa, golpearle en la nariz contundente, generalmente da lugar a que el tiburón se aleje temporalmente, momento en que se debe intentar huir. Si esto no es posible y el tiburón muerde con intención de devorarnos, no se debe permanecer nunca de forma pasiva. Los tiburones respetan tamaño y energía de su adversario, desistirá de su ataque si nota la más mínima señal de que puede resultar dañado. Por ello hay que intentar herir como sea sus ojos y branquias, dos áreas muy sensibles. El tiburón se verá sorprendido y posiblemente dude en su ataque, lo que nos puede dar un tiempo valioso para huir.

## CAPITULO 10

### ANTROPÓFAGOS. CONCLUSIONES FINALES

Como hemos podido observar a lo largo de este trabajo, los ataques depredadores sobre el hombre se dan en pocas ocasiones si miramos su conjunto y lo relacionamos con el número de personas que viven o visitan zonas donde habitan los carnívoros indicados. Para los miles de grandes felinos que cohabitan en áreas rurales o salvajes con el hombre, existen escasos ataques que reflejar. Igualmente, hay pocos que contar sobre osos aún cuando centenares de estos plantígrados ven como cada año el hombre entra más y más en sus tierras. En los mares viven millones de tiburones y solo se han registrado algunos cientos de encuentros fatales.

Los ataques depredadores son, pues, raros. Es más fácil morir alcanzado por un rayo que devorado por uno de estos animales. Pero tenemos que tener en cuenta que ese es el punto de vista del que observa desde la distancia; del que camina seguro por la calle, al amparo de una avanzada sociedad que ha eliminado la mayor parte de animales peligrosos de su alrededor, cuando no la totalidad, encontrándose así a salvo de cualquier ataque. Donde se da el encuentro, no es así. En especial para las víctimas, sus familiares y para todas las personas y sus circunstancias, que envuelven cada uno de estos trágicos sucesos. Por ello, cuando se habla de devoradores de hombres no podemos olvidarnos de las víctimas, y menos restarle su importancia a un suceso, siempre trágico, indicando que son casos aislados sin más repercusión. Obviamente, los supervivientes y las familias de las víctimas seguramente opinarían de distinta manera. Ahora bien, el número de personas que mueren a causa de ataques depredadores es muy bajo, especialmente cuando se compara con estadísticas mortales tales como las de accidentes de tráfico o laborales. Pero no por ello es menos trágico y, en determinadas ocasiones, con un poco de información y responsabilidad, podrían haberse evitado. Por ello, es necesario educar a las personas sobre el potencial peligro que pueden correr cuando entran o viven en un territorio donde habita un superdepredador, y las medidas de precaución que deben tomar. No se puede seguir con la absurda idea de su presunto carácter inofensivo, ni con listados estadísticos que comparan hechos sin relación alguna y que solo reflejan

parte de una realidad. Y menos con los utópicos mensajes conservacionistas que muestran a estos carnívoros como indefensos animales que apenas cazan y tan solo matan por su imperiosa necesidad de alimentarse.

Los grandes carnívoros no necesitan justificarse para ser conservados. Deben ser protegidos por lo que son, sin maquillar su sangrienta realidad. Su función depredadora no les convierte en alimañas que tengan que ser exterminadas, y menos en inofensivos corderos. Y, desde luego, no siempre rehuyen la presencia del hombre, sino que también pueden acecharlo. Es un serio error pensar que hablamos de animales que siempre se alejarán ante la presencia del hombre, y menos pensar en la “nobleza” del animal que impedirá que nos ataque. Ese mensaje ambiguo y peligroso puede acercar a una persona hasta un depredador, y también hace que se visiten zonas peligrosas sin tomar las precauciones oportunas, e incluso que se les pierda el respeto como los grandes matadores que son, lo cual resulta fatal en numerosas ocasiones. La nobleza de un animal salvaje (no troquelado, ni cautivo) no se debe medir en función de sus relaciones con los seres humanos, sino con su clan y/o especie. Hacerlo de otra forma es caer en la antropización. Muchos de los ataques sufridos por el hombre y ocasionados por animales, depredadores o no, se producen a raíz de una información errónea sobre la agresividad de estas criaturas, que, lejos de ser bestias demoníacas, simplemente hacen lo que han hecho durante toda su existencia: cazar y matar para alimentarse o defenderse.

Por otro lado, si bien hoy en día se trabaja en diferentes registros de ataques de animales salvajes (ataques no provocados), tanto de forma individual como globalmente, para cada especie, todos se muestran incompletos debido a varios factores, como por ejemplo: la escasa colaboración de algunos países, el ocultismo de zonas residenciales y/o turísticas, las características de la zona del ataque y su enclave geográfico, la falta de conocimiento sobre un suceso o el anonimato de la víctima.

Generalmente, cuando se produce un episodio fatal, rápidamente se intenta localizar al animal responsable, que es capturado y/o sacrificado. Pero no siempre se elimina al verdadero culpable, pues en ocasiones resulta difícil, cuando no imposible, identificar al causante de la tragedia. Aún así, normalmente, cuando un animal es muerto y su cuerpo abandonado, calma las iras de la gente y devuelve la tranquilidad a una determinada zona. La necropsia puede identificar fácilmente la implicación de un animal en un caso: restos de sangre, pelo y piel pueden permanecer en sus garras, colmillos e incluso grandes cantidades de carne en sus estómagos. Pero no siempre se puede disponer del cuerpo del animal; y cuando se realiza, demuestra que muchos de los ejemplares abatidos con la etiqueta de devoradores de hombres no lo eran realmente. Es frecuente que se maten numerosos ejemplares de una especie antes de que un animal antropófago sea finalmente abatido.

Los ataques que implican depredación sobre el hombre han ocurrido a lo largo de toda su historia y por casi todo el planeta, implicando una variedad de especies más amplia de lo que en un principio podríamos pensar. Después de estudiar gran parte de los casos registrados, se puede concluir que la mayoría de los ataques sobre seres humanos implican un encuentro y una especie casual de carnívoro; lo que reafirma su condición de superdepredador es que mata y devora aquello que puede, no especializándose en el hombre, sino incluyendo a éste en su dieta de forma esporádica, circunstancial u oportunista. Como quizás realizara a lo largo de toda la evolución hasta que el hombre asentó su supremacía sobre el resto de especies gracias a su inteligencia, lo que le permitió formar clanes complejos, así como defenderse y atacar con armas cada vez más eficaces. En otras ocasiones son las tragedias, la guerra y el hambre lo que provoca una masiva mortandad de personas, y se podría decir que los carnívoros siempre aprovechan la ocasión de alimentarse con una comida fácil.

Pero los casos de auténticos devoradores de hombres también han existido y continuarán produciéndose. Son genuinos asesinos con nombre propio que se han especializado en cazar seres humanos. ¿Por qué? Cada episodio tiene una respuesta diferente. Pero casi todas señalan al hombre como su auténtico responsable, consciente o inconscientemente. Entre estos casos, posiblemente los más notables sean el devorador de hombres de Champawat, en Nepal y la India; la Bestia de Gévaudan, en Francia; Ghost y Darkness, en Kenia; la bestia de Panar, en la India; Gustave, en Uganda; y Osama, el Asesino, en Burundi. Osos, serpientes y tiburones también han protagonizado trágicos sucesos, al igual que pumas, jaguares (cabe destacar el episodio que protagonizó un jaguar en el departamento de Santa Cruz, en Bolivia, en los años 80, atacando a las personas que descansaban en la carretera dentro de sus camiones; tras un ataque en el que arrastró a su víctima a la selva, se realizó una espera armada en un camión; después de devorar parte del cuerpo de la desdichada víctima, el jaguar regresó en busca de una nueva presa dirigiéndose al camión con el cebo humano, siendo abatido con una escopeta), dingos, zorros, coyotes, licaones, hienas, papiones, chimpancés e incluso perros. De hecho, prácticamente todas las especies de grandes carnívoros (y algunos no tan grandes) han protagonizado casos de ataques depredadores a humanos. Pero la mayoría de éstos tendríamos que señalarlos como encuentros puntuales, pues pocos han registrado continuidad después de un trágico suceso, y en ningún ejemplar de estas últimas especies se ha dado el elevado número de víctimas cobrado por uno solo de los auténticos devoradores de hombres.

## **El aumento y descenso de ataques según las especies**

La población humana ha aumentado de forma considerable en las últimas décadas, miles de kilómetros cuadrados de tierras salvajes han sido ocupados y los grandes

carnívoros han sido exterminados en su mayoría. Pocos son los países que han decidido conservar un linaje mortal, como es un superdepredador. Y precisamente es de estos territorios/países de donde nos vienen los relatos más crudos de depredación sobre el hombre. ¿Qué pasaría si alrededor de nuestro hogar habitaran cientos de carnívoros, sin apenas presas y protegidos por la ley, como ocurre en otros países? Sin duda habría muertes. Los índices depredadores bajan conforme es perseguida y aniquilada una especie peligrosa, o cuanto más se aleja el hombre de ella; y por el contrario suben conforme se conserva y aumenta su población, o cuanto más entra el hombre en contacto con sus territorios. De hecho, los ataques de osos, leones, leopardos, cocodrilos y serpientes han aumentado a lo largo del tiempo, mientras que los de tigres y lobos descienden.

## LOS EPISODIOS DE DEPREDACIÓN HUMANA MÁS SEVEROS

Zona o país	Víctimas aproximadas	Año/Años	Especie protagonista
TANZANIA	1500	(1932-47)	León
INDIA	1000	(1902)	Tigre
MOZAMBIQUE	809	(1942)	Tiburón
BIRMANIA	800	(1945)	Cocodrilo marino
INDIA	624	(1878)	Lobo
PACÍFICO	583	(1945)	Tiburón tigre
MALAWI	250	(2000)	Cocodrilo del Nilo
BURUNDI	200	(2000)	Cocodrilo del Nilo
RUSIA	110	(1890-91)	Lobo
INDIA	80	(1993-95)	Lobo
FINLANDIA	72	(1831-88)	Lobo
INDIA	44	(2003-07)	Leopardo
ETIOPIA	40	(1998-00)	Hiena

Por otra parte ¿por qué aumentan los ataques de la mayoría de los grandes carnívoros sobre el ser humano? El hombre no goza de ningún estatus superior ante un superdepredador en la naturaleza, ni lo ha tenido nunca; por ello, es la consecuencia más lógica ante el aumento de encuentros hombre/animal, como resultado de la imparable explosión demográfica de la población humana, lo cual conlleva la invasión continuada de los territorios donde habitan estos animales, con todas sus repercusiones: alteración del hábitat, escasez de presas, encuentros fortuitos... Cuando un depredador mata y devora a un ser humano por primera vez está cruzando una barrera imperceptible para él, por lo que es muy probable

que repita este comportamiento en el futuro; y si observa debilidad e indefensión, puede llegar a convertirse en un devorador de hombres, basando toda o gran parte de su dieta en seres humanos. El turismo también provoca muchas situaciones extremas. Por ejemplo, en la gran mayoría de espacios naturales protegidos donde habitan estos animales está prohibido bajar del vehículo; sin embargo, podemos contemplar cómo personas inconscientes del peligro bajan de los coches para pasear, almorzar e incluso descansar, cuando no para acampar. Esta situación viene muchas veces provocada por ese falso concepto creado por algunos conservacionistas, según el cual un depredador nunca ataca a un ser humano sin una provocación previa; y asigna toda la responsabilidad al individuo, el cual, a pesar de ser conocedor del peligro que puede correr, arriesga su vida de forma estúpida por una fotografía o un poco de aire fresco.

En las acampadas al aire libre, en los meses más calurosos resulta frecuente dejar una pequeña aleta de la tienda abierta, a modo de ventanilla para airear el ambiente interior. Esta pequeña acción puede resultar fatal donde habitan grandes carnívoros, pues son animales muy curiosos que atenderán y observarán cualquier cosa que se salga de su normalidad: una pequeña abertura en una tienda de campaña les resulta un fuerte atractivo, un llamamiento inofensivo que puede acabar en una escena depredadora con un final trágico para su inquilino. Resulta más peligrosa aún la costumbre de dormir al amparo de una hoguera o con los pies fuera de la tienda en zonas donde un ser humano dormido tan solo es un trozo de carne en el suelo... y, por cierto, muy oloroso.

## DEVORADORES DE HOMBRES: LOS MÁS SANGRIENTOS

El animal antropófago	Víctimas conocidas	País	Especie protagonista
EL TIGRE DE CHAMPAWAT	436	Nepal e India	Tigre
LA BESTIA DE PANAR	400	India	Leopardo
GUSTAVE	+200	Burundi	Cocodrilo
EL DEVORADOR DE KAHANI	200	India	Leopardo
LA TIGRESA DE TALLA DES	150	India	Tigre
GHOST Y DARKNESS	128	Kenia	León
EL DEVORADOR DE RUDAPRAYAG	125	India	Leopardo
LA BESTIA DE GEUVADAN	99	Francia	Lobo
OSAMA EL ASESINO	83	Uganda	Cocodrilo
ANTROPÓFAGO DE SUDI-MINGOYO	55	Tanzania	León
ANTROPÓFAGO DE UTTAR-PADESH	50	India	Lobo
LAS BESTIAS DE TURKU	35	Finlandia	Lobo

¿Por qué descienden los casos de ataques de tigres y lobos mientras los demás aumentan, incluso los provocados por los esquilados tiburones? Podríamos decir que la respuesta está dada, pero revisaremos un poco su lógica: el tigre está en peligro de extinción, y su escasa población vive recluida en los parques naturales, donde el hombre procura evitarlo. Menos encuentros, menos ataques. Con el lobo pasa lo mismo. Perseguido durante cientos de años, ha sido exterminado de gran parte de su área de distribución original y en muchos sitios sigue siendo hostigado continuamente. Aunque quizás le diferencie un hecho del tigre, y es que por lo general el lobo respeta o teme al hombre, por lo que procura alejarse de él, pasar inadvertido. Por ello mucho científicos opinan que su regreso a zonas donde habitó antaño no supone un peligro real, afirmando que hoy en día solo atacará cuando esté herido o desesperado por el hambre y no exista comida alguna. El tigre, por el contrario, sigue considerándonos o puede hacerlo una presa vulgar. Y en el caso de los tiburones, si bien su población continua bajando de forma alarmante, siguen visitando las mismas zonas, en las cuales cada vez hay más humanos y menos alimento, por lo que, a pesar de su descenso poblacional, los ataques aumentan.

### **Hienas, focas y monos, antropófagos de ayer y hoy**

Hemos hablado de los que, sin duda, son más espectaculares, y ocupan espacio en los medios de comunicación, pero existen otros carnívoros “más discretos” que, poco a poco, van sumando víctimas humanas hasta cifras mucho mayores de lo que suele suponerse. Por ejemplo, las hienas, a pesar de su fama de carroñeras, son también grandes depredadores. Los hiénidos también han acompañado al hombre desde más allá de sus inicios en las sabanas africanas. Se cree que la extinta hiena cazadora (*Euryboas lunensis*) se convirtió en una excelente predatora, que llegó a abandonar en gran medida su costumbre carroñera, centrándose en la caza de presas medianas, entre las cuales el hombre tendría un papel destacado.

Mientras que especies como la hiena parda (*Hyaena brunnea*) y la rayada (*Hyaena hyaena*) no representaban ningún peligro, la hiena manchada (*Crocuta crocuta*), una formidable cazadora, depredaba sobre todo aquello que pudiera ponerse a su alcance, lo que, lógicamente, incluye al hombre. En algunos países africanos, aún hoy resultan mortales. Acampar cerca de un territorio de hienas manchadas puede ser más conflictivo que hacerlo cerca de un grupo de leones. Tanto en Kenia, como en Botswana o en Tanzania se han registrado casos donde estos animales han entrado en las tiendas de turistas, haciendo presa en sus ocupantes. En Malawi se llevan registrados cerca de 40 víctimas mortales; los ataques suelen ocurrir entre septiembre y enero, cuando más azota el calor, el país y la gente duerme al aire libre o en localizaciones desprotegidas para librarse del calor sofocante. Otros son sorprendidos mientras cuidan sus cultivos de los herbívoros salvajes. En marzo de

1993, los ataques de una hiena manchada provocaron en este país el desalojo de alrededor de 4.000 personas de cuatro aldeas durante varios días, las cuales no pudieron volver hasta que el gobierno les proporcionó protección armada. Y en Etiopía, entre 1998 y 2000, fueron devoradas cerca de 40 personas por las hienas, la mayoría de ellas niños.

A lo largo de estos últimos años se han registrado ataques llevados a cabo por animales que pueden llegar a sorprendernos. Uno de éstos, quizás el más inesperado, lo llevó a cabo una foca leopardo (*Hydrurga leptonyx*) en agosto de 2003, cuando Kirsty Brown, la joven bióloga marítima del British Antarctic Survey, fue atacada y muerta por un ejemplar de esta especie mientras buceaba en Rothera (Antártida). La muerte de Kirsty fue la primera que ha podido constatarse causada por una foca leopardo, especie que normalmente se alimenta de pingüinos y otras focas.

Pero, sin duda, los ataques que más nos han impactado como personas han sido provocados por nuestros “primos hermanos”: los chimpancés (*Pan troglodytes*). Algunos machos adultos abandonan cada vez con más frecuencia los bosques de Uganda y se adentran en las aldeas cercanas en busca de niños, que son arrebatados incluso de los brazos de sus madres dentro de las casas. Los ataques en Uganda han sido documentados por el Dr. Michael Gavin. En enero de 2004, se daba a conocer al mundo la depredación humana ejercida por estos primates, desconocida hasta entonces. Jackson Alikiriza, un bebé de tres meses, fue arrebatado de los brazos de su madre mientras que ella recogía patatas. “Cogió mi pierna y me caí. Entonces se llevó a mi bebé” comentaría. El animal fue perseguido por un hombre armado con una lanza, y logró recuperar al bebé, aunque para entonces algunas partes de su cuerpo ya habían sido devoradas por el chimpancé. El pequeño moriría a la semana siguiente a causa de las infecciones.

Otro ejemplar causó varios incidentes hasta que se realizó una batida y fue apuñalado por los aldeanos. El Dr. Gavin aseguraba que la técnica usada por los chimpancés para matar a los niños es similar a la que realizan sobre otras presas, y para él no hay duda de que son ataques depredadores. Según sus investigaciones, “en la mayoría de los casos primero les muerden las piernas, antes de destriparlos, tal como harían con un mono colobo (*Ptilocolobus* sp.), que es una de sus presas favoritas”, si bien expone que estos ataques son consecuencia de la desaparición de su hábitat, así como de la escasez de presas y de alimento vegetal en las selvas en las que viven, que son esquiladas por el hombre. Para estos corpulentos simios, hacerse con un bebé o un niño no representa demasiado esfuerzo. Otros expertos rechazan esta afirmación sobre el comportamiento antropófago de los chimpancés, atribuyendo los ataques a la defensa del territorio e incluso a una identificación equivocada de la presa. Sin embargo, el primatólogo Frans de Waal rebatiría: “No creo que estos casos tengan mucho que ver con la territorialidad. Pienso que tienen que ver con la

depredación. Los chimpancés buscan y comen monos. Son especialmente los machos los que cazan. No creo que los chimpancés confundan a un bebé humano con un mono. Son demasiado inteligentes como para cometer semejante error”.

## Simios antropófagos, humanos cazadores de hombres

Estos casos de simios antropófagos no son exclusivos ni de Uganda ni de los chimpancés. En Tanzania se ha prohibido la entrada a menores de ocho años al Gombe National Park, famoso por sus chimpancés. Los científicos se preguntan si estos ataques depredadores son algo nuevo o si se han dado con anterioridad en algún momento de nuestra historia. Hace años, la conocida etóloga Jane Godall demostró al mundo que estos animales no eran vegetarianos exclusivos, sino que cazaban monos y otros animales. Y hoy vemos como estas criaturas, tan cercanas a nosotros, pueden incluso devorarnos. Con la muerte de Jackson Alikiriza son al menos ocho las víctimas mortales conocidas tras numerosos ataques, todos realizados en los últimos años en estos dos países. Por otro lado, en diversas zonas de la estepa y sabana africanas, también se han registrado últimamente algunos ataques producidos por papiones (*Papio anubis*), que si bien acostumbran a cazar alguna gacela joven, parecen buscar en los niños una nueva fuente de proteínas.

Pero posiblemente estos casos no tendrían que sorprendernos más allá de lo racional, pues sabemos que el hombre ha sido uno de los mayores, si no el más grande, depredador de su propia especie. Es indiscutible que la alimentación con carne humana ha sido una constante en la evolución del hombre moderno (*Homo sapiens*), tal y como demuestran las evidencias científicas, en las que se aprecia claramente en restos humanos fosilizados las marcas de herramientas utilizadas para desmembrar una víctima y extraer su carne, su médula y su cerebro. Uno de los yacimientos más importantes que dan luz a la depredación humana lo encontremos en las excavaciones de la Gran Dolina, en Atapuerca, Burgos (España); un yacimiento con restos fosilizados que tienen una antigüedad de más de 800.000 años. “Se trata de las evidencias más antiguas de antropofagia de la historia de la Humanidad”, practicada aquí “durante cientos de años”, afirmaría el Dr. Eudald Carbonell. La caza, persecución y muerte de un ser humano como presa se ha dado desde tiempos remotos y, en algunos países, hasta mediados del siglo pasado eran frecuentes los casos de antropofagia, siempre en algunas tribus y culturas antiguas que preservaban sus costumbres. No obstante, este canibalismo nada tenía que ver ya con la depredación, sino con ritos ceremoniales, en su mayoría religiosos o guerreros.

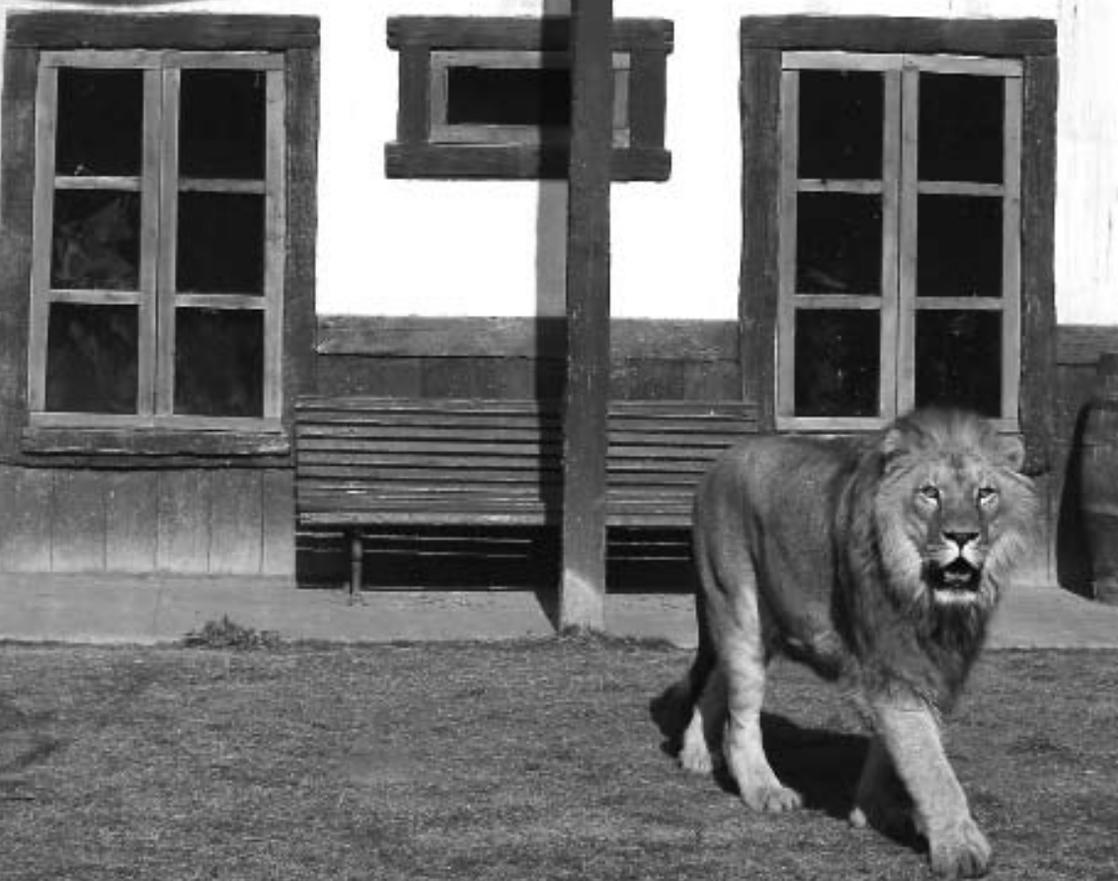
Teorías sobre los actos antropófagos del hombre a través del tiempo hay tantas como expertos, si bien la mayoría coinciden en que el canibalismo depredador de los

primeros *Homo sapiens* podría derivar de las luchas entre clanes, de la apropiación de un espacio y de la sustitución total de un clan por otro. Así, el perdedor se veía no solo reducido, sino también masacrado y devorado, adquiriendo el vencedor las dotes guerreras de la víctima (por eso suele comerse el corazón). Posiblemente existirán otras muchas razones para explicar por qué el hombre mataba al hombre y lo devoraba, entre ellas el hambre. Pero hoy día no tenemos respuesta a todos los casos. Quizás la tengamos en el futuro.



TSAV

O STATION



## BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

La Leyenda del Devorador de Hombres. Arjan Singh. Ravi Dayal, 1993

Francisco Gragera Díaz. El legado del lobo. Regional de Extremadura, 2001

El Leopardo Devorador de Hombres de Rudraprayag. Jim Corbett. Oxford University Press, 1947; Ediciones Cairel, 2003

Los Fantasmas de Tsavo. Philip Caputo. RBA Publicaciones, National Geographic Society, 2003

El Tigre del Templo. Jim Corbett. Oxford University Press, 1948; Ediciones Cairel 2003

La Pantera Negra de Sivanipalli. Kenneth Anderson. Harper Collins Publishers, 1958; Cairel Ediciones, 2004

Víctor Gutiérrez Alba. El lobo Ibérico en Andalucía. Fundación Gypaetus, 2005



Recreación de la estación de Tsavo, con Ghost y Darkness en las páginas anteriores. Arriba el campamento del coronel Patterson. Terra Natura, Murcia

## WEBS DE INTERÉS

Top Secret Animal Attack Files  
<http://www.igorilla.com/gorilla/animal/>

International Shark Attack File  
<http://www.flmnh.ufl.edu/fish/Sharks/ISAF/ISAF.htm>

Jesus Rivas's Home Page  
<http://pages.prodigy.net/anaconda/>

The Fear of Wolves: A review of wolfs attack on humans NINA  
<http://nina.no/archive/nina/Publikasjoner/oppdragsmelding/NINA-OM731.pdf>

<http://robroy.dyndns.info/tsavo/tsavo+pics.html>

<http://www.lairweb.org.nz/tiger/maneating.html>

<http://www.bluelion.org/maneaters.htm>

<http://www.ua.es/area/ebtn/>



El tigre de Siberia (*Panthera tigris altaica*), el felino más grande que existe.

**Devoradores de Hombres.** Julio García Robles nos presenta un terror co-  
recorrido por los casos más impactantes sobre la depredación de seres humanos  
por diferentes especies de la fauna salvaje.

Este trabajo resume varios años de investigación del comportamiento depredatorio  
sobre el ser humano, así como los ataques y casos de antropofagia que han sido  
más reconocidos a lo largo del tiempo por parte de algunas de las criaturas más  
extraordinarias que habitan nuestro mundo: el oso, el lobo, el león, el tigre, el  
leopardo, el cocodrilo y el tiburón. De igual forma abundamos en sorprendentes  
casos de serpientes gigantes, hienas y simios que pueden hacernos estremecer.  
Relatos y datos auténticos, que certificarán aquello de que la realidad puede  
resultar más sorprendente y terrorífica, si cabe, que la ficción.

ISBN 978-84-612-1568-1



9 788461 215683



EDC Natura-Fundación Omacha  
[www.edcnatura.com](http://www.edcnatura.com)